La relación humano-perro de compañía: Estudio descriptivo en Ciudad Autónoma de Buenos Aires

DOCTORADO EN PSICOLOGÍA

AUTOR: MARCOS DÍAZ VIDELA
Legajo: 17.807
DIRECTOR: JAVIER MARTÍN CAMACHO

Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
Marzo de 2016

Resumen

La relación humano-perro tiene una historia evolutiva particularmente extensa. Los primeros perros fueron utilizados como guardianes, guías y compañeros de caza, asumiendo luego roles cruciales en el desarrollo de la agricultura. Aunque tratados como subordinados, gradualmente fueron convirtiéndose en valorados compañeros. Actualmente constituyen el prototipo de animal de compañía, destacándose sus posibilidades de establecer una estrecha relación bidireccional con los humanos. Sin embargo, los vínculos entre humanos y animales han sido tradicionalmente excluidos de consideraciones académicas serias. Con el surgimiento de la antrozoología, hace poco más de 30 años, el estudio de las interacciones humano-animal comenzó su ininterrumpido crecimiento, principalmente en los países más desarrollados. Con el objetivo de describir la relación humano-perro en Ciudad Autónoma de Buenos Aires, se realizó un estudio transversal, mediante encuestas, que involucró a 425 participantes (hombres: 119; mujeres: 306) mayores de 21 años (M = 42.96, DT = 16.08), todos los cuales habían residido con sus perros de compañía por más de un año. Los participantes completaron un cuestionario sociodemográfico y seis medidas de la relación humano-perro: Interacción Dueño-Perro, Cercanía Emocional Percibida, Costos Percibidos, Antropomorfismo, Voluntad de Adaptación y Beneficios Percibidos. Todos los aspectos de la relación se asociaron entre sí excepto por Costos Percibidos, que sólo se asoció positivamente con la Voluntad de Adaptación y negativamente al Antropomorfismo. La tendencia al antropomorfismo fue el aspecto relacional que más se asoció con la percepción de relaciones humano-perro exitosas, en tanto resultó la única faceta de la relación asociada con la percepción de menores costos y de mayores beneficios. Por otro lado, el antropomorfismo no se relacionó con la cantidad de personas o hijos en la vivienda, mientras que sí lo hizo

intensamente con la Cercanía Emocional Percibida. Las mujeres manifestaron mayores niveles de proximidad emocional y antropomorfismo, pero no difirieron de los hombres en las demás variables relacionales. La edad de los custodios se asoció con menor percepción de costos y de intensidad en las interacciones con el perro. La menor edad de los hijos se asoció con menor cercanía emocional y mayor percepción de costos. Los perros de mayor tamaño resultaron más beneficiosos, aunque no más costosos para sus custodios. La raza de los perros y su estado reproductivo no mostraron relación con la intensidad de la relación, más que una leve asociación entre raza de perro y comportamientos ligados a la identidad social o estatus del custodio. Los resultados destacaron que la relación con los perros era concebida como un vínculo de familia, de elevada proximidad afectiva e intensidad en las interacciones, por el que los custodios estaban dispuestos a afrontar múltiples costos. Las descripciones realizadas permitieron identificar estrategias para fomentar relaciones humano-perro más exitosas, así como intervenciones ligadas al bienestar de humanos y perros. En suma, esta investigación se propone contribuir a destacar la relevancia y legitimidad del estudio de las interacciones humano-animal.

Palabras clave: antropomorfismo, antrozoología, animal de compañía, apego, interacción humano-animal, perro.

Abstract

The human-dog relationship has a particularly long evolutionary history. The first dogs were used as guardians, guides and hunting partners, and assumed later crucial roles in the

development of agriculture. Although treated as subordinates at the beginning, they gradually became well valued partners. They constitute currently the prototype of the companion animal, since their ability to establish close bidirectional relationships with humans stands out. Nevertheless, the bonds between humans and animals have been traditionally excluded from serious academic considerations. With the emergence of anthrozoology, little longer than 30 years ago, the study of the human-animal interactions started an uninterrupted growth, mainly in developed countries. With the objective of describing the human-dog relationship in Ciudad Autónoma de Buenos Aires, a transversal study was carried out, through surveys, which included 425 participants (119 men, 306 women) older than 21 years of age (M = 42.96, SD = 16.08) , all of whom had lived together with their companion dogs for longer than a year. The participants filled out a sociodemographic questionnaire and six parameters of the human-dog relationship: Dog-Owner Interaction, Perceived Emotional Closeness, Perceived Costs, Anthropomorphism, Willingness to Adapt and Perceived Benefits. Every aspect of the relationship was associated with each other, except for Perceived Costs, which was only associated positively with Willingness to Adapt and negatively with Anthropomorphism. The tendency towards anthropomorphism was the relational aspect most associated with the perception of successful human-dog relationships, as it turned out to be the only plane of the relationship associated with the perception of lower costs and greater benefits. On the other hand, the anthropomorphism was not related to the amount of people or children in the household, while it did show a strong relationship with the perceived emotional closeness. The women showed higher levels of emotional proximity and anthropomorphism, but there was no difference in comparison with the men in the other relational variables. The guardians´ age was associated with a lower perception of costs and with the intensity of the interactions with the dog. The younger age of the children was associated with a lower emotional closeness and a higher perception of costs. The dog of a

bigger size turned out to be more beneficial, although not more costly for their guardians. The dogs´ breed and their reproductive state showed no relationship with the relationship intensity, except for a slight association between dog´s breed and behavior linked to guardian´s social identity or status. The results highlighted that the relationship with the dogs was conceived as a family bond; a bond of a high affective proximity and interactions intensity, for which the guardians were willing to face multiple costs. The descriptions done helped us identify strategies to encourage more successful human-dog relationships, as well as interventions related to human and dog welfare. To sum up, this investigation has as a purpose to contribute to highlight the relevance and legitimacy of studying human-animal interactions.

Keywords: anthropomorphism, anthrozoology, attachment, companion animal, dog, human-animal interaction.

Marcos Díaz Videla, Universidad de Flores, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina, antrozoología@gmail.com

Agradecimientos

Estoy profundamente agradecido con todos los humanos y perros que han colaborado —intencionalmente o no— para que esta tesis, nuestra tesis, pueda estar siendo leída.

Inicialmente quiero agradecer a Marcelo Rodríguez Ceberio, quien hizo surgir en mí los interrogantes que dieron lugar a este estudio. Además, junto con Analía Losada me dieron su confianza y apoyo, tanto respecto a mí como a esta temática que durante tantos años fue excluida de consideraciones serias en el ámbito académico.

Quiero agradecer a mi director de tesis, Javier Camacho, por haberme acompañado en este recorrido, y a Lucas Cuenya, por sus invaluables aportes que enriquecieron este trabajo. Además, agradezco a los tutores metodológicos que me dieron su asesoramiento: Edgardo Etchezahar y Javier Roberti.

Agradezco profundamente a la Universidad de Flores y a Roberto Kertész por su apoyo a mi investigación, así como a todo el personal y equipo docente de la universidad por su ayuda y calidez. Agradezco también a todos mis colegas con quienes compartí esta experiencia, fundamentalmente a Alejandra Olarte, quien me ha acompañado en el estudio de las interacciones humano-animal.

Le agradezco a Alejo Molina por su guía inicial para diseñar el estudio, y a Mariana Bentosela por su generosa ayuda y orientación.

Agradezco a todos los participantes del estudio, que dedicaron su valioso tiempo para completar el extenso protocolo —y a sus perros, que más o menos pacientemente los esperaron— así como a todas las personas que colaboraron en la recolección de encuestas.

Le agradezco también a todos aquellos colegas y amigos que colaboraron en la lectura de los capítulos de esta tesis ayudando en su corrección.

Finalmente, agradezco desde lo más profundo a toda mi *familia más que humana*, por la inspiración, el apoyo, la paciencia y el amor.

Este trabajo requirió de la colaboración, aliento, tiempo, paciencia, experiencia y conocimientos de muchos. A todos los que lo hicieron posible: *¡Gracias!*

Marcos Díaz Videla, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Marzo de 2016

Índice

Introducción 1

El vínculo humano-mascota en los estudios humano-animal 8

1.1 Impacto en el bienestar humano 8

1.1.1 Efectos positivos 8

1.1.2 Efectos neutros y negativos 15

1.1.3 Factores relacionales asociados 17

1.2 La relación humano-animal de compañía 23

1.2.1 Influencia de factores culturales, grupales e individuales 24

1.2.2 Antropomorfismo del animal de compañía 33

1.2.3 Apego humano-animal de compañía 37

1.2.4 Respuestas neuroendócrinas en la relación humano-perro 41

1.3 La evaluación de la relación humano-perro 47

1.3.1 Monash Dog Owner Relationship Scale 48

El perro de compañía: Origen, historia y cultura 52

2.1 Origen del perro 55

2.2 El perro a través de la historia 61

2.3 Mascota o animal de compañía 73

2.4 Factores socioculturales relacionados 76

2.5 El perro de compañía en Ciudad Autónoma de Buenos Aires 79

2.5.1 Aspectos legales de la tenencia de mascotas 81

La relación humano-perro de compañía: Dimensiones y aspectos relacionales 84

3.1 Interacción humano-perro 89

3.1.1 Comunicación humano-perro 92

3.2 Cercanía emocional 96

3.3 Costos de la relación 101

3.4 Beneficios percibidos 108

3.5 Sistema familiar humano-perro 116

3.5.1 Antropomorfismo 118

3.5.2 Voluntad de adaptación 122

3.5.3 Roles de los perros 123

Problema de investigación y objetivos 128

4.1 Problema de investigación 128

4.1.1 Pregunta de investigación 130

4.2 Objetivos 131

Método 133

5.1 Diseño 133

5.2 Participantes 133

5.2.1 Universo o población objetivo 133

5.2.2 Unidad de análisis 134

5.2.3 Muestra 134

5.3 Técnicas de recolección de datos 137

5.3.1 Monash Dog-Owner Relationship Scale (MDORS) 138

5.3.2 Escala Antropomorfismo 140

5.3.3 Escala Voluntad de Adaptación 140

5.3.4 Escala Beneficios Percibidos 141

5.4 Procedimiento 143

5.5 Análisis estadístico de los datos 144

Resultados 145

6.1 Resultados 145

6.2 Resultados por objetivos 149

6.2.1 Interacción Dueño-Perro 149

6.2.2 Cercanía Emocional Percibida 151

6.2.3 Costos Percibidos 152

6.2.4 Antropomorfismo 153

6.2.5 Voluntad de Adaptación 154

6.2.6 Beneficios Percibidos 155

6.2.7 Interrelaciones entre dimensiones y aspectos evaluados 157

6.3 Reactivos exploratorios agregados 158

Discusión y conclusiones 161

7.1 Relación humano-perro en Ciudad Autónoma de Buenos Aires 161

7.2 Implicancias aplicadas potenciales 184

7.3 Limitaciones y futuras líneas de investigación 193

7.4 Conclusiones 196

Referencias 199

Anexos 240

"Pero, si me domesticas,

tendremos necesidad el uno del otro.

Serás para mí único en el mundo.

Seré para ti único en el mundo"

(de Saint-Exupéry, 1943/1991, p. 82).

Introducción

Ancestralmente, en culturas alrededor de todo el mundo, los animales han sido respetados como compañeros esenciales en la supervivencia y en la salud de las personas. Muchas tradiciones espirituales han honrado las relaciones entre humanos y las formas de vida animal, como parte de la interconexión con el mundo natural y espiritual (Serpell, 2006).

Sin embargo, las actitudes humanas hacia los animales han aparecido como extraordinariamente variables y arbitrarias entre distintas culturas. Es probable que estas diferencias tengan un origen tanto materialista —existen o existieron motivos económicos relacionados— como también en las connotaciones emocionales y simbólicas particulares (Kobayashi, 2011; Serpell, 1996b). Los animales son vitales para sociedades de cazadores-recolectores y ganaderos, que se basan en ellos directamente para obtener comida, lana, cuero, herramientas y otros materiales. Asimismo, son fundamentales en las sociedades agrícolas y en las civilizaciones que emergieron de estas, donde además de materiales proveían fuerza motora (York & Mancus, 2013).

Los animales han tenido una profunda influencia en las diversas sociedades humanas desempeñando un rol fundamental a lo largo de la historia de la humanidad (York & Mancus,

2013). Actualmente los animales constituyen uno de los componentes naturales de mayor significado socioeconómico, científico y cultural de un país (Páramo & Galvis, 2010). Los humanos utilizan animales de múltiples formas, mayormente en relación a productos tangibles o servicios, como ser la producción de alimentos o pieles, transporte, seguridad o investigación biomédica (Sandøe, Corr, & Palmer, 2016). Mientras que la mayoría de los animales domésticos son explotados con indiferencia a partir de los recursos económicos y los servicios prácticos que proveen, existe una categoría completamente diferenciada de animales domésticos la cual, por motivos no obvios, está exceptuada de este trato (Serpell, 1996b; Serpell & Paul, 1994); estos son mantenidos en los hogares de las personas donde parecen tener un propósito escasamente definido. A estas nos referimos usualmente como *mascotas* (Sandøe et al., 2016).

Las mascotas pueden variar ampliamente, incluyendo desde peces y aves hasta diversas especies de mamíferos. Mientras que las relaciones establecidas con algunos de estos animales resultan relativamente parasociales y unilaterales (e.g., tortugas, peces), las relaciones establecidas con otras mascotas, como perros y gatos, implican compañía, contacto físico y bienestar. La relación humano-perro tiene además una historia evolutiva particularmente extensa (Green, Mathews, & Foster, 2009). La evidencia arqueológica indica que el perro fue la primera especie animal en ser domesticada, y que esto ocurrió hacia el final del último período glacial, cuando toda la subsistencia humana todavía dependía de la caza y recolección (Clutton-Brock, 1995). Si bien los fósiles más antiguos de perros tienen 30.000 años de antigüedad (Grimm, 2015), se estima que ese fue sólo el resultado de un proceso interactivo que tuvo lugar durante 80.000 años (Valadez Azúa, 2000; Vila et al., 1997), basado en la necesidad compartida de refugio, comida y protección, que ha dado lugar a relaciones de competencia, cooperación y coevolución entre humanos primitivos y antepasados de los perros (Olmert, 2009; Serpell, 2003).

Valorados por su inteligencia, sentidos agudos y lealtad, los primeros perros han sido utilizados como guardianes, guías y compañeros de pesca y caza. Hace más de 9.000 años, los perros asumieron roles cruciales en el desarrollo de la agricultura de las comunidades, asistiendo en tareas de granja y pastoreo. Aunque tratados como subordinados de sus dueños humanos, gradualmente fueron convirtiéndose en valorados compañeros (Walsh, 2009a).

Los perros muestran, en comparación con otros animales de compañía, una mayor tendencia a generar roles emocionales y afectivos con los humanos (Albert & Bulcroft, 1988), siendo la especie de mascota goza de mayor popularidad en nuestra cultura. En el último relevamiento demográfico de animales de compañía publicados respecto de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires por el Instituto de Zoonosis Luis Pasteur, se estimó un total de 865.984 animales. De estos, el 49.19% eran caninos, 23.87% felinos, 13.69% aves y 13.25% de otras especies (Bovisio, Fuentes et a., 2004). En el año 2014 se ha estimado en la ciudad una población de 430,000 perros con dueño identificado (Dirección General de Estadística y Censos [DGEyC], 2016).

Pese a que el origen de la tenencia de mascotas es prehistórico, esta práctica parece haber alcanzado en las últimas décadas niveles sin precedentes en la cultura occidental (Serpell & Paul, 2011). En Ciudad Autónoma de Buenos Aires se observó un incremento en la tenencia de mascotas, pasando de un perro cada 7.45 personas a uno cada 6.52 en el período de diez años comprendido entre 1994 y 2004 (Anderson et al., 1996; Bovisio, Fuentes, et al., 2004).

Comparados con otros animales domésticos, los perros han desarrollado una relación especial con los humanos, y pueden considerarse la única especie que se ha establecido un nicho propio en la sociedad humana (Nagasawa, Mogi, & Kikusui, 2009).

Muchos perros de compañía ocupan una posición privilegiada en nuestra sociedad, viviendo cerca de sus cuidadores humanos, quienes pueden llegar a realizar esfuerzos

significativos para proveerles en función de sus necesidades y deseos. Otros no ostentan tal suerte, siendo abandonados o sacrificados, a veces a partir de comportamientos que son considerados como problemáticos (Bennett & Rohlf, 2007). Nuestra ambivalencia respecto a los animales deriva de considerarlos, por un lado, objetos para ser utilizados y, por otro, seres individuales con quienes es posible tener una auténtica relación social (Sanders, 1999).

Particularmente en las ciudades las mascotas no parecen realizar ningún trabajo útil a pesar de sus costos, planteando así una paradoja económica (Albert & Bulcroft, 1988). Las mascotas demandan cuidados y atención, y es difícil y costoso viajar con ellas. También pueden generar desorden, daños y distorsionar las rutinas normales (Belk, 1996). Desde una perspectiva darwiniana la tenencia de mascotas puede resultar aún más desconcertante, en tanto implica proveer de recursos a un miembro de otra especie (Archer, 1997). Sin embargo, las personas no sólo permiten a estos animales residir en sus hogares y se refieren a ellos como miembros de su familia, sino que además buscan activamente mantener esta relación y realizan considerables esfuerzos emocionales y financieros para mantenerla. La gente debe obtener de esta relación algo que es lo suficientemente grande como para estar más allá de las consideraciones económicas (Serpell, 1996b).

A pesar de la importancia que tienen los animales en diversos aspectos de la vida humana, hasta hace poco la comunidad científica prácticamente ha ignorado el estudio de la interacción entre humanos y las demás especies (Herzog, 2012). Al no reconocer el hecho de que vivimos en una comunidad interactiva compuesta tanto por miembros humanos y no humanos, se ha ignorado un área de la vida social que resulta habitual, rica emocionalmente y de un interés analítico significativo (Sanders, 2003).

En la actualidad las actitudes hacia los animales han cambiado, y durante las últimas tres décadas las relaciones entre personas y otros animales se convirtieron en un área respetable de investigación (Podberscek, Paul, & Serpell, 2000). La interacción humano-

animal se ha enfocado desde diferentes disciplinas y campos científicos, como la historia, la antropología, la psicología, la teología, el derecho, la filosofía, la ética y la bioética (von Arcken Cancino, 2011). Inevitablemente su investigación resulta multidisciplinaria debido tanto a que el alcance de sus estudios tiene interés para un amplio rango de áreas académicas, como a la disparidad entre los diferentes contextos en los cuales se desarrollan las interacciones entre humanos y animales, incluyendo el hogar, el ámbito agropecuario, laboratorios, zoológicos y el hábitat salvaje (Hosey & Melfi, 2014).

Los estudios humano-animal pueden ser definidos como un "campo interdisciplinario que investiga los lugares que los animales ocupan en el mundo social y cultural humano, y las interacciones que los humanos tienen con ellos" (DeMello, 2012, p.4). En este campo se ubica la llamada *antrozoología*, la cual se define como "el estudio científico de la interacción humano-animal, y de los vínculos humano-animal" (DeMello, 2012, p.5). El foco de investigación se coloca sobre las relaciones interactivas y recíprocas entre humanos y animales. Esto contrasta con la investigación psicológica previa donde los animales ocupaban un rol más instrumental y permite dar cuenta de un amplio dominio de la actividad humana: cómo interactuamos y nos relacionamos con los animales (Amiot & Bastian, 2015).

A partir del creciente interés de las últimas décadas en el estudio de las interacciones entre humanos y animales, se ha llevado a cabo abundante investigación y múltiples publicaciones dentro de este joven campo (Hosey & Melfi, 2014; Walsh, 2009a). Esto ha dado lugar a la creación de revistas científicas dedicadas a la antrozoología (e.g., *Anthrozoös* y *Society and Animals*) a la creación de asociaciones dedicadas a la temática, como ser Pet Partners, Research Center for Human-Animal Interaction (ReCHAI), Human Animal Bond Research Initiative Foundation (HABRI) y la International Society for Anthrozoology (ISAZ), y cursos y posgrados sobre antrozoología en más de ciento cincuenta universidades y facultades de Estados Unidos (Herzog, 2012; Meléndez Samó, 2014).

La relación especial que los perros han desarrollado con los humanos ha sido estudiada desde distintas perspectivas, como las ciencias sociales, la psicología y la medicina (Nagasawa, Mogi et al., 2009). Si bien prácticamente en todo el mundo las personas tienen perros, pero la manera de tenerlos —interactiva y emocionalmente— muestra profundas diferencias (Penkowa, 2015). La identificación de los factores que influyen en el vínculo humano-animal puede contribuir a mejorar el bienestar de humanos y perros, en esta relación diádica única (Payne, Bennett, & McGreevy, 2015).

Este trabajo se propuso describir las relaciones que las personas tienen con sus perros de compañía en Ciudad Autónoma de Buenos Aires, desde la perspectiva humana. Para esto se consideraron distintas dimensiones relacionales (i.e., interacciones, cercanía emocional y costos) y aspectos ligados a la relación (i.e., antropomorfismo, voluntad de adaptación y beneficios percibidos) que las personas establecen con sus *animales de compañía* o *mascotas*.

Con la intención de reflejar mejor las ideas de los autores referenciados, en este trabajo se intentó respetar la terminología utilizada por cada uno de ellos, entendiendo que el constreñimiento producido por el lenguaje, por sus términos disponibles, por la evitación de ciertas etiquetas, denota y connota aspectos sobre la manera de hablar y pensar sobre los animales (Sealey & Charles, 2013). Cuando fue posible, se optó por los términos habitualmente utilizados en la literatura sobre interacciones humano-animal (i.e., animal de compañía, custodio).

La estructura de presentación del trabajo está basada en los criterios propuestos desde la Universidad de Flores. En primer lugar, se desarrolla una revisión de la literatura y se presentan las investigaciones realizadas en el campo de la antrozoología, particularmente aquellas que indagaron sobre el vínculo humano-perro de compañía. Luego, se aborda el marco teórico del trabajo en dos capítulos: uno, de *historización* y contextualización de la relación humano-perro, y el otro, de definición de las dimensiones y aspectos de la relación

que fueron indagados en el trabajo empírico. A continuación, se presenta el problema de investigación, los objetivos y se describe el método empleado. Seguido a esto, se exponen los resultados y se los discute en función de los desarrollos teóricos. Se otorga particular énfasis a las implicancias aplicadas potenciales respecto del bienestar de humanos y perros. Finalmente, se abordan las limitaciones y futuras líneas de investigación, y se presentan las conclusiones generales del trabajo.

Capítulo I

El vínculo humano-mascota en los estudios humano-animal

1.1 Impacto en el bienestar humano

El desarrollo sin precedentes de investigación reciente en antrozoología produjo un veloz crecimiento de nuestro conocimiento acerca de los beneficios procedentes de la tenencia e interacción con animales de compañía (McCune et al., 2014). Este fue uno de los temas centrales que ha recibido mayor interés y mayor número de publicaciones dentro del área en los últimos años (Hosey & Melfi, 2014). La influencia positiva de las mascotas en la salud y bienestar de las personas ha sido relacionada a efectos fisiológicos, psicológicos, psicosociales y terapéuticos (Gómez, Atehortua, & Orozco, 2009), y pese a que la investigación acerca de estos beneficios se encuentra aún en un estadio temprano de desarrollo, ya ha producido una variedad de hallazgos interesantes (Serpell, 2003).

1.1.1 Efectos positivos.

Una de las primeras y más renombradas investigaciones sobre los beneficios provistos por la convivencia con animales de compañía consistió en un estudio cuasiexperimental logintudinal realizado en Estados Unidos, que encontró que de los pacientes tratados en una unidad coronaria luego de un infarto (n = 92), aquellos que tenían mascotas mostraban un porcentaje mayor de supervivencia al cabo de un año (Friedmann, Katcher, Lynch, & Thomas, 1980). Más tarde esta investigación fue replicada con 369 pacientes luego de haber sufrido un infarto de miocardio, encontrando resultados similares: Las personas que poseían

perros tenían una probabilidad 8.6 veces mayor de seguir con vida al cabo de un año de haber sufrido el infarto; aquí el apoyo social también fue un predictor significativo de supervivencia en los participantes (Friedmann & Thomas, 1995).

En un estudio realizado en Australia con 5741 pacientes de una clínica de enfermedades cardiovasculares, los propietarios de mascotas mostraron menores niveles de presión sistólica, colesterol y triglicéridos, evidenciando así menores factores riesgo para padecer enfermedades cardiovasculares (Anderson, Reid, & Jennings, 1992). Un estudio experimental encontró a su vez menores niveles de presión arterial en adultos mayores hipertensos (n = 11) al realizar tareas estresantes en presencia de un perro amigable (Friedmann, Thomas, Cook, Tsai, & Picot, 2007). En otro estudio también se encontraron menores niveles de frecuencia cardíaca y presión arterial en los propietarios de perros o gatos (n = 240) en presencia de estos, mientras estaban en reposo; los autores destacaron la función de apoyo brindada por los animales, evidenciando asimismo que mientras las personas eran sometidas a tareas estresantes —realizando una tarea aritmética o manteniendo la mano sumergida en agua helada por dos minutos— la presencia del animal de compañía era más efectiva que la del cónyuge para disminuir los efectos cardiovasculares del estrés (Allen, Blascovich, & Mendes, 2002). A su vez, un grupo de 60 adultos mostró más bajos niveles de presión arterial al acariciar al animal que al hablarle; y hablarle al animal se relacionó con niveles más bajos de presión arterial que hablarle al experimentador (Vormbrock & Grossberg, 1988).

Otro estudio frecuentemente referenciado es el experimento realizado por Allen, Shykoff e Izzo (2001). En este se evaluaron las reacciones de un grupo de 48 pacientes hipertensos frente a estresores mentales, como realizar una tarea aritmética o discursiva. Al inicio del experimento las reacciones de los participantes no mostraban diferencias. Todos los participantes realizaron tratamiento farmacológico, pero además, a la mitad de ellos se les

indicó adoptar un perro o gato de compañía. Al cabo de seis meses se volvieron a evaluar las reacciones de los participantes frente a los estresores. Los integrantes del grupo que había adoptado realizaron las tareas en presencia de su mascota. Este grupo evidenció menor presión arterial que el grupo control, y su reactividad cardiovascular a los estresores se redujo en un 50%. Además, la frecuencia cardíaca y la actividad de renina plasmática resultó menor para los participantes con mascotas.

Resultados similares se encontraron en un estudio realizado con niños (*n* = 38), donde la sola presencia de un perro amigable evidenció tener efectos sobre la presión arterial y la frecuencia cardíaca de estos mientras descansaban, así como también mostró menor respuesta cardiovascular al realizar una tarea de lectura. El efecto fue más significativo cuando el animal estuvo presente desde el comienzo, en comparación con su introducción en la segunda mitad de la observación. Los autores concluyeron que el animal podía causar una modificación en la percepción de los niños de la situación experimental haciéndola menos amenazante y más amigable (Friedmann, Katcher, Thomas, Lynch, & Messent, 1983).

Un estudio longitudinal realizado con personas que recientemente habían adoptado un perro (*n* = 47), un gato (*n* = 24) y un grupo control (*n* = 26), encontró una reducción significativa en problemas médicos menores en las personas durante el primer mes luego de la adquisición de una mascota, y este efecto se sostuvo en los dueños de los perros —no así de gatos— en la evaluación realizada 10 meses después de la adquisición; estos sujetos también obtuvieron mejores puntajes en un cuestionario de salud global y evidenciaron un incremento en la realización de actividad física (Serpell, 1991). Un estudio longitudinal de representatividad nacional realizado en Alemania (*n* = 9,723) y Australia (*n* = 1,246) encontró que aun controlando variables asociadas a la salud, el grupo de personas que ininterrumpidamente había tenido mascotas era el más saludable, y que las personas de este grupo habían realizado un 15% menos de consultas médicas (Headey & Grabka, 2007).

Particularmente con adultos mayores (*n* = 1,036) un estudio prospectivo realizado en Estados Unidos también encontró que los participantes que tenían mascotas habían realizado menor cantidad de consultas médicas al cabo de un año (Siegel, 1990). Otro estudio realizado en el mismo país, también encontró asociaciones entre la tenencia de animales de compañía y mayores medidas de bienestar en un grupo de 209 adultos mayores (Krause-Parello & Gulick, 2014).

Al igual que con miembros humanos de las familias, se ha reportado que las mascotas también proveen beneficios psicológicos y sociales (Cohen, 2002). Por ejemplo, un estudio mostró que la tenencia de mascotas estaba asociada a menores sentimientos de soledad en mujeres que viven solas (Zasloff & Kidd, 1994). Otro estudio, realizado en Malasia, mostró que en un grupo de 116 estudiantes universitarios, los propietarios de perros tenían menores niveles de estrés percibido (Lee & Chai, 2015).

En adultos jóvenes universitarios (*n* = 356), un estudio evidenció la influencia de las mascotas en su desarrollo, mostrando que aquellos que habían tenido mascotas durante su infancia eran más empáticos, tenían mayor propensión a elegir carrearas ligadas a la ayuda, y estaban más orientados hacia valores sociales que aquellos que no habían tenido mascota durante su infancia (Vizek-Vidovic, Arambasic, Kerestes, Kuterovac-Jagodic, & Vlahovic-Stetic, 2001).

Desde los primeros años de la investigación humano-animal diversos estudios demostraron que la gente tiende a ser percibida más positivamente cuando está acompañada por una mascota que cuando está sola (Serpell, 1996b). Por ejemplo, se encontró que los perros exponían a las personas a encuentros con extraños en lugares públicos y facilitaba el establecimiento de confianza entre ellos (Robins, Sanders, & Cahill, 1991), dando lugar a un incremento en las interacciones sociales, principalmente con extraños (McNicholas & Collis, 2000). Un estudio encontró que personas en silla de ruedas recibían más saludos cuando

estaban acompañadas de sus perros de servicio que cuando estaban solas; así también registraron un incremento en las salidas nocturnas de estas personas luego de haber adquirido sus perros (Hart, Hart, & Bergin, 1987). Más recientemente un estudio realizado en Israel donde se solicitó a mujeres puntuar el atractivo de viñetas con la descripción de hombres, evidenció que la tenencia de perros de compañía incrementaba sus puntajes para relaciones a largo y corto plazo, especialmente para aquellos hombres con perfil más casual y menos comprometido, a partir de atenuar la percepción de sus estrategias de emparejamiento a corto plazo (Tifferet, Kruger, Bar-Lev, & Zeller, 2013). En Estados Unidos, un estudio realizado con 1,210 dueños de mascotas usuarios de una página de citas en línea, mostró que las mujeres tendían a mostrarse más atraídas a hombres que tenían mascotas, y que los hombres tendían a utilizar más a sus mascotas para conseguir una cita; en general, las mujeres tendían a basarse más en aspectos ligados a las mascotas para escoger a su potencial pareja, y el efecto de los perros era mayor que el de los gatos en la selección de parejas. Otro estudio realizado en Francia involucró a 160 transeúntes y mostró que un joven experimentador acompañado de su perro resultaba más exitoso para recibir ayuda y dinero de la gente, y para obtener el número de teléfono de mujeres jóvenes (Guéguen & Ciccotti, 2008), evidenciando también que el efecto de facilitación social no sólo se relacionaba con contactos no verbales o conversaciones superficiales sino también con la posibilidad de establecimiento de relaciones más cercanas. Esta facilitación social dependería en parte del tipo de animal. Por ejemplo, un estudio que evaluó el comportamiento de 1,800 extraños hacia una experimentadora en seis condiciones distintas, encontró que había recibido más atención en compañía de un perro, que de estímulos neutros como un osito de peluche o una planta, o en la condición control estando sola; pero que mientras estaba acompañada de un Rottweiler había recibido menor atención que acompañada de un Labrador adulto o de un cachorro (Wells, 2004).

Un estudio mixto realizado en Australia, que implicó 12 grupos focales y 339 participantes encuestados, también asoció la tenencia de mascotas positivamente con interacciones sociales, intercambios de favores, compromiso cívico, percepciones amistosas del vecindario y sentido de comunidad (Wood, Giles-Corti, Bulsara, & Bosch, 2007). En Inglaterra, un estudio sobre 193 entrevistas destacó particularmente a los perros como facilitadores para la creación de redes sociales, permitiendo a extraños establecer conversaciones y compartir actividades ligadas a los paseos del animal (Charles & Davies, 2008).

En adultos mayores que residían en instituciones geriátricas las intervenciones asistidas por perros se relacionaron con una mejoría en relación a estados de inactividad y habilidades sociales (Berry et al., 2012). Una experiencia realizada en Italia con 144 personas mayores, evidenció que luego de tres meses los participantes que habían recibido un canario de mascota había presentado una disminución significativa de síntomas depresivos, así como un incremento del bienestar psicológico, en comparación con el grupo que había recibido una planta y el grupo control que no había recibido nada (Colombo, Dello Buono, Smania, Raviola, & De Leo, 2006). Un estudio mostró que los residentes que habían recibido sesiones de terapia con perros (n = 30) evidenciaron una disminución significativa de sentimientos de soledad (Banks & Banks, 2002). Posteriormente los mismos autores realizaron un estudio similar donde compararon el efecto de estas intervenciones, en sesiones semanales de 30 minutos, a nivel grupal e individual, encontrando mayor disminución en sentimientos de soledad en los participantes que habían recibido sesiones individuales; los autores concluyeron que las visitas de los animales disminuían los sentimientos de soledad *per se*, y no a través de la facilitación de las interacciones con otros miembros del grupo (Banks & Banks, 2005). Un estudio observacional realizado con hombres residentes de un geriátrico (n = 36) mostró que la sola presencia de un perro se relacionaba con incrementos en la

socialización (Fick, 1993); así también en otra experiencia se encontró que los residentes que más se relacionaban con los animales de compañía habían desarrollado sentimientos de mayor pertenencia al lugar, mayor organización y mayor valoración de su rutina (Zarebski et al., 2000).

En pacientes psiquiátricos hospitalizados (*n* = 230) un estudio mostró que estos tenían menores niveles de ansiedad luego de una sesión de terapia asistida con perros, mientras que una sesión recreativa con perros sólo evidenció el mismo efecto para los pacientes con trastornos del estado de ánimo (Barker & Dawson, 1998). La exposición breve a la interacción con un perro de terapia se mostró efectiva para reducir el número de comportamientos de agitación en personas institucionalizadas con diagnóstico de enfermedad de Alzheimer, particularmente durante el *sundown*; además, esta intervención se asoció con un incremento en comportamientos de socialización entre estos pacientes (Churchill, Safaoui, McCabe, & Baun, 1999). Resultados similares se encontraron en este tipo de pacientes tras la incorporación permanente de un perro en una institución residencial, donde los pacientes evidenciaron una disminución en los problemas de comportamiento asociados a la enfermedad, que se sostuvieron al cabo de cuatro semanas (McCabe, Baun, Speich, & Agrawal, 2002). Otro estudio con personas con diagnóstico de Alzheimer que vivían en sus domiciliarios particulares también encontró que el grupo expuesto a animales de compañía evidenciaba menos episodios de agitación y agresión verbal; sin diferencias en deterioro cognitivo entre ambos grupos (Fritz, Farver, Kass, & Hart, 1995).

Las intervenciones asistidas por animales han sido relacionadas también con un incremento de la capacidad de percepción de emociones y empatía en un estudio realizado con adolescentes con dificultades emocionales (Jiménez, Hernández, & Ramírez, 2012). Un estudio realizado con 42 niños con trastornos del espectro autista encontró que la presencia de los perros se asociaba con una reducción de hasta un 58% en los niveles de cortisol al

despertar (Viau et al., 2010). Otro estudio también realizado con niños con diagnóstico de trastorno de espectro autista mostró que estos tenían mayores niveles de activación fisiológica frente a estresores, en comparación con niños sin este diagnóstico, tanto en las condiciones de lectura tranquila, lectura en voz alta en clase y juego libre con pares y juguetes, pero no así en la condición de juego libre con pares y animales (O'Haire, McKenzie, Beck, & Slaughter, 2015).

Un meta-análisis realizado con 49 estudios, todos los cuales incluían grupos control y tamaños de muestra adecuados, concluyó que las intervenciones con animales estaban asociadas consistentemente a importantes beneficios en personas con diagnósticos de trastornos del espectro autista y moderados efectos beneficiosos sobre medidas de ansiedad, depresión y conductuales (Nimer & Lundahl, 2007).

Wells (2007, 2009) realizó dos trabajos de revisión acerca de los efectos de la tenencia de perros de compañía y de macotas en general sobre la salud humana, donde destacó algunas de las debilidades en las investigaciones en el área como la escaza evidencia causal, pero sin embargo, concluyó que la evidencia permite sostener el valor profiláctico y terapéutico de los animales de compañía.

1.1.2 Efectos neutros y negativos.

El conjunto de trabajos sobre las relaciones entre tenencia de mascotas y salud arroja resultados inconsistentes, con algunos estudios que muestran profundos beneficios, algunos que no hallan efectos y otros que reportan consecuencias negativas en la salud entre quienes tienen mascotas comparados con quienes no las tienen (Siegel, 2011).

Parker et al. (2010) replicaron en Australia los estudios que evidenciaban mayor supervivencia luego de infartos en un grupo de 424 pacientes de una unidad coronaria. Los

autores encontraron que el grupo de pacientes que tenían mascotas tenían mayor probabilidad de morir o sufrir un nuevo infarto al cabo de un año; en este estudio la tenencia de mascotas de por sí no constituía un factor preventivo, y particularmente la tenencia de gatos mostraba un incremento del riesgo.

Paul y Serpell (1996) realizaron un estudio longitudinal con familias de niños entre 8 y 12 años (n = 27) durante un período de un año luego de haber adquirido un perro como mascota, comparándolo con un grupo similar que no había obtenido mascotas. Al cabo de un año el grupo de niños con perros evidenció más síntomas negativos en su salud (e.g., resfríos, alergias, dolores de cabeza). A su vez, esta investigación encontró que el grupo de niños con perros había sido más visitado por amigos, que sus familias habían compartido más actividades de tiempo libre, y que los niños más apegados a sus perros mostraban menos conductas de llanto y mayor seguridad.

Dos extensos estudios epidemiológicos mostraron también una asociación negativa entre la tenencia de mascotas y la salud. Uno de ellos fue realizado en Finlandia con una muestra representativa de 21,202 personas; este estudio encontró que el grupo de tenedores de mascotas de edad laboral mostraba menores niveles de salud percibida y mayor índice de masa corporal (Koivusilta & Ojanlatva, 2006). El otro estudio, realizado en Australia con 2,551 participantes, encontró que el grupo de tenedores de mascotas de entre 60 y 64 años mostraban peores indicadores de salud física y mental, y utilizaban más analgésicos (Parslow, Jorm, Christensen, Rodgers, & Jacomb, 2004).

Otros estudios mostraron una asociación nula entre salud y tenencia o presencia de mascotas. Straatman, Hanson, Endenburg y Mol (1997) no encontraron que la presencia de un perro amigable tuviera efecto en los niveles de presión sanguínea y ritmo cardíaco de estudiantes varones al realizar una tarea discursiva estresante. En Nueva Zelanda, Gilbey, McNicholas y Collis (2007) realizaron un estudio longitudinal, cuasiexperimental, con 151

participantes que habían visitado un centro de realojamiento o adopción de mascotas, y tampoco encontraron diferencias en el sentimiento de soledad en medidas previas y posteriores a la adquisición de una mascota; y en Australia, Simons, Simons, McCallum y Friedlander (2000) en un estudio cuasiexperimental prospectivo, que duró nueve años e involucró a 2,799 participantes, no encontraron que la tenencia de mascotas tuviera asociación con factores de riesgo cardiovascular y psicosocial —aunque sí estaba asociada con menos riesgo de hospitalización en mujeres.

1.1.3 Factores relacionales asociados.

Algunos autores han sugerido que parte de las inconsistencias respecto de los beneficios que aportan los animales de compañía a las personas podían resolverse considerando las características de la relación dueño-mascota en vez de simplemente la tenencia (e.g., Case, 1987; Poresky & Hendrix, 1990; Stallones, Marx, Garrity, & Johnson, 1990).

Un estudio realizado en Estados Unidos con 88 niños, donde se evaluó a través de sus padres sus niveles de empatía, encontró que mientras la sola presencia de la mascota en el hogar no estaba relacionada con la empatía, el vínculo establecido por estos niños y sus animales se asociaba positivamente con los niveles de empatía y competencia social de estos niños (Poresky & Hendrix, 1990).

Ory y Goldberg (1983) realizaron un estudio con mujeres mayores casadas (n = 1,073), donde encontraron que aquellas que estaban muy apegadas a sus mascotas y aquellas que no tenían mascotas tenían mayores puntajes de felicidad percibida que aquellas que tenían mascotas pero que estaban levemente apegadas a estas. Los autores destacaron la intensidad del apego a la mascota, por sobre la tenencia en sí misma, respecto de la

asociación con el bienestar. Más recientemente, Krause-Parello (2008) realizó un estudio con mujeres mayores (*n* = 159) a quienes evaluó en medidas de soledad, bienestar y apego a las mascotas como fuentes de apoyo. La autora encontró que la relación negativa entre soledad y salud global disminuía cuando se controlaba el apego a las mascotas como un mecanismo de afrontamiento. Años más tarde la autora realizó un nuevo estudio con mujeres mayores donde incluyó además medidas de depresión y apoyo social humano. La autora encontró que el apego a las mascotas como apoyo, pero no el apoyo social humano, influenciaban la relación entre soledad y ánimo depresivo, indicando la importancia del apego a las mascotas como una forma de apoyo para estas personas (Krause-Parello, 2012).

Colby y Sherman (2002) incorporaron el estilo de apego a la evaluación de la visita terapéutica de mascotas y el bienestar psicológico en un grupo de personas mayores institucionalizadas (*n* = 52). Los autores encontraron que las personas con estilo de apego seguro tendían a experimentar incrementos positivos en su estado anímico, al igual que las personas con estilo ansioso-ambivalente, quienes a su vez experimentaban una disminución significativa de síntomas depresivos. Sin embargo, las personas con estilo evitativo tendían a experimentar un incremento en los síntomas depresivos luego de las visitas. Los autores concluyeron que no todas las personas se beneficiarían de este tipo de programas, a la vez que destacaron la relevancia del estilo de apego respecto de las interacciones humano-mascota.

En Israel, Zilcha-Mano, Mikulincer y Shaver (2011, 2012) evidenciaron que las variaciones individuales en las orientaciones del apego hacia las mascotas podían moderar los efectos beneficiosos de la proximidad de la mascota para brindar sentimientos de seguridad al dueño durante la realización de una tarea estresante o una tarea de exploración. Por ejemplo, el estudio realizado en 2012, del cual participaron 285 dueños de perros o gatos, mostró que aquellos que obtenían puntajes bajos en apego evitativo hacia la mascota tendían a

experimentar una reducción en la presión sanguínea mientras realizaban una tarea estresante, sea que sus mascotas estuvieran presentes o bien que pensaran en ellas. Los autores sostuvieron que el apego seguro hacia la mascota resultaba significativo al momento de considerar la habilidad de esta para proveer apoyo y consuelo.

La relación entre la intensidad de apego emocional a la mascota, bienestar y salud se ha encontrado compleja y puede ser inconsistente entre distintos grupos poblacionales (Duvall Antonacopoulos & Pychyl, 2010; Garrity, Stallones, Marx, & Johnson, 1989; Stallones et al., 1990). Por ejemplo, en el estudio de Garrity et al. (1989) realizado con una muestra representativa de 1,232 sujetos estadounidenses mayores de 65 años, el apego al animal de compañía sólo estaba asociado con menores sentimientos de soledad entre aquellos que recientemente habían sufrido un importante evento vital negativo y quienes tenían pocos confidentes humanos. Stallones et al. (1990) realizaron en Estados Unidos otro estudio con muestra representativa de 1,300 personas mayores de 21 años. Los autores encontraron que ni la tenencia de mascotas ni el apego a estas estaban asociados con enfermedades, trastornos emocionales o cambios vitales negativos. Mientras la red humana de apoyo no mostraba relación con la tenencia de mascotas, sí estaba inversamente relacionada con el apego a la mascota en adultos jóvenes y de mediana edad, aunque no en los mayores. Los autores destacaron tanto el potencial rol negativo de un fuerte apego a las mascotas en ausencia de apoyos humanos, como la complejidad e inconsistencia de los resultados a través de los grupos etarios.

Aún más que la intensidad del apego, la compatibilidad entre dueño y mascota mostró una asociación con la salud mental de los propietarios. En el estudio realizado en Nueva Zelanda por Budge, Spicer, Jones y St. George (1998) con 176 dueños de perros o gatos, los participantes con mayores puntajes de compatibilidad psicológica y conductual con sus animales tendían a tener mayores puntajes de salud mental promedio y menos síntomas

físicos. Por otro lado, la intensidad del apego se asociaba positivamente con la salud mental del dueño, pero negativamente a la salud física del dueño.

Harker, Collis y McNicholas (2000) encuestaron 228 personas, algunas de la cuales estaban considerando adquirir una mascota (n = 84) y otras que no (n = 144), encontrando puntajes similares en escalas de satisfacción con el apoyo que percibían en sus redes sociales. Los autores concluyeron que, si bien las relaciones con animales son probablemente más beneficiosas para el bienestar de aquellas personas que no cuentan con una adecuada fuente humana de afecto y apego, la búsqueda de adquisición de una mascota no se relacionaba con deficiencias en la red de relaciones.

Estudiando un grupo de 40 adultos que habían sido abusados sexualmente durante su infancia, Barker, Barker, Dawson y Knisely (1997) encontraron retrospectivamente que siendo niños estos participantes habían tenido un intenso vínculo con sus mascotas, las cuales en algunos casos constituían el único ser vivo que había brindado apoyo durante la infancia. Estudiando hombres que padecían de SIDA, Siegel, Angulo, Detels, Wesch y Mullen (1999) encontraron que quienes tenían mascotas evidenciaban menores niveles de depresión; y que este efecto beneficioso ocurría principalmente entre quienes manifestaban contar con pocos confidentes.

Pocos estudios han indicado que las personas muy estrechamente ligadas a sus mascotas podrían tener menos contactos humanos (Johnson, Garrity, & Stallones, 1992; Stammbach & Turner, 1999). Haciendo referencia a estos, Cohen (2002) destacó que en ningún caso los investigadores indicaban si primero habría sido el apego a las mascotas o la red pequeña de familiares y amigos. Según la investigación de esta autora, si bien las personas que pasaban 16 horas al día o más con sus mascotas mostraban mayor intensidad en el vínculo con estas, pasar la mayor parte del día con una mascota no estaba relacionado con mayores puntuaciones en una escala que medía soledad; sin embargo, sí estaba relacionado

con mayor ansiedad social. Otras investigaciones tampoco encontraron que las personas se volvieran a sus mascotas a expensas de otras relaciones humanas por apoyo social (e.g., Cromer & Barlow, 2013; McConnell, Brown, Shoda, Stayton, & Martin, 2011).

McConnell et al. (2011) realizaron una compleja investigación que incluyó tres estudios. En el primero, compararon los puntajes de escalas de bienestar en un grupo de tenedores de mascotas (n = 167) y un grupo de no tenedores (n = 50), encontrando que los primeros tendían a tener mayor autoestima y a realizar más ejercicio. En el segundo estudio solicitaron a otros 56 dueños de perros, que además de las escalas de bienestar, completaran una escala que reflejaba la satisfacción de necesidades provistas por figuras de apoyo social humano y por su mascota; los autores encontraron que los dueños gozaban de mayor bienestar cuando sus perros podían cubrir mejor sus necesidades sociales, y que el apoyo provisto por las mascotas complementaba, en lugar de competir, con el brindado por apoyos humanos. Finalmente, en el tercer estudio, evaluaron la satisfacción de necesidades sociales de un grupo de participantes (n = 97) a quienes luego indujeron experimentalmente a experimentar sentimientos de rechazo social a partir de rememorar experiencias de rechazo y exclusión. Luego los participantes eran asignados al azar a una de las tres condiciones: (1) debían escribir por 5 minutos sobre su mejor amigo, (2) debían escribir sobre su mascota, o (3) debían dibujar un mapa, en la condición control. Por último, evaluaron nuevamente la satisfacción de necesidades sociales de los participantes. Las mascotas se mostraron tan efectivas como los mejores amigos para evitar los efectos negativos causados por el rechazo social. Los autores así concluyeron que las mascotas podían contribuir a la satisfacción de necesidades sociales independientemente de la calidad de apoyo social humano de las personas y que predecían mejores medidas de bienestar promedio en poblaciones no clínicas. Estos autores destacaron, además, que el apoyo provisto por las mascotas no competía, sino que más bien complementaba el apoyo brindado por otros humanos.

Las investigaciones desarrolladas por Zilcha-Mano et al. (2011, 2012) también aportaron evidencia sobre la hipótesis de complementariedad, en tanto los puntajes elevados respecto de inseguridades ligadas al apego en vínculos humanos también se asociaban con mayores puntajes en inseguridades en el vínculo con las mascotas, y no con una mayor expectativa de satisfacción de necesidades de seguridad no cubiertas en las relaciones humanas.

En relación a esta postura de complemento relacional más que compensación, recientemente Kanat-Maymon, Antebi y Zilcha-Mano (2016) evaluaron a 206 dueños israelitas de perros o gatos, y compararon el apoyo percibido sobre sus necesidades que les aportaban vínculos humanos y sus mascotas. Los autores encontraron que el apoyo percibido por las mascotas podía predecir significativamente los niveles de bienestar, pero no los niveles de trastornos psicológicos; a diferencia del apoyo humano que se asociaba negativamente a los niveles de trastornos psicológicos. El apoyo percibido por las mascotas y el apoyo percibido por humanos se asociaron positivamente. Los autores concluyeron que el apoyo percibido por las mascotas representaba una vía adicional hacia el bienestar, aunque sin relación con los trastornos psicológicos, y que la relación humano-mascota resultaba una fuente potencial de satisfacción de las necesidades de apoyo independiente de las fuentes humanas.

Allen, Blascovich, Tomaka y Kelsey (1991) sostuvieron tempranamente que las mascotas podían proveer apoyo social más afectivo que el provisto por otros humanos en tanto no emitían los juicios negativos que las personas a veces emiten. En su estudio evidenciaron experimentalmente que, al realizar una tarea estresante, un grupo de 45 mujeres mostró menores niveles de reactividad fisiológica y mejor desempeño en presencia de su perro, en comparación con situaciones en las cuales lo hacían en presencia de un amigo humano o solas. Así también los participantes del estudio de Allen et al. (2002) mostraron

menor reactividad y recuperación más rápida al realizar una tarea estresante en presencia de su mascota, perro o gato, en comparación con la presencia de su cónyuge.

1.2 La relación humano-animal de compañía

A pesar del impacto que los animales tienen en la vida de los humanos, y viceversa, la psicología apenas ha abordado el tema de las relaciones humano-animal como un importante domino de la actividad humana (Amiot & Bastian, 2015). Las actitudes, comportamientos y relaciones con otras especies se encuentran entre los temas que la mayor parte de la gente halla fascinante, aunque los psicólogos prácticamente han ignorado (Herzog, 2012).

Las investigaciones en antrozoología han incluido la influencia de las relaciones humano-animal en los procesos evolutivos y de desarrollo, la influencia de factores culturales en las actitudes hacia los animales, las diferencias de género en las interacciones humano-animal, el apego humano-animal, los roles de las mascotas como miembros de las familias y las respuestas neuroendócrinas en las interacciones humano-animal, entre otros temas (ver Amiot & Bastian, 2015; Díaz Videla, Olarte, & Camacho, 2015).

A continuación, se presentan los estudios sobre la relación humano-animal de compañía agrupados de acuerdo a su nivel de análisis. Se comienza con los trabajos que han considerado aspectos culturales y diferencias grupales e individuales en los comportamientos hacia los animales. Luego, se exponen las investigaciones que han abordado aspectos cognitivos ligados al antropomorfismo del animal y aspectos emocionales ligados al apego humano-animal. Finalmente, se presentan los trabajos que han evaluado las respuestas neuroendócrinas en la relación humano-perro.

1.2.1 Influencia de factores culturales, grupales e individuales.

Un estudio cuasiexperimental realizado en Alemania, Estados Unidos y Japón con un total de 5,091 participantes evidenció que en los tres países las personas mostraban interés y aprecio por animales individuales, pero que sin embargo en Alemania los participantes tenían puntajes marcadamente superiores en cuanto a actitudes naturalistas, ecologistas y moralistas, y más bajos en utilitarismo y dominancia, en comparación con los participantes de Japón. Estados Unidos se mostró algo paradójico al evidenciar gran afecto y preocupación por proteger a los animales, mientras que a su vez mostró considerable indiferencia y perspectivas muy pragmáticas (Kellert, 1993).

Gray y Young (2011) realizaron un estudio descriptivo sobre la tenencia de mascotas en 60 culturas. Encontraron que los perros eran las mascotas más frecuentes, y aunque las personas vivían con perros en 53 culturas, sólo eran considerados mascotas en 22 de ellas. Incluso en esas culturas los perros tendían a ser mantenidos principalmente por motivos utilitarios, desempeñando funciones durante la caza, pastoreo, carga, removiendo plagas y desechos, así como también a modo de artículos de juego, principalmente siendo cachorros. Sólo en 7 culturas los perros eran alimentados adecuadamente y tenían permitido ingresar a las casas. La alimentación, los hábitos ligados al dormir y las interacciones positivas y negativas variaban de acuerdo a las culturas y las mascotas. Perros, gatos, pájaros y otros animales se mataban frecuentemente —y a veces eran comidos— y los perros eran sometidos a abuso físico con frecuencia. Los autores concluyeron que el estilo de relación que las personas tienen hoy con sus mascotas en Europa y Estados Unidos es culturalmente anómalo.

En las sociedades occidentales se ha destacado la influencia que los animales de compañía desempeñan en la vida de los niños, encontrando que tanto la tenencia en sí misma, como el tipo de mascota elegidos durante la adultez se asociaban fuertemente con la historia

de tenencia de mascotas durante la infancia (Schvaneveldt, Young, Schvaneveldt, & Kivett, 2001). Un estudio realizado con 900 adultos encontró que quienes habían tenido mascotas durante su infancia tendían a estar más apegados emocionalmente a sus mascotas durante la adultez (Kidd & Kidd, 1989). Algunos estudios destacaron a su vez la importancia de los procesos de modelado, evidenciando, por ejemplo, que para el 72% de los estudiantes de veterinaria estadounidenses encuestados (n = 329) sus padres y sus mascotas habían influido en el desarrollo de sus valores en relación a los animales (Serpell, 2005). Un cuasiexperimento en Estados Unidos evidenció que para un grupo de 63 adolescentes que se desempeñaban como voluntarios en programas de educación sobre la vida silvestre, las experiencias tempranas con los padres actuando como modelos al interactuar positivamente con sus mascotas habían ejercido notoria influencia sobre ellos (Kidd & Kidd, 1997). En el sentido contrario, dos estudios cuasiexperimentales y correlacionales retrospectivos desarrollados en Estados Unidos con estudiantes universitarios mostraron que las experiencias de maltrato infantil y violencia doméstica se asociaban con haber sido testigos o perpetuado crueldad hacia animales (DeGue & DiLillo, 2008), y que haberse criado en hogares donde se descuidaba o maltrataba animales se asociaba con una tendencia a mostrar más aceptación hacia el maltrato animal (Raupp, 1999).

Las diferencias de género también fueron estudiadas en relación a los animales. En la mayoría de las sociedades occidentales, las mujeres parecen exhibir más respuestas de afecto positivo hacia los animales y a estar más preocupadas por su bienestar que los hombres (Serpell, 2011). Algunos estudios encontraron, por ejemplo, que de un grupo de estudiantes universitarios ingleses (n = 229) y japoneses (n = 212), las mujeres de ambos países tendían a considerarse más como pares de los perros y a oponerse más a la eutanasia (Miura, Bradshaw, & Tanida, 2000); que las mujeres tenían actitudes más empáticas hacia los animales y los hombres actitudes más utilitaristas, aunque esto sólo se manifestaba en áreas

rurales y no en urbanas (Hills, 1993); o que al comparar las perspectivas de un grupo de adultos (*n* = 422) sobre la explotación de animales, las mujeres tendían a manifestar mayor desaprobación hacia la utilización de animales cuando estos resultan dañados como en la cacería o las peleas (Wells & Hepper, 1997).

Aun así, algunos estudios no encontraron que hubiera diferencias de género en la interacción con las mascotas. Se encontró que, de acuerdo a la percepción de los padres respecto de las interacciones de un grupo de 707 niños con sus mascotas, tanto niños como niñas mostraban igual grado de interés hacia los animales de compañía (Melson & Fogel, 1996). Un estudio observó las interacciones y evaluó la intensidad de apego de un grupo de 25 dueños y sus perros; los autores encontraron que, si bien las mujeres tendían a hablar a sus perros más que los hombres y que tenían menor latencia para empezar a hablar, no había diferencias de género respecto de comportamientos afiliativos, de juego, caricias, ni tampoco en los puntajes en las escalas de intensidad de apego (Prato-Previde, Fallani, & Valsecchi, 2006). Mallon (1993) observó los comportamientos de hombres (n = 20) y mujeres (n = 20) al interactuar con sus perros en la sala de espera de una clínica veterinaria en Nueva York. El autor encontró que cuatro mujeres y ningún hombre tenían a su perro con abrigo, y que las mujeres tenían una leve tendencia mayor a hablarles y alzarlos en comparación con los hombres; esto a su vez se asociaba con que los perros de las mujeres tendían a ser más pequeños. Sin embargo, el autor no encontró diferencia en la frecuencia, cantidad y tipos de contactos físicos hacia los perros, incluyendo en igual medida comportamientos afectivos y de búsqueda de alivio del animal como caricias y masajes. Herzog (2007) realizó una revisión de los trabajos publicados acerca de las diferencias de género en diversas áreas de la interacción humano-animal, incluyendo el apego a las mascotas, el proteccionismo, la cacería, la explotación animal y la zoofilia. El autor encontró que las mismas resultaban muy poco significativas en cuanto a las interacciones habituales, como por ejemplo en cuanto al

apego emocional a los animales de compañía, mostrando que mayormente había una superposición considerable en la mayoría de las áreas, con más variación dentro del mismo sexo que entre sexos. Sin embargo, encontró una marcada diferencia respecto a los comportamientos más extremos: El abuso hacia los animales estaba fuertemente asociado a los hombres, mientras que el activismo en defensa de los animales más asociado a las mujeres.

En relación a los animales en general, los adultos jóvenes tienden a exhibir sentimientos más positivos, en comparación con adultos mayores (Serpell, 2011). En el estudio de Kellert (1993), los adultos jóvenes tendían significativamente a expresar más interés, afecto y preocupación por los animales en comparación con otros grupos etarios, especialmente los adultos mayores —a excepción de Japón donde no había diferencia significativa entre los grupos etarios respecto a actitudes moralistas y ecológicas. En el estudio de Dotson y Hyatt (2008) los participantes más jóvenes tendían a obtener puntajes más altos en los distintos aspectos de la relación con sus perros, mientras que los mayores tenían los puntajes más bajos. Los autores consideraron que podía deberse a una mayor apertura a la conexión entre especies y a una mayor flexibilidad en sus estilos de vida en los más jóvenes. Sin embargo, en un estudio posterior no encontraron que la edad afectara significativamente la relación (Boya, Dotson, & Hyatt, 2012). En los trabajos realizados por Zilcha-Mano et al. (2012) no se encontraron relaciones significativas entre el tipo de apego a la mascota y la edad de los participantes, así como tampoco diferencias respecto del tipo de apego en función del sexo del dueño.

El nivel socioeconómico ha sido asociado con las actitudes hacia los animales. Por ejemplo, Hesterverg, Huertas y Appleby (2012) realizaron un estudio con una muestra de 1,882 dueños de mascotas en áreas urbanas de Colombia, Costa Rica y Méjico acerca de sus actitudes hacia sus animales durante catástrofes. Los autores encontraron que entre las

personas de niveles socioeconómicos más bajos era menos probable que llevaran a sus animales al veterinario, que lo vacunaran o que le colocaran algún tipo de identificación, y que a la vez, era más probable que abandonaran a sus animales durante una evacuación. En el estudio de Kellert (1993), tener formación universitaria se relacionó con una mayor tendencia a expresar valoración, interés y preocupación por los animales, particularmente en comparación con quienes habían recibido menos educación formal. Estrictamente respecto de los perros, Dotson y Hyatt (2008) encontraron que haber sido expuesto a formación universitaria se relacionaba con mayor tendencia a considerar a sus perros como compañeros y menos como mascotas que se poseen.

Algunos estudios han encontraron también que el conservadurismo religioso se ligaba a actitudes más materialistas y menos afectivas hacia los animales (Serpell, 2011). Estudios correlaciónales desarrollados con estudiantes universitarios mostraron que, en comparación con personas menos religiosas, las personas más fundamentalistas mostraban menor apoyo hacia los derechos de los animales (n = 82; DeLeeuw, Galen, Aebersold, & Stanton, 2007), menor interés ambiental (n = 2,160; Schultz, Zelezny, & Dalrymple, 2000) y mayor tendencia al antropocentrismo (n = 144; Snodgrass & Gates, 1998).

Las investigaciones que han intentado diferenciar las características de personalidad de los tenedores de animales de compañía han encontrado resultados contradictorios: mostraron que los propietarios de mascotas tenían puntajes más bajos en Neuroticismo (Paden-Levy, 1985), más altos en aspectos ligados a Responsabilidad (Kidd & Feldmann, 1981) y Extraversión (Joubert, 1987), mientras que otras investigaciones no encontraron ninguna diferencia (Cameron & Mattson, 1972; Johnson & Rule, 1991). De un modo similar, los estudios acerca de posibles diferencias de personalidad entre tenedores de perros y gatos tampoco aportaron evidencia clara (Enmarker, Hellzén, Ekker, & Berg, 2013; Gosling, Sandy, & Potter, 2010; Lustig & Cramer, 2015; Reevy & Delgado, 2015). Podberscek y

Gosling (2000) realizaron un meta-análisis con los 12 trabajos principales sobre la temática y concluyeron que no hay evidencias que permitan concluir que propietarios y no propietarios, así como que los propietarios de un particular tipo de mascota en comparación con los propietarios de otra, difieran significativamente en términos de su personalidad.

Sin embargo, se han encontrado algunas asociaciones entre las características de personalidad del tenedor y algunos aspectos de la relación con sus perros. Por ejemplo, un estudio realizado en Viena con 22 dueños y sus perros, mostró que los propietarios con puntajes más elevados en Neuroticismo tendían más a considerar a sus perros como fuentes de apoyo social y a pasar más tiempo con ellos, que estos perros evidenciaban menores niveles de cortisol en reposo, y que estas díadas eran las menos exitosas al realizar tareas en conjunto. Los dueños con mayores puntajes en Extraversión tendían a apreciar más las actividades compartidas con sus perros, los cuales tenían niveles de cortisol en reposo más elevados (Kotrschal, Schöberl, Bauer, Thibeaut, & Wedl, 2009). Kis, Turcsán, Miklósi y Gácsi (2012), también en Viena, evaluaron las interacciones entre un grupo de dueños y sus perros (n = 78) en presencia de extraños, así como la personalidad del dueño. Las interacciones implicaban dar la orden de sentarse y que el extraño mostrara una pelota al perro mientras este era refrenado. Los dueños que puntuaban más alto en Neuroticismo y en Apertura a la Experiencia tendían a utilizar más comandos (verbales y gestuales) al pedirle al perro que se sentara, y los perros de los primeros pasaban más tiempo observando al extraño. Los dueños con mayores puntajes en Extraversión tendían a elogiar más a sus perros, los cuales tardaban más en mirar al extraño; y los perros de dueños con mayores puntajes en Amabilidad tendían a pasar más tiempo mirando la pelota. Los autores concluyeron que algunos aspectos de la personalidad de los dueños estarían relacionados con las inquietudes atencionales de los perros.

En tanto las interacciones con los animales de compañía típicamente ocurren en el contexto familiar, el lugar de los animales en las relaciones familiares ha recibido considerable atención (Sanders, 2003). Una de las investigaciones pioneras respecto a los animales de compañía en las familias humanas fue realizada en Estados Unidos por Albert y Bulcroft en 1988, donde encuestaron telefónicamente a 320 dueños y 116 no dueños de mascotas. Los autores encontraron una relación entre el estadio del ciclo de vida familiar y las actitudes hacia las mascotas, con mayor apego hacia los animales entre los recién casados y quienes estaban en la etapa de nido vacío, así como entre personas que viven solas y viudos. A su vez, se encontró un apego particularmente bajo en familias con niños muy pequeños, así como en familias con niños en edad preescolar, escolar y adolescentes. Esto contrastó con el hallazgo de que las familias con niños en edad escolar y adolescentes eran más propensas a adquirir mascotas.

Bonas, McNicholas y Collis (2000) evaluaron similitudes y diferencias entre 500 relaciones diádicas establecidas por 90 personas: 256 relaciones humano-humano y 244 relaciones humano-mascota. Se examinó la provisión percibida de las relaciones, la cual fue evaluada comprendiendo características relacionales como la compañía, la ayuda instrumental, brindar y recibir afecto, conflictos, poder relativo, etc. Los autores encontraron una correlación positiva entre el monto de percepción de provisiones relacionales en ambos tipos de relaciones; que la percepción de provisiones relacionales de las relaciones humano-humano era en promedio mayor; y que las características de las provisiones en ambos tipos de relaciones eran similares. En este estudio se encontró que las personas que vivían en hogares sin niños tendían a informar mayor nivel de provisiones relacionales recibidas de sus perros.

Cohen (2002) evaluó el rol de las mascotas en el sistema familiar a partir de la administración de cuestionarios a 201 clientes de una veterinaria en Nueva York

seleccionados al azar. La autora no encontró que tener un hijo, viviera este o no con los encuestados, o vivir en pareja tuviera impacto sobre la intensidad de la relación con la mascota; así como tampoco la edad de los participantes, ni la cantidad de personas en el hogar. Ser hombre y graduado universitario sí estuvo asociado con menores sentimientos de afinidad e intimidad, aunque tanto hacia las mascotas como hacia otras personas.

En el intento de comparar la intensidad del apego de distintos grupos demográficos hacia sus mascotas, Reid y Anderson (2009) evaluaron una muestra de 592 estadounidenses dueños de perros de compañía. Los autores encontraron que las mujeres tenían un apego más intenso a sus perros que los hombres y que los solteros eran quienes mostraban los menores niveles de apego, mientras que las personas retiradas laboralmente eran quienes mostraban los mayores.

Netting et al. (2013) realizaron un estudio correlacional en Estados Unidos, donde evaluaron a 75 dueños de perros clientes de una veterinaria, respecto de la intensidad del apego a su animal, el grado de apoyo social percibido (tanto humano como animal) y algunas medidas de salud global. Los resultados evidenciaron que los adultos jóvenes tenían mayor intensidad de apego hacia el animal que los adultos mayores, y menor apoyo social humano. Los autores destacaron que los participantes de su estudio consideraban a sus perros como parte de sus familias y que se orientaban hacia sus perros en busca de apoyo social en términos de afecto e interacción a pesar de la edad que tuvieran.

En estados Unidos, Dotson y Hyatt (2008) realizaron grupos focales con dueños de perros donde identificaron aspectos importantes de la relación, a partir de los cuales encuestaron a 749 dueños acerca de las interacciones con sus perros. Luego de un análisis factorial, los autores identificaron siete aspectos comprendidos en la tenencia de perros de compañía. Estos fueron: (1) Relación simbiótica, describiendo aspectos mutuamente beneficiosos de la relación; (2) Autoconcepto orientado hacia el perro, referido a la

importancia del perro en el autoconcepto del dueño; (3) Antropomorfismo, ligado a la percepción del perro más como persona y menos como animal; (4) Actividad/juventud, referido al incremento en los niveles de actividad de las personas debido a la tenencia del perro; (5) Límites, ligado a la permisividad hacia el perro; (6) Compras Especiales, de productos para perro; y (7) Voluntad de Adaptación, y acomodarse al perro. Los autores encontraron que las mujeres tendían a establecer relaciones más intensas con sus perros, como así también las personas más jóvenes y las que habían recibido en alguna medida educación universitaria. El estado civil de los dueños de los perros prácticamente no afectaba la relación. En este estudio los participantes que no tenían hijos tendían a realizar más actividades con sus perros, a ligar su autoconcepto a estos y a realizar más compras para sus perros; mientras que los que tenían hijos tendían a ser más permisivos con sus perros en el hogar. Estos autores también encontraron que a mayor cantidad de tiempo de la tenencia de un perro, la relación tendía a ser más pronunciada, con mayor tendencia al antropomorfismo, mayor flexibilidad para adaptarse al perro y mayor percepción de beneficios. Que el perro fuera de raza se relacionó con mayor adaptación del dueño, mayor permisividad en la casa y un autoconcepto más ligado al perro.

En un estudio posterior (Boya et al., 2012), los autores no encontraron diferencias a partir de la edad, nivel de ingresos, nivel educativo y estado civil de los dueños en la relación con sus perros. En este segundo estudio se realizaron 75 entrevistas a dueños de perros fuertemente comprometidos, sobre las cuales se confeccionó un cuestionario que se administró a 745 dueños de perros, con el objetivo de evaluar las características del vínculo humano-perro en relación a los hábitos de consumo de productos para mascotas. A partir del análisis factorial en este estudio se identificaron los siguientes aspectos de la relación: (1) Estilo de vida orientado hacia el perro, incluyendo aspectos relacionados con la influencia en el autoconcepto y la voluntad de adaptación; (2) Antropomorfismo; (3) Estructura y

Disciplina, reflejando el efecto de la tenencia del perro en la disciplina del dueño y del perro; (4) Orientación a la utilidad del perro, para protección; (5) Compañía/límites, relacionado a la permisividad y el disfrute de la proximidad física del perro; y (6) Apariencia, referido al valor otorgado al aspecto del perro.

En su conjunto, los estudios muestran que transculturalmente los perros son las mascotas más frecuentes —aunque no de manera universal— y que las experiencias tempranas con perros se asocian con su tenencia y el tipo de relación que se establecerá con estos en la adultez. Por otro lado, si bien no habría diferencias de género en las interacciones habituales con los perros, las mujeres tienden a ser más empáticas y afectivas con estos. La menor edad y el mayor nivel educativo también han sido asociados con actitudes más favorables y relaciones de mayor intensidad con los perros. La personalidad de los custodios ha sido asociada con determinadas interacciones, aunque no con la calidad de la relación, ni tampoco con la tenencia en sí misma de animales de compañía.

La evidencia respecto a la influencia de la configuración familiar tiende a informar relaciones más intensas custodio-perro cuando no hay niños en el hogar, aunque algunos estudios no encontraron esta diferencia. Esta asociación llevó a algunos autores (e.g., Albert y Bulcroft; Shir-Vertesh, 2012) a destacar en los animales de compañía un rol de sustitución de vínculos humanos ausentes, principalmente de niños.

1.2.2 Antropomorfismo del animal de compañía.

El antropomorfismo de los animales de compañía ha sido considerado en la literatura a partir de la atribución de emociones y motivaciones humanas, como así también de la inclusión de estos animales en la esfera humana a partir de prácticas o rituales.

Wilkins, McCrae y McBride (2015) evaluaron la atribución de emociones primarias y secundarias hacia distintas especies de animales realizada por un grupo de personas en Inglaterra (*n* = 347). Los autores encontraron que las personas tendían a atribuir emociones de acuerdo a la categoría funcional que los animales ocupaban y a una inadecuada jerarquía lineal de las especies, con los mamíferos recibiendo más atribuciones, seguidos por las aves, reptiles, peces e invertebrados. Los perros, seguidos por los gatos y los caballos, recibieron mayor porcentaje de atribución emocional. Los autores concluyeron que la familiaridad con las especies que se configuran como mascotas facilitaría la atribución emocional. Los resultados fueron consistentes con los encontrados previamente por Morris, Knight y Lesley (2012), quienes evaluaron la familiaridad con especies y la atribución de capacidad de experimentar emociones en 200 participantes. Los autores encontraron que los dueños de mascotas atribuían más emociones a especies de animales que se configuran como mascotas, especialmente hacia las especies que ellos habían tenido previamente o tenían en ese momento.

En Hungría, Konok, Nagy y Miklósi (2015) evaluaron la atribución de emociones en un grupo de dueños de perros (*n* = 208). Los participantes indicaron reconocer un amplio rango de emociones en sus perros, atribuyendo más emociones primarias que secundarias, las cuales de todas formas, refirieron ser reconocidas en elevado porcentaje (58.4%). Mientras los participantes indicaron reconocer un promedio de 72.9% de emociones en sus perros, refirieron que sus perros reconocerían en ellos 51.3%. Los autores sugirieron que las personas se representan las emociones de los perros de un modo similar a sus propias emociones; y que estas similitudes pueden ser el resultado de un mero antropomorfismo, pero que otros factores como las homologías entre especies, la domesticación o *ritualizaciones* en la ontogenia también pueden desempeñar un rol importante.

Epley, Akalis, Waytz y Cacioppo (2008) indujeron a otro grupo de participantes (*n* = 57) a experimentar soledad, miedo o sentimientos más neutrales en la condición control, a partir de empatizar con el protagonista de determinados videos que debían mirar. Los resultados mostraron que los sentimientos de soledad, pero no de miedo y neutrales, inducían a los participantes a atribuir más características antropomórficas, sobre todo aquellas ligadas a mayor conexión social, a animales de compañía que hayan tenido o conocido. Los autores concluyeron que la desconexión social inducía a la creación de agentes de apoyo social parecido al humano, mientras que la conexión social disminuía la motivación para hacerlo.

Los mismos autores realizaron otro estudio donde solicitaron a estudiantes universitarios completar una escala de soledad y otra con 14 rasgos sobre los que debían puntuar a su mascota (*n* = 166; nótese que 96% de los participantes no vivían con sus mascotas en ese momento). La escala incluía rasgos antropomórficos ligados a mayor conexión social (e.g., considerado, empático), rasgos antropomórficos no ligados a mayor conexión social (e.g., astuto, celoso) y otras descripciones comportamentales (e.g., ágil, temeroso). Se halló que las personas que se sentían más solas tendían a puntuar más alto en rasgos antropomórficos ligados a la posibilidad de brindar apoyo social, pero no en las otras dos categorías de rasgos. Los autores evaluaron un nuevo grupo de personas (*n* = 132) respecto de su tendencia al antropomorfismo en relación a su necesidad de control, y encontraron que los participantes con mayor disposición de control tendían a obtener mayores puntajes de antropomorfismo, los cuales a su vez se asociaban a animales que mostraban comportamientos más impredecibles. Los autores concluyeron que tanto las motivaciones sociales como las ligadas a la eficacia constituían dos factores que determinaban la tendencia al antropomorfismo (Epley, Waytz, Akalis, & Cacioppo, 2008).

El estudio de McConnell et al. (2011) evaluó también los niveles de antropomorfismo de las mascotas, a partir de la atribución de emociones y rasgos característicamente humanos

(e.g., pensativo, empático, considerado). En su primer estudio, encontraron que los dueños (*n* = 167) tendían a mayor antropomorfismo respecto de sus mascotas a partir de atribuirles emociones ligadas a la conexión social, y que la tendencia al antropomorfismo se relacionaba con una mayor proximidad hacia el animal y una percepción de mayor apoyo por parte de este, mientras que no se relacionaba con el monto de apoyo derivado de la pareja, los hermanos o el mejor amigo. La tendencia al antropomorfismo se asoció con mayores puntajes en una escala de depresión y menores puntajes en una escala de felicidad, pero no se asoció significativamente a sentimientos de soledad. En el segundo estudio, realizado con 56 dueños de perros, los autores utilizaron una medida más comprehensiva, la satisfacción de necesidades sociales recibida desde la mascota, y esta produjo una intensa relación con la tendencia al antropomorfismo del perro. Los autores concluyeron que las personas tendían a mayor antropomorfismo de sus animales cuando estos satisfacían más intensamente sus necesidades sociales.

Boya et al. (2012) y Dotson y Hyatt (2008) evaluaron la tendencia de los dueños al antropomorfismo de sus perros de compañía a partir de determinados comportamientos interactivos con los animales, los cuales incluían incorporarlo en rituales familiares como celebrarle el cumpleaños, o bien considerarlo como una persona o un hijo. Dotson y Hyatt (2008) encontraron que las personas mayores de 65 años tendían a tener menores niveles de antropomorfismo, mientras que el tiempo de antigüedad en la tenencia del perro se relacionaba positivamente con la tendencia al antropomorfismo. Boya et al. (2012) encontraron que las personas más apegadas emocionalmente a sus perros tendían a atribuirles más características humanas.

En suma, los estudios muestran que la familiaridad con los animales de compañía facilita la atribución de emociones similares a las humanas. Además, hay evidencias respecto de que la tendencia al antropomorfismo se ve favorecida por la necesidad de control, los

sentimientos de soledad, la satisfacción del animal de necesidades sociales y el apego emocional al animal.

1.2.3 Apego humano-animal de compañía.

Un concepto que se ha estudiado en relación a la tenencia de animales de compañía es el de *apego*. Un apego intenso hacia el animal de compañía tendría consecuencias para ambos. Por ejemplo, se ha relacionado con mayor satisfacción con el comportamiento del animal (Serpell, 1996a) y menor probabilidad de abandono de mascotas en evacuaciones (Heath, Beck, Kass, & Glickman, 2001; Heath, Voeks, & Glickman, 2001), así como también con mayor salud mental de los propietarios (Budge et al., 1998). Sin embargo, la utilización del término *apego* en la relación humano-animal de compañía ha dado lugar a desacuerdos, generando debates teóricos e investigaciones para fundamentar las posiciones en torno a la discusión acerca de si el concepto de apego es equivalente en una díada humano-humano y humano-animal (Hosey & Melfi, 2014).

Topál, Miklósi, Csányi y Dóka (1998) realizaron una adaptación del procedimiento denominado la Situación Extraña (*Strange Situation*; Ainsworth, 1969) con el que evaluaron la relación de 51 pares de humanos y sus perros. Los autores encontraron que los perros exploraban y jugaban más en presencia de su dueño que en presencia de un extraño; y que además, los perros recibían a sus dueños con más entusiasmo que a los extraños durante los episodios de reencuentro. Los autores concluyeron que en tanto los fenómenos comportamentales observados resultaban similares a los descritos en interacciones madre-hijo, la relación del perro con el humano resultaba análoga a los comportamientos de apego hijo-padre y chimpancés-humano.

Posteriormente, y con el propósito de realizar una evaluación más detallada, Prato-Previde, Custance, Spiezio y Sabatini (2003) también utilizaron la Situación Extraña para observar díadas dueño-perro (n = 38) en Italia. Un efecto de *base segura* se observó en el hecho de que los perros tendían a aceptar jugar con el extraño presente en la habitación en mayor medida estando en presencia de su dueño. También tendían a explorar más en su presencia, pero los autores consideraron que esto podía deberse a una disminución de la curiosidad a lo largo del experimento. A su vez, los perros exhibieron un amplio rango de comportamientos de apego como la búsqueda y mantenimiento de proximidad cuando eran separados de los dueños, incluyendo seguir, rascar y saltar junto a la puerta de salida de la habitación, mantenerse orientados hacia esta puerta o hacia la silla vacía del dueño, así como vocalizaciones. Los perros también tendían a recibir a sus dueños con más entusiasmo y por más tiempo en comparación que los extraños, al ser reunidos. Los autores concluyeron que si bien el comportamiento observado en estos perros resultaba muy similar al observado previamente en niños y chimpancés, dando claras evidencias de la existencia de un vínculo afectivo, la mantención constante del orden de presentación de los estímulos inherente a la versión original del procedimiento hacían que la evidencia no fuera concluyente para afirmar la existencia de un vínculo de apego humano-perro.

Palmer y Custance (2008) contrabalancearon el procedimiento incluyendo una segunda condición en la que el orden de presentación del dueño y del extraño era contrarrestado, evaluando así a 38 pares dueño-perro asignados al azar a estas dos condiciones. Los autores observaron comportamientos identificados como indicadores de base segura en tanto los perros exploraron, permanecieron pasivos, jugaron solos o con el extraño más cuando se encontraban en presencia del dueño, que cuando eran dejados con el extraño o solos. De este modo, los autores concluyeron que la evidencia era consistente con la hipótesis de que el vínculo humano-perro constituía un vínculo de apego.

Endenburg (1995) realizó una investigación en Países Bajos de la que participaron 471 dueños de mascotas y 400 no dueños, para examinar las características del apego entre humanos y animales, y determinar el grado en que ese apego corresponde con el apego mutuo entre personas. El autor encontró que mientras los participantes tendían a manifestar un mayor nivel de apego hacia perros y gatos, en comparación con otros animales, la magnitud de las desviaciones para estas dos especies resultaba entre la mitad y dos tercios de la media. El autor concluyó que, en comparación con los vínculos interpersonales, el apego hacia las mascotas resultaba débil.

Crawford, Worsham y Swinehart (2006) estudiaron las similitudes y diferencias entre la teoría del apego tradicional y las medidas de apego humano-animal de compañía que se estaban utilizando en la literatura sobre el tema, a partir de revisar 41 artículos. Los autores propusieron que el término *apego* aplicado a las relaciones humano-animal de compañía en las investigaciones realizadas compartían aspectos de la tradicional teoría del apego, pero que era impreciso. El fenómeno de base segura fue encontrado en la relación humano-animal de compañía, mientras que para los autores el vínculo emocional, la búsqueda de proximidad y el ajuste, no necesariamente se correspondían con los conceptos utilizados en la teoría del apego.

Beck y Madresh (2008) encontraron que las mascotas se configuraban como una fuente consistente de apego seguro. Los autores compararon informes de dueños de perros o gatos (n = 187) acerca de la relación establecida con sus mascotas y con sus parejas románticas a partir de la adaptación de escalas que evaluaban distintas dimensiones de apego en vínculos interpersonales. Los autores sólo encontraron asociaciones débiles entre los estilos relacionales establecidos con parejas y mascotas, por lo que indicaron que ambos tipos de relaciones estarían basados en diferentes modelos operativos. A su vez, los participantes

tendían a experimentar más seguridad en sus relaciones con sus animales que en sus relaciones con sus parejas.

Zilcha-Mano et al. (2011) desarrollaron una compleja investigación en Israel de la que participaron 961 dueños de mascotas, y que constó de cinco estudios donde evaluaron la relación humano-mascota desde el enfoque de la teoría del apego de Bowlby (1969/1998). Inicialmente desarrollaron el Pet Attachment Questionnarie (PAQ), un cuestionario que evalúa el apego ansioso y evitativo en el vínculo con las mascotas, para luego evaluar sus asociaciones con los patrones de apego en relaciones humanas, su relación con expectativas implícitas y explícitas respecto de las mascotas, y con las reacciones frente a la muerte de la mascota. Los autores encontraron que las diferencias entre apego ansioso y evitativo también se manifestaban en el apego hacia las mascotas, y que el tipo de apego hacia la mascota predecía las expectativas sobre la mascota y las reacciones emocionales frente a su muerte. Los autores conceptualizaron así la relación humano-mascota como un vínculo de apego y resaltaron que las diferencias en el tipo de apego hacia las mascotas resultaban constructos valiosos para entender el modo en que dueño y mascota se relacionaban.

Estos autores desarrollaron luego una nueva investigación (Zilcha-Mano et al., 2012) que comprendió dos estudios donde evaluaron el grado en que las mascotas podían funcionar como figuras de apego. En el primer estudio, 165 dueños de perros o gatos realizaron una tarea de exploración de logros, donde debían evaluar el número de logros vitales generados y su autoconfianza en la consecución de logros. En un segundo estudio, 120 dueños de perros o gatos realizaron una tarea cognitiva muy compleja, presumiblemente estresante y frustrante, mientras se evaluaba su presión arterial. En ambos estudios los participantes fueron divididos en tres condiciones en las que realizaron las tareas: presencia física de la mascota, presencia cognitiva de la mascota y no presencia de la mascota. En comparación con la no presencia, las otras dos condiciones incrementaron el número de logros vitales generados, la

autoconfianza en la consecución de logros y la disminución de la presión arterial frente a la tarea estresante. Los autores concluyeron confirmando la habilidad de las mascotas para proveer refugio seguro y base segura, así como para moderar las inseguridades ligadas al apego, destacando a su vez la importancia del tipo de apego desarrollado hacia la mascota como mediador de estos efectos.

Es decir que, si bien se ha encontrado que el apego hacia las mascotas tiende a ser más débil que el apego hacia otros humanos y que gran parte de las investigaciones sobre apego hacia los animales de compañía no se corresponde conceptualmente con la teoría del apego, se ha destacado la equivalencia del concepto de apego en las díadas humano-humano y humano-animal. Hay evidencias de fenómenos comportamentales observados en interacciones custodio-perro similares a los descritos en interacciones madre-hijo, de manifestación de apego ansioso y evitativo hacia las mascotas, y de que estas pueden proveer refugio seguro y base segura, las cuales resultan consistentes con la hipótesis de que el vínculo humano-perro constituye un vínculo de apego. En esta dirección también se incorporan los desarrollos sobre las respuestas neuroendócrinas en interacciones humano-perro, las cuales constituirían el correlato biológico del vínculo.

1.2.4 Respuestas neuroendócrinas en la relación humano-perro.

Diversas investigaciones han evidenciado los correlatos neuroendócrinos en perros y en humanos, como consecuencia de sus interacciones y vínculo.

En Sudáfrica, Odendaal y Meintjes (2003) encontraron indicadores de cambios fisiológicos mutuos durante interacciones positivas entre un grupo de humanos adultos saludables (n = 18) y de perros (n = 18). Las interacciones positivas produjeron en ambos un incremento significativo en niveles de β-endorfinas, oxitocina, prolactina, ácido fenilacético

(un metabolito de β-feniletinamina) y dopamina. El cortisol disminuyó significativamente en humanos, mientras que en perros el descenso no fue significativo. No hubo diferencias significativas entre los cambios en neuroquímicos durante la lectura tranquila y la interacción positiva con los perros, excepto en la oxitocina, prolactina y β-endorfinas. La oxitocina mostró la única diferencia estadísticamente significativa en medidas pre- y post-interacción entre dueño y su propio perro vs interacción con perro desconocido. Los autores destacaron los cambios en las concentraciones de oxitocina en tanto estas se duplicaron en humanos y perros después de las interacciones positivas entre ambos (Odendal, 2000; Odendaal & Meintjes, 2003).

Barker, Knisely, McCain y Best (2005) compararon los efectos de un descanso de 20 minutos y de una sesión de 5 o 20 minutos de interacción con un perro de terapia en un grupo de profesionales de salud (n = 20), encontrando en las tres condiciones una reducción significativa de los niveles de cortisol plasmáticos y en saliva, mientras que no se registraron cambios en medidas previas y posteriores, ni tampoco diferencias entre grupos, en los valores de epinefrina y norepinefrina.

Jones y Josephs (2006) evaluaron la relación entre los niveles de testosterona de 83 hombres y sus comportamientos hacia sus perros luego de su participación conjunta en una competencia de agilidad canina, así como también examinaron cambios en el cortisol en los perros. Los niveles de testosterona previos a la competencia se relacionaron positivamente con cambios en los niveles de cortisol de los perros de medidas pre y post-competencia, pero sólo en los equipos que perdieron (n = 40). Además, los niveles de testosterona pre-competencia de los hombres de díadas perdedoras podían predecir más de la mitad de la varianza en los cambios de cortisol de los perros. Los hombres que experimentaron mayor disminución en los niveles de testosterona después de perder tenían perros que experimentaban más incrementos en cortisol. Para los autores los cambios en el cortisol de

los perros estarían dados por la necesidad de dominancia de los hombres, la cual podía verse amenazada luego de las derrotas, y no de las victorias.

Miller et al. (2009) evaluaron un grupo de hombres (n = 10) y mujeres (n = 10) estadounidenses luego de interactuar con sus perros. Los autores encontraron mayor incremento en niveles de oxitocina en mujeres luego de interactuar con sus perros, en comparación con una condición de lectura tranquila sin perro. En hombres lo niveles de oxitocina disminuyeron luego de interactuar con sus perros, así como luego de la lectura. A su vez, compararon los resultados con una autoevaluación de apego de los humanos hacia sus perros, no encontrando relación entre esta y los cambios en los niveles de oxitocina. Nagasawa, Kikusui, Onaka y Ohta (2009) evaluaron a hombres (n = 21) y mujeres (n = 34) japoneses en interacciones con sus perros. Los autores encontraron mayores niveles de oxitocina en dueños con mayor grado de relación con sus perros, los cuales tendían a dirigir miradas más prolongadas hacia sus dueños, en interacciones donde la mirada del dueño estaba habilitada. En ese grupo además, encontraron una marcada correlación en interacciones libres entre la frecuencia de intercambios iniciados por la mirada del perro y el incremento de oxitocina en el dueño, destacando la relevancia de la mirada del perro a su dueño.

En Suecia, Handlin et al. (2011) evaluaron un grupo de 10 mujeres y sus perros Labradores machos interactuando. Los autores encontraron incrementos en los niveles de oxitocina tanto en dueñas como en perros producidos por la interacción, así como disminución de frecuencia cardíaca y de niveles de cortisol. En Japón, Mitsui et al. (2011), evaluaron experimentalmente nueve perros y encontraron que las emociones positivas producidas por alimentación, ejercitación y caricias, producían un incremento en niveles de oxitocina. A su vez, comer incrementó las concentraciones de cortisol, mientras que los otros estímulos no produjeron efecto sobre este.

La asociación entre interacciones con humanos y menores niveles de cortisol ha sido evidenciada en la evaluación de perros de refugio. Hennesy et al. (2002) compararon las concentraciones plasmáticas de cortisol en dos grupos de perros de refugio, los cuales habían recibido (n = 20) o no (n = 20) una sesión de 20 minutos diaria de interacción, con juego y caricias, con humanos por ocho semanas; siendo que a su vez, la mitad de los perros de cada grupo había recibido alimentación de alta calidad y la otra alimentación regular. Los autores encontraron que tanto la interacción humana como la mejor alimentación se relacionaban con una reducción de los niveles de cortisol a partir de la segunda semana. En concordancia, Coppola, Grandin y Enns (2006) encontraron que, al someter a perros durante su segundo día en un refugio a una sola sesión de interacción con un humano durante 45 minutos, los animales evitaban el pico de cortisol frecuente en perros de refugio durante su tercer día, evidenciando una diferencia significativa con el grupo que no había recibido este tratamiento.

Handlin, Nilsson, Ejdebäck, Hydbring-Sandberg y Uvnäs-Moberg (2012), en Suecia, realizaron un estudio correlacional midiendo los niveles de oxitocina de un grupo de 10 mujeres y sus perros Labradores machos en interacciones, así como también registraron una medida de la intensidad de la relación a través de un inventario. Se halló una relación entre la intensidad de la relación humano-perro informada por las dueñas y mayores niveles de oxitocina, y en cierta medida también menores niveles de cortisol, tanto en las mujeres participantes de su estudio como en sus perros. Los niveles más altos de oxitocina en los perros se relacionaron con mayor interacción con sus dueños y con la percepción de los dueños del perro como un compañero positivo y agradable.

Schöberl et al. (2012), en Viena, evaluaron los niveles de cortisol en 22 dueños y sus perros, con múltiples mediciones en distintas situaciones, así como también evaluaron distintas características de la relación y la personalidad de los dueños. Los dueños que puntuaron más alto en Neuroticismo y los que puntuaron más bajo en Escrupulosidad

evidenciaron menores niveles matutinos de cortisol en saliva. Además, los perros cuyos dueños tendían más a considerarlos como *compañeros sociales* y *compañeros significativos* tuvieron menores niveles matutinos de cortisol en saliva. Por otro lado, los propietarios con menores niveles matutinos de cortisol, tendían a considerar más importante emprender actividades compartidas con sus perros; mientras que inversamente, los perros con mayores niveles de cortisol matutino, tendían a tener dueños que consideraban más importante emprender actividades compartidas con ellos. Los autores concluyeron que tanto factores individuales del humano, como factores relacionales tenían un efecto en el afrontamiento del estrés en las díadas humano-perro.

Rehn, Handlin, Uvnäs-Moberg y Keeling (2014) evaluaron las respuestas endocrinas y conductuales en un grupo de 12 perros Beagle hembras en Suecia. Los autores encontraron que el reencuentro con una persona familiar incrementaba en el perro los niveles de oxitocina e inducía a comportamientos de búsqueda de contacto. Los comportamientos humanos de contacto físico y verbalizaciones mostraron mayores niveles de oxitocina y menores niveles de cortisol en los perros, en comparación con el simple reencuentro o el reencuentro con verbalizaciones sin contacto físico.

Romero, Nagasawa, Mogi, Hasegawa y Kikusui (2014) realizaron un experimento en Japón, donde evaluaron el rol de la oxitocina administrada de forma intranasal respecto de la promoción de vínculos sociales en un grupo de 16 perros. Los autores encontraron que la administración de oxitocina promovía comportamientos sociales positivos hacia los dueños y hacia otros perros conocidos. A su vez, la interacción positiva con estos últimos producía liberación de oxitocina endógena. Los autores teorizaron sobre la existencia de un bucle de retroalimentación positiva mediatizado por la oxitocina en la vinculación de los perros. También a partir de la administración intranasal de oxitocina, Oliva, Rault, Appleton y Lill (2015) evaluaron el efecto de esta administración sobre la cognición social de 62 perros en

Australia. Los autores encontraron que la administración de oxitocina mejoraba el rendimiento de los perros al utilizar el gesto humano de señalamiento distal para resolver una tarea.

Nagasawa et al. (2015) realizaron en Japón un estudio complejo que involucró dos experimentos. En el primero evaluaron un grupo de humanos (n = 41) interactuando con sus perros (n = 30) o lobos (n = 11). Los autores destacaron que la mirada de los perros, pero no la de los lobos, incrementaba las concentraciones de oxitocina en orina en los dueños, lo cual se relacionó a su vez con un incremento en las concentraciones de oxitocina en los perros. En un segundo experimento realizado con un grupo de 27 humanos y sus perros, evaluaron los efectos de la administración intranasal de oxitocina a los perros, y encontraron que esta incrementaba los comportamientos de mirada de los perros dirigidos a los dueños, lo cual a su vez incrementaba las concentraciones de oxitocina en orina de los dueños. Los autores concluyeron reforzando la hipótesis del bucle de retroalimentación positiva mediado por oxitocina, facilitado y modulado por la mirada, en el vínculo humano-perro; y que la falta de interacción de dueños hacia perros rompería este bucle.

En suma, existe sobrada evidencia sobre los correlatos neuroendócrinos (e.g., variaciones en cortisol y oxitocina) tanto en perros como humanos como consecuencia de sus interacciones y su vínculo de apego. Este vínculo pareciera ser específico de la relación humano-perro, puesto que no se hallaron tales alteraciones neuroendócrinas en lobos, pero comparte los sustratos neurobiológicos con los vínculos sociales que se establecen entre humanos. A continuación, se abordan las investigaciones acerca del vínculo de apego humano-animal de compañía.

En suma, las evidencias muestran que la relación humano-perro comparte su sustrato neurobiológico con los vínculos sociales que se establecen entre humanos. Por otro lado, estas alteraciones neuroendócrinas no se hallaron en las interacciones humano-lobo. Algunos

estudios, además, correlacionaron estas alteraciones con medidas de intensidad de relación informadas por los dueños de los perros.

1.3 La evaluación de la relación humano-perro

Desde los primeros estudios realizados dentro del campo de interacciones humano-animal, los investigadores han tenido dificultades en la elección de la forma de evaluación de la naturaleza del vínculo sin descuidar la complejidad de las interacciones. En el intento por evaluar las características de las interacciones humano-animal se han desarrollado más de 140 instrumentos, los cuales permiten medir actitudes, expectativas, niveles de apego y niveles de vínculo de las personas hacia los animales, así como también miedo, abuso y negligencia hacia los animales (para un compendio ver Wilson & Netting, 2012; ver también Anderson, 2007). Si bien se han desarrollado guías de entrevistas, test de imágenes y pruebas observacionales, la medición de la relación humano-animal en investigaciones se ha basado mayormente en la utilización de inventarios (Anderson, 2007). La gran cantidad de instrumentos utilizados —muchos de los cuales carecen incluso de un marco teórico definido— ha dificultado el refinamiento de los mismos, los cuales no suelen contar con análisis de validez y confiabilidad adecuados (Wilson & Netting, 2012).

Entre los instrumentos más sofisticados se destaca la escala Monash Dog Owner Relationship Scale (MDORS; Dwyer, Bennett, & Coleman, 2006), la cual ha promovido la evaluación y refinamiento de instrumentos previamente existentes y se ha utilizado en diversas investigaciones (Wilson & Netting, 2012). En una revisión reciente, Payne et al. (2015) destacaron la escala MDORS como el instrumento más confiable disponible para la evaluación de la relación humano-perro, a partir de la percepción humana de la relación.

En tanto esta escala ha sido elegida en el presente estudio para evaluar la relación humano-perro, a continuación se mencionan brevemente el procedimiento de su construcción y los trabajos donde se la ha utilizado.

1.3.1 Monash Dog Owner Relationship Scale.

Dwyer et al. (2006) realizaron un proceso de múltiples pasos que involucró 1,125 participantes dueños de perros residentes en Victoria, Australia (*n* = 458) y vía internet (*n* = 667). Los autores construyeron una versión inicial del cuestionario de 192 ítems, a partir de la realización de una revisión de la literatura y grupos focales, que fue aplicada en un estudio piloto a 27 participantes, y que permitió descartar ítems muy altamente intercorrelacionados, sin variabilidad o considerados como problemáticos por los participantes. Contando con una versión de 60 ítems los autores administraron el instrumento a 1,125 participantes y realizaron un análisis factorial que permitió identificar las dimensiones implicadas y reducir el total de ítems a 28. MDORS quedó constituida por tres subescalas: (1) Interacción Dueño-Perro, evaluando el grado en que dueño y perro se comprometen en actividades compartidas, (2) Cercanía Emocional Percibida, evaluando la proximidad emocional percibida en la relación, y (3) Costos Percibidos, evaluando los costos que los dueños de los perros perciben en la relación.

En el estudio de Handlin et al. (2012) realizado con duplas de mujeres con sus perros de compañía, los autores evaluaron niveles de cortisol y oxitocina en sangre en dueñas y perros durante interacciones, así como la relación percibida por las dueñas mediante la escala MDORS. Los niveles de oxitocina de las dueñas correlacionaron con cuán a menudo besaban a sus perros y correlacionaron negativamente con la percepción de la dificultad en el cuidado del perro. Los niveles de cortisol en las dueñas estuvieron relacionados con sentirse molestas

porque el perro les impidiera hacer cosas. Los autores concluyeron que elevados niveles de oxitocina y bajos de cortisol en las dueñas estaban relacionados con su percepción de la relación con sus perros como placentera, interactiva y asociada con menos problemas.

Meyer y Forkman (2014) solicitaron a 421 daneses dueños de perros que completaran la escala MDORS y escalas sobre diversas características de los dueños y perros, para identificar qué características de ambos influenciaban la relación. Los autores encontraron que las características de los humanos tenían mayor influencia. Que hubiera niños en el hogar y que el animal fuera utilizado sólo para compañía mostró menores puntajes en las dimensiones Cercanía Emocional Percibida e Interacción Dueño-Perro. Que hubiera más de un perro en el hogar mostró mayores puntajes de Cercanía Emocional Percibida. Los niveles de Costos Percibidos de la relación resultaron mayores para aquellos que tenían su primer perro. Por otro lado, la única característica del perro que predecía el puntaje de la relación humano-perro era la presencia de problemas de comportamiento ligados a timidez y miedo.

En la investigación realizada previamente por Bennett y Rohlf (2007) con 413 dueños de perros, se observaron mayores puntajes en la subescala de MDORS sobre actividades compartidas en los casos en los que el animal había recibido entrenamiento formal. Además, esta subescala correlacionó positivamente con medidas de sociabilidad y simpatía del animal, y correlacionó negativamente con la tendencia del animal a ladrar en exceso, a desobedecer y a la agresividad. De manera similar, otra investigación desarrollada por Cavanaugh, Leonard y Scammon (2008) también destacó que las personalidades de los perros tenían impacto en la satisfacción con la relación, resaltando la contribución del perro en la relación. Bennett y Rohlf (2007) destacaron además que los perros castrados eran referidos por sus dueños como menos destructivos, que los perros mestizos manifestaban más comportamientos problemáticos, mientras que la edad de adquisición del animal no. Los hombres tendían a indicar más que las mujeres que sus perros eran desobedientes. La desobediencia del animal

también se asoció con la cantidad de miembros en la familia, con el tamaño pequeño de los perros y, negativamente, con la cantidad de años del dueño de tenencia de perros.

Fatjó, Darder, Calvo, Bowen y Baulbena (2013) utilizaron el cuestionario MDORS para evaluar 34 duplas conformadas por un hombre y una mujer que convivían con un perro de compañía. Los autores encontraron que las mujeres habían tenido puntajes significativamente mayores que los hombres en cuanto a Interacción Dueño-Perro y Cercanía Emocional Percibida, aunque no diferían en cuanto a Costos Percibidos. A su vez, lo custodios que tenían hijos mostraron menores puntajes en las tres escalas. El tiempo de tenencia del perro correlacionó negativamente con los puntajes de interacción.

En Suecia, Rehn, Lindholm, Keeling y Forkman (2014) compararon la intensidad con la que los dueños y sus perros de compañía (n = 20) experimentaban la relación. Para evaluar la relación percibida por el dueño utilizaron el cuestionario MDORS, y para evaluar la asociación entre el perro y su dueño utilizaron la Situación Extraña. Los autores no encontraron que la fortaleza de la relación sentida por un dueño de perro sea reflejada por la fortaleza del vínculo del perro a su dueño. Si bien no se encontró relación entre el comportamiento del perro en la Situación Extraña y el puntaje del dueño en el subescala Cercanía Emocional Percibida, los dueños con mayores puntajes en Interacción Dueño-Perro tenían perros que discriminaban más claramente entre el dueño y un extraño al encontrarse. Los autores concluyeron que los dueños que interactúan más frecuentemente con sus perros tenían perros que mostraban más comportamientos de búsqueda de proximidad cuando eran reunidos con ellos, y menos comportamiento de juego independiente.

Thorn, Howell, Brown y Bennett (2015) realizaron una investigación para evaluar el efecto de los rasgos de personalidad del perro, así como de su aspecto tierno, sobre la calidad de la relación percibida por el dueño. En un primer estudio, solicitaron a 668 dueños de perros que completaran el cuestionario Monash Canine Personality Questionnaire-Revised

(MCPQ-R; Ley, Bennett, & Coleman, 2009) y que indicaran el grado de ternura del aspecto físico de su animal, para evaluar personalidad y aspecto tierno del perro respectivamente; y a su vez, les solicitaron completar la escala de apego Dog Attachment Questionnaire (DAQ; Archer & Ireland, 2011) y la escala MDORS. Las características caninas de personalidad ligadas a mayor posibilidad de entrenamiento fueron las más relacionadas con las subescalas de MDORS Cercanía Emocional Percibida y, negativamente, con Costos Percibidos; así como también con la dimensión Deseo y Positividad por el Contacto con el Perro del cuestionario DAQ. La ternura percibida se mostró relacionada con la mayor calidad la relación en todas sus dimensiones, aunque las tres dimensiones más relacionadas fueron: MDORS Interacción Dueño-Perro, DAQ Cercanía, y Perros como Familia, y DAQ Compañía y Cuidados. En un segundo estudio los autores mostraron tener una fuerte relación con el perro podía incrementar la ternura percibida del animal.

Capítulo II

El perro de compañía: Origen, historia y cultura

El perro doméstico (*Canis familaris*) pertenece a la familia de los cánidos, un grupo de mamíferos carnívoros biológicamente emparentados que se divide en treinta y ocho especies, que habitan casi todo el mundo —excepto la Antártida y algunas islas oceánicas. Los cánidos salvajes son terrestres, corredores veloces, mayormente nocturnos, y tienen a sus crías en madrigueras o cuevas. Pueden ser cazadores solitarios como el zorro, o sociales como el lobo, chacal y coyote. Todos se comunican entre sí a través de expresiones faciales, posturas corporales, movimiento de cola y vocalizaciones. El perro doméstico es el único cánido que puede definirse como completamente domesticado (Clutton-Brock, 1995).

Los perros pudieron haberse originado como animales carroñeros que fueron domesticados para ser utilizados como alimento o por su fuerza de trabajo, como en el caso de otros animales domésticos como las cabras que tiran de carros o los bueyes de arados. Pero a diferencia de otros animales domésticos, los perros resultan además una compañía excelente (Coppinger & Schneider, 1995).

La cría selectiva de perros ha dado lugar a cerca de 400 razas que existen hoy en día, las cuales fueron desarrolladas desde la antigüedad para desempeñar diversas funciones, de las cuales la principal ha sido brindar compañía y elevar el estatus personal del dueño en el hogar o en la caza (Clutton-Brock, 1995). El deseo de compañía fue y continúa siendo la principal razón por la que las personas fomentan las relaciones con sus mascotas, mientras que hoy la importancia de estos animales de compañía como símbolos de estatus se ha diluido, y más bien han pasado a representar otros aspectos de la identidad social. Particularmente los perros simbolizan el carácter humanitario de los dueños, amor y

diversión. Para los dueños pertenecientes a las clases sociales más altas, los perros representan además una conexión con las personas corrientes (Sanders, 1999).

La tendencia a aliarse voluntariamente con los humanos, aun frente a rechazos y castigos, ubica a los perros en una posición única respecto del resto de los animales no humanos (Serpell, 1995). Entre la amplia variedad de especies que funcionan como animales de compañía, los perros resultan excepcionales a partir del despliegue de particulares demostraciones de afecto, lealtad y devoción, y comportamientos que fomentan el juego y el contacto físico (Hart, 1995). Ninguna otra especie se acerca tanto a los humanos como el perro en términos afectivos y simbólicos, y de este modo, ninguna otra especie demanda tan intensamente ser tratada como humana (Serpell, 1995).

Aunque los perros pueden formar fuertes lazos emocionales para con las personas a cualquier edad, el proceso tiende a darse más fácilmente en el desarrollo temprano durante el llamado *período de socialización*, que se extiende desde la semana de vida tres a la doce. Este proceso de socialización primaria no sólo determinará ante quién o qué el cachorro responderá de manera socialmente positiva, sino que además el cachorro definirá frente a quiénes se comportará como sus congéneres (Serpell, 1995; Serpell & Jagoe, 1995).

Para algunos autores, una posibilidad es que la tenencia de mascotas, la cual puede entenderse como la *adopción cruzada de especies*, se haya originado en la era paleolítica como consecuencia de un comportamiento parental mal dirigido; esto habría sido favorecido por rasgos infantiles de los animales que activan sistemas de respuesta humanos ligados a brindar cuidados y a la capacidad humana de pensamiento antropomórfico (Serpell, 2003; Serpell & Paul, 2011).

Desde entonces, la tenencia de animales como compañeros ha sido una práctica ampliamente extendida a lo largo de buena parte de la historia de la humanidad y alrededor de todo el mundo. Una posible excepción es el período medieval y la Europa moderna

temprana, donde las actitudes de afecto y proximidad hacia los animales de compañía fueron menos aceptadas (Serpell, 2016). Algunos autores han destacado que la tenencia de animales de compañía confronta a los humanos con un estilo de relación igualitario hacia los animales, el cual se encuentra moralmente en desacuerdo con nuestro trato despiadado hacia las especies económicamente útiles (Serpell, 1996b). Así, cuando los dueños tratan a sus *pertenencias vivientes* como miembros de una relación igualitaria y mutuamente benéfica, desequilibran el antropocentrismo que rige en nuestra sociocultura (Redmalm, 2013). El crecimiento y la popularidad de los animales de compañía desde la Edad Media, ha estado inextricablemente ligado con la declinación del antropocentrismo y el desarrollo gradual de un acercamiento más igualitario hacia los animales y el mundo natural (Serpell, 1996b). No sorprendentemente la iglesia cristiana en gran medida condenó y combatió la tenencia de mascotas (Serpell & Paul, 1994). Las actitudes menos favorables hacia la tenencia de animales de compañía se modificaron gradualmente en Europa y otras partes del mundo occidental desde el SXVII en adelante (Serpell, 2016).

Desde mediados del siglo XIX ha habido una tendencia a la alteración progresiva de las características de los animales de compañía para adaptarlos a los estándares humanos de belleza, los cuales son arbitrarios y a veces grotescos. Muchos de estos animales han sido transformados, mediante crianza selectiva e intervenciones quirúrgicas, en artefactos culturales incapaces de existir fuera del dominio humano (Serpell, 2000). Sumado a esto, a lo largo de los últimos 50 años, se ha producido una marcada expansión del sector relacionado a los animales de compañía, con aumentos sustanciales en el número de perros y gatos mantenidos como compañeros, y una disminución de otras mascotas (Serpell, 2016).

Para Herzog (2014) la tenencia de mascotas ejemplifica el tipo de interacciones entre genes y cultura que moldean muchos aspectos del comportamiento humano. Los rasgos que despiertan cuidados parentales y el antropomorfismo fueron necesarios pero no suficientes

para la emergencia de la tenencia de mascotas; la tenencia de mascotas habría sido posible por la emergencia de la transmisión social como una fuerza dominante en la evolución humana. Para este autor, la evolución cultural puede crear el deseo de vivir con tipos particulares de animales, lo cual puede ser ejemplificado a partir de los cambios en la popularidad de razas de perros, los cuales han sido explicados a partir de la influencia mutua ejercida por las personas en grandes poblaciones (Herzog, 2006; Herzog, Bentley, & Hahn, 2004), de un modo similar a como sucede con los éxitos de la música pop y las modas en la elección de nombres de bebés (Bentley, Lipo, Herzog, & Hahn, 2007).

Los perros cargan con bagajes simbólicos y culturales que influencian enormemente el modo en que son considerados y tratados por las personas. Estos factores culturales incluyen actitudes históricas, creencias y valores religiosos e ideológicos, y diversas prácticas definidas culturalmente (Serpel, 2011).

La supremacía de los humanos sobre el reino animal, al menos en un nivel teórico, ha obstruido el acercamiento hacia los animales en general, y los perros en particular, como animales de compañía, con su esencia emocional e igualitaria (Menache, 2000).

2.1 Origen del perro

La forma más antigua de economía de subsistencia humana es denominada de *caza y recolección*. En esta los humanos obtienen toda su comida y materiales directamente de los animales salvajes y de la recolección de frutas, semillas, tubérculos y plantas (Serpell & Paul, 1994). Estas sociedades vivían típicamente en pequeños grupos familiares con menos de cincuenta individuos, generalmente nómades o semi-nómades, estableciendo campamentos temporarios y moviéndose de acuerdo a las estaciones o procesos naturales (Serpell, 1996b).

Las personas vivieron en grupos de cazadores y recolectores, en total e íntima relación con otros organismos vivos, por más del 99% de su existencia (Wilson, 1993).

Este largo período de estabilidad económica y cultural concluyó abruptamente con el final del último período glaciar, hace 12,000 años. Un par de siglos después tuvo lugar una revolución socioeconómica, derrocando el orden existente y reemplazándolo por algo sin precedentes. Esta transformación es conocida como la revolución neolítica, y fue iniciada a partir de la domesticación de plantas y animales (Gutiérrez, Granados, & Piar, 2007; Serpell, 1996b).

De acuerdo a la evidencia arqueológica y estudios de biología molecular, la primera especie en hacer la transición desde un estado salvaje hacia uno doméstico fue el lobo (*Canis lupus*), antecesor del perro (*Canis familiaris*). Si bien existe acuerdo acerca de que la domesticación del perro ha sido llevada a cabo antes que la de cualquier otro animal o planta por humanos cazadores y recolectores del Paleolítico Superior —período que se extendió desde hace 40,000 o 30,000 años hasta hace 12,000 o 10,000 años—, el proceso de domesticación, su cronología y ubicación espacial aún permanecen difíciles de comprender (Grimm, 2015; Horard-Herbin, Tresset, & Vigne, 2014).

Para Clutton-Brock (1995) es posible que estos primitivos humanos cazadores mataran lobos y utilizaran su piel como vestimenta. Ocasionalmente podían cargar cachorros vivos para ser comidos luego, los cuales eventualmente acabaran amansados habituándose al grupo familiar. Al madurar, algunos cachorros de lobo se habrán vuelto menos sumisos, y sin dudas se los habrá matado o expulsado. Algunos pocos habrían permanecido con los humanos y se habrían cruzado con otros lobos amansados que buscaran comida alrededor de los asentamientos humanos. Estos lobos amansados serían los precursores de los perros domésticos, aunque aún estarían a muchas generaciones de distancia.

La noción de que los humanos prehistóricos en el período Paleolítico tenían el hábito de capturar y amansar animales salvajes para mantenerlos como mascotas es consistente con los comportamientos observados en poblaciones más recientes de cazadores y recolectores. De acuerdo a numerosos reportes de antropólogos y exploradores, la tenencia de mascotas en estas sociedades es más bien la norma que la excepción; destacándose además la intensidad de los sentimientos evocados en sus adherentes (Serpell, 1989; Serpell & Paul, 2011).[1] Aunque estos animales usualmente pertenecen a especies que son cazados para alimentación, la matanza y consumo de las mascotas generalmente es tabú (Serpell, 1989). Esto podría dar la impresión errónea de que en estas sociedades las actitudes compasivas no se generalizan o extienden más allá de la mascota individual adoptada (Serpell & Paul, 1994). Sin embargo, en la gran mayoría de las sociedades de cazadores y recolectores el respeto por los *sentimientos* de los animales es componente importante de su religiosidad (Ingold, 1994). Consideran que los animales poseen pensamientos, sentimientos y sistemas sociales análogos a los humanos. Los animales son concebidos como mental y espiritualmente iguales, y el éxito del cazador no sólo depende de sus conocimientos y habilidades, sino también de su respeto hacia los animales. La mitología de la caza representa una comunidad igualitaria de animales y personas ligados por un contrato de mutuo respeto, en el cual los intereses de ninguna de las partes son vistos como subordinados (Serpell & Paul, 1994). Resulta fundamental aquí que los animales poseen espíritus, almas o esencias inmortales. Es ampliamente entendido en estas sociedades que los animales se someten voluntariamente a dejarse matar si aprueban al cazador y su conducta; pero si mueren sin esta aprobación,

[1] Las actitudes hacia las mascotas entre cazadores y recolectores, y horticultores, no difieren sustancialmente de las que caracterizan a la sociedad occidental. Las mascotas son criadas, amamantadas si fuera necesario y queridas como niños. Son nombradas, protegidas y cuidadas durante la vida, y a menudo lloradas después de su muerte (Serpell, 1989).

buscarán alguna clase de compensación sobrenatural bajo la forma de mala suerte, daños o enfermedades hacia él y su familia (Ingold, 1994; Serpell, 2000).

Si bien se encuentra ampliamente difundida la idea tradicional de que la domesticación fue previa a la tenencia de mascotas, esto ha sido cuestionado y existen versiones alternativas (Serpell, 1996b). Galton (1865) propuso tempranamente una teoría particular acerca del proceso de domesticación, destacando que el mantenimiento de animales de compañía por parte de sociedades de cazadores y recolectores precedió y dio lugar a la domesticación de animales. Si bien sus ideas no recibieron apoyo como una explicación general de la domesticación, en las últimas décadas han recibido creciente soporte de la comunidad científica, particularmente en relación a la domesticación de perros, y en menor grado de cerdos y aves de corral (Serpell, 1989; Shipman, 2010). Al proponer que los lobos primero fueron compañeros de los hombres y luego se convirtieron en perros, esta teoría sugiere un modo simple en que el proceso pudo haberse acelerado a través de la adopción de cachorros como animales de compañía (Sheldrake, 2008).

El análisis de ADN mitocondrial de lobos y perros indicó inicialmente que el origen evolutivo del perro se remontaría hacia aproximadamente 100,000 años atrás (Vila et al., 1997). Estudios posteriores plantearon un origen más reciente —menos de 30,000 años— pero el momento exacto sigue sin ser claro (Grimm, 2015). Por ejemplo, Thalmann et al. (2013) ubicaron el origen evolutivo del perro en un período comprendido entre 18,800 y 32,100 años, y Freedman et al. (2014) lo hicieron entre 11,000 y 16,000 años.

El lobo adoptó la categoría de doméstico cuando adquirió el hábito de cubrir su ciclo de vida dentro del ámbito humano, aunque sólo se diferenciaba de los ejemplares silvestres en su conducta. El esquema proporcionado por la biología molecular indica cuándo ciertos lobos empezaron a reproducirse por separado y se alejaron poco a poco del tronco común. Hablar de los primeros perros implica modificaciones morfológicas del cráneo, a través de un

largo proceso evolutivo conducido por el hombre (Valadez Azúa, 2000; Gerzovich Lis, 1998).

El estudio de los fósiles no permitió clarificar la cronología del origen del perro, dando también lugar a desacuerdos y conflictos entre paleontólogos (Grimm, 2015). Resulta particularmente interesante el trabajo de Germonpré et al. (2009), quienes informaron el estudio de diversos fósiles de cráneos de cánidos primitivos. La datación de radiocarbono reveló que uno de ellos, encontrado en Bélgica, tendría 31,700 años —mucho más antiguo que otros restos de perros conocidos hasta ese momento. En tanto este y otros dos cráneos más resultaron claramente diferentes de cráneos de lobos recientes, y semejantes a cráneos de perros prehistóricos, los mismos fueron identificados como pertenecientes a un perro del período Paleolítico. Esto sugiere que la domesticación ya habría iniciado durante las primeras etapas del Paleolítico Superior, hace 34,000-29,000 años. Algunas críticas a este estudio señalaron el extenso intervalo de 15,000 años entre esos cráneos y los siguientes cráneos más viejos informados. Sin embargo, descubrimientos posteriores han aportado mayor evidencia en la misma dirección (Shipman, 2012). Por ejemplo, Germonpré, Lázničková-Galetová y Sablin (2012) informaron el estudio de nueve cráneos encontrados en República Checa, tres de los cuales fueron fechados con una antigüedad de alrededor de 27,000 años. Ovodov et al. (2011) informaron sobre un cráneo muy bien conservado encontrado en Siberia, cuyo estudio de fechado por radiocarbono realizado por tres laboratorios independientes habría coincidido en indicar que el mismo tendría 33,000 años de antigüedad.

La ubicación geográfica donde se originó el perro también dio lugar a desacuerdos. Si bien para algunos autores el proceso de domesticación se habría llevado a cabo en simultáneo en diversas regiones (e.g., Ovodov et al., 2011), recientemente se ha sugerido que el lugar de origen pudo haber sido en la región central de Asia (Shannon et al., 2015) o bien hacia el este de Asia (Duleba, Skonieczna, Bogdanowicz, Malyarchuk, & Grzybowski, 2015)

De todas formas, existe acuerdo respecto a que los cambios morfológicos que diferenciaron sustancialmente a los perros de sus ancestros salvajes estuvieron ligados al cambio en las sociedades humanas a un estilo más sedentario imponiendo a estos animales nuevas presiones selectivas (Vila et al., 1997); tanto respecto de su comportamiento social, cooperativo, comunicativo, su apego hacia los humanos (Miklósi, Topál, & Csányi, 2004) y sus características antropomórficas (Serpell, 2003).

En tanto nuestros animales domésticos son sociales por naturaleza al igual que nosotros, tener jerarquías de dominación habría facilitado el control por parte de los humanos (Sheldrake, 2008). Otras características comunes entre humanos y lobos hacen referencia a que ambos tienen estructuras sociales complejas, con relaciones de parentesco, donde cada individuo tiene roles particulares, parejas monogámicas, y donde el grupo tiende a cuidar a los más jóvenes (Gerzovich Lis, 1998). Además, ambos muestran elaboradas respuestas de saludo cuando se reúnen con miembros de sus *manadas*, ambos bajan la cabeza y evitan la mirada para mostrar sumisión, y ambos participan en elaboradas actividades de juego ritualizadas, como los desafíos de dominancia de luchas fingidas o el *perseguir y atacar* (Serpell, 1996b). De este modo los vínculos entre personas y animales como los perros, son una suerte de híbrido entre los tipos de vínculos dentro de cada especie (Sheldrake, 2008).

Se han encontrado, además, evidencias de la existencia de un vínculo emocional primitivo entre los humanos y sus perros. La primera evidencia hallada fue una tumba encontrada en Ain Mallaha, Israel, de 12,000 años de antigüedad, que contenía un humano sepultado junto a un cachorro (Davis & Valla, 1978). La tumba contenía el esqueleto de una mujer mayor que yacía sobre su lado derecho en posición de flexión con su mano en el tórax del cachorro. Otras evidencias estarían dadas por los hallazgos de rituales con los que los humanos desde el Paleolítico habrían honrado a sus perros fallecidos. Por ejemplo, Germonpré et al. (2012) informaron alternaciones en el cráneo y los restos de uno de los

cánidos encontrados en República Checa, de 27,000 años de antigüedad, que darían cuenta de una relación particular entre humanos y esos perros: el cráneo y la mandíbula estaban unidos en posición natural, con un hueso de mamut puesto en la boca, que debió ser insertado poco tiempo después de que el perro muriera.

Valorados por su inteligencia, sus sentidos agudos y lealtad, los primeros perros habrían sido respetados como guardianes, guías y compañeros de caza y pesca (Walsh, 2009a). Con el advenimiento de la agricultura y la ganadería hace alrededor de 10,000 años, inició un profundo cambio en la relación entre humanos y animales (Serpell, 1996b). En relación a los perros, estos asumieron roles cruciales en el desarrollo de las comunidades agrícolas, fundamentalmente asistiendo las tareas de granja y el pastoreo (Walsh, 2009a). Sin embargo, el animal doméstico es por definición un subordinado del hombre. De este modo, la idea del respeto por los animales como iguales comenzó a ser reemplazada por nociones crecientemente jerárquicas acerca de la separación y superioridad humana (Ingold, 1994; Serpell, 2000).

2.2 El perro a través de la historia

Antigüedad.

Si bien en las primeras civilizaciones los animales domésticos eran explotados por el hombre, también se evidencia un sentido de conexión que impregnaba la relación. Las asociaciones cercanas entre el hombre y los animales recientemente domesticados daban lugar a la incorporación de estos animales en las actividades religiosas y culturales. Muchos

animales eran considerados sagrados, y muchos dioses adoptaban formas animales o tenían animales como ayudantes (Robinson, 1995; Sheldrake, 2008).

En el antiguo Egipto se veneraba a algunos animales, fundamentalmente perros y gatos. Además de los perros de gran tamaño que cumplían funciones de vigilancia y pastoreo, había también razas más pequeñas que parecen haber vivido en las casas en calidad de animales de compañía (Sheldrake, 2008). Los perros eran considerados tan leales compañeros durante la vida que eran venerados como guías después de la muerte. Cuando un perro moría, sus dueños se afeitaban las cejas, se manchaban el pelo con barro y lloraban por días (Ikram, 2005, como se citó en Walsh, 2009a). La ciudad de Hardai ha sido conocida como Cinopolis (Ciudad de Perros) debido a que en sus diversos templos dedicados a Anubis, dios y guía de los muertos que tenía cabeza de cánido, los perros eran usados como ofrendas (Coren, 2010). Algunos perros también eran embalsamados y en todas las ciudades se dedicaba un cementerio íntegro a tumbas de perros (Sheldrake, 2008).

En las Grecia y Roma antiguas el entierro de animales seguía el patrón de entierro de humanos: Los animales de compañía no eran enterrados en *cementerios de mascotas* sino en cementerios compartidos con humanos, y lápidas o sarcófagos de tamaño adecuado designaban el lugar de su entierro. Los epitafios indican que los perros eran los animales con mayor cantidad de entierros así como de la intensidad afectiva recíproca de la relación. Estos epitafios eran escritos tanto por hombres como por mujeres, pertenecientes a todos los sectores económicos, sociales e intelectuales (Bodson, 2000).

Si bien en la antigua Grecia los perros eran valorados como compañeros fieles y guardianes, el imaginario dominante era de valoración negativa: A pesar de convivir tan cerca de los hombres el perro había sido incapaz de adquirir normas de comportamiento básicas de un habitante de la polis. El perro es representado como el animal impúdico por excelencia (Kobayashi, 2011) a partir de nociones crecientemente jerárquicas y antropocéntricas, las

cuales se desprenden del discurso filosófico y teológico sobre el cual yacen las raíces intelectuales occidentales (Singer, 1985).

En el conflicto entre escuelas rivales de pensamiento en la antigua Grecia, fue la escuela de Aristóteles (384-22 AC) la que eventualmente se convirtió en dominante. Al igual que su maestro Platón (427-347 AC), Aristóteles exaltó el intelecto o el poder de la razón por sobre todas las facultades humanas; pero a diferencia de Platón, él percibió el mundo natural como una suerte de jerarquía con los humanos en la cima, especialmente los griegos. Aristóteles también argumentó que en tanto la naturaleza no hace cosas en vano, el indudable propósito de los organismos inferiores era servir de comida y trabajar para aquellos más altos en la escala (Serpell, 1996b; Singer 1985).[2] Este énfasis en la irracionalidad animal fue posteriormente adoptado y modificado por varios filósofos del estoicismo, epicureismo y neoplatonismo, algunos de los cuales no sólo negaron la razón y el pensamiento animal, sino también la habilidad para retener ideas y aprender de la experiencia. A principios del siglo IV estas ideas fueron incorporadas a la tradición cristiana (Sorabji, 1995).

Los Pitagóricos y Platónicos que precedieron a Aristóteles creían no sólo que los animales poseían almas racionales, sino que eran repositorios de almas humanas reencarnadas. El sucesor de Aristóteles, Teofrasto (322-287 AC), rechazaba el sacrificio animal y el consumo de carne con el argumento de que los animales eran seres semejantes, mientras que Diógenes de Sinope (siglo IV AC), fundador de Los Cínicos, expuso radicalmente que los animales eran de hecho superiores a los humanos en varios sentidos (Kobayashi, 2011; Serpell, 1996b).

La otra gran tradición intelectual del mundo occidental es la judeo cristiana. En el *Libro del Génesis*, Dios diferencia a los hombres de los animales haciendo a los primeros a su

[2] Nótese que Aristóteles usó el mismo argumento para condonar el comercio griego de esclavos (Serpell, 1996b).

imagen y semejanza, y adjudicándoles el dominio sobre todos los seres vivos del planeta.[3] Aunque la Biblia dotó a los humanos con un estatus privilegiado en relación al resto de la creación, también repetidamente exaltó las virtudes de la benevolencia hacia los animales (Serpell, 1996b). Por ejemplo, al indicar que "el justo se preocupa por la vida de sus animales, pero los sentimientos de los impíos son crueles" (Proverbios, 12:10). El libro *Eclesiastes*, a su vez, explícitamente acerca bestias y hombres, quienes intentarían diferenciarse de las primeras por vanidad.[4] Sin embargo, el cristianismo temprano parece haber adoptado una versión anti-animal claramente sesgada del antiguo debate. San Agustín (354-430 DC) fue quien transmitió esta representación a través de sus escritos (Serpell, 1996b). En una discusión acerca del mandamiento bíblico "No matarás", Agustín indicó que el mismo no incluye a "los irracionales, como son: aves, peces, brutos y reptiles, porque carecen de entendimiento para comunicarse con nosotros; y así, por justa disposición del Criador, su vida y muerte está sujeta a nuestras necesidades y voluntad" (2013 versión, p. 48).

Otros representantes de la iglesia como San Francisco de Asis (?1181-1226) y algunos de sus miembros posteriores de la orden franciscana habrían predicado amor a la naturaleza y

[3] "Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra" (Génesis 1:26). Existe un debate acerca de si esto habilitaría al hombre a gobernar a los animales de un modo mezquino o si estaría indicando que debiera administrar y proteger a los animales bajo su jurisdicción (Singer, 1985).

[4] "Porque lo que sucede a los hijos de los hombres, y lo que sucede a las bestias, un mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros, y una misma respiración tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia; porque todo es vanidad. Todo va a un mismo lugar; todo es hecho del polvo, y todo volverá al mismo polvo. ¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres sube arriba, y que el espíritu del animal desciende abajo a la tierra?" (Eclesiastes 3:19-21).

las actitudes relativamente humanitarias hacia las demás especies (Singer, 1985). Durante la Edad Media esta perspectiva caritativa quedó drásticamente fuera de moda (Serpell, 1996b).

Edad Media.

La mirada medieval relativamente negativa hacia los animales no humanos se le ha atribuido a la influencia del filósofo griego Aristóteles (Sorabji, 1995). Las representaciones sobre los animales transmitidas por Agustín fueron luego consolidadas y refinadas por el teólogo y filósofo medieval Tomás de Aquino (1225-74) quien no sólo le negó racionalidad a los animales, sino también inmortalidad, indicando que sólo la parte racional del alma sobrevivía después de la muerte.[5] De acuerdo a Tomás de Aquino las personas no tenían ningún deber moral directo hacia los animales. La crueldad sin sentido debía ser evitada, pero sólo por motivos económicos o porque esto podía alentar la crueldad hacia los humanos, y no por el sufrimiento infringido a los animales en sí mismo (Serpell, 1996b; Serpell & Paul, 1994; Singer 1985).

El antropocentrismo que caracterizó el pensamiento y la teología medieval y renacentista fue un precepto moral dogmático cuyos exponentes vigorosa, y a veces violentamente, combatieron doctrinas alternativas. Esta actitud en ningún lugar se ejemplifica mejor que en las depredaciones fanáticas de la inquisición medieval. Aunque su propósito oficial era descubrir y excomulgar herejes inflexibles, durante la Edad Media y principios de la Edad Moderna, en la práctica su meta principal parecía ser la erradicación de todas las personas y cosas que contradijeran la perspectiva sesgada y jerárquica aristotélica/tomista del

[5] Esta conclusión aparentemente simple tiene importantes implicancias. Al denegar una vida posterior a los animales se rescataba a los cristianos de la alarmante posibilidad de encontrarse a los espíritus vengadores de sus desdichadas víctimas animales en otra vida (Serpell, 1996b).

lugar del hombre en la naturaleza; reaccionando con una brutalidad sanguinaria hacia todo cuanto amenazara con quebrantar la distinción entre humano y animal, cultura y naturaleza (Serpell, 1996b). La zoofilia era considerada por la iglesia como el más horrendo y abominable pecado, ya que después de todo, es el acto anti-antropocéntrico más extremo, por lo que la mera sospecha era suficiente para la condena a los ojos del público (Serpell, 1996b; Singer, 1975).

La tenencia de mascotas constituía una forma de herejía justamente por los motivos opuestos a los que hacían que la zoofilia fuera aborrecida: en vez de convertir a los humanos en bestias, convertía a las bestias en humanos o al menos semi-humanos. La tendencia al antropomorfismo del animal es un ingrediente importante de la relación con las mascotas, sin la cual sería difícil percibir al animal como verdadera compañía y beneficiarse de esta. Sin dudas, esta era la característica que volvía a la tenencia de mascotas como una seria amenaza a los fundamentos religiosos y creencias filosóficas (Serpell, 1996b). Al desdibujar la distinción entre humano y no-humano, la tenencia de mascotas planteaba un serio desafío al *status quo*.[6] Esta actividad era una suerte de lujo que se restringía a la esfera de las clases altas (Serpell & Paul, 1994, 2011).

La cacería era una actividad destacada para las clases altas, y se realizaba con ayuda de perros de caza. La alianza humano-perro contra los animales salvajes no desafiaba el acercamiento tradicional y abusivo hacia los animales, sino que servía para manifestar el dominio humano sobre todas las criaturas vivientes. Esta práctica en colaboración dio lugar a

[6] Durante el período inglés de juicio a las brujas, la tenencia de mascotas era suficiente para elevar sospechas, particularmente en personas que tenían reputación de promiscuidad o comportamientos antisociales, y se convirtió en una excusa para la persecución violenta (Serpell & Paul, 1994, 2011). Las autoridades ponían su atención en los vínculos sentimentales entre la gente mayor socialmente aislada y sus mascotas (Serpell, 1996b). A su vez diversas autoridades católicas prohibieron y condenaron la tenencia de mascotas por parte de los miembros de distintas órdenes (Serpell & Paul, 1994).

la evolución de las relaciones entre los humanos y sus perros, y favoreció la tenencia de perros de compañía con todas sus connotaciones afectivas entre la elite medieval (Menache, 2000).

Edad Moderna.

Durante los siglos XVI y XVII teólogos y filósofos tendían a percibir un beneficioso propósito de Dios en todo; y el indudable propósito de los animales era servir al género humano, proveyéndolo con comida, materiales en bruto, entretenimiento o trabajando para su beneficio (Serpell, 1996b).

Durante el proceso de descubrimiento y conquista de América, perros entrenados fueron traídos desde Europa para llevar a cabo labores de masacre indígena, para lo cual resultaron muy efectivos. En ese contexto se produjo una revalorización de estos animales, a los que se celebraba y premiaba, elevándolos a una categoría humana; a su vez los indígenas fueron degradados a una condición de extrema animalidad. Hacia finales del siglo XVI, habiendo finalizado los principales conflictos bélicos, los perros fueron abandonados; dejaron de ser fundamentales para el asentamiento español y sus jaurías pasaron a ser un problema (Kobayashi, 2011).

Entre los primeros que comenzaron a hablar en favor de los animales se destacó el escéptico filósofo francés Montaigne (1533-92), quien indicó que la crueldad hacia los animales era incorrecta en sí misma más allá de que condujera a la crueldad en las personas, y planteó que la presunción y la vanidad del hombre hacen que este se iguale a Dios, se atribuya cualidades divinas y se separe del resto de las criaturas (Singer, 1975). Sin embargo, aún no estarían dadas las condiciones para que este tipo de cuestionamientos al

antropocentrismo cobraran fuerza; el discurso del padre de la filosofía moderna apuntaría a la dirección contraria.

En 1637 el filósofo francés René Descartes (1596-1650), propuso en su *Discurso del método* que animales y humanos podían ser comparados con máquinas complejas, como relojes, que funcionaban de acuerdo a principios mecánicos relativamente simples; pero que, sin embargo, los humanos se diferenciaban de los animales por poseer almas racionales e inmortales, y la facultad del discurso verdadero, mientras que los animales esencialmente no diferían de autómatas sin mente ni alma (Serpell, 1996b; Singer, 1975).

> No hay nada que más aparte a los espíritus endebles del recto camino de la virtud, que el imaginar que el alma de los animales es de la misma naturaleza que la nuestra, y que, por consiguiente, nada hemos de temer ni esperar tras esta vida, como nada temen ni esperan las moscas y las hormigas; mientras que si sabemos cuán diferentes somos de los animales, entenderemos mucho mejor las razones que prueban que nuestra alma es de naturaleza enteramente independiente del cuerpo, y, por consiguiente, que no está sujeta a morir con él (Descartes, 1637/2003, p. 43).

A pesar de las críticas, la tenencia de mascotas continuó siendo popular entre los ricos, y a finales del siglo XVII empezó a considerarse más ampliamente como una práctica respetable (Serpell & Paul, 1994).

Durante el iluminismo comenzó a darse gradualmente un cambio cultural que coincidió con cierto rechazo a las rígidas ideas antropocéntricas previas y el surgimiento de la preocupación por el bienestar animal; este cambio puede ser atribuido, al menos en parte, a la mayor afluencia económica resultante del creciente comercio extranjero colonial y la

continua migración de europeos desde las áreas rurales hacia los pueblos y ciudades (Serpell & Paul, 1994). La industrialización creciente de las sociedades a su vez fue conduciendo a un reemplazo de la íntima familiaridad del campesino con los animales a sistemas de gestión agrícola en granjas fabriles e instalaciones alimentarias a escala industrial (Sheldrake, 2008). Esto ayudó al distanciamiento de los sectores crecientes de la población de cualquier implicación personal respecto de la matanza, subyugación o maltrato animal, y así removió la necesidad de los sistemas de creencia designados para reforzar y justificar esas prácticas (Thomas, 1983, como se citó en Serpell & Paul, 1994).

Aunque probablemente fuerzas socioeconómicas iniciaron este cambio en las actitudes hacia los animales, evidencias indirectas sugieren que la tenencia de mascotas podría haber ayudado a acelerar el proceso (Serpell & Paul, 1994). Las mascotas desequilibran el antropocentrismo cuando sus dueños tratan a sus *pertenencias vivientes* como miembros de una relación igualitaria y mutuamente benéfica (Redmalm, 2013).

Edad Contemporánea.

Desde mediados del siglo XVIII una creciente corriente de literatura fue publicada abogando por un trato humanitario hacia los animales inferiores (Serpell, 1996b). Probablemente uno de los más influyentes fue el filósofo Jeremy Bentham (1748-1832) quien en 1780 argumentó que la discusión acerca de la superioridad humana y la falta de discurso y razonamiento animal eran moralmente irrelevantes. "La pregunta no es, ¿Pueden razonar? ni, ¿Pueden hablar? sino, ¿Pueden sufrir?" (Bentham, 1879 versión, p. 244). Bentham es considerado uno de los fundadores del concepto de *derecho animal* (Serpell & Paul, 1994).

Irónicamente la evidencia acumulada por los viviseccionistas cartesianos solamente sirvió para enfatizar la similitud con los humanos. Si los mecanismos subyacentes y las

respuestas eran las mismas, entonces era altamente probable que humanos y animales experimentaran similares sensaciones de dolor; en ese caso no podría haber una justificación moral para ignorar el sufrimiento animal, más que ignorar el sufrimiento de un infante humano irracional y sin habla (Serpell, 1996b; Singer, 1975).

Durante el período de la *Ilustración* del siglo XVIII florecieron también ideas liberales sobre la educación, y el antropomorfismo y afecto hacia los animales fueron pronto adoptados como medios ideales para cultivar la compasión en los niños. John Locke (1632-1704) fue el primero en sugerir esta función de las mascotas (Serpell & Paul, 1994). Además, desde finales del siglo XVIII, los animales de compañía han sido usados como agentes de rehabilitación para tratar ostracismo, soledad, enfermedades mentales, enfermedades crónicas y criminales (Oyama & Serpell, 2013). Cabe señalar que estos experimentos tempranos y preliminares respecto a terapia asistida con animales fueron pronto desplazados por el ascenso de la medicina científica durante la primera parte del siglo XIX (Serpell, 2006).

Contemporáneo a Bentham, Immanuel Kant (1724-1804) en 1780 indicó que los hombres no tienen obligaciones directas hacia los animales, los cuales no tienen autoconciencia y serían simplemente un medio para un fin; ese fin sería el hombre. Para Kant "si un hombre le dispara a su perro porque el animal ya no es capaz de brindar sus servicios, no le está fallando en su deber al perro, porque el perro no puede juzgar, pero su *acto es inhumano y daña la humanidad en él la cual es su deber mostrar a la humanidad*" (Kant, 2010 versión, p. 11). Si bien esto puede ser considerado como evidencia de su sesgada ética antropocéntrica, es significativo destacar que aunque el hombre no tenga una obligación directa hacia el perro, este se beneficia por los deberes morales del hombre (Hayward, 1994).

La iglesia católica por su parte persistió dudando sobre las responsabilidades morales de las personas hacia los animales (Serpell, 1996b). A mediados del siglo XIX, el papa Pio IX denegó el permiso para establecer en Roma una asociación para la prevención de la

crueldad animal porque consideró que eso implicaría erróneamente que el hombre tuviere deber alguno hacia los animales (Serpell & Paul, 1994; Singer, 1985). Aún en la actualidad en muchos países predominantemente católicos, la idea según la cual "los animales no tienen alma" continúa comúnmente siendo usada como una forma de justificar la indiferencia hacia su bienestar (Serpell, 1996b).

La creciente preocupación por el bienestar animal durante los siglos XVII y XVIII fue acompañada y promovida por un incremento de la popularidad de las mascotas, la cual estaba distribuida a lo largo de la aristocracia y expandiéndose hacia la clase media (Serpell & Paul, 1994, 2011). El desarrollo del interés por los animales salvajes, plantas y el mundo natural comenzó a emerger en este momento; anteriormente estos temas eran considerados sin valor para estudiarlos seriamente, y sus descripciones se hacían sólo en términos de su utilidad o sus propiedades nocivas. Sin embargo, poco después la historia natural se convirtió en una ocupación respetable y de moda entre las clases educadas (Serpell, 1996b).

En 1859, Charles Darwin publicó *El origen de las especies a través de la selección natural*, la cual fue considerada como la última obra de herejía por sostener que todos los organismos, y en consecuencia los humanos también, eran el resultado de un proceso natural esencialmente azaroso (Serpell, 1996b). Para Freud (1916/1996) esto constituyó una de las grandes mortificaciones hacia la humanidad, al reducir a la más mínima expresión las pretensiones de los hombres de un puesto privilegiado en la creación, estableciendo su ascendencia zoológica y demostrando la irreductibilidad de su naturaleza animal. Las conceptualizaciones en términos de *diseños*, *propósitos* y *causas finales* fueron siendo dejadas de lado, por lo que la idea de un ser creador supremo comenzó a parecer algo superficial, como la superioridad humana sobre otras especies (Serpell, 1996b; Singer, 1975).

En 1894, Morgan-Lloyd, uno de los fundadores del estudio del comportamiento animal, introdujo el famoso canon que establece que "en ningún caso podemos interpretar

una acción como el resultado de una facultad psíquica superior, si esta puede ser interpretada como el ejercicio de una facultad menos elevada en la escala psicológica" (Morgan, 1894, p. 53). Aunque su canon podría haber intentado apuntalar una aproximación psicológica a los animales, fue persistentemente malinterpretado como una prohibición rígida de descripción antropomórfica (Costall, 1998), introduciendo un sistemático sesgo antropocéntrico al estudio del comportamiento animal que se ha mantenido ahí desde entonces y que ha reforzado las barreras entre nuestra especie y todas las demás (Serpell, 1996b). La aplicación de términos como feliz o desanimado, sorprendido o aburrido, en relación a animales son considerados totalmente inaceptables, habiendo o no consistencia entre el comportamiento y estas emociones (e.g., Kennedy, 1992). Asuntos ligados a la adquisición de lenguaje en primates, la conciencia en animales o la aplicación de la teoría de Darwin a la evolución de la cultura y comportamiento humano continúan despertando intensa controversia (Serpell, 1996b).

La tenencia de animales de compañía parece haber alcanzado en las últimas décadas niveles sin precedentes en las sociedades occidentales. Algunos autores (e.g., Belk, 1996) han relacionado este incremento a los cambios ambientales alienantes en el traspaso dado en los últimos cien años desde comunidades estables hacia las grandes ciudades, con sus avances tecnológicos y la fragmentación de la familia; con la consiguiente búsqueda de apoyo emocional extra. Sin embargo, esto no permitiría dar cuenta de la presencia de mascotas en la prehistoria y a lo largo de toda la humanidad (Serpell & Paul, 2011). Una explicación alternativa plantea que el reciente incremento de la tenencia de mascotas en sociedades occidentales no es tanto el producto de una necesidad creciente como el inevitable resultado de un cambio histórico en las actitudes, no sólo hacia las mascotas, sino hacia los animales en general (Serpell, 1996b).

Durante el último siglo movimientos en defensa de los animales han comenzado a cuestionar su explotación y el papel dominante de los humanos en la relación (Gutiérrez et

al., 2000). Particularmente los animales de compañía sólo han tenido derechos legales o estatus bajo la ley como propiedad. El resarcimiento por su daño o pérdida estuvo ligado al valor económico de su reposición. Esto se encuentra en un proceso de cambio. Varios casos en torno a la muerte de mascotas en la atención de veterinarios, peluqueros, criadores y transporte de aerolíneas han tenido que resarcir al dueño con grandes sumas de dinero por su sufrimiento emocional (Armstrong, Tomasello, & Hunter, 2001). Sin embargo, el animal no tiene un valor intrínseco, sino que el mismo viene dado por la relación de este con el demandante desde una perspectiva antropocéntrica (Miller, 2011).

En las culturas occidentales, las mascotas son posesiones, a la vez que muchas de ellas gozan de características de un miembro humano de la familia (Belk, 1996).

2.3 Mascota o animal de compañía

En español *mascota* tiene tres acepciones, en tanto designa una persona, animal o cosa que sirve de talismán atrayendo buena suerte, un tipo de sombrero flexible, y un animal de compañía (*Diccionario de la Real Academia Española,* 2014). La lengua española lo toma del francés *mascotte*, préstamo tardío (de 1867) del provenzal *mascoto*, que en francés significa "brujería, embrujo", y que se difundió a partir a la opereta de Audran *La Mascotte* de 1880, que rondaba en torno a una joven que atraía buena suerte (Currel, 2006).

El inglés, *mascota* (*pet*) tiene diversas acepciones, pero aquella que se refiere al animal de compañía lo define como un animal típicamente domesticado o amansado, que es mantenido por placer o compañía (Stevenson, 2010).

En las definiciones de *mascota,* en tanto animal de compañía, se destaca la tendencia a discriminar los animales mantenidos fundamentalmente por motivos sociales, emocionales

o sentimentales (i.e., mascotas) de aquellos animales mantenidos por propósitos económicos o prácticos (i.e., animales de trabajo, ganado, animales de experimentación); aunque se reconoce que ambas categorías puedan superponerse en la práctica, como sucede con los perros guía o perros pastores (Serpell & Paul, 2011).

Una definición ampliamente aceptada de la mascota como animal de compañía, la describe como aquel animal que se encuentra bajo control humano, vinculado a un hogar, compartiendo intimidad y proximidad con sus cuidadores, y recibiendo un trato especial de cariño, cuidados y atención que garantizan su estado de salud (Bovisio, Fracuelli, et al., 2004; Savishinsky, 1985). Si bien los humanos han mantenido como mascotas una gran variedad de animales —incluyendo grillos, tigres, cerdos, vacas, ratas, cobras, caimanes, águilas— los animales prototípicos que identifican la categoría *mascota* son los perros y los gatos (Herzog, 2012).

En japonés es posible denominar a una mascota como *petto* o como *aigandôbutsu* (literalmente "animales para amar y con quienes jugar [o disfrutar]"); y mientras algunas especies, como perros y gatos, son referidos de ambas formas, otras como los grillos o escarabajos —en su conjunto llamados *mushi*— son referidos en la literatura usualmente como *petto*, pero nunca como *aigandôbutsu* (Laurent, 2000).

En la cultura occidental, actualmente el término *mascota* no goza de popularidad en tanto no respetaría la propia integridad y dignidad de los animales (Sandøe et al., 2016), y *animal de compañía* ha sido preferido por muchos investigadores en el campo de las interacciones humano-animal. Este último término hace referencia a la principal función que la gente refiere de muchos de estos animales y a la vez connota una relación de mayor igualdad (Staats, Wallace, & Anderson, 2008; Walsh, 2009a).

La expresión *animal de compañía* se ha mostrado también problemática, en tanto el término *de compañía*, o en inglés también *compañero* (*companion*), pasa por alto el hecho de

que los humanos son generalmente considerados los dueños de sus compañeros no-humanos; y además, *animal* oscurece el hecho de que los humanos también son animales (Redmalm, 2013). Algunos autores rechazan también este término en tanto muchas mascotas no se configuran como compañeros (Herzog, 2012). De este modo *mascota* y *animal de compañía* no necesariamente serían términos intercambiables, sino que el primero comprendería un amplio rango de animales con los que las personas elijen vivir, y el segundo término reflejaría un subconjunto de mascotas con los que las personas tienen un vínculo especial e interactivo (Sandøe et al., 2016).

Por otro lado, legalmente los animales de compañía son considerados propiedades (Irvine, 2004; Miller, 2011), y aunque resulta innegable que en tanto las personas compren animales legítimamente son sus dueños o propietarios, diversas organizaciones dedicadas a la protección de animales hacen referencia a sus tenedores como *custodios* buscando reflejar la relación subjetiva que existe con el animal (Armstrong et al., 2001). Si bien este término, al menos simbólicamente, produce un corrimiento del modelo de propiedad hacia uno más bien familiar, tiende a ubicar la cuestión en un territorio de parentalidad; esto puede contribuir a la infantilización de estos animales mientras que carece de cualquier tipo de respaldo legal (Miller, 2011). A diferencia de quien tiene la custodia de un niño, quien ejerce la *custodia* sobre una mascota está autorizado a deshacerse de ella, venderla, castrarla o sacrificarla. Para Herzog (2012) los términos *animal de compañía* y *custodio* son sólo ilusiones lingüísticas que aparentan que no poseyéramos a los animales con los que vivimos.

Se ha propuesto la incorporación legal de los animales de compañía como *propiedad viviente* y el reconocimiento de sus derechos legales (Favre, 2000; 2010). Sin embargo, si estos animales son entendidos esencialmente como una clase de seres vivos que existen para brindar placer y compañía a los humanos, otorgarle un valor intrínseco a su vida hace que sea

cuestionable su posesión y tenencia, sea que los llamemos mascotas o animales de compañía (Irvine, 2004).

Por su parte, el término *mascota* permitiría resaltar la asimetría y jerarquía que existe en la relación entre humanos y estos animales (Belk, 1996), y a su vez destaca la posición paradójica que estos ocupan, siendo productos de mercado y a la vez siendo incluidos en la esfera humana como miembros de la familia (Redmalm, 2013). Así, los perros de compañía pueden ser pensados como criaturas que hacen equilibrio entre la naturaleza y la cultura, simultáneamente incluidas y excluidas de un *nosotros* humano. *Mascota* vs *animal de compañía* refleja la manera dual en la que estos animales son considerados y tratados (Belk, 1996).

2.4 Factores socioculturales relacionados

Las actitudes humanas hacia los animales a menudo aparecen como extraordinariamente variables y arbitrarias entre distintas culturas (Serpell, 1996b). Del valor que se les otorga a los animales y del alcance de las consideraciones positivas o negativas que las personas tienen hacia ellos, dependerá su bienestar y supervivencia (Serpell & Paul, 1994).

Globalmente, las relaciones entre humanos y perros son complejas y pueden variar a lo largo de un continuo. En el extremo positivo se encuentran países como Suecia donde los perros suelen estar registrados y contar con seguro médico; en el extremo opuesto se encuentran países como Corea del Sur, donde los perros son considerados como animales que se comen (Serpell, 2011).

Para entender las diferencias culturales en relación a las actitudes hacia los animales Serpell (2004) planteó que las mismas podrían reducirse a dos dimensiones fundamentales: (1) el afecto, que va del amor y la simpatía al miedo y la repugnancia, y (2) la utilidad, que puede variar de útil y beneficiosa para los intereses humanos a inútil y perjudicial para nuestros intereses. Así por ejemplo, un perro sin dueño en un área de China afectada por la rabia tendrá un valor utilitario negativo, mientras que un Border Collie de trabajo en las montañas escocesas tendrá un valor positivo en la misma dimensión. De manera similar, un perro de compañía viviendo en un departamento en Manhattan tendrá un alto afecto positivo, mientras que un perro idéntico viviendo en las calles de Baghdad, o cualquier ciudad predominantemente musulmana, probablemente despertará un afecto negativo (Serpell, 2011).

Estas dos dimensiones no son independientes respecto de su efecto en las relaciones de las personas con los perros y otros animales. No sorprendentemente el valor instrumental positivo de los perros ayudantes de caza o guardianes se asocia frecuentemente con un afecto positivo hacia ellos, mientras que la utilización de los perros por motivos económicos que implican dañarlos o matarlos tiende a excluirlos de convertirse en objetos de afecto positivo para las personas (Serpell, 1995; 2004).

La ubicación precisa de un perro en el espacio bidimensional descrito por estas dos variables también dependerá de una multiplicidad de factores que afectan la evaluación que las personas realizan de los perros (Serpell, 2011). Factores culturales, socioeconómicos y demográficos se han encontrado relacionados con las actitudes de las personas hacia a los animales; se destacan la edad de las personas, el sexo, la ocupación, el nivel de ingresos, el origen étnico, área de residencia, nivel educativo y orientación religiosa (Kellert & Berry, 1980).

En las sociedades occidentales los animales desempeñan un rol destacable en la vida de los niños —se encuentran continuamente presentes en dibujos animados, estampados en la ropa, juguetes, etc.— y el contacto con los animales, especialmente con las mascotas, moldea las actitudes hacia los animales durante la vida adulta (Serpell, 1999). A su vez, se ha destacado el rol de los procesos de modelado a partir de figuras significativas, como padres y maestros, en la formación de actitudes y en los comportamientos que se adoptan hacia los animales; tanto en lo que respecta a interacciones positivas, de valoración y cuidados, como negativas, perpetuando actos de maltrato y crueldad (DeGue & DiLillo, 2008; Kidd & Kidd, 1989, 1995; Raupp, 1999).

No hay evidencias claras que permitan concluir que las personas que tienen animales de compañía, o un tipo particular de animal, y establecen vínculos con estos difieran de otras personas en términos de personalidad (Podberscek & Gosling, 2000). Las diferencias de género tampoco se han mostrado significativas en las interacciones habituales (Herzog, 2007), aunque las mujeres parecen manifestar respuestas afectivas más positivas hacia los animales y mayores preocupaciones por su bienestar (Serpell, 2011). En parte, las diferencias encontradas podrían deberse a que, en general, las mujeres tienden a ser socialmente más demostrativas y expresivas que los hombres (Franken, Hill, & Kierstead, 1994; Kring & Gordon, 1998). Para Paul (2000) existen diferencias socio-cognitivas entre hombres y mujeres en la tendencia a experimentar emociones ligadas a la crianza y a ofrecer cuidados, las cuales pueden tener influencias en las relaciones que estos establecen con otras personas y animales.

En líneas generales, suele considerarse además que los adultos jóvenes tienden a mostrar actitudes más favorables hacia los animales que los adultos mayores; asimismo, mayores niveles educativos también suelen predecir actitudes más positivas hacia los

animales, al igual que mayores ingresos y la residencia en lugares urbanos (en contraposición a áreas rurales; Serpell, 2011).

2.5 El perro de compañía en Ciudad Autónoma de Buenos Aires

En la mayor parte de los países occidentales el número de hogares que cuentan con perros o gatos ha crecido firmemente en las últimas décadas (Serpell, 2016). En Estados Unidos en el año 2011 más de un tercio de los hogares tenían uno o más perros, y poco menos de un tercio tenía uno más gatos (American Veterinary Medical Association [AVMA], 2012). Cálculos más recientes realizados por la American Pet Products Association (APPA, s.f.) estimaron que entre el 2015 y el 2016 más del 44% de los hogares estadounidenses contarían con al menos un perro de compañía. En la Unión Europea en el 2014 se encontró que poco más del 25% de los hogares tenían al menos un gato, y alrededor del 18% tenía al menos un perro (European Pet Food Industry Federation [FEDIAF], 2014).

En Ciudad Autónoma de Buenos Aires el Instituto de Zoonosis Luis Pasteur publicó a la fecha dos relevamientos demográficos de los animales domésticos (Anderson et al., 1996; Bovisio, Fuentes et al., 2004). Ambos relevamientos fueron realizados con el mismo método con el objetivo de poder establecer comparaciones entre los datos. Esto permitió observar en un incremento del 27.3% en la cantidad de mascotas en el período de diez años comprendido entre 1994 y 2004, pasando de una población estimada de 398,041 a 425,978 perros, de 120,790 a 206,710 gatos, de 100,180 a 120,199 aves, y de 61,127 a 113,097 de otro tipo de animales. Vale destacar que de acuerdo a los datos censales base de estos trabajos, en el período de diez años comprendido entre los años 1991 y 2001 el número de habitantes de Ciudad Autónoma de Buenos Aires disminuyó un 6.38% (Dirección General de Estadísticas

y Censos [INDEC], 2001). Es decir que, además de un aumento en la cantidad de animales, se registró un incremento en la tenencia de mascotas, pasando de un perro cada 7.45 personas a uno cada 6.52, y de un gato cada 24.55 personas a uno cada 13.43 (Anderson et al., 1996; Bovisio, Fuentes et al., 2004). Así, los mayores incrementos se registraron en la tenencia de gatos, con un aumento diferencial de 6.17 puntos; mientras que por el contrario, la tenencia de perros registró la disminución diferencial más amplia, con un descenso de 9.31 puntos. En relación a la proporción entre animales y hogares, se observó un incremento de un animal por cada hogar y medio, a la relación de un animal por cada hogar.

El informe recientemente publicado por el Ministerio de Hacienda respecto de la tenencia de animales de compañía Ciudad Autónoma de Buenos Aires (DGEyC, 2016) estimó una población levemente superior: 430,000 perros, a razón de un perro cada 7.14 personas, y 250,000 gatos, a razón de un gato cada 12.5 personas.

Las cifras relativas a la tenencia de animales de compañía en Ciudad Autónoma de Buenos Aires (Bovisio, Fuentes et al., 2004) superan ampliamente las obtenidas para la Unión Europea (FEDIAF, 2014) y para Estados Unidos (AVMA, 2012); aunque las diferencias entre los métodos empleados pueden hacer no válidas las comparaciones directas de los datos.

El último informe del Ministerio de Hacienda (DGEyC, 2016) encontró una distribución en función del sexo del animal similar entre perros y gatos: 47% machos y 53% hembras. A diferencia del estudio anterior, en este el 54% de los perros eran de raza definida y el 32% estaban esterilizados (de los cuales 64% eran hembras). Este trabajo destacó además que en el norte de la ciudad, asociado a residentes de mayores ingresos, predominaban los perros de razas definidas, a diferencia del sur de la ciudad.

En relación a las características de la tenencia de animales, en el marco de la campaña anual de vacunación antirrábica del Instituto de Zoonosis Luis Pasteur, se desarrolló una

encuesta entre 407 propietarios de perros y gatos con el objetivo de describir la convivencia humano-animal de compañía en Ciudad Autónoma de Buenos Aires (Bovisio, Cicuttin, et al., 2004). Respecto de los hábitos de descanso, el 70.3% informó que sus animales dormían en el interior de la vivienda, mientras que el 22.8% en el exterior; además, el 53.8% refirió que sus animales tenían cuchas o mantas, mientras que el 37.8% permitía que sus animales durmieran sobre sus camas o sillones. Respecto de otros hábitos, se encontró que el 99% les hablaba; 98% jugaba con ellos; 89.9% los fotografiaba; 60.4% les hacía regalos; el 32.9 viajaba con ellos; y el 30.5% festejaba sus cumpleaños.

2.5.1 Aspectos legales de la tenencia de mascotas.

Recientemente la Ciudad Autónoma de Buenos Aires ha sido declarada como "Ciudad de Tenencia Responsable de animales domésticos de compañía" a través de una ley que prohibió el sacrificio de estos animales como método de control poblacional (Ley N° 5346, 2015). A su vez, esta ley incita a llevar a cabo políticas públicas tendientes a fortalecer la tenencia responsable de animales de compañía orientadas a capacitar a las personas en su cuidado integral. La regulación de la población animal es llevada a cabo a través de la promoción y realización de esterilizaciones, así como también a través de la prohibición de la existencia y funcionamiento de criaderos de animales en el ámbito de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, según lo establecido a partir de la Ordenanza N° 41831 (1987). La misma establece que los perros y gatos que fueren hallados sueltos en la vía pública serán recogidos por personal del Servicio de Recolección y conducidos al instituto Pasteur para su internación por tres días, luego de los cuales, de no haber sido reclamados, la Dirección General del Medio Ambiente determinará su destino: (1) entrega a entidades protectoras para su

transferencia a un tenedor responsable, (2) entrega a instituciones de docencia e investigación, y (3) eutanasia (inciso derogado por Ley N° 5346, 2015).

En el año 2011 se creó el Programa Nacional de Tenencia Responsable y Sanidad de Perros y Gatos en el Ministerio de Salud. Este programa busca estimular la tenencia responsable y sanidad de caninos y felinos. Entiende la tenencia responsable como la provisión al animal de los requerimientos para su salud —vacunación, desparasitación y esterilización quirúrgica—, alimentación adecuada, espacio de descanso protegido de las inclemencias del tiempo, espacio para la micción, defecación y recreación, entre otros aspectos. Además, este programa promueve la realización de campañas de castración, vacunación antirrábica, desparasitación, la evitación actos de crueldad y maltratos, y la incorporación por parte del Ministerio de Educación de los temas referentes a la protección de perros y gatos. El programa apunta a lograr el equilibrio poblacional de perros y gatos, entendiendo por tal la equiparación y el sostenimiento en el tiempo del número de nacimientos con la disponibilidad de hogares para albergarlos (Decreto N° 1088, 2011).

En Argentina, los maltratos ejercidos hacia los animales son punibles desde fines de siglo XIX, previéndose penas de multa o arresto para las personas que los ejerciten (Ley N° 2786, 1981). La actual ley de protección de los animales en Argentina (Ley N° 14346, 1954), promulgada durante la segunda presidencia de Juan Domingo Perón, es comúnmente denominada “Ley Sarmiento” en reconocimiento de la labor de Domingo Faustino Sarmiento como el primer impulsor de decretos que reglamentaron proteccionismo hacia los animales (Urich, 2013). Esta ley impone prisión de 15 días a un año para quien infligiere malos tratos o actos de crueldad hacia los animales. Entre los malos tratos se consideran no alimentar en cantidad y calidad suficiente a los animales domésticos o cautivos, estimularlos con drogas sin fines terapéuticos, azuzarlos para el trabajo mediante sensaciones dolorosas o imponerles castigos innecesarios. Entre los actos de crueldad se consideran lastimar o arrollar animales

intencionalmente, practicar vivisección sin las debidas autorizaciones, mutilar al animal (sin fines de mejora, marcación o higiene), abandonar a sus propios medios a los animales usados en experimentación, u organizar riñas de animales, corridas de toros y parodias en que se mate, hiera u hostilice a los animales.

Respecto de la tenencia de mascotas actualmente en el ámbito de Ciudad Autónoma de Buenos Aires, según lo establecido por la Ordenanza N° 41831 (1987), perros y gatos deben ser conducidos en la vía pública mediante el empleo de rienda y pretal o collar, y bozal, debiendo los tenedores proveerse de los medios para recoger las deyecciones de sus animales. Se encuentra prohibido el traslado de animales en vehículos de transporte de uso público, como colectivos, trenes y subtes; así como también, los animales no se encuentran permitidos en locales de elaboración, depósito o venta de alimentos, y los destinados a la atención al público.

Capítulo III

La relación humano-perro de compañía: Dimensiones y aspectos relacionales

La mayor parte de las personas que convive con animales de compañía considera que esta convivencia se trata de una relación bidireccional, en la cual los animales son alimentados y cuidados, y a su vez ellos proveen placer, satisfacción y alivio a las personas (Sandøe et al., 2016). La tenencia de mascotas se diferencia de la mayor parte de formas de posesión de animales en que el objetivo primario de dicha actividad es la compleja relación que puede desarrollarse (Robinson, 1995).

La búsqueda de adquisición de una mascota puede representar el deseo de extender la red de relaciones existente (Harker et al., 2000). Los perros son los animales de compañía más frecuentes (Gray & Young, 2011) y la mayor parte de los dueños viven con sus perros por largos períodos, permitiendo la formación de una relación estable, a largo plazo (Rehn, Lindholm et al., 2014).

Una relación implica una serie de interacciones entre dos individuos conocidos entre sí, que son dadas por una sucesión de intercambios a través de un período de tiempo limitado, que tomarán un curso que será influenciado por ambos participantes (Hinde, 1976, 1987). A partir de las interacciones íntimas con sus perros, los dueños comienzan a considerarlos individuos únicos, empáticos, con mente, con capacidad de retribuir, y conscientes de las reglas y roles básicos que rigen la relación (Sanders, 1993). Los tenedores establecen vínculos con sus animales de compañía que resultan similares —en diversos aspectos— a las relaciones humanas y comparten una profunda consciencia de que sus relaciones con sus animales de compañía son un fin en sí mismo (Holbrook, Stephens, Day, Holbrook, & Strazar, 2001).

El vínculo humano-animal es definido por la AVMA como "una relación dinámica y mutuamente beneficiosa entre personas y otros animales que es influenciada por comportamientos esenciales para la salud y el bienestar de ambos" (Wollrab, 1998, p. 1675). Esta definición va más allá de la conceptualización de la relación humano-animal dada, la cual se basa en comportamientos, a partir de agregar componentes emocionales y psicológicos, y afirmando que el vínculo humano-animal es mutuamente beneficioso (Hosey & Melfi, 2014).

A pesar del reciente incremento en la literatura respecto a los beneficios de la tenencia de mascotas (ver Beetz, Uvnäs-Moberg, Julius, & Kotrschal, 2012; Wells, 2009) y de que para la mayoría de los perros y gatos estar en un hogar les aporta comodidades y seguridad (Boitani, Francisci, Ciucci, & Andreoli, 1995; Macdonald & Carr, 1995), se ha sugerido que las investigaciones respecto a la interacción humano-animal de compañía deberían realizarse sin la presunción de que la interacción será necesariamente positiva para ambos interactuantes, y que aunque un animal se beneficie, esto podría no mejorar su bienestar (Hosey & Melfi, 2014). Así, en este trabajo se optó por la utilización del término *relación* humano-perro *a priori*, evitando la presuposición de beneficio mutuo.

La intensidad de la conexión humano-animal permite a los animales de compañía rápidamente adoptar roles como miembros de la familia (Fine & Beck, 2010). Aproximadamente un 90% de los dueños de mascotas refieren considerarlas miembros de la familia (e.g., Cain, 1983; Cohen, 2002). Estos individuos construyen una representación cognitiva de su mascota con una clara presencia en su red de relaciones. Además, las mascotas pueden promover percepciones de autenticidad si los dueños consideran que sus animales los perciben como individuos especiales, únicos e irremplazables (Harker et al., 2000).

Sea que el fundamento de la relación entre humanos y animales sea consciente, inconsciente o basado en el desarrollo evolutivo de un inconsciente colectivo, las personas esperan reciprocidad de los animales, y consecuentemente, se adentran en relaciones íntimas y especiales con ellos (Menache, 2000). Muchas personas no sólo permiten a estos animales permanecer en sus hogares, sino que busca activamente sostener esta relación y realizan esfuerzos emocionales y financieros considerables para mantenerla (Serpell, 1996b).

El cambio en el estilo de vida de un individuo, implicado en la adquisición de una mascota, permite suponer una extensión de su red de relaciones (Harker et al., 2000). En la relación humano-perro, algunos autores han destacado tanto la voluntad humana para adaptarse al no humano (e.g., Dotson & Hyatt, 2008) como la tendencia a atribuirle pensamientos y características humanas (e.g., McBride, 1995).

Algunas personas forman relaciones con sus mascotas que trascienden los límites de la distinción humano-animal. Estos tenedores comparten una profunda consciencia de que su relación con sus animales de compañía es un fin en sí misma, y no un medio para exaltar su ego, para conseguir la admiración de otros, una excusa para ejercitarse o una criatura que protege la casa contra intrusos (Holbrook et al., 2001).

La naturaleza de la relación entre dueños y mascotas tiene un impacto significativo en la vida de ambos (Meyer & Forkman, 2014). Sin embargo, todavía no hay consenso respecto a qué factores predicen cuáles relaciones prosperarán, potencialmente proveyendo un amplio rango de beneficios para ambos, y cuáles no (Thorn et al., 2015). Una relación humano-mascota exitosa puede considerarse como aquella donde los beneficios percibidos exceden los costos y responsabilidades de la tenencia de mascotas. Los beneficios pueden ser el simple placer de tener el animal o su compañía, pero también puede haber elementos de apoyo más fuertes derivados de la relación y un alto grado de implicación de la mascota en muchas actividades importantes para el estilo de vida (McNicholas & Collis, 1995).

Las interacciones humanas con sus animales de compañía otorgan una gran variedad de recompensas (Sanders, 1999). El principal placer que los humanos derivan de su relación con sus perros es el disfrute de relacionarse con otro ser que consistentemente demuestra amor; un sentimiento hacia el otro que los dueños perciben como honesto y no supeditado a sus características ni acciones (Sanders, 1993).

Para Kotrschal et al. (2009), humanos y animales pueden involucrarse en verdaderas relaciones sociales, en el sentido de que estas no consisten simplemente en emular relaciones sociales entre humanos, aunque están basadas en sustratos biológicos y psicológicos comunes, convergentes o incluso homólogos, como los mecanismos principales de vinculación (Curley & Keverne, 2005; Nagasawa et al., 2015), los llamativos paralelos en la ontogenia y expresión de los rasgos de personalidad (Groothuis & Carere, 2005; Koolhaas et al., 1999; Sih, Bell, & Johnson, 2004), o la modulación diádica sincronizada de hormonas ligadas al estrés (Jones & Josephs, 2006).

Sin embargo, las relaciones humano-animal pueden ser más básicas que las díadas humano-humano, en tanto operan mayormente en un nivel emocional, con poca intervención de componentes cognitivos y sociales que incrementan la complejidad de las relaciones entre humanos (Kotrschal et al., 2009). Los animales de compañía ofrecen relaciones de apoyo cualitativamente diferentes, especialmente en comparación con relaciones románticas, proveyendo gran libertad de elección en un contexto no evaluativo (Green et al., 2009). El hecho de que las mascotas no sean humanos puede ser ventajoso en la medida en que resultan predecibles y relativamente estables en su afecto, y no hay temor a que la relación se vea dañada por expresiones de debilidad o emociones, ni por excesivas demandas emocionales (McNicholas & Collis, 1995). El sentimiento de ser incondicionalmente aceptado y amado por una mascota puede predisponer a los dueños a acercarse a sus mascotas para obtener

alivio y seguridad en momentos de necesidad; y esto puede conducir a la formación de un vínculo de apego hacia la mascota (Zilcha-Mano et al., 2011).

En el otro extremo, algunos dueños se refieren a sus animales como objetos que se poseen, los cuales eventualmente pueden ser descartados con bajo costo emocional, y fácilmente reemplazados por la adquisición de un modelo similar (Sanders, 1999). En estos casos los animales son reducidos de su estado de compañeros y se convierten en objetos de consumo, como cuando son apreciados meramente por su valor ornamental o estético, o cuando son considerados como equipamiento para tareas específicas como al caza o transporte (Hirschman, 1994).

Sin embargo, la relación humano-animal de compañía no puede simplificarse ni como una relación de dominio y control, ni tampoco como una mera idealización de amor incondicional de los animales por sus dueños (Haraway, 2003). Las relaciones cercanas, las cuales conllevan vínculos emocionales y conocimiento íntimo compartido, tienen tanto elementos positivos como negativos. Al igual que otras relaciones cercanas, la relación entre las personas y sus animales de compañía se caracteriza por compromiso y ambivalencia, recompensas y problemas, vinculación y desconexión (Sanders, 2003).

La investigación de la relación humano-mascota como una interacción dinámica entre dos partes puede verse restringida por las imposibilidades de otras especies de dar cuenta de su experiencia de la relación. Las diferencias biológicas entre especies implican que las observaciones basadas en la experiencia humana no pueden generalizarse a otras especies (Bonas et al., 2000). Es así que este trabajo se limitó a captar la perspectiva del custodio humano implicado en una relación con su perro de compañía.

3.1 Interacción humano-perro

Las relaciones se componen de patrones interactivos y rutinas (Sanders, 2003), y la calidad de una relación depende en gran medida de los efectos directos de las interacciones diarias entre los individuos implicados. Una relación humano-perro funcional refleja una sincronización de los patrones interactivos entre ambos (Rehn, Lindholm et al., 2014).

La interacción conlleva una serie de intercambios a través de un período de tiempo limitado, donde el comportamiento implicado puede ser descripto en términos del contenido del intercambio —¿están peleando, hablando, besándose?— y su calidad —¿están gritando o susurrando? El curso de las interacciones será influenciado por sus participantes (Hinde, 1976, 1987) y compondrá la historia de la relación entre ambos; la cual podrá considerarse positiva, neutral o negativa, dependiendo de la calidad neta de las interacciones (Hosey & Melfi, 2014). Así, las interacciones afectan la relación, pero también son influidas por la calidad de la relación. Por ejemplo, la percepción de la relación como positiva conduce a los dueños de los perros a una mayor frecuencia de interacciones positivas, y esto también conduce a que los perros experimenten una relación cercana con su dueño (Rehn, Lindholm, et al., 2014).

Las interacciones humano-perro suelen reflejar actividades generales relacionadas con el cuidado del perro, como asearlo, así como actividades más íntimas, como besarlo y abrazarlo. Todas las actividades interactivas indican la cantidad de tiempo que pasan juntos en la relación, la oportunidad de compartir experiencias emocionales e interacciones recíprocas (Dwyer et al., 2006). Cuanto más integrada se encuentre la mascota en las actividades diarias de la persona, más cercana será la relación (McNicholas & Collis, 1995). Y a su vez, el grado en que el dueño incluye al perro en actividades compartidas se asocia con una percepción más favorable del comportamiento del perro (Bennett & Rohlf, 2007).

Si bien los comportamientos interactivos entre humanos y mascotas usualmente se organizan de manera asimétrica y los humanos mayormente deciden cuándo comienzan y cuándo finalizan, los dueños perciben que entre ellos y sus animales tienen lugar actividades compartidas, y los consideran a estos últimos como socios y compañeros (Harker et al., 2000).

El juego, la mirada recíproca y el acto de *hablar por* los animales —construcción y expresión de su perspectiva— son elementos de una interacción humano-animal amistosa, y resultan actividades centrales para el proceso por el cual los cuidadores establecen y expresan conexiones intersubjetivas con sus animales (Sanders, 2003).

Para Sanders (1999, 2003), a diferencia del juego humano-con-humano, en el que la competencia es un factor central, el juego humano-perro no tiene ganadores y perdedores en tanto el objetivo compartido es continuar la interacción del juego. Esto requiere que los jugadores sean conscientes de que la interacción es el juego, que hay ciertas reglas limitantes, que hay un objetivo específico, y construir sus comportamientos para sostener la acción colectiva del juego. Es decir que, tanto el humano como el perro deben, de manera rudimentaria, tomar el rol del otro y ajustar sus acciones en ese sentido.

Sin embargo, no hay evidencias concluyentes respecto de esta capacidad en perros. Algunos estudios han evidenciado consistentemente la sensibilidad de los perros hacia los estados atencionales humanos, incluyendo la tendencia a pedir comida preferencialmente a individuos que estuvieran prestándoles atención y la habilidad para llevar a cabo comportamientos prohibidos cuando los humanos no los están mirando. Debido a esto y al éxito de los perros en algunas tareas de toma de perspectiva, algunos autores han postulado que los perros cuentan con teoría de la mente (ver Udell, Dorey, & Wynne, 2011). Sin embargo, la capacidad no humana de atribución de estados mentales ha sido foco de debates y resulta polémica (ver Povinelli & Vonk, 2004; Roberts & Macpherson, 2011). En tanto es

posible que el reconocimiento de los signos conductuales del estado atencional del otro haya evolucionado con independencia de la habilidad para atribuirle estados mentales, detectar las claves atencionales humanas no necesariamente implicaría comprender su estado mental (Gómez, 2007; Jakovcevic & Bentosela, 2012).

Para algunos autores (e.g., Bräuer, 2014) no hay evidencia de que los perros posean una teoría de la mente parecida a la humana. Los perros resultan exitosos para resolver problemas sociales en ambientes humanos en tanto monitorean permanentemente a las personas, aprenden asociaciones válidas, hacen generalizaciones adecuadas y emplean estrategias egocéntricas. Así, los talentos especiales de los perros se apoyan en el entendimiento de los intentos comunicativos humanos. Otros autores postulan la posibilidad de una habilidad intermedia. Horowitz (2011), por ejemplo, sostuvo que los perros tendrían una *teoría de la mente rudimentaria*, la cual se ubica entre la mera asociación de comportamientos con resultados y la teoría de la mente, y se refiere a que el animal opera respecto a determinados elementos que median entre la apariencia de los otros y sus comportamientos.

Sin extendernos más sobre el debate, nos limitaremos a considerar la perspectiva de los custodios de los perros, quienes generalmente consideran que sus perros tienen la habilidad de comprender sus estados emocionales, y además, que ellos pueden leer los estados emocionales de sus perros. Este intercambio intersubjetivo de información emocional se vehiculiza principalmente a través de una *conversación de gestos* mutua basada en los movimientos físicos y posturas de los interactuantes. Las pistas verbales también son mutuamente utilizadas en las interacciones entre la gente y sus perros. La habilidad de los perros de comprender y responder a señales vocales humanas resulta bastante buena, y los dueños a su vez pasan a entender lo que sus animales quieren decir cuando gimen, ladran o cuando emplean otras formas de *protolenguaje* (Sanders, 1999).

3.1.1 Comunicación humano-perro.

La interacción entre la gente y sus perros se basa en actos comunicativos (Sanders, 1999). La comunicación puede ser definida como la relación entre la señal emitida y la repuesta dada frente a esta, de modo que la probabilidad de respuesta haya sido alterada respecto a la que hubiera sido en ausencia de la señal (Wilson, 1975). Además, en este proceso, la conexión entre emisor y receptor conduce a que sus comportamientos subsecuentes sean predecibles (Clark, 1982).

La vida en grupo implica que los individuos desarrollen sistemas de coordinación temporal y complementariedad de acciones; y la comunicación resulta fundamental en este proceso. Para los perros la vida en grupo equivale a la convivencia con humanos, por lo que la comunicación exitosa será aquella que permita la coordinación y complementariedad de acciones entre ambas especies (Bentosela & Mustaca, 2007). La comunicación entre perros y dueños puede describirse como una forma de entendimiento social, la cual consiste en un proceso cognitivo complejo en el que el sujeto es capaz de integrar información contextual y social, y modificar su comportamiento de manera acorde (Pongrácz, Miklósi, & Csányi, 2001).

Los perros han sido destacados como expertos en la lectura de los comportamientos sociales y comunicativos de los humanos —aún más que especies más emparentadas genéticamente, como los primates (Hare & Tomasello, 2005). Las capacidades cognitivas de los perros estarían asociadas a la domesticación y a las características de su nicho ecológico, que tiene la particularidad de la convivencia con animales de otra especie, los humanos (Bentosela & Mustaca, 2007).

Los perros pueden detectar —al menos parcialmente— el estado atencional humano, siguen la orientación de la cabeza para hallar comida oculta y dirigen la atención del humano hacia un objeto fuera de su alcance, a través de la alternancia de la mirada, pudiendo comunicarse de manera referencial con las personas (ver Jakovcevic & Bentosela, 2012).

Como resultado del proceso de domesticación, algunos aspectos de las habilidades socio-cognitivas de los perros han convergido con las de los humanos —dentro de las restricciones filogenéticas de las especies— a través de un proceso filogenético de culturalización (Hare, Brown, Williamson, & Tomasello, 2002). Hare y Tomasello (2005) argumentaron que a través de la evolución convergente, los perros poseyeron habilidades sociales parecidas a las de los humanos, las cuales habilitaron particulares líneas de comunicación entre ambos.

A partir de las investigaciones respecto a domesticación, socialización y condicionamiento en cánidos, Udell, Dorey y Wynne (2010) plantearon la hipótesis de las dos etapas, según la cual la sensibilidad de un animal particular hacia las acciones humanas depende primero de la aceptación de los humanos como compañeros sociales durante un período crítico del desarrollo —desde la semana de vida 3 a la 15, aproximadamente— y subsecuentemente, el condicionamiento para seguir las extremidades humanas. En este abordaje integrativo, se considera que tanto el proceso de domesticación, mediante el cual los perros moldearon su conducta para adaptarse al ambiente humano, como las experiencias de socialización y aprendizaje vividas durante la ontogenia, explicarían la aparición de las capacidades de los perros para comunicarse con las personas (Jakovcevic & Bentosela, 2012).

Los perros de compañía comparten mucho tiempo con los humanos, por lo que tienen más oportunidades de aprender pistas sociales en comparación a otras especies animales; y la interacción con los humanos se vuelve esencial debido a que ellos manejan el acceso a recursos que funcionan como refuerzos (e.g., Elgier, Jakovcevic, Barrera, Mustaca, &

Bentosela, 2009). Así, las comparaciones entre perros que viven en hogares con humanos y perros de refugios evidenciaron algunas diferencias en sus desempeños en tareas comunicativas interespecíficas. Por ejemplo, si bien ambos pueden utilizar formas simples de señalización humana, a diferencia de los primeros, los perros de refugio fallan en seguir una señalización momentánea distal en los primeros ensayos, aunque podían aprender a utilizarla con entrenamiento adicional (Udell et al., 2010). A su vez, si bien ambos grupos muestran respuestas similares de acercamiento y de mirada a la cara humana, los perros de refugio evidencian mayores respuestas de miedo-apaciguamiento, las cuales se asocian con una menor duración de la mirada (Barrera, Giamal, Mustaca, & Bensoela, 2012).

El punto central de los perros en su comunicación con humanos se relaciona con su predisposición y habilidad para inspeccionar rostros humanos por información crítica, reaseguros y guías (Horowitz, 2009a). Esta habilidad única para reconocer señales de los rostros humanos, relacionada con rasgos de sociabilidad en los perros (Jakovcevic, Irrazabal, & Elgier, 2011; Putrino, Jakovcevic, Carpintero, D´Orazio, & Bentosela, 2014), pudo ayudarlos a adaptarse a la sociedad humana (Nagasawa, Murai, Mogi, & Kikusui, 2011).

En algunos estudios los perros demostraron poder discriminar expresiones faciales humanas de enojo y alegría, de expresiones neutrales (Deputte & Doll, 2011), pudiendo discriminar fotografías de rostros sonrientes de inexpresivos (Nagasawa, et al., 2011), y reconocer cuál es más positiva entre las condiciones felicidad-neutral-disgusto (Turcsán, Szánthó, Miklósi, & Kubinyi, 2015). En este último estudio se evidenció también que en una tarea de traer objetos previamente asociados con las tres condiciones emocionales, los perros anulaban sus propios intereses en la discriminación de objetos y traían el que sus dueños preferían.

De todas las interacciones observadas entre los perros y sus dueños, la mirada del perro posee un efecto particularmente intenso en el sistema neuroendocrino de sus dueños,

influyendo marcadamente en las respuestas frente al estrés y comportamientos ligados a la filiación (Nagasawa, Kikusui et al., 2009; Nagasawa, Mogi et al., 2009).

La capacidad para discriminar individuos resulta esencial en el desarrollo de vínculos duraderos. Los perros no sólo han evidenciado comportarse diferencialmente frente a sus dueños y frente a extraños (Topál et al., 1998) y tener una activación del sistema autonómico mayor frente a sus dueños que frente a extraños (Nagasawa, Mogi, et al., 2009), sino que además han evidenciado contar con un concepto multimodal de sus dueños basado en señales visuales y auditivas (Adachi, Kuwahata, & Fujita, 2007)[7].

Un elemento central que distingue las relaciones humano-humano de toda las relaciones humano-mascota es la falta de un lenguaje común. La simpleza relativa y la falta de lenguaje puede ser parte del atractivo experimentado por algunos dueños de mascotas. Por ejemplo, las mascotas no pueden contestar, expresar un juicio, dejarse influenciar por lo que otros dicen o exponer confidencias (Bonas et al., 2000). En tanto el animal es *mudo*, los cuidadores a menudo se encuentran en situaciones donde deben *hablar por* sus compañeros no humanos. Al hacerlo, utilizan un rico cuerpo de conocimiento derivado del entendimiento íntimo del *otro-animal* construido en el curso de la experiencia diaria (Sanders, 1999). En tanto las mascotas no pueden expresar verbalmente su opinión respecto de su dueño, los

[7] Esto se manifestó en un estudio donde los perros eran confrontados con audios de voces humanas llamándolos seguidos de imágenes de rostros, ambos pertenecientes a sus dueños y a extraños, los cuales podían ser congruentes o incongruentes. Los perros sostuvieron por más tiempo la mirada a los estímulos visuales en la condición incongruente, en la cual se contradecían sus expectativas generadas a partir del audio previo, sugiriendo que los perros generaban activamente una representación interna del rostro de sus dueños al escucharlos llamarlos. Esta fue la primera demostración de que animales no-humanos no simplemente asocian estímulos auditivos y visuales, sino que activamente generan una imagen visual a partir de la información auditiva (Adachi et al., 2007).

dueños pueden proyectar la interpretación que deseen sobre el comportamiento de la mascota, y hacerlo sin temor a las contradicciones (Bonas et al., 2000)

Aunque las mascotas no pueden sostener una conversación bidireccional con sus dueños, es común que los dueños de mascotas hablen a sus animales (Belk, 1996). Al hacerlo, elevan la voz, y utilizan una cadencia más lenta y rítmica, hablando en un tono similar al que se usa con los bebés (*motherese*; Katcher & Beck, 1986; Serpell, 1996b).

Desde una perspectiva convencional, los dueños balbuceando palabras cariñosas a sus perros simplemente están tomando el rol del animal y proyectando en ellos atributos parecidos a los humanos. Así, interpretar el comportamiento del perro como con una auténtica capacidad de respuesta social correspondería a la misma forma de proyección antropomórfica que la gente realiza al *interactuar* con una computadora, un auto o un objeto inanimado. En contraste, los cuidadores de animales de compañía consistentemente ven a sus animales como actores subjetivos y definen las interacciones con ellos como intercambios sociales auténticos y recíprocos (Sanders, 1993).

Los dueños encuentran que pueden comunicarse con sus mascotas de maneras sutiles, no verbales, basadas en el mutuo entendimiento y la experiencia. De manera similar a las amistades de muchos años, tenedor y mascota se *desarrollan* en la vida del otro a través de rituales y hábitos de comportamiento diarios (Hirschman, 1994).

3.2 Cercanía emocional

Los tenedores de animales de compañía tienden a sentirse fuertemente apegados a sus animales, y a referir la existencia de un cuidado mutuo, así como la sensación de que el animal los conoce de modos que pueden resultarles difícil explicar (Johnson, 2015). La

percepción de la naturaleza recíproca de esos afectos marca la diferencia con expresiones de parcialidad hacia objetos y acciones (Harker et al., 2000).

Darwin (1872/1998) describió los comportamientos utilizados por los perros para expresar afecto a sus dueños: hunden el cuerpo hacia abajo o incluso se agachan, bajan la cola y la mueven de lado a lado, alisan el pelo, y mantienen las orejas bajas y hacia atrás. Para Darwin estas son expresiones claras de afecto que evidencian que el animal se encuentra en estado de excitación y alegría, que acumularán tensión hasta producir alguna clase de acción. Estas expresiones de afecto de los perros, y la búsqueda de proximidad y contacto físico, no dependen del éxito o de la apariencia del humano. Sin embargo, sólo son desarrolladas hacia individuos específicos y constituyen manifestaciones de apego (Hart, 1995).

Los seres humanos se encuentran entre las especies más sociales, y el apego emocional hacia otras especies se basa en mecanismos neurohormonales que evolucionaron para facilitar las relaciones sociales con otros humanos (Herzog, 2014). Un concepto que se ha estudiado en relación a la tenencia de mascotas es el de *apego*, y para algunos autores (e.g., Sable, 1995, 2013) es necesario comprender aspectos ligados al apego para que la devoción hacia las mascotas tenga sentido. La teoría del apego se basa en la premisa de que los humanos, como muchos animales, están biológicamente predispuestos para buscar y mantener contacto físico y conexión emocional con figuras selectas que se vuelven familiares, a las que se les confía protección física y psicológica. A la aproximación de tradición psicoanalítica de búsqueda de objeto, Bowlby (1969/1998) agregó principios etológicos para explicar que los comportamientos de búsqueda de proximidad fueron diseñados a través del curso de la evolución para asegurar la proximidad física y disponibilidad emocional de figuras de apego cuando fuera necesaria. Una figura de apego adulta para una persona puede ser un esposo, un miembro de la familia, un amigo cercano o

bien una mascota; y en cualquiera de estos casos cuando la accesibilidad a la figura se vea amenazada se evocarán respuestas de protesta y medidas para evitar la separación o la pérdida, y la pérdida permanente evocará dolor y duelo (Sable, 2013).

Se han desarrollado diversos instrumentos para evaluar el apego de los humanos hacia sus animales, como la Pet Attachment Scale (Melson, Peet, & Sparks, 1991) para utilizar con niños, o la Lexington Attachment Scale (Johnson et al., 1992) para adultos. Por otra parte, el procedimiento de la Situación Extraña, desarrollado para monitorear las respuestas de los niños de alrededor de un año frente a la separación y reunión con sus padres, y la presencia de extraños (Ainsworth, 1969; Ainsworth & Bell, 1970), se ha adaptado y aplicado para evaluar el apego que los animales han desarrollado con sus custodios, describiendo comportamientos similares a los encontrados en las interacciones entre los niños y sus madres en esta situación (Palmer & Custance, 2008; Prato-Previde et al., 2003; Topál et al., 1998).

En la literatura relacionada con animales de compañía se plantea la discusión acerca de si el concepto de apego es equivalente en una díada humano-humano y humano-animal (Hosey & Melfi, 2014). Si bien para algunos autores resulta legítimo utilizar el término *apego* en relación a humanos y mascotas (e.g., Kruger & Serpell, 2010), para otros autores resulta inexacta (e.g., Crawford et al., 2006; Endenburg, 1995). Investigaciones recientes, con diseños complejos y teóricamente sólidas como las desarrolladas por Zilcha-Mano et al. (2011, 2012), así como los estudios respecto de los correlatos neuroendócrinos de la relación (e.g., Nagasawa et al., 2015), aportan fundamentos convincentes a la legitimidad de la utilización del término *apego*, en el sentido empleado por Bowlby, en los vínculos humano-animal.

De todas formas, desde hace tiempo existe un acuerdo generalizado respecto a que las mascotas, principalmente perros y gatos, proveen proximidad, promueven sentimientos positivos como alegría, bienestar y seguridad, hacen que la gente se sienta menos sola, y

propician oportunidades para desplegar cuidados y compromiso (Crawford et al., 2006; Sable, 2013). En este sentido, se optó en el presente trabajo por la utilización del concepto *cercanía emocional percibida* relacionado con el apoyo social, el vínculo, la compañía y el amor incondicional (Dwyer et al., 2006), aunque se respetó la utilización del término *apego* por parte de los autores referenciados. Esta proximidad emocional se vería reflejada en el deseo de estar cerca del perro, así como la evitación de la separación, percibiéndolo como una figura que permanece fiel y constante frente a contingencias, brindando apoyo y consuelo en momentos de necesidad.

Sanders (1993) encontró que un indicador de intensa cualidad positiva de la relación entre las personas y sus perros era la percepción de los primeros de que sus animales estaban sintonizados a sus emociones y respondían de modos apropiados y que indicaban empatía. Las personas consideraban sus relaciones íntimas con sus perros con las premisas de la intersubjetividad y la emoción compartida. Sin embargo, los dueños definen esta relación como única, al estar libre de críticas y no depender de sentimiento que caracterizan las relaciones con humanos; esto estimula a los dueños a sentir intensos lazos emocionales hacia sus perros.

Otro indicador de la proximidad emocional del dueño, es la percepción de que será traumático el momento en que su perro muera (Dwyer et al., 2006). Inevitablemente para la mayor parte de los dueños de mascotas llegará el momento en que deberán enfrentar la pérdida de su mascota. Para algunos, la muerte del animal puede ser un evento muy estresante, mientras que para otros puede tener escaza significación en sus vidas. La pérdida de la mascota puede ser considerada como una situación de *duelo* en ciertos casos, aunque es probable que el término no sea adecuado para la mayor parte de los dueños de mascotas (McNicholas & Collis, 1995).

Parte de la evidencia en que se fundamenta la viabilidad de la noción de que los humanos pueden desarrollar apego hacia sus mascotas como hacia otros humanos, se fundamenta en las reacciones emocionales similares y profundas frente a su pérdida (Geen et al., 2009). Empíricamente se halló que la experiencia de duelo era similar a la provocada por la pérdida de un vínculo humano, pero con el agregado de la falta de apoyo social (Gerwolls & Labott, 1994). Incluso el estudio planteado por Adams, Bonnett, y Meek (2000) halló que el 30% de los participantes que habían perdido a su mascota recientemente experimentaba síntomas severos de duelo. La gravedad de los síntomas ha mostrado una clara asociación con la intensidad de apego del tenedor hacia su animal de compañía (Wrobel & Dye, 2003). Otros factores relacionados con mayor sintomatología fueron el sexo femenino, edad juvenil y vivir solo (McCutcheon & Fleming, 2001).

Para Zilcha-Mano et al. (2011) las reacciones de duelo frente a la pérdida dependen del apego desarrollado a la mascota. En su investigación, las personas que puntuaron alto en apego ansioso a las mascotas tendían a incrementar sus reacciones frente a la pérdida de la mascota, mientras que las personas con mayores puntajes en apego evitativo hacia la mascota tendían a desactivar estas reacciones de duelo y a permanecer relativamente indiferentes a la pérdida de la mascota. Estas asociaciones resultaron singulares al tipo de apego a la mascota y no podían explicarse por el tiempo de apego en las relaciones humanas.

Mientras que la mayor parte de las pérdidas mayores están marcadas por rituales culturales de luto, la pérdida de los animales de compañía no. Aun cuando la pérdida no sea gravemente disruptiva, los dueños de mascotas frecuentemente expresan su necesidad de hablar sobre sus experiencias y de que sus sentimientos sean reconocidos y aceptados por otros (McNicholas & Collis, 1995).

3.3 Costos de la relación

A pesar de la mutuamente beneficiosa amistad que puede darse entre humanos y perros, sería un error imaginar que la relación es enteramente harmoniosa (Serpell, 1995). Como todas las relaciones cercanas, las cuales conllevan vínculos emocionales y conocimiento íntimo compartido, las relaciones entre humanos y perros tienen tanto elementos positivos como negativos (Sanders, 2003).

Si bien los cuidadores típicamente ven a sus perros como compañeros recíprocos de una relación social honesta, no demandante y beneficiosa (Sanders, 1993), dado el rango de relaciones observadas y el número de animales abandonados se ha sugerido que las evaluaciones sobre las relaciones entre animales de compañía y sus custodios deben considerar tanto aspectos positivos como negativos (Dwyer et al., 2006).

Millones de mascotas son abandonadas anualmente en el mundo, lo cual representa un problema tanto en relación al bienestar animal, como un problema financiero por los costos ocasionados. En España más de 100,000 perros ingresan anualmente a refugios de animales; de estos, dos tercios son encontrados en las calles, mientras que el resto son dejados directamente en los refugios (Fatjó et al., 2015).

Entre los inconvenientes generados por la tenencia de animales de compañía se encuentran los riesgos de zoonosis. Las zoonosis propiamente dichas son enfermedades que se transmiten de los animales vertebrados al hombre. Sin embargo, es frecuente que también se consideren *zoonosis* las enfermedades comunes al hombre y a los animales, y por ende transmisibles entre ambos (Acha & Szyfres, 2003).

De las enfermedades infecciosas que afectan a los humanos el 61% son zoonóticas, y el 75% de las nuevas enfermedades que surgen en el mundo también lo son (Taylor, Latham, & Mark, 2001). Los agentes infecciosos involucrados incluyen bacterias, virus, parásitos,

hongos y rickettsias, entre otros. Pese a que las infecciones zoonóticas transmitidas por perros son menos frecuentes que las observadas por tenencia de otro tipo de mascotas (Dabanch, 2003), su tenencia responsable conlleva la necesidad de realizar controles veterinarios, vacunación, desparasitación, etc., para controlar las posibles infecciones y garantizar el bienestar del animal (ver Acero Plazas, Gil Tibocha, Gutiérrez Vélez, & Porto Peralta, 2014)

La tenencia de mascotas conlleva además el riesgo de daños zoonóticos, como las mordeduras de perros o los rasguños de gatos, los cuales se consideran una forma no infecciosa y totalmente prevenible de riesgo zoonótico (Hodgson et al., 2015). Las mordeduras son el accidente más habitual ligado a los perros, y además de la lesión, implican la necesidad del control de patógenos presentes en la cavidad oral del can (Dabanch, 2003).

La tenencia de mascotas puede crear otro riesgo a la salud de las personas a partir de consumir recursos familiares: financieros, sociales y emocionales. El costo de cuidar a una mascota puede desafiar las finanzas de sus dueños, causando un desequilibrio de prioridades poco sustentable. Las preocupaciones emocionales por una mascota pueden afectar de manera adversa —respecto del bienestar del dueño— la toma de decisiones. Por ejemplo, personas que dejan hospitales o se niegan a ser internados en residencias si no hay quien cuide de sus mascotas (Hodgson et al., 2015).

A las mascotas se les destina enormes cantidades de dinero, tiempo y afecto: ofreciendo recompensas cuando se extravían, pagando por su aseo y por el cuidado de su salud, comprándoles regalos y, obviamente, alimentándolos (Archer, 1997). El mercado de productos y servicios para mascotas continúa expandiéndose, incorporando acupuntura, lecciones de nado, masajes, lugares de descanso, comida gourmet, psicoterapia, sesiones de fotografía, etc. Aunque los mayores costos se encuentran, y seguirán estando, en el cuidado de su salud (Selbert, 2002).

De acuerdo a la AVMA (2012) un propietario de un perro promedio estadounidense gastó en el año 2011 u$s378 sólo en atención veterinaria. Para la APPA (s.f.) en el año 2015 las cifras fueron mayores, y ese custodio promedio gastó u$s786 entre cirugías y atención veterinaria; además de u$s330 en alimentos, u$s333 en guarderías caninas, u$s62 en vitaminas, u$s83 en higiene y aseo, y u$s47 en juguetes.

En el estudio de Boya et al. (2012) si bien los participantes manifestaron desagrado por los gastos extravagantes, refirieron gastos anuales en relación a sus perros de entre u$s3,000 y u$s10,000. Para los autores, estar más involucrado en la relación con el perro de compañía conducía a sus dueños a mayores gastos relacionados al perro.

Además de los costos financieros, las desventajas de la tenencia de mascotas incluyen el tiempo que implica su cuidado, restricciones en el estilo de vida, molestias ligadas a la limpieza, preocupaciones por comportamientos antisociales o destructivos de las mascotas, sufrimiento emocional como el observado frente a la muerte de las mascotas, y riesgos de mordeduras, alergias y zoonosis (Bonas et al., 2000; Plaut, Zimmerman, & Goldstein, 1996).

MDORS (Dwyer et al., 2006) fue la primera escala en el área de las relaciones humano-animal que extensivamente evaluó los costos asociados con la tenencia de perros de compañía (Anderson, 2007). La construcción de esta escala partió de considerar la teoría del intercambio de Blau (1964) y su aplicación a la tenencia de mascotas (Netting, Wilson, & New, 1987). Según Blau (1964) las relaciones humanas sólo son mantenidas cuando los costos percibidos y los beneficios están equilibrados o cuando los beneficios percibidos superen a los costos percibidos. Esta teoría fue posteriormente propuesta para explicar las relaciones humano-animal y las decisiones de poner fin a las mismas (Netting et al., 1987). Para Dwyer et al. (2006) los costos percibidos por los dueños en la relación humano-perro estarían dados a partir del cuidado e incluirían aspectos monetarios, incremento en las responsabilidades y restricciones impuestas en el dueño debido al perro. Además, la

percepción de costos incluiría algunos comportamientos caninos considerados problemáticos, como comportamientos agresivos, destructivos, exceso de ruidos, alteraciones negativas en las rutinas y sentimientos de culpa inducidos por el comportamiento canino.

La frecuencia y calidad de las interacciones humano-perro fueron relacionadas con los problemas de comportamiento canino. Que el perro fuera calificado como desobediente, agresivo, nervioso o que ladrara excesivamente fue relacionado negativamente con que el animal recibiera entrenamiento, formal o no, y con la cantidad de interacciones o actividades compartidas con el dueño (Bennett & Rohlf, 2007).

Sin embargo, obtener puntajes altos en una escala de costos percibidos puede no ser necesariamente indicativo de una relación más pobre. Los dueños que tienen una relación cercana con sus perros y realizan múltiples actividades junto a ellos, pueden identificar muchos costos, sin juzgarlos como negativos (Thorn et al., 2015).

La percepción de costos de la relación es un factor que está implicado en el abandono de perros de compañía (Fatjó et al., 2013). Se han realizado múltiples estudios acerca del abandono de animales de compañía. Si bien resulta complejo aunar los resultados por la variabilidad en los estudios y la falta de estandarización metodológica (Lambert, 2014), una revisión reciente destacó que las tres principales razones serían: (1) problemas de agresividad de los animales, (2) problemas relativos a mudanzas, alquileres y hogar, y (3) problemas personales y de salud de los propietarios (Coe et al., 2014). En Estados Unidos, Weiss et al. (2014) encontraron que muy pocas personas que abandonaban sus perros en refugios indicaron como motivaciones para el abandono cuestiones relativas a los perros, como su comportamiento o los costos de su manutención. En España, Fatjó et al. (2015), encontraron que las principales razones para abandonar perros fueron las camadas indeseadas, los cambios de domicilio, los problemas económicos y la culminación de la temporada de cacería.

La mayor parte de los perros abandonados tienden a ser mayores de un año de edad, a no estar esterilizados y ser de raza mestiza, o bien pertenecer a razas estilo pit-bull, y de ambos sexos. Una amplia variedad de personas abandonan perros en refugios, sin una asociación clara con su nivel económico o educativo (Weiss et al., 2014).

Por otra parte, Weiss et al. (2014) encontraron que la mayor parte de las personas que abandonaban a sus perros en refugios tendían a expresar preocupación y afecto por sus perros, así como tristeza por haber tomado esa decisión, la cual había sido elaborada y no impulsiva. Shore, Petersen y Douglas (2003) también encontraron que las personas que habían dejado a sus mascotas en un refugio por problemas relativos a mudanzas tendían a tener altos puntajes de intensidad de apego sobre el animal abandonado; muchos de los participantes de su estudio expresaron considerable tristeza por sus acciones, las cuales frecuentemente les habían resultado inevitables por su situación financiera y otros factores externos. Sin embargo, existe evidencia contraria que relaciona la fortaleza del apego con el futuro de la mascota, y a las personas que abandonan a sus perros con menores niveles de intensidad de apego hacia estos (e.g., Heath, Kass et al., 2001; Heath, Voeks et al., 2001; Kwan & Vain, 2013).

Collisson (2015) encontró que el compromiso respecto de la tenencia del perro de compañía se relacionaba positivamente con la satisfacción con el animal, la inversión hecha sobre este (i.e., entrenamiento, gastos veterinarios) y negativamente con la idea de que tener otro animal, o no tener ninguno, sería más atractiva. A su vez, la consideración de la posibilidad futura de abandono del animal se relacionó con menor satisfacción respecto del perro, menor inversión hecha, y con la idea de que no tener perro sería más atractiva.

Para Archer (2011) cuando los costos de los animales de compañía se vuelven demasiado grandes el vínculo con su propietario se quebrará, pero este autor señala que de acuerdo a su perspectiva basada en un apego evolutivo, el vínculo podría mantenerse más allá

del punto en el que los costos excedan a los beneficios. Desde una perspectiva Darwiniana la tenencia de mascotas puede resultar misteriosa, en tanto implica proveer de recursos a un miembro de otra especie a cambio de ningún beneficio aparente en cuanto a la aptitud (Archer, 1997).

Las personas pueden poner su propia vida en riesgo para preservar a sus animales. Durante la evacuación realizada en Estados Unidos en el 2005 a partir del Huracán Katrina, fueron reportados diversos incidentes a partir de personas que se negaban a ser evacuadas sin sus animales, demorando operaciones y poniendo en riesgo a la población (Herzog, 2012). Hesterberg, Huertas y Appleby (2012) mostraron que en algunas ciudades de países latinoamericanos la mayor parte de las personas indicaba que frente a una evacuación, llevarían consigo a sus mascotas aun si esto afectara su propia seguridad (Colombia: 78.6%, Costa Rica: 80.7%, Méjico: 70.4%).

Los humanos tienen una atracción innata por todo lo que tenga apariencia de cría, como sucede con los niños, cachorros o patitos (Herzog, 2012). A esto se le llamó *respuesta a lo adorable* (*cute response*; Lorenz, 1943; ver Serpell, 2003). Los animales jóvenes comparten características con las crías humanas —frente y cráneo de grandes proporciones, ojos grandes, mejillas regordetas y contornos suaves— y estas características funcionan como *liberadores de instintos maternales*, en tanto automáticamente hacen aflorar impulsos parentales (Herzog, 2012). Este tipo de respuestas parentales al esquema infantil resultan claramente adaptativas en su contexto primario, en tanto fomentan la formación del vínculo y la provisión de cuidados hacia el infante (Archer, 2011), pero sin embargo, la atracción hacia el aspecto de bebé aparentemente es tan fuerte que es activada también por los jóvenes de otras especies (Serpell, 1996b). La operación de estas respuesta en otros contextos puede ser considera como el costo de la inflexibilidad de los mecanismos implicados (Archer, 2011). A

su vez, la neotenia, o retención de características juveniles, fue uno de los fenómenos que se incrementaron durante la domesticación (Gerzovich Lis, 1998).

Algunos estudios mostraron, por ejemplo, que los rostros de niños no resultan más atractivos para las personas que los de los cachorros de animales (Archer & Monton, 2011), y que los cachorros de perros reciben más acercamientos, especialmente de mujeres, durante los primeros meses de vida, para luego disminuir en cantidad e igualarse las proporciones de hombres y mujeres que se les aproximan (Fridlund & MacDonald, 1998).

Se ha considerado así que las mascotas ejercerían una manipulación de las disposiciones generales de los humanos a responder a rasgos infantiles; lo cual, sumado a la tendencia humana al antropomorfismo de animales y a la formación de vínculos de apego, daría lugar a una conceptualización de tenencia de mascotas como una forma de parasitismo social (Archer, 1997).

Si bien la tenencia de mascotas pudo haberse originado como consecuencia de un comportamiento parental mal dirigido (Serpell & Paul, 2011), de esto no se desprende que los animales de compañía sean parásitos sociales, ni que las personas estén siendo sutilmente manipuladas para brindar atención y cuidados que de otra manera hubieran destinado a su descendencia (Serpell, 1996b). La perspectiva que plantea la tenencia de mascotas como una relación parasitaria posee diversas limitaciones y ha recibido múltiples cuestionamientos (ver Díaz Videla, 2014). Esta perspectiva presupone inicialmente que estos animales no reportan ventajas en cuanto a la aptitud de las personas, aunque sí un costo, resultando de este modo su tenencia un comportamiento desadaptativo. Sin embargo, los hallazgos de estudios acerca de los beneficios físicos, psicológicos y sociales que las personas obtienen a partir de su relación con sus animales de compañía, permiten argumentar en favor de la tenencia de mascotas como un comportamiento que resultaría adaptativo, en tanto incrementaría la posibilidad de tener descendencia futura, del éxito reproductivo y de la supervivencia. De

este modo, la tenencia de mascotas puede caracterizarse como un caso de mutualismo, en el cual humanos y animales obtienen beneficios de la relación, así como también ambos deben afrontar costos (Serpell, 1996b; Serpell & Paul, 2011).

3.4 Beneficios percibidos

Existe una distinción clara entre el estudio y la utilización de animales dentro de un marco terapéutico y su uso recreacional (Kruger & Serpell, 2010). Sin embargo, el desarrollo de investigación en antrozoología produjo un rápido crecimiento del conocimiento y entendimiento acerca de la influencia positiva las interacciones con animal, en el bienestar humano, dentro y fuera de contextos terapéuticos (Hosey & Melfi, 2014; McCune et al., 2014).

La implementación de animales con fines terapéuticos tiene como precursor al psiquiatra infantil Boris Levinson, quien sentó las bases para que este campo comenzara a desarrollarse (Herzog, 2012). En su primer libro, *Pet-oriented child psychotherapy*, acuñó formalmente el término *terapia asistida con mascotas* para designar este tipo de intervenciones, y destacó los beneficios del vínculo humano-animal y el rol de los animales co-terapeutas (Levinson, 1969). Este autor señaló tempranamente que los animales de compañía podían facilitar el desarrollo de confianza en el entorno terapéutico, tanto en niños como en adultos, sea que estuvieran institucionalizados o no (Levinson, 1972).

Actualmente la incorporación de animales con fines terapéuticos se denomina Intervenciones Asistidas por Animales (IAA), y estas incluyen tanto a las Actividades Asistidas por Animales (AAA) como a la Terapia Asistida por Animales (TAA; Fine, 2010). La TAA implica la incorporación de uno o más animales con determinadas metas y objetivos

específicos para ese caso, los cuales son estrictamente consignados y medidos, mientras que las AAA resultan más inespecíficas y pueden repetirse con distintas personas (Cirulli et al., 2011; Kruger & Serpell, 2010; Urichuk & Anderson 2003). Las investigaciones científicas en el ámbito de las IAA han arrojado resultados alentadores tanto en el trabajo con personas con diagnósticos de trastornos de espectro autista, ansiedad, depresión y problemas conductuales (Nimer & Lundahl, 2007).

La idea de que vivir con un animal puede tener una influencia positiva en la salud humana, el bienestar psicológico y aportar a la longevidad ha sido llamada *efecto mascota* (Allen, 2003). Algunos autores también han propuesto la implementación del término *zooeyia* —proveniente de las palabras griegas para *animal* (*zoion*) y *salud* o *higiene* (*hygeia*)— como el inverso positivo de zoonosis (Hodgson & Darling, 2011; Hodgson et al., 2015).

Los beneficios de la tenencia de mascotas respecto de la salud y bienestar de las personas han sido ligados a efectos fisiológicos, psicológicos y sociales (Gómez et al., 2009) destacando el valor tanto preventivo como terapéutico de los animales de compañía (Wells, 2007, 2009). Por otra parte, y en evidente menor medida, algunos estudios han mostrado asociaciones negativas o nulas entre la presencia de mascotas y la salud de las personas (Amiot & Bastian, 2015). Para Herzog (2012) es posible que al menos parcialmente, la evidencia de efectos nulos o negativos reciban menos interés y difusión, y tiendan a no publicarse. A su vez, también debe considerarse que la posibilidad de tener y ocuparse de una mascota, en cierta medida, depende de los factores demográficos que también influencian los resultados obtenidos respecto de la salud de las personas, por lo que resulta necesario estudiar muestras más homogéneas para minimizar el efecto de otros factores (Pachana, Ford, Andrew, & Dobson, 2005). Por ejemplo, Ory y Goldberg (1983) encontraron que al controlar factores sociodemográficos, de salud y de interacción social, la mera presencia de mascotas en el hogar no estaba asociada con mayor felicidad para un grupo de mujeres mayores. En el

estudio de Simons et al. (2000) se encontró que los adultos mayores tenedores de mascotas tendían a ser más jóvenes, a tener pareja y a no vivir solos, en comparación con los no tenedores; los autores destacaron que estos factores producían un efecto de confusión y que debían ser controlados.

Por último, los estudios que destacaron una asociación positiva entre la tenencia de mascotas y los beneficios en la salud de sus dueños han sido sometidos a diversos cuestionamientos metodológicos. Se les ha cuestionado el empleo de muestras pequeñas y homogéneas, la amplia diversidad de diseños de investigación lo que dificulta los análisis comparativos, la menor proporción de estudios experimentales y la interpretación misma de los resultados en estudios correlacionales (ver Herzog, 2011; Islam & Tower, 2013; McNicholas et al., 2005). Sin embargo, algunas revisiones han destacado que los estudios con diseños más rigurosos tendían a evidenciar efectos positivos en la salud física o mental humana (Barker & Wolen, 2008; Siegel, 1993) y diversos autores que gozan de reconocimiento han concluido que la evidencia resulta convincente para afirmar los efectos positivos (e.g., Oyama & Serpell, 2013; Sable, 2013; Walsh, 2009a).

Diversos factores pueden ayudar a explicar por qué los animales a veces parecen tener un efecto positivo, nulo o negativo en la salud de las personas. Las condiciones y etapas vitales, así como la naturaleza de las relaciones con los animales, pueden representar esos moduladores (Amiot & Bastian, 2015).

Algunas circunstancias vitales que hacen surgir necesidades de acompañamiento pueden ser aliviadas por las mascotas, como cuando una enfermedad reduce la movilidad de las personas (Allen & Blascovich, 1996), cuando estas tienen acceso limitado a fuentes de apoyo social (Allen et al., 2001) o cuando viven solas (Zasloff & Kidd, 1994). Por otro lado, en situaciones que involucran problemas financieros o una salud muy debilitada la presencia de un animal podría convertirse en un agravante (Ory & Goldberg, 1983; Siegel, 2011).

Respecto de los beneficios aportados por la interacción con animales, se ha argumentado que los niños y las personas mayores resultarían más beneficiadas que los adultos jóvenes y de mediana edad (Enders-Slegers, 2000; Stallones et al., 1990). Para Smith (2012), las personas que más probablemente se beneficien de las interacciones con un animal de compañía incluyen aquellos que necesiten cambios físicos o sociales en el estilo de vida y aquellos que se encuentran depresivos o socialmente aislados. De todas formas, suele haber acuerdo respecto de que la relación con una mascota puede complementar las relaciones con los humanos cercanos como familiares y amigos, antes que compensarlas. La gente puede comprometerse en una relación con una mascota porque esta relación en sí misma puede satisfacer sus necesidades y no para suplementar una insatisfacción de apoyo humano (McConnel et al., 2011; Kanat-Maymon et al., 2016).

La naturaleza de la relación con animales puede también ayudar a predecir cuándo la presencia de los animales estará asociada a mayor bienestar humano (Amiot & Bastian, 2015). Por ejemplo, un apego seguro del dueño hacia su mascota desempeña un rol importante al momento de explicar la habilidad de las mascotas para brindar seguridad y alivio (Zilcha-Mano et al., 2012); mientras que un apego ansioso hacia la mascota se asoció inversamente con bienestar psicológico y positivamente con padecimiento mental (Zilcha-Mano et al., 2011)

Beetz et al. (2012) realizaron una revisión de las investigaciones en este campo, destacando que las mismas han documentado efectos en humanos de distintas edades, con o sin condiciones médicas o psicológicas particulares, con beneficios en comportamientos sociales, interacciones interpersonales y humor; parámetros relacionados con el estrés como el cortisol, frecuencia cardíaca y presión arterial; autoevaluaciones de miedo y ansiedad; y salud mental y física, especialmente enfermedades cardiovasculares. Los autores destacaron el sistema de oxitocina como un mecanismo subyacente común a estos efectos, el cual podría

dar cuenta de manera integral de los efectos documentados. La oxitocina tiene un efecto aliviando la sintomatología ligada a la ansiedad social, mientras que incrementa la percepción de las señales sociales. Esta neurohormona ha sido consistentemente relacionada con las interacciones sociales, el apego y los comportamientos parentales (Feldman, Gordon & Zagoory-Sharon, 2011; Kendrick, Keverne & Baldwin, 1987; Pedersen, Ascher, Monroe & Prange, 1982; Pedersen & Prange, 1979), y más recientemente se la ha relacionado con la habilidad humana para inferir estados mentales de otros y el antropomorfismo (Domes, Heinrichs, Michel, Berger & Herpertz, 2007; Scheele et al., 2015).

No existe un marco teórico unificado, ampliamente aceptado y con suficiente apoyo empírico para explicar cómo y por qué las relaciones entre humanos y animales resultan potencialmente terapéuticas. Las teorías tienden a destacar tanto la idea de que los animales poseen características únicas que pueden facilitar efectos terapéuticos, como la idea de que desarrollar un relación de trabajo cooperativo con un animal puede conducir a cambios positivos en la cognición y conducta a través de la adquisición de nuevas habilidades, y la aceptación de la autonomía y responsabilidad personal (Kruger & Serpell, 2010). Entre estas últimas se encuentran, por ejemplo, las teorías que proponen que los dueños de las mascotas pueden exhibir un incremento en su actividad física, como sucede con los tenedores de perros quienes realizan caminatas más frecuentemente que los que no los tienen (e.g., Serpell, 1991); de modo que los perros facilitan la ejercitación física regular de sus dueños y así el mantenimiento de su condición física (Green et al., 2009; Hart, 1995).

Para Serpell (2006), de las teorías explicativas de los mecanismos por los cuales la tenencia de mascotas puede conferir beneficios a la salud de las personas, dos de ellas han permanecido con el paso del tiempo. Según la primera, los animales son capaces de inducir en lo inmediato un estado fisiológico de relajación a partir de atraer y mantener la atención de las personas (Katcher, Friedmann, Beck, & Lynch, 1983). De acuerdo a la segunda teoría, los

beneficios se derivan en gran medida de su rol como proveedores de apoyo social, el cual actúa como un amortiguador contra el estrés de la vida diaria (Allen et al., 2001; Allen et al., 2002; Kikusui et al., 2006, McCune et al., 2014). A diferencia de la primera teoría, esta brinda una explicación relativamente convincente para los beneficios a más largo plazo de la tenencia de animales de compañía (Serpell, 2006).

El apoyo social se define como "información que conduce al sujeto a considerarse cuidado y amado, estimado, y un miembro de una red mutua de obligaciones" (Cobb, 1976, p. 300). El apoyo social es considerado un mecanismo que permite explicar parte de la variabilidad en las respuestas humanas a los eventos estresantes. Así, las personas que cuentan con fuertes relaciones de apoyo con otros, a las cuales pueden acudir en períodos de estrés, pueden estar protegidas contra estresores menores o enfrentar mejor eventos mayores de estrés. En función de los beneficios hallados en las personas a partir de la interacción con sus mascotas, puede asumirse que existen funciones intensas de apoyo derivadas de la relación humano-animal de compañía (McNicholas & Collis, 1995).

De todas formas, la mera presencia de los animales se relaciona con sentimientos de seguridad y relajación. Katcher y Beck (1986) remitieron su explicación del fenómeno a un proceso evolutivo desarrollado durante millones de años, en que los primates antecesores de los humanos observaron el comportamiento de otros animales para detectar la presencia de peligro, depredadores, y la proximidad de comida y agua. Observar animales descansando o comportándose normalmente era una señal de falta de peligro. Luego de la domesticación, observar a los perros no agitados también habría indicado falta de peligro. Esto pudo ser reforzado a través de los miles de años que prosiguieron y así los humanos habrían aprendido de manera no consciente a asociar la presencia de animales comportándose normalmente a ambientes seguros.

Para Sanders (1999) es posible que la relación entre los humanos y sus perros tenga su base en los beneficios funcionales mutuos que lobos y humanos primitivos derivaban de su relación temprana —principalmente cooperando en la caza o brindando protección. De hecho, la importancia funcional de los perros de compañía como instrumentos de protección continúa siendo un factor significativo para muchos dueños. Sin embargo, al igual que todas las relaciones primarias, las desarrolladas entre la gente y sus mascotas ofrecen beneficios sociales intrínsecos, antes que instrumentales. La gente considera la compañía y el afecto como las principales ventajas de esta relación única. El animal es visto como alguien que no juzga, que acepta y que se muestra genuino, requiriendo de la relación nada más que la atención afectiva recíproca.

La sensación de no estar solo tiende a surgir en todos los tenedores de mascotas. Indistintamente de la presencia de otros miembros de la familia, la presencia del animal es una constante que resulta reconfortante. Esto también se evidencia en el temor al vacío que estos custodios suelen referir que experimentarían sin sus animales (Johnson, 2015).

A los animales de compañía se les atribuye, además, un efecto de *lubricante social*, el cual se refiere a la habilidad de las mascotas para catalizar relaciones sociales entre personas. Levinson se encuentra entre los primeros en haber notado la capacidad de las mascotas de *romper el hielo*. El mecanismo no resulta del todo claro, pero es posible que se relacione con las cualidades principales de las mascotas, las que se basan en una combinación especial entre rasgos humanos y no humanos: su amistad no crítica y su voluntad para interactuar socialmente con las personas, combinadas con su pelaje y su inhabilidad para hablar (Serpell, 2000).

Para Paul (2000) en las sociedades donde la tenencia de mascotas es mayormente aceptada y difundida, tiende a considerarse que esta práctica refleja características sociales positivas en quienes la disfrutan. Estas opiniones pueden simplemente reflejar la tendencia

humana a considerar más agradable y confiable a las personas que viven y se comportan de manera más similar a la propia. Alternativamente, podrían estar basadas en observaciones personales de que los tenedores de mascotas son de hecho más agradables que aquellos que rechazan el afecto hacia los animales.

Para Sanders (1998), al igual que otros ítems controlados por las personas en espacios públicos, los perros proveen un foco común no amenazante de interacción entre extraños o conocidos casuales. Este efecto de facilitación de interacciones interpersonales realizado por las mascotas también ha sido denominado *efecto de catalizador social* (Beetz et al., 2012); y en tanto el contacto social es el mecanismo para fortalecer el autoestima de la gente, los efectos socializadores de los perros de compañía se encuentran entre los más importantes beneficios indirectos para la gente (Hart, 1995).

Resulta habitual que algunos individuos refieran que la tenencia de mascotas los provee de una sensación de valor que promueve su autoestima (Harker et al., 2000). La habilidad de las mascotas para comunicarse de manera no verbal y solicitar respuestas de cuidados contribuyen a que sus custodios se sientan necesitados y valorados. El sentimiento de ser único y especial en la vida del animal contribuye a la autovaloración de las personas (Johnson, 2015). Y para Serpell (2000), es en la mezcla ambigua de características humanas y no humanas —sus propiedades liminales, intermedias— donde se basa el potencial terapéutico de las mascotas.

Algunos estudios han referido que de los dueños de perros, los más jóvenes tendían a establecer vínculos que percibían como más beneficiosos (Dotson & Hyatt, 2008), o bien que maridos y esposas que vivían en hogares sin hijos tendían a percibir mayores niveles de apoyo de sus perros (Bonas et al., 2000). Sin embargo, aún no resulta claro quiénes resultarían más beneficiados, ni tampoco cuáles son los mecanismos por los cuales se dan estos efectos beneficioso (ver Amiot & Bastian, 2015; Hosey & Melfi, 2014).

3.5 Sistema familiar humano-perro

En la mayoría de las culturas modernas las mascotas se han convertido en una característica siempre presente en la vida familiar (Serpell & Paul, 2011), y la mayor parte de los propietarios de animales de compañía tiende a considerarlos como miembros de su familia (Cain, 1895; Cohen, 2002; Faver & Cavazos, 2008). Cuanto más joven es el propietario, mayor es la tendencia a considerar a los animales como miembros de la familia (AMVA, 2012). El estatus de familia es confirmado por la clase de cosas que la gente hace con sus animales de compañía, las cuales implican una inversión significativa de tiempo, energía y recursos (Serpell & Paul, 2011).

La familia puede ser entendida como un complejo de elementos interactuantes que configuran un sistema relacional que supera y articula entre sí los componentes individuales (Bertalanffy, 1969/1989). La familia resulta un sistema reglado, en el que cada parte tiene su importancia en el funcionamiento. Las funciones que desempaña cada una producen un acople estructural del que deviene la funcionalidad del sistema (Ceberio, 2006). En ciertas ocasiones, el sistema emocional familiar "puede incluir sólo a un pequeño grupo de los más implicados miembros de la familia. En otras ocasiones, la fusión activa puede incluir miembros de la familia extensa e inclusive no familiares y mascotas" (Bowen, 1978/1993, p. 123).

La incorporación de un nuevo miembro a la familia implica que ese miembro debe adaptarse a las reglas, así como también el antiguo sistema debe modificarse para incluir al nuevo miembro (Minuchin, 1977). En este sentido, al investigar el modo en que los perros lograban incorporarse a las familias humanas, Power (2008) observó y entrevistó familias durante el primer año luego de la adopción de un perro. La autora planteó que la incorporación del perro a la familia sucedía por tres vías: (1) considerando a sus perros como

si fueran *niños peludos*, los participantes destacaban el tiempo que pasaban con estos; (2) comprometiéndose con los perros como animales de manada, los participantes re-conceptualizaban su familia humana como una manada, dando importancia al establecimiento de jerarquías y reglas claras; (3) el accionar individual de los perros era reconocido como un organizador activo de la familia y el hogar. La autora sostuvo la noción de *familia más que humana* o *familia humano-perro*, destacando que la noción de familia con la que los participantes humanos y sus perros se relacionaban implicaba una relación cercana construida a través de la cohabitación del hogar familiar, sostenida por reglas y rutinas que eran delineadas tanto por las personas como por sus perros. Power concluyó que la pertenencia a la familia no dependía del estado humano, o de similitud con las personas, sino que más bien se forjaba a través de interacciones cercanas, cohabitación y compromiso con el otro.

La casa tiene el propósito primario de ser el hábitat humano. Las mascotas son permitidas en las casas en la medida en que se adecúan a ciertos comportamientos y respetan ciertos límites. Los animales no mascotas (e.g., ratones, cucarachas) son activamente exterminados por ingresar a las casas. En tanto intensamente se les atribuyen características antropomórficas a las mascotas, son frecuentemente permitidas en las casas. Sin embargo, sus dueños no suelen verlos como completamente humanos, por lo que tienden a demarcar los límites respecto de los espacios permitidos y restringidos para estos animales atribuidos con características antropomórficas, a la vez que considerados en sus características salvajes (Hirschman, 1994). Los patrones de interacción entre las personas y sus mascotas, sugieren una fluctuación entre considerar a los animales de compañía como humanos y civilizados, y considerarlos como bestias y caóticos (Belk, 1996).

Las personas consideran que sus perros tienen un sentido básico de las reglas de la casa impuestas por los humanos. De este modo, las personas suelen describir episodios de incidentes donde los perros violaban las reglas y subsecuentemente respondían de formas que

les indicaban la experiencia subjetiva del animal de culpa: cabeza inclinada, rabo escondido, orejas bajas, miradas de reojo (Sanders, 1993) —con independencia de que no hay evidencias científicas que relacionen el *aspecto culpable* con el sentimiento de culpa (Horowitz, 2009b).

La unidad familiar se reforma para incorporar al animal como un miembro legítimo de la familia. Los niños en esos hogares comienzan a considerar la estructura familiar humanos-mas-animales como normal y adecuada, y desarrollan sólidas expectativas de que cuando sean adultos y formen sus familias, una mascota debe ser incorporada en la estructura familiar para hacerla completa (Hirschman, 1994).

El primer paso para convertir a la mascota en miembro de la familia es comenzar a considerarla como humana o cuasi-humana (Belk, 1996).

3.5.1 Antropomorfismo.

Una característica importante ligada a la adopción de mascotas se encuentra en relación con la atribución de procesos mentales a los organismos parecidos a los humanos. Los animales de compañía mamíferos, poseen ciertas características comportamentales similares a las de los humanos que habilitan a las personas a interactuar con ellos como si fueran miembros humanos de la familia (Archer, 1997). El antropomorfismo puede ser definido como la tendencia a imbuir los comportamientos reales o imaginados de los agentes no humanos con características, motivaciones, intenciones o emociones humanas (Epley, Waytz, & Cacioppo, 2007) y es un rasgo casi universal entre los dueños de los animales de compañía (Serpell, 2003).

Las personas se representan las emociones de sus animales de compañía de un modo parcialmente similar al humano, y estas similitudes pueden reflejar antropomorfismo y/u homologías en la expresión de estados emocionales (Konok et al., 2015). Sea que un animal

tenga efectivamente los estados mentales atribuidos o no, el antropomorfismo es frecuentemente una estrategia útil para explicar patrones de eventos y así incrementar la habilidad de predecir eventos futuros (Bonas et al., 2000).

Esta capacidad humana de pensamiento antropomórfico habría representado una ventaja evolutiva, permitiendo al *Homo sapiens* considerar los hábitos y comportamientos de los animales para emprender estrategias de cacería más complejas, las cuales requieren planificación y la habilidad de realizar predicciones sobre el comportamiento de la presa (Serpell, 2003). Esta habilidad pudo haber estado implicada originariamente al proceso de asimilación de las primeras mascotas en las familias humanas, a partir de atribuirles características mentales humanas a estos animales una vez transcurrido el estadio infantil de dependencia y solicitud de cuidados (Serpell & Paul, 2011).

La tendencia a atribuir cualidades humanas a los animales de compañía se encuentra reforzada en la cultura popular, por ejemplo, a través de series de televisión como *Lassie* o películas como *Benji* o *Beethoven*. Las características neoténicas, principalmente de los perros, favorecen las atribuciones antropomórficas. Estas características hacen que el animal parezca entrañable y necesitado de cuidados parentales. Si bien estos rasgos fueron incrementados durante la domesticación y cría selectiva, aun en estado natural los lobos exhiben características que los hacen atractivos para los humanos como animales de compañía y favorecen las proyecciones antropomórficas (Hirschman, 1994; Serpell, 1996b).

Para Sanders (1993), los cuidadores utilizan la evidencia que tienen a su alcance para definir a sus perros como poseedores de mentes, vidas emocionales, personalidades únicas y gustos fácilmente identificables —de manera bastante parecida a como las personas sin discapacidad construyen la identidad de los otros humanos íntimos con capacidades severamente limitadas. Este autor observó que en tanto los dueños consideraban que sus perros evidenciaban características esencialmente similares a las humanas, activamente

incluían a sus animales en los intercambios rutinarios y en los rituales especiales que se practicaban en el hogar. Los primeros incluían rutinas en torno a la alimentación, juego y ejercitación del perro, etc., y los otros incluían rituales como la celebración del cumpleaños del perro. Para Dresser (2000), las personas incluyen a sus animales en ceremonias, laicas o religiosas, como una forma de expresión de sentimientos como el amor y el compromiso en un contexto de celebración, que promueven alegría y creatividad; y al igual que los rituales humanos comunes, las celebraciones humano-animal proveen identidad social y *communitas*.

Por otro lado, la mayor parte de los dueños de mascotas creen que sus animales genuinamente los aman o admiran. Sin este sistema de creencias, la relación que la mayor parte de las personas tiene con sus animales esencialmente no tendría sentido (Serpell, 1996b). Así, el antropomorfismo provee la posibilidad de utilizar a los animales como fuentes alternativas de apoyo social, y los recursos para beneficiarse emocional y físicamente de esto (Serpell, 2003); y las personas tienden a mayor antropomorfismo de sus animales en la medida en que estos satisfacen más intensamente sus necesidades sociales. Sin embargo, mientras la mayor proximidad emocional hacia la mascota se relaciona con atribuirle emociones más empáticas, este mayor antropomorfismo no se ligaría a menor cercanía o apoyo de agentes humanos (i.e., no percibían a sus mascotas en términos más empáticos debido a que carecían de proximidad con sus familiares o amigos; McConnell et al., 2011).

La mayor parte de las descripciones tradicionales y del material anecdótico, sugiere que las mujeres tienden a tratar a los animales como personas en mayor medida que los hombres. El trato de los animales de esta forma es usualmente atribuido a mujeres que nunca tuvieron hijos o que ya no los tienen —frecuentemente denominándolo como *síndrome del nido vacío*. Sin embargo, tanto hombres como mujeres refieren tener una intensa relación personal con sus perros y utilizan términos descriptivos que habitualmente se reservarían para miembros de la familia (Mallon, 1993).

Las personas suelen considerar a sus mascotas en términos humanos, pero sólo en un sentido metafórico; si bien ocasionalmente las personas pueden tomar la metáfora demasiado literalmente y dejarle su herencia o tener relaciones sexuales con sus mascotas (Belk, 1996). Aún las personas que piensan en sus perros como sus hijos saben que esto no es literalmente así; en parte, están identificando a sus mascotas como miembros de su familia por el modo en que estas se comportan en el hogar (Cohen, 2002). Las descripciones de las personas de mascotas como niños se basarían en el cuidado más que en esfuerzos por confinar a los animales a roles específicos similares a los de los niños (Power, 2008). Definir a los animales de compañía como *personas disfrazadas* resulta tan degradante para ellos como la perspectiva que los considera autómatas (Sanders, 1993). Los cuidadores tienden a considerar a sus animales como personas, en tanto su perspectiva y sentimientos son reconocibles, su interacción es predecible, y en tanto pueden proveer una experiencia placentera de proximidad y afecto (Sanders, 2003).

Los dueños de mascotas no tienden a atribuir características antropomórficas a los peces y los reptiles, en función de la falta de identificación o vinculación con estos animales, lo cual los vuelve más susceptibles de ser fácilmente abandonados o descartados (Hirschman, 1994). Las personas atribuyen más emociones a los animales que consideran cognitiva y comportamentalmente más similares a ellos (Wilkins et al., 2015) y la familiaridad con los animales, en término de contactos o tenencia de mascotas, es un determinante importante respecto de la creencia de capacidad emocional y mente animal en general (Morris et al., 2012). Las personas tienen mayor tendencia al antropomorfismo cuanto más tiempo hace que tienen a sus perros (Dotson & Hyatt, 2008), y las personas más apegadas emocionalmente a sus perros tienden a atribuirles más características humanas (Boya et al., 2012)

Para Belk (1996) comportamientos como bañar a las mascotas, vestirlas con ropa humana, darles nombres, castrarlas, regular sus modales, hacer que defequen afuera y

participen en los rituales familiares, pueden ser considerados dentro del marco del antropomorfismo como intentos de transformar el desorden en comportamiento apropiado.

3.5.2 Voluntad de adaptación.

Para Power (2008) la noción de familia humano-perro se sostiene en una doble tendencia: (a) de adecuación del perro hacia las expectativas humanas de comportamiento apropiado para la familia y el hogar; y (b) de la familia ampliada por los esfuerzos de los humanos por incluir al perro como tal en las rutinas y prácticas diarias; lo cual se suma al carácter único y al accionar del perro como organizador activo de la forma de la familia en el día a día. Es decir que en su estudio, la incorporación del perro a la familia implicaba tanto que el animal debían adaptarse como que el antiguo sistema familiar se veía modificado.

La adquisición de un perro implica un cambio significativo en el estilo de vida de una persona. Incorporar un perro a la familia implica para los dueños la dedicación de tiempo, energía, esfuerzo y dinero, y repercute en un cambio de vida significativo (Dotson & Hyatt, 2008). Los dueños de mascotas suelen reconocer que estas les cambiaron la vida, pero que las consideran dignas de sacrificios. Estas personas refieren sentirse mejor debido a sus mascotas y estar dispuestos a cambiar sus vidas y horarios para acomodarse a estas (Belk, 1996).

La voluntad de adaptación se refiere a la predisposición de las personas para realizar cambios en sus patrones de vida y consumo para acomodarse a sus perros. La elección del lugar de residencia, de la vivienda o la organización de los espacios exteriores, son alterados por la presencia del perro, así como también las compras de mercado o de suministros medicinales (Dotson & Hyatt, 2008).

La re-conceptualización parcial de la familia como una manada sostenida por Power (2008) se relaciona con cierta sintonización y aceptación de la animalidad humana reprimida,

la cual ha sido destacada como una característica implicada en el proceso de empatizar y relacionarse exitosamente con las mascotas (Serpell, 2000).

Bonas et al. (2000) cuestionaron la perspectiva de que las mascotas ocuparan un rol similar al de los hijos, en la medida en que encontraron que el poder relativo, entendido como una parte siendo jefe y tomando las decisiones unilateralmente, era una característica marcada en las relaciones padre-hijo, pero no en las relaciones humano-mascota. Power (2008) destacó que el accionar independiente y autónomo de los perros pasaba a formar parte del encuentro con la familia, dejando de ser simplemente una *personita peluda* que necesitaba encajar en la rutina existente, sino que los planes y las actividades resultaban alterados para incorporar las necesidades y preferencias de los perros. En este sentido, los perros comenzaban a definir su propio rol en la familia y organizaban las normas y prácticas de la vida familiar.

Dotson y Hyatt (2008) asociaron esta voluntad de adaptación con la edad. Los autores indicaron que los adultos jóvenes de entre 26-35 años mostraban mayor flexibilidad para adaptar sus estilos de vida en función de sus perros, mientras que las personas mayores de 65 años mostraban menos voluntad para adaptarse. Además, el tiempo de tenencia de ese perro se relacionaba positivamente con la flexibilidad para adaptarse.

3.5.3 Roles de los perros.

Minuchin (1977) define la estructura familiar como un conjunto invisible de demandas funcionales que organizan las formas en que sus miembros interactúan. El sistema familiar opera a través de pautas transaccionales que regulan la conducta de los miembros de la familia. La repetición de las transacciones establece pautas acerca de cómo, cuándo y con

quién relacionarse. La estructura familiar resulta entonces un concepto clave para entender los roles que las mascotas desempeñan en las familias (Albert & Bulcroft, 1988).

La teoría de los roles (Merton, 1957) explica que los individuos asumen comportamientos particulares en base a las expectativas de otros. En el caso de las mascotas, sus propietarios les asignarían un conjunto de roles específicos y desarrollarían expectativas para que estas lleven a cabo ciertos comportamientos de acuerdo al rol esperado (Turner, 2005). En la medida en que la familia se desarrolla desplazándose a través de un cierto número de etapas que exigen una reestructuración para poder seguir funcionando (Minuchin, 1977), el rol de las mascotas cambia y evoluciona para adaptarse a los cambios de la familia y sus necesidades (Turner, 2005),

El ciclo de vida familiar ha sido subdividido de distintas formas por diferentes autores, considerando entre cuatro y veinticuatro etapas. Si bien no hay un acuerdo sobre la cantidad de etapas que deben reconocerse, estas etapas se han recomendado como un enfoque de las tipologías de la familia (Simon, Stierlin, & Wynne, 1988). Se optó aquí por la clasificación realizada por Carter y McGoldrick (2005), y se subdividió la tercera etapa (i.e., "familia con hijos pequeños") de acuerdo a la clasificación realizada por Duvall y Miller (1985) en función del grado de escolarización de los niños (i.e., "familia con hijos preescolares" y "familia con hijos en edad escolar") —esto a partir de los datos sobre diferencias en adquisición de mascotas como en relación al apego emocional desarrollado hacia estas.

Para un *adulto joven solo* la mascota puede tomar un rol con similitudes a un humano como compañero de cuarto o mejor amigo, brindando compañía y ayudando a aliviar sentimientos de soledad. A su vez, pueden también convertirse en confidentes con quienes compartir ideas durante el proceso de toma de decisiones que signa una de las más importantes tareas de esta etapa (Turner, 2005). Estos tenedores pueden también beneficiarse

de la función de lubricante social de los perros de compañía, logrando más encuentros con extraños (e.g., Guéguen & Ciccotti, 2008; Robins et al., 1991). En tanto potencial forma de advertir a otros que uno es capaz de tener a cargo a alguien dependiente, la tenencia de mascotas también podría elevar el estatus social de sus tenedores y aumentar sus posibilidades de ser elegidos como pareja (Serpell & Paull, 2011).

Para una *pareja de recién casados, sin hijos*, criar un animal de compañía puede favorecer el desarrollo de capacidades para ofrecer cuidados nutricios y afecto, poner límites y ocuparse de otro ser vivo (Walsh, 2009b). Los animales de compañía proveen a sus propietarios la sensación de ser necesitados, de modo similar a como los niños necesitan a sus padres; y esto contribuye a que las mascotas adopten el rol de hijo (Sable, 1995), por lo cual el apego emocional a las mascotas durante este momento puede ser particularmente alto (Albert & Bulcroft, 1988).

Una *familia con hijos pequeños* deberá realizar ajustes para hacer lugar a los niños (Carter & McGoldrick, 2005) por lo que es frecuente que los padres cuenten con menos tiempo para pasar con sus animales y el apego hacia estos disminuya (Albert & Bulcroft, 1988). Los hogares con niños han sido identificados como de mayor riesgo de abandono de mascota que aquellos donde no hay niños (Kidd, Kidd, & George, 1992). A su vez, este período tiene menor rango de adquisición de mascotas que el período con niños en edad escolar, posiblemente en función de la incompatibilidad entre la tenencia de mascotas y las necesidades familiares en esta etapa. Albert y Bulcroft (1988) encontraron que el apego bajo en los adultos tendía a extendería hasta la etapa en que los hijos comenzaban a abandonar el hogar, por lo que los autores sugirieron que podría haber una superposición en el sistema emocional que motiva los comportamientos de cuidado y afecto hacia niños y mascotas. La importancia de los animales de compañía no disminuye, en tanto los niños comienzan a

formar relaciones con estos, los que comúnmente asumen para ellos un rol de par (Turner, 2005).

El periodo de la *familia con hijos en edad escolar* ha sido encontrado como el de mayor adquisición de animales de compañía, y es posible que esto se deba a la creencia difundida de que estos son importantes en la vida de los niños (Albert & Bulcroft, 1988). Entre las motivaciones para la tenencia de mascotas en estas familias se destacan el contacto, la comunicación y la compañía, así como la facilitación de aprendizajes relacionados con la biología y el ciclo vital, y la adquisición de responsabilidades (Schvaneveldt et al., 2001). La mascota puede convertirse en el hermano menor al cual el niño cuida (Turner, 2005).

La *familia con hijos adolescentes* deberá incrementar la flexibilidad de sus límites para permitir la independencia de los hijos (Carter & McGoldrick, 2005), y mientras los adolescentes buscan más autonomía también reciben más responsabilidades y tareas en el hogar; una tarea común para los adolescentes es ocuparse del animal de compañía (Turner, 2005). Es común que los adolescentes indiquen recibir amistad/amor/diversión, conocimiento sobre los animales y aprendizaje sobre responsabilidades a partir de su relación con sus mascotas (Covert, Whiren, Keith, & Nelson, 1985), las cuales puede tomar un rol importante como confidente del adolescente mientras alivian sus sentimientos de soledad (Turner, 2005). Una tarea vital de este estadio familiar se encuentra en relación con los abuelos, quienes demandan un cambio hacia su cuidado (Carter & McGoldrick, 2005). Al enfrentar el deterioro de los padres, y eventualmente su muerte, los adultos pueden encontrar reconfortante el acercamiento hacia sus animales de compañía para disminuir el estrés y recibir apoyo para elaborar las pérdidas (Cain, 1985; Sable, 2013). Las mascotas tienden a reducir el sentimiento de soledad a la vez que promueven sentimientos de bienestar y autoestima de estos adultos, los cuales interactúan con sus mascotas y las califican como amigos, y como completos miembros de la familia (Schvaneveldt et al., 2001).

Al atravesar el *despegue de los hijos y seguir adelante* los animales de compañía pueden proveer una oportunidad de ocuparse y cuidar de alguien más para estos padres (Turner, 2005), por lo que algunos pueden optar por volcarse a la mascota o adquirir una nueva para llenar un vacío (Walsh, 2009b); posiblemente esto haya contribuido a que el apego hacia las mascotas durante esta etapa haya sido encontrado como particularmente alto (Albert & Bulcroft, 1988). Esta etapa implica una renegociación del sistema marital como una díada (Carter & McGoldrick, 2005) y el animal de compañía puede ser parte de la configuración de triangulaciones para lidiar con estados emocionales intensos (Cain, 1985).

En la *familia en la vida posterior*, los adultos mayores deben mantenerse en funcionamiento y mantener sus intereses mientras enfrentan un declinar fisiológico (Carter & McGoldrick, 2005), por lo que los animales de compañía resultan especialmente importantes para el bienestar de sus custodios en esta etapa de la vida (Walsh, 2009a). La interacción de los adultos mayores con sus mascotas promueve en ellos sentimientos de satisfacción con la vida, reduciendo la desesperanza, aislamiento y soledad, y sirviendo como pilares emocionales, sociales y proveyendo beneficios a su salud física (Schvaneveldt et al., 2001; Turner, 2005) Si no hay animales de compañía en el hogar durante este estadio los adultos mayores pueden mostrarse renuentes a traer una nueva mascota; esto puede deberse a la preocupación acerca de quién cuidará de esta en caso de que ellos enfermen o mueran, y también pueden estar buscando evitar el displacer ligado a la pérdida del animal luego de haber experimentado diversas pérdidas en este momento de la vida (Turner, 2005).

Capítulo IV

Problema de investigación y objetivos

4.1 Problema de investigación

El campo de la salud mental ha demorado en reconocer la importancia de los vínculos entre las personas y sus animales de compañía en la teoría clínica, en la investigación y en la práctica (Walsh, 2009a). Los terapeutas familiares han sido de los primeros en reconocer el rol significativo de las mascotas como miembros de las familias con el propósito de conceptualizar la familia como un todo (Cain, 1985); sin embargo, en la formación y en la práctica de la terapia familiar se ha prestado escasa atención a los vínculos entre humanos y animales (Walsh, 2009b). Quizá las mascotas hayan sido pasadas por alto por la dificultad del científico social, objetivo y racional, para considerar a las mascotas como potenciales miembros del sistema familiar (Albert & Bulcroft, 1988). Aun a pesar de la evidencia creciente sobre la contribución de los animales de compañía al bienestar humano, el campo de investigación ha recibido un reconocimiento médico muy limitado (Oyama & Serpell, 2013).

Sable (1995, 2013) destacó la importancia acerca de la formación de profesionales y estudiantes ligados al trabajo social, en relación al significado que las mascotas tienen para muchas personas. Así también, el creciente reconocimiento de una amplia gama de beneficios psicológicos, sociales y relacionados con la salud, que perros y gatos aportan a la gente, tiene implicaciones importantes para el trabajo social.

Los profesionales de la salud frecuentemente preguntan sobre las personas importantes en redes de parentesco y sociales, pero no suelen tomar en cuenta a los animales

de compañía (Walsh, 2009b). La importancia de incluir una evaluación sobre la funcionalidad de los animales de compañía puede ser fundamental. Al ignorarla pueden pasarse por alto amenazas y aliados potenciales. Por ejemplo, una mujer víctima de violencia doméstica podría negarse a mudarse a un refugio porque no podría llevar su mascota con ella, aunque sienta vergüenza para plantear esa situación (Turner, 2005).

Las mascotas también pueden proveer información importante sobre el modo en el que el sistema familiar está organizado o desorganizado (Cain, 1985). La evaluación de los roles de los animales de compañía debe guiar la decisión de los profesionales sobre incluir y cómo a los animales en las intervenciones terapéuticas (Faver & Cavazos, 2008).

Apreciar los vínculos que los pacientes tienen con sus animales, incorpora una dimensión significativa a nuestro entendimiento de su mundo (Johnson, 2015). Entender la contribución de los animales de compañía a la salud física, mental y bienestar relacional de las personas requiere de una perspectiva sistémica amplia, que considere las características del animal en interacción con necesidades y preferencias personales, dinámicas relacionales, situación vital y contexto sociocultural (Walsh, 2009a). Recientemente, en una revisión sobre la literatura dentro del campo de la antrozoología, se ha sugerido la necesidad de investigación acerca de las formas y frecuencia de las interacciones humano-animal de compañía (Hosey & Melfi, 2014). Identificar factores que afecten la relación dueño-perro ayudará al entendimiento acerca de cómo es lograda una relación exitosa y cómo es remediada una menos exitosa, con potenciales beneficios para ambas especies (Meyer & Forkman, 2014).

Las relaciones humano-animal de compañía proveen un importante y ampliamente inexplorado componente de la experiencia humana. La investigación examinando estas relaciones interespecies puede elucidar la profundidad y el significado de estas relaciones, a la vez que proveer nuevas ideas respecto de la naturaleza básica de la psicología humana. Las

relaciones humano-animal son diferentes de las relaciones interpersonales en diversos aspectos. Características únicas de la relación humano-animal (e.g., la posibilidad humana de elección unilateral de sus animales de compañía, o la disminución del miedo a la evaluación del animal de compañía) proveen la oportunidad para examinar la psicología humana en contextos no disponibles para las relaciones tradicionales entre humanos (Green et al., 2009).

Las relaciones humano-animal constituyen un aspecto importante de la actividad del ser humano (Amiot & Bastian, 2015), por lo que en su generalidad, y particularmente las relaciones humano-animal cercanas, merecen su estudio en su propio derecho (Green et al., 2009).

La relación humano-perro es probablemente lo más cercano que los humanos podamos jamás estar de establecer un diálogo con otra forma de vida sintiente (Serpell, 1996b). Si bien ha habido algunos estudios sobre las actitudes e interacciones humano-perro en un puñado de países desarrollados, muy pocas investigaciones del estilo se han desarrollado en las llamadas *naciones en desarrollo*, dificultando las generalizaciones transculturales (Serpell, 2011).

Resulta relevante toda contribución al desarrollo del conocimiento sobre esta área de creciente interés en los últimos años, particularmente respecto de las interacciones habituales entre humanos y perros. Esta investigación además puede aportar información relativa a la población de Ciudad Autónoma de Buenos Aires, contribuyendo a la promoción del desarrollo de este campo del conocimiento tanto en general, como en nuestro país.

4.1.1 Pregunta de investigación.

A través de este estudio se busca responder a la pregunta de investigación: ¿Cómo se caracteriza, en sus distintas dimensiones, la relación establecida por personas adultas de la

Ciudad Autónoma de Buenos Aires con sus perros de compañía en función de las características sociodemográficas?

Complementariamente, la investigación se plantea dar respuesta a las preguntas: ¿Cómo varían en función de los factores sociodemográficos otros aspectos ligados a la relación: adaptación del humano, antropomorfismo y percepción de beneficios? ¿Qué relaciones pueden establecerse entre las dimensiones y aspectos vinculados a la relación?

4.2 Objetivos

Objetivo general.

Describir y analizar la percepción de la relación que tienen con sus perros de compañía los adultos de Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en función de las características sociodemográficas.

Objetivos específicos.

- Describir la percepción humana de la interacción dueño-perro.
- Describir la percepción humana de la cercanía emocional hacia el perro.
- Describir la percepción humana del costo de la relación.
- Describir la tendencia al antropomorfismo de los perros de compañía por parte de sus dueños.
- Describir la voluntad de adaptación por parte de los dueños hacia los perros.
- Describir la percepción humana de beneficios de la relación.

- Identificar posibles relaciones entre la percepción humana de la interacción dueño-perro, la cercanía emocional, los costos de la relación, la voluntad de adaptación, la tendencia al antropomorfismo y la percepción de beneficios de la relación.

Capítulo V

Método

5.1 Diseño

Con el objetivo de describir la relación humano-perro en adultos de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires se realizó un estudio transversal y descriptivo mediante encuestas. El muestreo fue incidental no probabilístico. El planteamiento no incluyó hipótesis propiamente dichas, sino que se orientó a conocer las características del fenómeno (Montero & León, 2007) y realizar descripciones comparativas entre grupos y subgrupos de personas (Hernández Sampieri, Collado, & Lucio, 2006).

5.2 Participantes

5.2.1 Universo o población objetivo.

Personas mayores de 21 años que residían en Ciudad Autónoma de Buenos Aires, cohabitando con un perro como animal de compañía, desde hace no menos de un año, considerándolo como propio.

5.2.2 Unidad de análisis.

La evaluación de la relación humano-perro se realizó sólo a partir de la evaluación del humano. Si bien se consideraron aspectos ligados al bienestar y beneficios que los perros obtienen de la relación, este estudio se limitó a la evaluación de la percepción humana de la misma.

Se utilizaron los siguientes criterios de inclusión y exclusión de los participantes:

Inclusión: Personas mayores de 21 años de edad que residían en Ciudad Autónoma de Buenos Aires, refiriendo cohabitar con al menos un perro de compañía por un período no menor a un año, al que consideraban como propio, declarándose parcial o totalmente responsables sobre este al momento de completar la encuesta. Se permitió que más de un dueño contestara en función del mismo perro.

Exclusión: No participaron quienes refirieron que, a pesar de cohabitar con el animal, no lo consideraban propio ni se consideraban responsables por él, quienes refirieron que el perro era una animal de servicio, ni tampoco las personas que presentaban dificultades para comprender el cuestionario. Se excluyeron también del análisis quienes omitieron responder alguna de las escalas solicitadas o bien más de diez reactivos en la totalidad del instrumento. No se permitió que una misma persona contestara más de un cuestionario aunque tuviera más de un perro.

5.2.3 Muestra.

Este estudio contó con una muestra incidental de 425 participantes, entre 21 y 95 años de edad (M = 42.96, DT = 16.08), de los cuales 119 fueron hombres y 306 mujeres, representando el 28% y el 72% de la muestra respectivamente.

En relación al nivel educativo más alto alcanzado por los participantes, se observó que el 7.2 % contaban con estudios primarios completos, el 36.9% secundarios completos, el 19.8% terciarios completos, 25.6 % universitarios completos y el 9.4 % de posgrados completos.

Respecto del estado civil, el 48.8% refirió estar casado o en concubinato, 25.9% soltero, 10.8 en pareja no conviviente, 8.7% separado y 5.7% viudo.

El 56.2% de los participantes refirió no tener hijos. De los 182 participantes que tenían hijos: el 11% estaban en edad preescolar (0 a 5 años), 17% en edad escolar (6 a 12 años), 8.2% tenían hijos adolescentes (13 a 18 años), 10.4% adultos jóvenes (19 a 24 años) y 53.3% hijos adultos (> 24 años). De estos hijos, el 39.2% no vivían en el hogar. Esta clasificación en etapas fue tomada del trabajo con familias realizado por Duvall (1957), quien propuso realizar la categorización a partir de la edad del hijo mayor, y en adelante se hará mención a esta variable como *edad de los hijos*.

Sobre el total de participantes el 52.7% compartía su casa con su pareja, 27.2% con sus hijos, 20.2% con sus padres, y el 19.9% no compartí su casa con otras personas. La cantidad de personas en el hogar osciló entre 1 y 7 (M = 2.53, DT = 1.23).

La superficie de las viviendas osciló entre 24 y 500 m^2 (M = 102.58, DT = 79.57). Respecto de la cantidad de ambientes, el 3.6% vivía en un monoambiente, 24.1% en dos ambientes, 32.8% tres ambientes, 23.1% cuatro ambientes, 9.5% cinco ambientes, y el 6.8% restante tenían viviendas de seis o más ambientes. El 12.5% de las viviendas no contaba con espacio exterior, el 29.3 contaba con un balcón pequeño (< 10m2), el 44% contaba con patio/balcón/terraza (> 10m2), y el 14.2% contaba con jardín.

La mayor parte de los participantes cohabitaba con un solo perro (82.1%), mientras que el 12.2% con dos, el 4.5% con tres, y el 1.2% restante cohabitaba con cuatro o más perros. El 18.4% de los participantes refirió además cohabitar con uno o más gatos, el 4.2%

con aves, y el 4% con otras especies animales (peces, roedores, reptiles, etc.). En adelante se hará referencia a *cantidad de animales de compañía* para hacer referencia a la suma entre la cantidad de perros y de gatos que el custodio tenía, en tanto las otras especies fueron excluidas del análisis. La cantidad de años convividos con perros osciló entre 1 y 85 años (M = 25.35, DT = 17.31), y la mayor parte de los participantes había convivido con perros por más de la mitad de su vida. El porcentaje vital de cohabitación con perros fue en promedio de 58.2% (DT = 30.83).

Respecto de los perros elegidos para contestar, el 56.7% eran machos, mientras que el 43.3% restante hembras, de entre 1 y 18 años (M = 5.89, DT = 3.86). Poco más de la mitad de los perros eran de una raza determinada (57.4%; Mestizos: 42.6%), en su mayoría reproductivamente intactos (Esterilizados: 40.7%; No esterilizados: 59.3%). En cuanto a su tamaño, 40.6% eran chicos (hasta 10kg), 35.7% medianos (entre 10 y 25 kg) y 23.7% grandes (más de 25kg). Los modos de obtención más frecuentes fueron la compra en criadero (24.8%) y el obsequio directo (sin haberlo comprado; 24.3%), seguidos por haberlo encontrado en la calle (20%). Otras formas de obtención fueron: el obsequio a partir de su compra (12%), la adopción a través de refugio/perrera (6.7%), la compra en *pet shop* (4.3%), la cría a partir de perros propios (1.9%) y otros (6%). Entre estos últimos se destacaron quienes aclararon que habían comprado el perro a particulares, algunas formas de cesión del animal y la acción autónoma del animal para ser adoptado (“autoadopción”; “me siguió hasta mi casa”). La edad del perro al momento de ser obtenido osciló entre 0 y 8 años (M = 0.52, DT = 0.99). El tiempo de convivencia con este perro fue en promedio superior a 5 años (M = 5.43, DT = 3.85) lo cual representaba en promedio el 91.69% respeto de la vida del perro (DT = 31.35). Los custodios indicaron pasar entre 1 y 24 horas diarias con sus perros (M = 13.18, DT = 5.17) incluyendo si dormían juntos.

5.3 Técnicas de recolección de datos

Se confeccionó un cuestionario sociodemográfico en el que se reflejaron algunas características tanto del dueño, como del animal de compañía y de la relación entre ambos. También se utilizó la escala de relación humano-perro MDORS (Dwyer et al., 2006). La traducción del idioma original al castellano fue realizada por un profesional experto que habla ambos idiomas. Asimismo, se incluyeron otras dimensiones de la relación humano-perro: Antropomorfismo (Boya et al., 2012), Voluntad de Adaptación (Dotson & Hyatt, 2008), y se confeccionó un cuestionario con 16 reactivos acerca de potenciales beneficios percibidos de la relación a partir de las escalas Relación Simbiótica y Actividad/juventud (Dotson & Hyatt, 2008), y reactivos extraídos de otras técnicas a partir de una revisión bibliográfica. Para las subescalas de MDORS se utilizó el formato original de respuestas y para las escalas Antropomorfismo, Voluntad de Adaptación y Beneficios Percibidos se utilizó una escala de formato Likert de 5 puntos, que oscilaba entre 1 (totalmente en desacuerdo) y 5 (totalmente de acuerdo). También en este formato se incorporaron tres afirmaciones exploratorias: “Mi perro es un miembro de mi familia”, “En el caso de una emergencia en la que deba evacuar mi casa llevaría a mi perro conmigo, incluso si esto afectara mi propia seguridad”, y “Frente a una situación límite, si tuviera que optar entre salvar la vida de mi perro o la de un hombre desconocido, salvaría a mi perro”. Las dos primeras afirmaciones estuvieron incluidas en algunos trabajos sobre la temática, y la última se desprendió del marco teórico. Estas afirmaciones permiten considerar la opinión y actitudes de los participantes respecto del perro en función de los límites entre lo humano y lo no humano. El protocolo completo se incluye en la sección de Anexos.

5.3.1 Monash Dog-Owner Relationship Scale (MDORS).

La escala MDORS permite evaluar la calidad y el tipo de relación entre dueños y perros de compañía (Dwyer et al., 2006), contemplando aspectos tanto positivos como negativos de la relación entre ambos (Handlin et al., 2012). Esta escala fue la primera del estilo en incluir la evaluación de los costos asociados con la tenencia del animal de compañía; y también fue la primera escala realizada para evaluar la relación del humano con una especie animal particular (Anderson, 2007). MDORS cuenta con 28 ítems distribuidos en tres subescalas: (1) Interacción Dueño-Perro, la cual refleja actividades generales relacionadas con ocuparse del perro, como el aseo del mismo, como así también actividades de mayor intimidad, como besar y abrazar al perro; (2) Cercanía Emocional Percibida, la cual está ligada a conceptos como apoyo social, vínculo y apego; y (3) Costos Percibidos, la que se refiere a los costos de cuidar a un perro de compañía, incluyendo aspectos monetarios, incremento en las responsabilidades y restricciones que tiene el dueño debido a la tenencia del perro (Dwyer et al., 2006). Esta escala sólo es adecuada para administrar a adultos que actualmente sean dueños de perros de compañía (Dwyer et al., 2006) y cuenta con adecuada confiabilidad y validez discriminativa y convergente establecida (Anderson, 2007).

Subescala Interacción Dueño-Perro.

Compuesta originalmente por 9 reactivos sobre la frecuencia con que dueño y perro realizan determinadas actividades. Para contar con reactivos que detectaran un rango suficiente de variabilidad en las respuestas, se conservaron los ítems que tuvieran un coeficiente de asimetría y de curtosis de ± 2, el cual se estableció como adecuado para esta y las demás escalas. Luego del análisis de asimetría y curtosis se decidió reemplazar los ítems: "¿Qué tan a menudo besa a su perro?", "¿Qué tan a menudo juega con su perro?", "¿Qué tan

a menudo abraza a su perro?" y "¿Qué tan a menudo tiene a su perro con usted mientras se relaja, por ejemplo mirando televisión?". En su lugar se incorporaron los ítems: "¿Qué tan a menudo lleva a su perro con usted cuando hace compras o mandados?", "¿Qué tan a menudo duerme junto a su perro?", "¿Qué tan a menudo enseña disciplina a su perro?" y "¿Qué tan a menudo enseña trucos o habilidades a su perro?". La segunda de estas preguntas fue extraída de la escala Companion Animal Bonding Scale (CABS; Poresky, Hendrix, Hosier, & Samuelson, 1987), mientras que las otras fueron creadas a partir del marco teórico. Las opciones de respuesta para estos reactivos fueron tomadas de las preguntas originales. La subescala así constituida mostró una confiabilidad adecuada (α de Cronbach .72).

Subescala Cercanía Emocional Percibida.

Compuesta originalmente por 10 reactivos acerca de la percepción de proximidad emocional que el dueño tiene respecto del perro. Luego del análisis de asimetría y curtosis se decidió reemplazar los ítems: "Mi perro está constantemente atento a mí", "Si todos me abandonaran mi perro seguiría estando a mi lado", "Mi perro me brinda compañía constante" y "¿Qué tan traumático piensa que será para usted cuando su perro muera?". En su lugar se incorporaron los ítems: "Disfruto de mostrarle a otras personas fotos de mi perro", "Mi perro sabe cuándo me siento mal", "A menudo hablo a otros sobre mi perro" y "Mi perro me entiende". Estos ítems fueron extraídos de la escala Lexington Attachment to Pets Scale (Johnson et al., 1992). La subescala así constituida mostró una confiabilidad adecuada (α de Cronbach .78).

Subescala Costos Percibidos.

Compuesta por 9 reactivos con afirmaciones sobre la percepción de costos implicados en la relación con el perro. Luego del análisis de curtosis y asimetría se decidió reemplazar el

ítem "¿Qué tan a menudo siente que tener un perro es más problema de lo que vale la pena?", incorporando en su lugar la afirmación "Mi perro ha dañado mucho los muebles", extraída de la escala Pet Attitude Scale—Modified (PAS-M; Munsell, Canfield, Templer, Tangan, & Arikawa, 2004). La confiabilidad fue adecuada (α de Cronbach .78).

En tanto las subescalas no deben sumarse (Dwyer et al., 2006) y se han analizado como distintas dimensiones, en adelante se hará referencia a estas como escalas independientes.

5.3.2 Escala Antropomorfismo.

Esta escala corresponde a la investigación realizada por Boya et al. (2012) y se refiere al grado en que los dueños les atribuyen características humanas a sus perros. Se compone de siete afirmaciones: (1) Trato a mi perro como una persona, (2) Mi perro es mi mejor amigo, (3) Mi perro es como un hijo para mí, (4) Si mi perro fuera una persona sería bastante parecido a mí, (5) Tengo las mismas responsabilidades de un padre cuando se trata de cuidar a mi perro, (6) Me gusta consentir a mi perro, y (7) Me gusta celebrar el cumpleaños de mi perro. El análisis de curtosis y asimetría permitió mantener todos los ítems originales. La confiabilidad fue adecuada (α de Cronbach .82).

5.3.3 Escala Voluntad de Adaptación.

Esta escala corresponde a la investigación realizada por Dotson y Hyatt (2008), y evalúa el grado en que los dueños están dispuestos a hacer cambios para acomodarse a sus perros. Se compone de cinco afirmaciones: (1) Tener un perro ha afectado mi elección del

lugar donde vivo, (2) Tener un perro ha cambiado mis hábitos de compra de mercado, (3) Compro regularmente artículos para cuidar la salud de mi perro, (4) Tener un perro ha influido en la organización de mi hogar, y (5) Tener un perro ha influido en la organización de los espacios exteriores de mi casa. El análisis de curtosis y asimetría permitió mantener todos los ítems originales. La confiabilidad se consideró adecuada en función del tamaño de la muestra (α de Cronbach .67).

5.3.4 Escala Beneficios Percibidos.

El cuestionario sobre la percepción de beneficios de la relación se conformó a partir de 16 reactivos seleccionados para tal fin. Los ítems (1) "Cuando me siento estresado, estar con mi perro me calma", (2) "Soy una persona más feliz gracias a mi perro", (3) "Mi perro evita que me sienta solo", (4) "Tener a mi perro me hace sentir más seguro", (5) "Mi perro me mantiene joven", (6) "Tener a mi perro hace que me ejercite más", y (8) "Mi perro me ha ayudado a desarrollar mejores relaciones con otras personas" fueron extraídos de la investigación realizada por Dotson y Hyatt (2008). El ítem (7) "Mi perro me hace reír" estuvo incluido tanto en el inventario de expectativas de rol Pet Expectations Inventory (Kidd et al., 1992) como en la escala de vínculo Pet Bonding Scale (Angle, Blumentritt, & Swank, 1994). De esta última escala también se extrajo el ítem (15) "Mi perro me hace sentir importante". Los ítems (9) "Tener a mi perro ha ayudado a mi salud", (10) "Mi perro me levanta el ánimo", (12) "Hablarle a mi perro me hace sentir mejor", y (16) "Mi perro me da estabilidad" fueron extraídos de la escala de apego a las mascotas Pet Attachment and Life Impact Scale (Cromer & Barlow, 2013). Los ítems (13) "Mi perro me da energía" y (14) "Mi perro hace que me distraiga de mis problemas" estuvieron incluidos en la escala de vínculo Center for the Study of Animal Wellness Pet Bonding Scale (ver Fulton, 2005). El ítem (11) "Mi perro

me permite apreciar la naturaleza y experimentar la vida silvestre" se extrajo de la investigación sobre los aspectos principales de la tenencia de animales de compañía de Holbrook et al. (2001). Luego del análisis de asimetría y curtosis se decidió seleccionar los ítems 4, 5, 6, 8, 12 y 6 por tener coeficientes comprendidos entre ± 2. Habiendo seleccionado estos seis reactivos se procedió al análisis de confiabilidad, el cual fue adecuado (α de Cronbach .80).

La evaluación de la relación humano-perro quedó entonces constituida a partir de 46 reactivos distribuidos en seis dimensiones, según se observa en la Tabla 1.

Tabla 1

Escalas y reactivos utilizados en la evaluación de la relación humano-perro

Interacción Dueño-Perro	Cercanía Emocional Percibida	Costos Percibidos	Antropomorfismo	Voluntad de Adaptación	Beneficios Percibidos
α = .72	α = .78	α = .78	α = .82	α = .67	α = .80
¿Qué tan a menudo lleva a su perro a visitar gente?	Mi perro me da una linda razón para levantarme en la mañana	¿Qué tan difícil es cuidar de su perro?	Trato a mi perro como una persona	Tener un perro ha afectado mi elección del lugar donde vivo	Tener un perro me hace sentir más seguro
¿Qué tan a menudo le compra regalos a su perro?	Desearía que mi perro y yo nunca tuviéramos que separarnos	Hay aspectos importantes de tener un perro que no me gustan	Mi perro es mi mejor amigo	Tener un perro ha cambiado mis hábitos de compra de mercado	Mi perro me mantiene joven
¿Qué tan a menudo le da a su perro un premio de comida?	¿Qué tan a menudo le dice a su perro cosas que no le dice a nadie más?	Mi perro genera mucho desorden	Mi perro es como un hijo para mí	Compro regularmente artículos para cuidar la salud de mi perro	Tener un perro hace que me ejercite más
¿Qué tan a menudo lleva a su perro en el auto?	Me gustaría tener a mi perro cerca de mí todo el tiempo.	Me molesta que mi perro me impida hacer cosas que yo disfrutaba hacer antes de tenerlo	Si mi perro fuera una persona sería bastante parecido a mí	Tener un perro ha influido en la organización de mi hogar	Mi perro me ha ayudado a desarrollar mejores relaciones con otras personas
¿Qué tan a menudo asea a su perro?	Mi perro me ayuda a atravesar momentos difíciles.	Me molesta que a veces tengo que cambiar mis plantes debido a mi perro	Tengo las mismas responsabilidades de un padre cuando se trata de cuidar a mi perro	Tener un perro ha influido en la organización de los espacios exteriores de mi casa	Hablarle a mi perro me hace sentir mejor

¿Qué tan a menudo lleva a su perro con usted cuando hace compras o mandados?	Mi perro está presente cuando necesito consuelo	Mi perro me cuesta mucho dinero	Me gusta consentir a mi perro	Mi perro me da energía
¿Qué tan a menudo duerme junto a su perro?	Disfruto de mostrarle a otras personas fotos de mi perro	¿Qué tan a menudo siente que ocuparse de su perro es una obligación rutinaria?	Me gusta celebrar el cumpleaños de mi perro	
¿Qué tan a menudo enseña disciplina a su perro?	Mi perro sabe cuándo me siento mal	¿Qué tan a menudo le impide su perro hacer cosas que usted quiere hacer?		
¿Qué tan a menudo enseña trucos o habilidades a su perro?	A menudo hablo a otros sobre mi perro	Mi perro ha dañado mucho los muebles		
	Mi perro me entiende			

5.4 Procedimiento

Se solicitó permiso formal tanto a los autores como a la Universidad de Monash para la utilización de la técnica MDORS; el mismo fue brindado expresamente por Bennet. Todos los participantes fueron informados acerca del objetivo de la investigación, y de su carácter anónimo y voluntario.

Se realizó una prueba piloto con 10 adultos dueños de perros, en la que se evaluó la comprensión de los cuestionarios así como los tiempos de respuesta. Luego de esto, se realizaron modificaciones menores en la redacción del cuestionario sociodemográfico y se redujeron algunos ítems.

Se realizaron encuestas en diversos parques y plazas de la ciudad, así como también a clientes de dos comercios de artículos de mascotas, una veterinaria, un centro de salud barrial

y una escuela de artes. La recolección de encuestas se realizó durante el primer cuatrimestre de 2015, y fue procedida por el análisis de datos cuantitativos.

5.5 Análisis estadístico de los datos

Para el análisis estadístico de los datos se empleó el IBM SPSS 20.0 para Windows. Las variables extraídas de los puntajes brutos de las escalas psicométricas se trabajaron como variables con nivel de medición intervalar, razón por la cual se empleó la prueba *r* de Pearson para analizar asociaciones entre las mismas o con otras variables con nivel intervalar. Los análisis de las asociaciones que involucraran variables con nivel de medición ordinal (e.g., nivel educativo, tamaño del perro) se realizaron con la prueba *Rho* de Spearman. Para las comparaciones de dos grupos en relación a sus puntuaciones en variables con nivel intervalar se empleó la prueba *T* de Student para muestras independientes, mientras que si la variable dependiente tenía nivel de medición ordinal, se empleó la prueba no paramétrica *U* de Mann Whitney (e.g., comparación de hombres y mujeres en el tamaño del perro). Para evaluar asociaciones entre variables con nivel de medición nominal (e.g., sexo del encuestado y raza del perro) se utilizó la prueba Chi Cuadrado de Pearson. En todas las pruebas estadísticas se estableció el nivel de significación alpha en 0.05.

Dado la gran cantidad de análisis, cuando la prueba reportada no arrojó significación estadística se reportó el *p* valor omitiendo el detalle de los estadísticos empleados.

Capítulo VI

Resultados

6.1 Resultados

La **edad de los custodios** estuvo relacionada positivamente con la edad actual del perro (r = .23, p < .001) y con la edad del perro al momento de su adopción (r = .11, p < .05), aunque no con el porcentaje de vida del perro convivido con esa persona (p > .20). Si bien la edad del custodio se asoció lógicamente con la cantidad de años de su vida convividos con perros (r = .57, p < .001), no mostró asociación con el porcentaje de vida convivido con perros (p > .92).

El **género de los custodios** mostró que los hombres tuvieron perros de un tamaño significativamente mayor que las mujeres (z = 2.35, p < .05) y que las estas convivieron un porcentaje mayor de sus vidas con perros que los hombres (t[407] = 2.38, p < .05). A su vez, las mujeres indicaron pasar mayor cantidad de horas diarias con sus perros (t[222.96] = 2.19, p < .05). Hombres y mujeres no mostraron diferencias significativas respecto del sexo del perro, esterilización del animal, ni tampoco respecto de que el perro fuera de una raza determinada (ps > .19).

El **nivel educativo** del custodio no mostró asociación con su edad (p > .09), aunque se asoció positivamente con la cantidad de hijos en el hogar (r_s = .19, p < .01) y negativamente con la cantidad de hijos (r_s = -.11, p < .05) y la edad de los hijos (r_s = -.26, p < .001). El nivel educativo mostró una asociación negativa leve con la cantidad de años convivida con perros (r_s = -.11, p < .05), aunque no mostró asociación con el porcentaje de su vida convivido con

perros ($p > .10$). El nivel educativo del custodio también se asoció con una menor cantidad de horas diarias junto al perro ($r_s = -.18$, $p < .001$).

La comparación entre los participantes que no **cohabitan con otras persona**s y los que sí lo hacen no mostró diferencias respecto de la cantidad de perros o gatos en el hogar (*ps* > .15), aunque sí lo hizo respecto de la cantidad de animales de compañía, con menos animales en los hogares unipersonales ($t[244.40] = 2.01$, $p < .05$). La comparación de estos dos grupos además mostró diferencias respecto de la cantidad de horas que el custodio comparte con su perro, con mayor cantidad de horas compartidas en los hogares unipersonales ($t[138.75] = 3.83$, $p < .001$). Las personas de hogares unipersonales presentaron edades significativamente mayores que quienes cohabitaban con otras ($t[413] = 2.66$, $p < .01$), y no difirieron respecto de su nivel educativo ($p > .60$).

En comparación con las personas que no **conviven en pareja**, quienes sí lo hacían tenían mayor cantidad de animales de compañía ($t[412] = 2.09$, $p < .05$) y en mayor cantidad de casos sus perros pertenecían a una raza determinada ($X^2 [1] = 4.67$, $p < .05$). Estos grupos no mostraron diferencias significativas respecto de las demás variables sociodemográficas ligadas al perro (*ps* > .07).

Las personas que tienen hijos indicaron pasar más horas diarias con sus perros que quienes no los tienen ($t[417] = 2.33$, $p < .05$). Si bien la cantidad de hijos estuvo asociada levemente con la **cantidad de horas que los custodios pasan junto** a sus perros ($r = .11$, $p < .05$), la cantidad de hijos en el hogar se asoció negativamente con la cantidad de horas que pasan juntos ($r = -.22$, $p < .01$) y la edad de los hijos lo hizo positivamente ($r_s = .18$, $p < .001$). De manera similar, la cantidad de personas en el hogar se asoció con menor cantidad de horas junto al perro ($r = -.17$, $p < .001$). Por otro lado, la cantidad de perros y de mascotas no se asoció con la cantidad de horas compartidas con el perro favorito (*ps* > .15). La edad del custodio mostró la asociación más intensa con la cantidad de horas diarias junto a su perro

(r = .27, p < .001), y la edad del perro no estuvo relacionada con la cantidad de horas juntos (p > .15).

La **cantidad de animales de compañía** no estuvo asociada con la cantidad de hijos, ni con la cantidad de hijos o personas en el hogar (ps > .51). A su vez, la cantidad de hijos y la cantidad de hijos en el hogar no estuvieron asociadas con la edad de los perros al momento de la adopción (ps > .63).

La **cantidad de años de la vida del custodio convividos con perros** se asoció negativamente con la cantidad de hijos en el hogar (r = -.27, p < .001) y, a su vez, se asoció positivamente con la cantidad de hijos (r = .30, p < .001). Si bien las personas que tenían hijos habían convivido con perros durante más años que quienes no tenían hijos (t[410] = 5.84, p < .001), ambos grupos no mostraron diferencias respecto del porcentaje de la vida del custodio convivido con perros (p > .35).

La **superficie de la vivienda** estuvo levemente asociada con la cantidad de animales de compañía (r = .12, p < .05), aunque no con la cantidad de perros (p > .72). A su vez, la superficie de la vivienda se asoció con la edad del perro (r = .18, p < .001) y la cantidad de tiempo que el custodio cohabita junto a su perro (r = .15, p < .01), aunque no con la edad del perro al momento de la adopción (p > .12). El tiempo de tenencia del perro se asoció a su vez con la cantidad de ambientes de la vivienda (r = .14, p < 01).

Respecto del **sexo del perro**, se observó que los custodios de hembras tenían mayor cantidad de perros (t[416] = 2.87, p < .01) y mayor cantidad de gatos (t[416] = 2.99, p < .01) que los custodios de machos. Los custodios de hembras también habían convivido con perros más años (t[357.55] = 2.64, p < .01) y durante un porcentaje mayor de sus vidas (t[368.40] = 2.79, p < .01) que los custodios de perros macho. Aunque machos y hembras no diferían en la edad de adquisición (p > .35), las hembras eran significativamente mayores que los machos

respecto de su edad (t[368.23] = 2.31, p < .01). Por otro lado, los machos eran perros de mayor tamaño que las hembras (z = 2.32, p < .05).

El grupo de perros macho contaba con mayor porcentaje de animales de una raza determinada que el grupo de hembras, mostrando una diferencia estadísticamente significativa (X^2[1] = 3.94, p < .05); para las hembras los porcentajes de perros de una raza determinada y de mestizos eran similares, y para los machos el 61.7% eran de raza. Machos y hembras también mostraron diferencias significativas respecto del porcentaje de animales esterilizados (X^2[1] = 16.39, p < .001); mientras que para las hembras los porcentajes de los grupos eran similares, sólo el 31.9% de los perros macho estaba esterilizado.

El **tamaño del perro** se asoció con la superficie de la vivienda (r_s = .13, p < .05) y con la cantidad de ambientes (r_s = .10, p < .05). A su vez, el tamaño del perro mostró una asociación negativa leve con la cantidad de hijos (r_s = -.10, p < .05), aunque no estuvo asociado con la edad del custodio, ni con la edad de los hijos o la cantidad de hijos en el hogar (ps > .75).

Los custodios con perros de **razas** determinadas mostraron un nivel educativo significativamente superior (z = 2.41, p < .05). Los perros mestizos vivían en hogares con mayor cantidad de gatos (t[411] = 3.83, p < .001) y con mayor cantidad de animales de compañía (t[411] = 3.57, p < .001) que los perros de una raza determinada, aunque ambos grupos no mostraron diferencias respecto de la cantidad de perros (p > .08), así como tampoco respecto del tamaño del animal (p > .26). Los animales de una raza determinada y los mestizos mostraron diferencias significativas respecto de la esterilización del mismo, con mayor esterilización en el grupo de perros mestizos (X^2[1] = 16.39, p < .001).

El grupo de perros **esterilizados** se diferenció significativamente del grupo de intactos al mostrar una mayor edad del animal (t[395] = 3.96, p < .001), mayor tiempo transcurrido desde su adopción (t[395] = 3.26, p < .001) y mayor edad al momento de haber sido

adoptados (t[395] = 2.83, p < .01). A su vez, el grupo de perros esterilizados difirió del grupo de intactos mostrando una mayor edad del custodio (t[393] = 3.89, p < .001) y mayor cantidad de años de convivencia del custodio con perros (t[383] = 4.30, p < .001). El grupo de perros intactos se diferenció significativamente del grupo de esterilizados, respecto de vivir en hogares con mayor cantidad de personas (t[390] = 4.58, p < .001) y de hijos (t[145.79] = 3.11, p < .01).

6.2 Resultados por objetivos

6.2.1 Interacción Dueño-Perro.

Los puntajes en la escala Interacción Dueño-Perro correlacionaron negativamente con la edad del custodio (r = -.20, p < .001). Mientras que la edad se asoció positivamente con la frecuencia con que le daban a sus perros premios de comida (r_s = .16, p < .001), se asoció negativamente con la frecuencia que llevan a sus perros a visitar gente (r_s = -.15, p < .01), les enseñan disciplina (r_s = -.17, p < .001) y habilidades (r_s = -.13, p < .01), y les compran regalos (r_s = -.15, p < .01). La cantidad de años de convivencia con perros también se relacionó negativamente con los niveles de interacción (r = -.17, p < .001), aunque el porcentaje vital convivido con perros no mostró relación con los niveles de interacción (p > .41). Hombres y mujeres no mostraron diferencias significativas respecto de los puntajes de esta escala (p > 38; la Figura 1 muestra las diferencias en función del género del custodio respecto de las facetas relacionales evaluadas). El nivel educativo del custodio tampoco se asoció con esta escala (p > .36). Las personas que no tenían hijos presentaron mayores puntuaciones que los que sí tenían (t[368.34] = 3.81, p < .001). La cantidad de hijos se asoció

negativamente con los niveles de interacción (r = -.12, p < .05), aunque estos niveles no se mostraron relacionados con la edad de los hijos, la cantidad de hijos en el hogar, ni con la cantidad de personas en el hogar (*ps* > .13). La comparación entre los custodios que cohabitaban con otras personas y los de hogares unipersonales no aportó diferencias significativas respecto de esta escala (p > .17). Los puntajes en la escala de interacción tampoco se relacionaron con la cantidad de perros y/o gatos en el hogar (*ps* > .26), ni con la superficie o cantidad de ambientes de la vivienda (*ps* > .08). La edad del perro correlacionó negativamente con los niveles de interacción con el custodio (r = -.31, p < .001), así como con el tiempo que hace que cohabitan (r = -.27, p < .001) y la edad del perro al momento de su obtención (r = -.14, p < .01). El grupo de perros macho se diferenció del grupo de hembras a partir de mayores puntajes en esta escala (t[354.53] = 2.66, p < .01). El grupo de perros intactos mostró puntajes de interacción con sus custodios significativamente mayores que el grupo de animales esterilizados (t[347.19] = 2.53, p < .05). Los perros pertenecientes a una raza determinada mostraron puntajes significativamente mayores que los obtenidos por perros mestizos (t[355.92] = 3.23, p < .001); las diferencias se observaron respecto de la frecuencia con que se lleva al perro a visitar gente (Z = 4.62, p < .001), se lo lleva en el auto (Z = 3.98, p < .001), se lo asea (Z = 3.26, p < .001) y se le enseña disciplina (Z = 2.42, p < .05), las cuales fueron mayores para los perros de razas determinadas. El tamaño del perro no correlacionó con los niveles de interacción (p > .91). Al analizar individualmente los ítems de la escala, el mayor tamaño del perro correlacionó positivamente con la frecuencia en que se les da premios de comida (r_s = .15, p < .01) y negativamente con la frecuencia en que se lo lleva en auto (r_s = -.10, p < .05). La cantidad de horas diarias juntos se asoció a mayores puntajes de Interacción Dueño-Perro (r = .20, p < .001).

6.2.2 Cercanía Emocional Percibida.

Los puntajes en la escala Cercanía Emocional Percibida mostraron una relación negativa con la cantidad de hijos que los custodios tenían (r = -.17, p < .001) y una positiva con la edad de estos (r_s = .18, p < .05), aunque no se relacionaron con la cantidad de hijos en el hogar, la cantidad de personas o mascotas en el hogar, ni tampoco con la edad del custodio, ni su nivel educativo (*ps* > .12). La comparación entre los custodios que cohabitaban con otras personas y los de hogares unipersonales no aportó diferencias significativas respecto de esta escala (p > .11). El género del custodio mostró diferencias respecto de esta escala, con las mujeres obteniendo mayores puntajes en comparación con los hombres (t[411] = 4.32, p < .001). De manera similar, los participantes que no tenían hijos mostraron puntajes significativamente mayores de cercanía emocional en comparación con quienes sí tenían hijos (t[386.82] = 4.46, p < .001). La cantidad de años convividos con perros y el porcentaje vital convivido con perros no se asoció con los puntajes de Cercanía Emocional Percibida (*ps* > .42), así como tampoco la superficie y la cantidad de ambientes de la vivienda (*ps* > .18), ni la edad del perro al momento de obtención, el tiempo de cohabitación entre custodio y perro (*ps* > .09), ni el tamaño del perro (p > .82). La edad actual del perro mostró una correlación leve y marginalmente significativa con esta escala (r = -.94, p > .06). La comparación de grupos en función del sexo del perro, su esterilización y si pertenecía o no a una raza determinada no aportó diferencias estadísticamente significativas respecto de esta escala (*ps* > .07). La cantidad de horas diarias junto al perro se asoció positivamente a la cercanía emocional referida por el custodio (r = .18, p < .001).

6.2.3 Costos Percibidos.

Los puntajes en la escala Costos Percibidos correlacionaron negativamente con la edad el custodio (r = -.18, p < .001) y positivamente con su nivel educativo (r_s = .12, p < .05). Se observó que mientras la cantidad de años convividos con perros también correlacionó negativamente con la percepción de costos (r = -.14, p < .01), no correlacionó con el porcentaje de vida del custodio convivido con perros (p > .23). La percepción de costos mostró una asociación leve negativa con la cantidad de hijos (r = -.10, p < .05) y con la edad de los hijos (r_s = -.21, p < .01), mientras que no se asoció con la cantidad de hijos, personas o mascotas en el hogar (ps > .18). Sin embargo, los custodios que tenían hijos no mostraron diferencias respecto de quienes no los tenían en relación a esta escala (p > .20). La comparación entre los custodios que cohabitaban con otras personas y los de hogares unipersonales no aportó diferencias significativas respecto de esta escala (p > .26). Hombres y mujeres tampoco mostraron diferencias entre sí respecto de la percepción de costos de la tenencia (p > .25). La comparación de los custodios que convivían o no en pareja aportó una diferencia marginalmente significativa, con menor percepción de costos en los primeros (t[393.47] = 1.94, p > .05). La superficie de la vivienda se asoció negativamente con la percepción de costos (r = -.14, p < .01), aunque no así la cantidad de ambientes (p > .08). Al evaluar las correlaciones entre la superficie de la vivienda y los reactivos individuales de la escala, se encontraron correlaciones negativas con los ítems “Mi perro genera mucho desorden” (r_s = -.13, p < .05), “Me molesta que mi perro me impida hacer cosas que yo disfrutaba hacer antes de tenerlo” (r_s = -.13, p < .05), “Me molesta que a veces tengo que cambiar mis planes debido a mi perro” (r_s = -.14, p < .01), y “¿Qué tan a menudo le impide su perro hacer cosas que usted quiere hacer?” (r_s = -.12, p < .05).

La edad del perro también se asoció negativamente con los costos percibidos por el custodio (r = -.14, p < .01), así como también el tiempo de convivencia con el perro (r = -.11, p < .05). El tamaño del perro y su edad al momento de su obtención no mostraron una asociación significativa con los puntajes de Costos Percibidos (*ps* > .11). La comparación de grupos en función del sexo del perro, su esterilización y pertenencia a una raza determinada no aportó diferencias estadísticamente significativas (*ps* > .33). La cantidad de horas diarias que custodio y perro pasaban juntos mostró una asociación leve y marginalmente significativa con la percepción de los costos (r = -.09, p > .06).

6.2.4 Antropomorfismo.

El puntaje en la escala Antropomorfismo se asoció de manera leve y negativa con el nivel educativo del custodio (r_s = -.11, p < .05), aunque no mostró asociación con su edad, los años convividos con perros, ni con el porcentaje de vida convivido con perros (*ps* > .27). El género del custodio mostró diferencias respecto de esta escala, con las mujeres obteniendo mayores puntajes (t[196.11] = 2.95, p < .01). Los custodios que tenían hijos no mostraron diferencias respecto de quienes no los tenían en relación a esta escala (p > .36). Los niveles de antropomorfismo no se asociaron con la cantidad de hijos, la edad de los hijos, ni con la cantidad de hijos, personas o mascotas en el hogar (*ps* > .22). La comparación entre los custodios que cohabitaban con otras personas y los de hogares unipersonales no aportó diferencias significativas respecto de esta escala (p > .87). La cantidad de ambientes mostró una asociación marginalmente significativa con la tendencia al antropomorfismo del perro (r = -.10, p > .06) y la superficie de la vivienda no mostró asociación con esta tendencia (p > .53). La edad del perro, su tamaño, su edad al momento de obtención y el tiempo de cohabitación con el custodio no se asoció con Antropomorfismo (*ps* > .20), así como tampoco

la cantidad de perros y/o gatos que el custodio tenía (*ps* > .65). La comparación de grupos en función del sexo del perro, su esterilización y si pertenecía o no a una raza determinada no aportó diferencias estadísticamente significativas (*ps* > .32). La cantidad de horas diarias juntos correlacionó con la tendencia al antropomorfismo del perro (r = .14, p < .01).

Considerar al perro como un hijo fue uno de los reactivos de la escala de Antropomorfismo. El mismo correlacionó con el puntaje total de la escala (r_s = .80, p < .001), así como con las escalas Cercanía Emocional Percibida (r_s = .53, p < .001), Beneficios Percibidos (r_s = .32, p < .001), Interacción Dueño-Perro (r_s = .29, p < .001), Voluntad de Adaptación (r_s = .14, p < .001), y negativamente con Costos Percibidos (r_s = -.12, p < .05). Los custodios que tenían hijos no mostraron diferencias con quienes no los tenían respecto de consideraran a su perro como un hijo (p > .30). El nivel educativo del custodio se relacionó negativamente con esta consideración (r_s = -.14, p < .01), así como la cantidad de ambientes de la vivienda (r_s = -.16, p < .01), y la cantidad de horas diarias junto al perro mostró una asociación positiva, marginalmente significativa, con la consideración del perro como un hijo (r_s = .10, p > .05). Hombres y mujeres no mostraron significativas respecto de esta consideración (p > .10), la cual a su vez no mostró relación con la edad del custodio (p > .38).

6.2.5 Voluntad de Adaptación.

La escala Voluntad de Adaptación se relacionó positivamente con el nivel educativo del custodio (r_s = .15, p < .01), y negativamente con la cantidad de hijos que este tenía (r = -.13, p < .05) y con la cantidad de personas en el hogar (r = -.19, p < .001). Los custodios que tenían hijos mostraron diferencias respecto de quienes no los tenían en relación a esta escala, con menores niveles de Voluntad de Adaptación para los primeros (t[401] = 2.25, p < .05). Esta escala no mostró relación con la edad de los hijos, la cantidad de hijos el hogar (*ps* >

.53), ni de perros y/o gatos (*ps* > .14). La comparación entre los custodios que cohabitaban con otras personas y los de hogares unipersonales mostró una diferencia significativa entre ambos, con mayores puntajes en esta escala para los custodios de hogares unipersonales (*t*[114.06] = 1.99, *p* < .05). El género del custodio no mostró diferencias respecto de la voluntad para adaptarse (*p* > .16). Por otra parte, esta escala se asoció negativamente con la cantidad de ambientes de la vivienda (*r* = -.17, *p* < .001), aunque no con la superficie de la misma (*p* > .22). La Voluntad de Adaptación se relacionó con el tamaño del perro (r_s = .20, *p* < .001) y no mostró relación con la edad del custodio, los años convividos con perros, ni su porcentaje de vida convivido con perros (*ps* > .08), ni tampoco con la edad actual del perro, su edad al momento de su obtención, ni el tiempo convivido con este (*ps* > .10). La comparación de grupos en función del sexo del perro, su esterilización y si pertenecía o no a una raza determinada, no aportó diferencias estadísticamente significativas respecto de esta escala (*ps* > .57). La Voluntad de Adaptación tampoco no se relacionó con la cantidad de horas diarias que custodio y perro están juntos (*p* > .57).

6.2.6 Beneficios Percibidos.

Los puntajes en Beneficios Percibidos se relacionaron negativamente con la cantidad de ambientes de la vivienda (*r* = -.13, *p* < .01), aunque no con la superficie de la misma (*p* > .83). A su vez, esta escala mostró una asociación débil negativa con la cantidad de personas en el hogar (*r* = -.10, *p* < .05), aunque no con la cantidad de hijos en el hogar, ni con la cantidad de perros y/o gatos en el hogar (*ps* > .82). Los participantes que no tenían hijos mostraron puntajes significativamente mayores de Beneficios Percibidos en comparación con quienes sí tenían hijos (*t*[377.09] = 2.25, *p* < .05). La cantidad de hijos y la edad de los mismos no se relacionaron con los puntajes de esta escala (*ps* > .08). La comparación entre

los custodios que cohabitaban con otras personas y los de hogares unipersonales no aportó diferencias significativas respecto de esta escala ($p > .07$). La comparación respecto del género del custodio no mostró diferencias significativas respecto de esta escala ($p > .19$). La edad del custodio, su nivel educativo, la cantidad de años convividos con perros y su porcentaje de vida convivido con perros no mostraron asociación con esta variable ($ps > .19$). Por otro lado, los Beneficios Percibidos se relacionaron de manera positiva con el tamaño del perro ($r_s = .11$, $p < .05$) y de manera negativa, con la edad del perro ($r = -.14$, $p < .01$) y con el tiempo de convivencia con ese perro ($r = -.14$, $p < .01$), aunque no mostraron relación con la edad del perro al momento de obtención ($p > .63$). La comparación de grupos en función del sexo del perro, su esterilización y si pertenecía o no a una raza determinada, no aportó diferencias estadísticamente significativas respecto de esta escala ($ps > .16$). La cantidad de horas diarias juntos se asoció con esta escala ($r = .12$, $p < .05$).

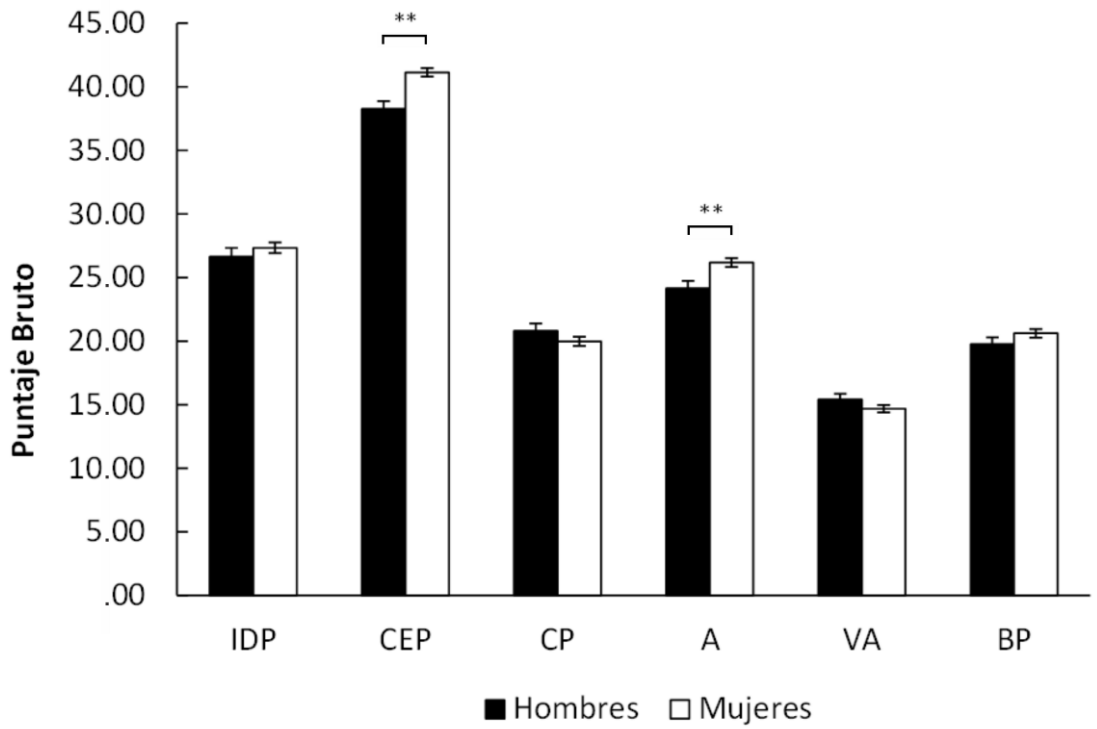

Figura 1. Puntajes en las escalas evaluadas en función del género del custodio. **: p < .01. Nota: Interacción Dueño-Perro (IDP), Cercanía Emocional Percibida (CEP), Costos Percibidos (CP), Antropormorfismo (A), Voluntad de Adaptación (VA), Beneficios Percibidos (BP).

6.2.7 Interrelaciones entre dimensiones y aspectos evaluados.

Las asociaciones más intensas se observaron en torno a la escala Cercanía Emocional Percibida. La misma estuvo fuertemente relacionada con las escalas de Interacción Dueño-Perro (r = .52, p < .001), Antropomorfismo (r = .65, p < .001) y Beneficios Percibidos (r = .57, p < .001). Correlaciones moderadas se observaron entre la escala Interacción Dueño-Perro y las escalas de Antropomorfismo (r = .41, p < .001), y Beneficios Percibidos (r = .45, p < .001). También se observaron correlaciones de moderadas intensidad entre las escalas de Antropomorfismo y Beneficios Percibidos entre sí (r = .46, p < .001).

La escala de Voluntad de Adaptación mostró asociaciones leves con las escalas Interacción Dueño-Perro (r = .24, p < .001), Cercanía Emocional Percibida (r = .17, p < .001) y Costos Percibidos (r = .25, p < .001), así como con las escalas de Antropomorfismo (r = .17, p < .001) y Beneficios Percibidos (r = .29, p < .001). La escala Costos Percibidos mostró una correlación negativa leve con la escala Antropomorfismo (r = -.12, p < .05), y no se mostró relacionada con las escalas Interacción Dueño-Perro (p > .27), Cercanía Emocional (p > .08), ni con Beneficios Percibidos (p > .98).

Las correlaciones entre las distintas dimensiones y aspectos de la relación humano-perro evaluados se muestran en la Tabla 2.

Tabla 2

Correlaciones entre las dimensiones y aspectos de la relación humano-perro

	IDP	CEP	CP	A	VA
IDP	1				
CEP	.52**	1			
CP	.06	-.09	1		
A	.41**	.65**	-.12*	1	
VA	.24**	.17**	.25**	.17**	1
BP	.45**	.57**	.00	.46**	.29**

Matriz de correlaciones de Pearson.*: $p < .05$. **: $p < .01$. Nota: Interacción Dueño-Perro (IDP), Cercanía Emocional Percibida (CEP), Costos Percibidos (CP), Antropormorfismo (A), Voluntad de Adaptación (VA), Beneficios Percibidos (BP).

6.3 Reactivos exploratorios agregados

El perro como miembro de la familia.

El 96.9% de los participantes indicó considerar a sus perros como miembros de sus familias (Muy de acuerdo: 82.1%; De acuerdo: 14.8%). Sólo 9 participantes (2.3%) indicaron no estar ni de acuerdo ni en desacuerdo, 3 participantes (0.8%) estuvieron en desacuerdo, y ninguno estuvo totalmente en desacuerdo con la afirmación.

Este reactivo contó con escaza variabilidad en las respuestas (coeficiente de asimetría: -2.68; coeficiente de curtosis: 8.04). De todas formas, se procedió a analizar las correlaciones entre este reactivo y las escalas administradas para verificar si el comportamiento del mismo era consistente con el de las escalas que evalúan variables conceptualmente relacionadas. Considerar al perro como miembro de la familia correlacionó con los puntajes en las escalas de Antropomorfismo ($r_s = .42$, $p < .001$), Cercanía Emocional Percibida ($r_s = .42$, $p < .001$), Interacción Dueño-Perro ($r_s = .30$, $p < .001$), Beneficios Percibidos ($r_s = .28$, $p < .001$) y Voluntad de Adaptación ($r_s = .11$, $p < .05$). A su vez, esta pregunta mostró una asociación

moderada con considerar al perro como un hijo (r_s = .38, p < .001). Considerar al perro como miembro de la familia no se relacionó con los Costos Percibidos de la relación (p > .17).

Evacuar al perro aun en contra de la propia seguridad.

El 96.2% de los participantes indicó que frente a una evacuación llevaría a su perro consigno incluso si esto afectara su propia seguridad (Muy de acuerdo: 86.1%; De acuerdo: 10.1%). En este caso, el 3.1% indicó no estar de acuerdo ni en desacuerdo, ningún participante estuvo en desacuerdo, y sólo 3 participantes (0.7%) indicaron estar muy en desacuerdo.

Este reactivo no contó con suficiente variabilidad en las respuestas (coeficiente de asimetría: -3.77; coeficiente de curtosis: 17.81). Sin embargo, el comportamiento del reactivo mostró un patrón de correlaciones con las escalas congruente con su contenido conceptual. La decisión de evacuar al perro correlacionó con los puntajes en las escalas Cercanía Emocional Percibida (r_s = .40, p < .001), Antropomorfismo (r_s = .36, p < .001), Interacción Dueño-Perro (r_s = .28, p < .001) y Beneficios Percibidos (r_s = .25, p < .001). Esta decisión no se asoció con los puntajes de Costos Percibidos ni Voluntad de Adaptación (ps > .07).

Optar por salvar la vida del perro frente a la de un hombre desconocido.

Cuando se les solicitó a los participantes su grado de acuerdo respecto optar por salvar la vida de su perro frente a la de hombre desconocido, un cuarto de los participantes optó por una posición neutral (25.1%), y mientras un 4.8% se manifestó en desacuerdo (Muy en desacuerdo: 3.8%; En desacuerdo: 1%), el 70.1% de los participantes estuvo de acuerdo con que salvaría a su perro (De acuerdo: 15%; Muy de acuerdo: 55.1%).

Dado que este reactivo contó con un rango suficiente de variabilidad en las repuestas (coeficiente de asimetría: -1.12; coeficiente de curtosis: 0.60), se procedió a analizar sus asociaciones con los puntajes de las escalas y también de las variables sociodemográficas.

La decisión de salvar la vida de su perro frente a la de un hombre desconocido no se asoció con la edad del custodio ($p > .59$), y sí lo hizo de manera negativa con su nivel educativo ($r_s = -.15$, $p < .01$). La comparación de grupos en función del género del custodio, mostró que las mujeres tenían mayores puntajes de acuerdo en esta afirmación ($z = 4.37$, $p < .001$). Las personas que no tenían hijos mostraron mayor acuerdo respecto de esta afirmación que quienes sí tenían hijos, difiriendo significativamente entre sí ($z = 2.08$, $p < .05$). Optar por la vida del perro se asoció negativamente con la cantidad de hijos ($r_s = -.11$, $p < .05$), aunque no mostró asociación con la edad de los hijos, ni con la cantidad de hijos ni personas en el hogar (*ps* > .42). La comparación entre los custodios que cohabitaban con otras personas y los de hogares unipersonales no mostró diferencias respecto de esta afirmación ($p > .28$). Salvar al perro no mostró asociación con la edad del perro al momento de la adopción, con la edad del perro, ni con el tiempo de tenencia de ese perro (*ps* > .39). Optar por la vida del perro se relacionó con la cantidad de horas diarias compartidas con este ($r_s = .13$, $p < .01$) y con el porcentaje de la vida del custodio convivido con perros ($r_s = .11$, $p < .05$), aunque no con la cantidad de años convivida con perros ($p > .22$). La comparación de grupos en función del sexo del perro, su esterilización y si pertenecía o no a una raza determinada, no aportó diferencias estadísticamente significativas respecto de esta afirmación (*ps* > .10).

Optar por salvar la vida del perro se relacionó con los puntajes en las escalas Cercanía Emocional Percibida ($r_s = .40$, $p < .001$), Antropomorfismo ($r_s = .39$, $p < .001$), Beneficios Percibidos ($r_s = .26$, $p < .001$), Interacción Dueño-Perro ($r_s = .21$, $p < .001$), y mostró una relación negativa con Costos Percibidos ($r_s = -.13$, $p < .05$). Esta decisión no mostró relación con la Voluntad de Adaptación ($p > .41$).

Capítulo VII

Discusión y conclusiones

En este capítulo, dada la gran cantidad de variables registradas y análisis estadísticos, se realiza una descripción del patrón general de los resultados más importantes obtenidos. El lector puede encontrar una síntesis de los mismos en las páginas 161-184. A continuación de esto, se esgrimen distintos campos de posible aplicación de los resultados reportados y se detallan las limitaciones metodológicas del estudio. Finalmente, se aporta una somera conclusión del trabajo.

7.1 Relación humano-perro en Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Edad del custodio.

La edad de los custodios estuvo relacionada negativamente con los niveles de interacción con sus perros. Llamativamente, la edad de los custodios correlacionó a su vez con mayor cantidad de horas diarias junto a sus perros, y esta cantidad de horas diarias se asoció positivamente con los niveles de interacción. Por otra parte, se observó que a mayor edad los custodios percibían menores costos de la relación con el perro.

Algunos estudios habían mostrado que los custodios más jóvenes tendían a expresar más afecto hacia los animales (e.g., Kellert, 1993; Netting et al., 2013) y mayor antropomorfismo de sus perros (e.g., Dotson & Hyatt, 2008). Esto contrastó con lo encontrado en este estudio, donde la edad de los custodios no mostró relación con la expresión de cercanía emocional hacia el perro y con la tendencia al antropomorfismo, así

como tampoco con la voluntad de adaptación, ni la percepción de beneficios derivados de la relación con el perro de compañía.

El porcentaje de la vida del dueño convivido con perros no mostró asociaciones con ninguna de las facetas de la relación humano-perro evaluadas.

Género del custodio.

Hombres y mujeres no mostraron diferencias respecto de la intensidad de la interacción con sus perros, aún a pesar de que las mujeres indicaron pasar mayor cantidad de horas diarias con sus perros. Esto coincidió con los resultados de investigaciones que encontraron que los custodios adultos no mostraban diferencias a partir de su género en los comportamientos de juego y de brindar cuidados al interactuar con sus perros (Herzog, 2007; Prato-Previde et al., 2006). Además, tampoco se encontraron diferencias de género respecto de la voluntad de adaptación hacia los perros, ni respecto de la percepción de costos y de beneficios de la relación con ellos.

Por otro lado, las investigaciones en antrozoología tienden a sostener que las mujeres manifiestan mayores respuestas afectivas hacia los animales (Serpell, 2011). En este estudio, las mujeres expresaron mayor cercanía emocional hacia el perro que los hombres, y mayores niveles de antropomorfismo del perro.

Nivel educativo.

El nivel educativo de los custodios no mostró asociaciones con la intensidad de la interacción con sus perros, la cercanía emocional y la percepción de beneficios derivados de la relación; y sólo lo hizo marginalmente significativa y negativamente con la tendencia al

antropomorfismo. Tradicionalmente la mayor educación formal ha sido asociada con mayor expresión de valoración, interés y preocupación por los animales (Kellert, 1993). En este estudio se observó que a mayor nivel educativo, las personas tendían manifestar mayor voluntad de adaptación y a percibir más costos de la relación con el perro.

Paternidad.

Las personas que no tenían hijos mostraron tener interacciones más intensas con sus perros, en coincidencia con los resultados de Fatjó et al. (2013); además, la cantidad de hijos de los custodios se relacionó negativamente con los puntajes de interacción. Meyer y Forkman (2014) encontraron que los custodios que vivían en hogares con niños tenían menores puntajes en la escala Interacción Dueño-Perro. En la presente investigación, sin embargo, la intensidad de las interacciones no se relacionó con la cantidad de hijos en el hogar, ni con la edad de los hijos. Es probable entonces que estas diferencias puedan explicarse parcialmente a partir de la asociación entre mayor edad del custodio y menor intensidad de la interacción con su perro.

Los custodios que tenían hijos mostraron menor cercanía emocional hacia el perro que quienes no tenían hijos, de manera similar a como mostraron Fatjó et al. (2013). En el presente estudio además, se observó una tendencia a manifestar menor cercanía emocional hacia el perro ligada a menor edad de los hijos y a tener mayor cantidad de hijos, mientras que esta dimensión no estaba relacionada con la edad del custodio. Estos resultados fueron coincidentes con los encontrados por Meyer y Forkman (2014), en tanto en su estudio que hubiera niños en el hogar se ligaba a custodios con menores puntajes de Cercanía Emocional Percibida hacia el perro.

A diferencia de lo encontrado por Fatjó et al. (2013), aquí los custodios que tenían hijos no difirieron de los que no los tenían respecto de la percepción de los costos de la relación con el perro. Sin embargo, se observó una asociación leve negativa entre los costos percibidos y la edad de los hijos, así como con la cantidad de hijos, aunque la percepción de costos no mostró relación con la cantidad de hijos en el hogar. Estas tendencias ligadas a los costos pueden estar reflejando parcialmente su relación con la edad del custodio, a la vez que una mayor percepción de costos cuando los hijos son más pequeños y sus demandas son mayores. Por otra parte, los custodios que tenían hijos no mostraron diferencias en cuanto a la tendencia al antropomorfismo, pero sí en cuanto a menores niveles de voluntad de adaptación hacia el perro y menores beneficios derivados de la relación con este. Estos tres aspectos de la relación humano-perro no mostraron asociación con la edad de los hijos, con la cantidad de hijos el hogar, ni con la edad del custodio.

Las personas en el hogar.

Los custodios de hogares unipersonales mostraron mayor voluntad de adaptación al perro, mientras que no difirieron de quienes cohabitaban con otras personas en las demás facetas relacionales evaluadas.

Por su parte, la cantidad de personas en el hogar mostró dos asociaciones: se relacionó con una menor voluntad para adaptarse al perro y con una menor percepción de beneficios derivados de la relación con el perro.

La comparación entre las personas que conviven con su pareja y quienes no, sólo aportó una leve diferencia, marginalmente significativa, respecto a menor percepción de costos de la relación con el perro para el primer grupo. Es posible que esta diferencia se deba a que las personas que vivían con sus parejas presentaban edades superiores.

La falta de covariación entre la cercanía emocional y la cantidad de personas en el hogar, y la ausencia de diferencias en la cercanía emocional en función de vivir o no en pareja fue coincidente con los resultados del estudio de Cohen (2002), quien no encontró que esto impactara respecto de los sentimientos de afinidad e intimidad hacia la mascota.

El hogar y la cantidad de animales de compañía.

La superficie de la vivienda sólo correlacionó, de manera negativa, con la dimensión costos percibidos de la relación. La cantidad de ambientes sólo se asoció negativamente con la percepción de beneficios y, de forma marginalmente significativa, con la tendencia al antropomorfismo del perro.

Meyer y Forkman (2014) habían encontrado que en los hogares donde había más de un perro los custodios mostraban mayores puntajes de Cercanía Emocional Percibida. En el presente estudio no se observó esa diferencia de grupos; pero además, la cantidad de perros, gatos o animales de compañía en el hogar no se relacionó con ninguna de las dimensiones y aspectos de la relación evaluados.

A diferencia de Bonas et al. (2000) quienes encontraron una correlación negativa entre la cantidad de personas y de mascotas en el hogar, en el presente estudio la cantidad de personas en el hogar no mostró relación con la cantidad de animales de compañía, perros, ni gatos.

Edad del perro.

La edad del perro se asoció negativamente con la intensidad de las interacciones con su custodio, al igual que el tiempo que hace que cohabitan, coincidentemente con lo

encontrado por Fatjó et al. (2013). La cercanía emocional sólo mostró una asociación leve y marginalmente significativa respecto de la edad del animal, y no se asoció con el tiempo de cohabitación del animal, ni con su edad al momento de su obtención. Si bien es posible que, al igual que en las relaciones humanas, la proximidad emocional hacia un animal pueda intensificarse con el tiempo (Hart, 1995), es probable que la misma no continúe intensificándose de manera permanente. A su vez, si bien la proximidad emocional puede implicar un proceso para desarrollarse, también es posible que pueda deteriorarse con el tiempo según el curso de las interacciones humano-perro. Aunque la intensificación en el tiempo de la cercanía emocional del custodio no se observó en el presente estudio, es conveniente aclarar que en este trabajo los participantes habían convivido con sus perros por períodos mayores a un año, por lo que las etapas iniciales de la vinculación no se han captado. Algo similar puede pensarse respecto de la tendencia al antropomorfismo y la voluntad de adaptarse al perro, las cuales en el estudio de Dotson y Hyatt (2008) se asociaron con el tiempo de tenencia del animal, mientras que este estudio no mostraron esa relación, ni tampoco se relacionaron con la edad del perro.

Tanto la percepción de beneficios como la percepción de costos de la relación con el perro se asociaron negativamente con la edad del animal y el tiempo de tenencia de este.

Tamaño del perro.

Los hombres tuvieron perros de mayor tamaño que las mujeres. Esta diferencia fue observada en otros estudios (e.g., Mallon, 1993) y posiblemente esté relacionada tanto con cuestiones prácticas, como el manejo del animal, como con aspectos más ligados a la identidad social del custodio. Con respecto a las facetas evaluadas, el tamaño del perro no mostró relación con la intensidad de las interacciones con su custodio, ni tampoco con la

cercanía emocional percibida hacia el animal, los costos percibidos, la tendencia al antropomorfismo.

Esta falta de asociaciones puede resultar llamativa en tanto los perros más pequeños presumiblemente son más fáciles de asear y transportar, y a la vez requieren menores gastos económicos y generan menos daños. Al analizar los reactivos individualmente sólo se encontraron relaciones leves respecto de que los perros más pequeños eran llevados más frecuentemente en el auto y habían dañado menos los muebles, mientras que los perros más grandes recibían más premios de comida y sus custodios hablaban más de ellos,

Por otra parte, el tamaño de los perros se asoció positivamente con una mayor voluntad para adaptarse al animal, fundamentalmente a partir de la organización de los espacios exteriores e interiores del hogar, aunque también a partir de una mayor alteración de las compras de mercado que los custodios realizaban.

Finalmente, el tamaño de los perros se asoció con la percepción de beneficios derivados de la relación, en tanto a mayor tamaño, los perros tendían a aportar más sentimientos de seguridad y a hacer que sus dueños se ejercitaran más.

Otras características del perro.

En este estudio el 40.5% de los perros estaba esterilizado; de estos, el 55% eran hembras. De acuerdo a las cifras del Ministerio de Hacienda (DGEyC, 2016), el 32% de los perros estaba esterilizado, y de estos el 64% eran hembras. Si bien las cifras no resultan comparables, ambos coincidieron en cuento a diferencias respecto del estado reproductivo del animal a partir de su sexo.

La comparación de grupos en función del sexo del perro, su esterilización y si pertenecía o no a una raza determinada sólo mostró diferencias significativas en los puntajes

de la escala Interacción Dueño-Perro. Que el perro fuera macho, que no estuviera esterilizado y que fuera de una raza determinada mostró mayor intensidad de las interacciones humano-perro. Las hembras y los perros esterilizados eran de mayor edad, y estos últimos a su vez tenían custodios de mayor edad, por lo que es posible que las diferencias respecto del sexo y esterilización del perro pueden explicarse parcialmente por la asociación negativa entre la edad del perro, así como del custodio, y la intensidad de las interacciones. Sin embargo, los perros de razas determinadas no mostraron diferencias respecto de su edad y la de sus custodios. Las principales diferencias en los comportamientos interactivos evaluados entre perros de razas determinadas y mestizos estuvieron dadas a partir de mayor frecuencia de los custodios de los primeros en llevar al perro a visitar gente, llevar al perro en auto, enseñarle disciplina y asearlo. Estas diferencias de los comportamientos ligados a la estética y la vida social del custodio pueden estar reflejando cierta persistencia en la cultura de considerar a los animales de razas determinadas como parte de la identidad social del custodio, configurándose como símbolos de estatus.

Interacción.

Este estudio mostró que los custodios más jóvenes tenían interacciones más intensas con sus perros, aunque tendían a pasar menor cantidad de horas con estos. La escala Interacción Dueño-Perro evalúa la frecuencia de una amplia variedad de interacciones. Es posible que los custodios más jóvenes dispongan de menos tiempo en el hogar, o bien que simplemente compartan menor cantidad de horas con sus perros, pero que a su vez puedan ofrecerles mayor diversidad en las interacciones. Las diferencias se dieron en cuanto a que los custodios más jóvenes tendían a llevar más a sus perros consigo cuando salían, y tendían a instruir más a sus perros enseñándoles habilidades y disciplina.

Además, los custodios tendieron a interactuar más intensamente con los perros más jóvenes, los cuales presumiblemente son más activos y demandantes. La asociación observada entre la menor edad del perro e interacción parece estar ligada a mayores tareas de entrenamiento y cuidados durante la edad más tierna. El mayor atractivo de los perros más jóvenes podría considerarse también como un factor que influiría en la frecuencia de las interacciones; sin embargo, la menor edad de los perros mostró una correlación leve y marginalmente significativa con la cercanía emocional y no mostró asociación con la tendencia al antropomorfismo, desestimando parcialmente el efecto de la respuesta humana a las características neoténicas en este estudio, realizado con custodios de perros mayores a un año. Además, la edad de los perros estuvo relacionada con la edad de los custodios, lo cual también podría ayudar a explicar esta asociación entre edad del perro e interacción.

Cercanía emocional.

La cercanía emocional percibida hacia el perro resultó mayor en los custodios que no tenían hijos y evidenció una asociación positiva con la edad de los hijos, siendo mayor a medida que los hijos crecen. Es probable que esto esté reflejando en parte la necesidad de los custodios de responder a la intensa demanda emocional de los hijos más pequeños, y a su vez, la disminución de la misma a medida que estos crecen y se independizan. Albert y Bulcroft (1988) reportaron que el apego a las mascotas durante el despegue de los hijos del hogar era particularmente alto, por lo que para los autores los animales podían funcionar como sustitutos de los miembros de la familia que han dejado el hogar. En esa investigación también se encontró que las personas que estaban realizando tareas de crianza tenían menores niveles de apego. Para Paul (2000) es posible que exista una superposición de los sistemas emocionales que motivan los comportamientos de brindar cuidados y afecto tanto hacia niños

como mascotas. Es decir que estas diferencias en la cercanía emocional a partir de la presencia y edad de los hijos podrían deberse tanto a un efecto de sustitución de los perros en el lugar de hijos dependientes, como también a que en la etapa de familia con hijos pequeños hay menor disponibilidad emocional para orientar más allá de los hijos.

Las mujeres expresaron mayor cercanía emocional hacia sus perros en comparación con los hombres. Esto coincidió con los resultados de otros estudios (e.g., Cohen, 2002; Fatjó et al., 2013; Reid & Anderson, 2009). La cercanía emocional se relacionó además con la cantidad de horas diarias compartidas con el animal, y las mujeres pasaban mayor cantidad de horas diarias con sus perros. Esta diferencia podría reforzar la mayor cercanía emocional percibida. Cohen (2002) encontró además que los menores sentimientos de afinidad e intimidad eran manifestados por los hombres tanto hacia sus mascotas como hacia otras personas. Es posible que estas diferencias de género respondan, a su vez, a aspectos vinculares de hombres y mujeres más generales, y que van más allá de la relación con sus animales de compañía.

Costos.

La percepción de costos estuvo relacionada negativamente con la edad del custodio y con la cantidad de años que el custodio había convivido con perros. Meyer y Forkman (2014) encontraron que los puntajes de Costos Percibidos de la relación con el perro eran significativamente mayores para aquellos custodios que tenían su primer perro. Es posible que la asociación encontrada entre costos y edad se deba parcialmente a que la mayor experiencia con perros se relacione con expectativas más realistas sobre los costos de la relación, así como con aprendizajes previos y estrategias más afectivas para lidiar con los costos. Otra posibilidad es que los custodios más jóvenes perciban que sus perros dificultan

sus actividades en mayor medida. Al analizar los reactivos de la escala individualmente, se observó que las diferencias estaban dadas a partir una mayor percepción de los custodios más jóvenes de desorden y daños generados por sus perros, y de una mayor percepción de dificultad para cuidar y hacerse cargo de sus perros.

Presumiblemente, los custodios de hogares unipersonales deben afrontar los costos de la tenencia de perros con menor apoyo de otros; y a su vez, en los hogares donde habitan más personas las responsabilidades pueden distribuirse en cierta medida, por lo que la percepción de costos podría ser menor. Llamativamente la percepción de costos no se asoció con la cantidad de personas en el hogar, ni tampoco mostró diferencias respecto de hogares habitados por una o más personas. La falta de diferencias puede deberse en parte a que los custodios de hogares unipersonales tenían mayor edad que los otros.

La percepción de costos se asoció con la cantidad de hijos, y mostró además una asociación negativa con la edad de los hijos. Es posible que los custodios de familias con hijos pequeños perciban como más costosos los recursos orientados hacia el perro mientras atraviesan un periodo de intensa demanda y de reorganización familiar. Además, la asociación entre la edad de los hijos y de los custodios también puede ayudar a explicar sus relaciones negativas con los costos percibidos.

Que la edad del perro y el tiempo de tenencia de este se asociaran con menor percepción de costos de la relación posiblemente esté reflejando la mayor adecuación mutua respecto de la convivencia, y a su vez, que las demandas de los perros mayores sean menores, así como también su grado de actividad. Si bien los costos percibidos no mostraron relación con la intensidad de la interacción entre el custodio y su perro, la edad de los perros se asoció negativamente con la intensidad de las interacciones.

La mayor superficie de la vivienda de los custodios se asoció con menor percepción de costos. Si bien se observó que en las viviendas con mayor superficie los custodios

percibían que sus perros generaban menos desorden, las diferencias fundamentales estuvieron ligadas a que estos custodios percibían menores condicionamientos en sus actividades a partir del perro (i.e., tener que cambiar planes por el perro y sentirse impedidos de hacer cosas).

Antropomorfismo.

En este estudio las mujeres mostraron puntajes significativamente más altos en Antropomorfismo y en Cercanía Emocional Percibida hacia el perro, siendo la correlación entre las dos dimensiones intensa. Esta asociación también fue encontrada en otras investigaciones (e.g., Boya et al., 2012; McConnel et al., 2011). Las diferencias observadas respecto del género de los custodios pueden responder a diferencias socio-cognitivas entre hombres y mujeres en la tendencia a experimentar emociones ligadas a la crianza y a ofrecer cuidados (Paul, 2000), las cuales pueden influir en la relación que establecen con sus perros de compañía. Las mujeres han sido asociadas mayormente con respuestas afectivas más positivas y mayores preocupaciones por el bienestar de los animales (Serpell, 2011). Además, es posible que las diferencias de género encontradas se deban parcialmente a que las mujeres tienden a ser socialmente más demostrativas y expresivas que los hombres (Franken, Hill, & Kierstead, 1994; Kring & Gordon, 1998).

Por otra parte, es posible que el mayor antropomorfismo del perro en las custodios mujeres, como la mayor cercanía emocional, se vea reforzado por la cantidad de horas compartidas con el perro, a la cual la escala Antropomorfismo se relacionó positivamente.

Los niveles de antropomorfismo no se asociaron con la cantidad de hijos, la edad de los hijos, ni la cantidad de hijos o personas en el hogar. Esta tendencia al antropomorfismo del perro, en tanto comportamientos y consideraciones ligados a la dinámica custodio-perro, no se relacionaría con la presencia o ausencia de otros humanos en la dinámica cotidiana,

sino que más bien estaría reflejando la consideración e incorporación del animal dentro de la esfera humana a partir de comportamientos con sentido afectivo, más que de búsqueda de sustitución de otros vínculos humanos. En este sentido, entre las distintas facetas de la relación humano-perro evaluadas, la tendencia al antropomorfismo y la cercanía emocional hacia el animal fueron las que mostraron la correlación más intensa. Esto estuvo en concordancia con lo encontrado por McConnel et al. (2011), quienes además sostuvieron que el mayor antropomorfismo no se ligaba a menor cercanía o apoyo de agentes humanos, sino que se relacionaba con una mayor proximidad hacia el animal y con la percepción de mayor apoyo por parte de este.

En contraposición al efecto de sustitución de hijos sostenido más tradicionalmente (e.g., Albert & Bulcroft, 1988), en este estudio considerar al perro como un hijo no mostró diferencias entre los custodios que tenían hijos y los que no, así como esta consideración tampoco se asoció con la edad de los hijos —y tampoco se asoció con la edad, ni mostró diferencias por género del custodio. Esta consideración se asoció intensamente con la proximidad emocional percibida por el custodio. En concordancia con otros estudios más recientes (e.g., Cohen, 2002; Power, 2008) considerar al perro como un hijo no se orientaría a la sustitución de este último, sea por su carencia o alejamiento al crecer, sino que estaría relacionada con el afecto del custodio

Voluntad de Adaptación.

A mayor nivel educativo, las personas tendían a manifestar mayor voluntad de adaptación hacia el perro y, a la vez, tendían a percibir más costos de la relación. Ambas dimensiones se mostraron relacionadas entre sí, de modo que los custodios que tendían a adaptarse más respecto de la tenencia de su perro, tendían al mismo tiempo a percibir la

relación con este como más costosa. Si bien es posible que haya cierto grado de solapamiento, ambas dimensiones mostraron marcadas diferencias entre sí. Por ejemplo, la edad del custodio y la edad de sus hijos se relacionaron negativamente con la percepción de costos, pero no con la voluntad de adaptación al perro. Las asociaciones entre el nivel educativo y la voluntad de adaptarse al perro estuvieron dadas a partir de la mayor flexibilidad respecto del hogar, en tanto los custodios con mayor nivel educativo habían considerado a sus perros para elegir su vivienda y sus perros tendían a haber alterado más el interior y exterior de las mismas.

Los custodios de hogares unipersonales mostraron mayor voluntad de adaptación, la cual a su vez se asoció negativamente con la cantidad de personas en el hogar. Una posibilidad es que esta asociación esté reflejando una mayor percepción de alteraciones cuando la organización y gestión cotidiana depende de una sola persona, o de menor cantidad de personas. Además, es posible que los hogares unipersonales, y aquellos con menos personas, tengan mayor consideración del perro (e.g., al elegir la vivienda o realizar compras), a la vez que mayor flexibilidad de reglas y organización, lo que favorecería que el accionar autónomo de los perros pueda lograr modificaciones más efectivas (e.g., en la organización de los espacios del hogar).

Otra diferencia entre la voluntad de adaptación y la percepción de costos se observó respecto del tamaño del perro, el cual se relacionó con una mayor voluntad de adaptación hacia este, fundamentalmente a partir de una mayor alteración de los espacios del hogar, aunque no con mayor percepción de costos.

Beneficios percibidos.

La percepción de beneficios a partir de la relación con el perro se relacionó levemente con el tamaño de este. Mientras que algunos aspectos, como la percepción de bienestar o de facilitación social, no se relacionaron con el tamaño de los perros, los animales más grandes tendían a aportar mayores sentimientos de seguridad a sus custodios y a fomentar que estos realizaran más actividad física. Si bien al igual que todas las relaciones primarias, las desarrolladas por la gente y sus perros de compañía ofrecen beneficios sociales intrínsecos antes que instrumentales, en coincidencia con Sanders (1999), estos resultados destacaron que la importancia funcional de los perros como instrumentos de protección continúa siendo un factor significativo para muchos custodios, aun en la actualidad y en el contexto urbano de grandes ciudades como Buenos Aires.

La percepción de beneficios se asoció con la voluntad de adaptación, y ambos aspectos de la relación se mostraron relacionados positivamente con el tamaño del perro. Es posible que los perros de mayor tamaño requieran de mayor flexibilidad para adaptarse a sus demandas, las cuales pueden resultar beneficiosas para sus custodios, como en el caso de mayores demandas de realización de actividad física. La percepción de mayores beneficios derivados del perro a su vez podría reforzar la mayor disposición para adaptarse a este.

Por otro lado, la cantidad de personas en el hogar estuvo relacionada negativamente con la voluntad de adaptación y con la percepción de beneficios derivados de la relación con el perro. En los hogares donde había más personas los custodios tendían a pasar menor cantidad de horas con sus perros, y esta cantidad de horas se relacionaba positivamente con la percepción de beneficios. Esto podría sugerir que el tiempo que el custodio y el perro pasan juntos puede modular la percepción de beneficios de la relación humano-perro, más allá de la cantidad de personas en el hogar. De hecho, los beneficios percibidos mostraron una

correlación más leve con la cantidad de personas en el hogar que con la cantidad de horas que custodio y perro compartían. Esto podría dar cuenta de por qué si bien el nivel educativo del custodio se asoció con mayor voluntad de adaptación hacia el perro, no se asoció con mayor percepción de beneficios derivados de la relación.

Interrelaciones entre las dimensiones y aspectos relacionales evaluados.

Todas las dimensiones y aspectos relacionales evaluados mostraron asociaciones entre sí, a excepción de la percepción de costos. Es posible que en cierta medida haya superposiciones entre las facetas de la relación humano-perro evaluadas. Por ejemplo, la Cercanía Emocional Percibida incluye aspectos ligados al apoyo social (Dwyer et al., 2006), el cual implica a su vez un beneficio derivado de la relación. Sin embargo, que las facetas evaluadas mostraran diferencias en sus asociaciones con las variables demográficas y entre sí aporta evidencia respecto de la discriminación de constructos.

La asociación más intensa se observó entre Cercanía Emocional Percibida y Antropomorfismo. En su investigación, Boya et al. (2012) sostuvieron que las personas más apegadas emocionalmente a sus perros tendían a atribuirles más características humanas; y esto coincidió con lo hallado en la presente investigación. A su vez, en concordancia con McConnel et al. (2011), en este estudio la mayor tendencia al antropomorfismo no estuvo ligada con la menor cantidad de personas en el entorno, sino que se asoció con la mayor proximidad hacia el animal y con la percepción de apoyo por parte de este. La intensidad de las interacciones entre el custodio y su perro mostró asociaciones intensas con la cercanía emocional y con la tendencia al antropomorfismo. Para Sanders (2003), lo que lleva a los custodios a considerar a sus animales como personas es que las interacciones humano-perro

se vuelvan predecibles, que la perspectiva y sentimientos del animal se vuelvan reconocibles y que esta provea experiencias placenteras de proximidad y afecto.

Como era esperable, la mayor cercanía emocional hacia el perro y la mayor intensidad en las interacciones con este se asociaron con una mayor percepción de beneficios derivados de la relación. Otra de las más intensas asociaciones se observó respecto de Antropomorfismo y Beneficios Percibidos; los cual estuvo en concordancia con Serpell (2003), quien sostuvo que el antropomorfismo provee la posibilidad de utilizar los animales como fuentes alternativas de apoyo social y los recursos para beneficiarse emocional y físicamente de esto.

La percepción de beneficios derivados de la relación con el perro estuvo asociada además con la voluntad del custodio para adaptarse al perro. Para Belk (1996), en tanto los custodios refieren sentirse mejor debido a sus mascotas, están dispuestos a cambiar sus vidas y horarios para acomodarse a estas. Es posible a su vez que, en cierta medida, la mayor permeabilidad del custodio respecto el accionar autónomo y demandas de los perros, así como la mayor aceptación de la animalidad de estos, tengan un efecto beneficioso para los custodios. Los perros demandan ejercitación, organización de rutinas, momentos de distensión y juego, etc., lo cual puede resultar beneficioso para los custodios; y a la vez, los perros cuentan con características únicas, como la ausencia de críticas y reproches, que habilitan vías particulares para beneficiarse de la relación con ellos.

La voluntad para adaptarse al perro mostró mayor asociación con los niveles de interacción con el perro que con la proximidad emocional percibida hacia este. La Interacción Dueño-Perro se asoció con mayor contemplación del perro para la elección y modificación de los espacios interiores y exteriores de la vivienda, mientras que la Cercanía Emocional Percibida no, y sólo se asoció con aspectos ligados a las compras. La voluntad de adaptación hacia el perro mostró una asociación leve y positiva con la tendencia al antropomorfismo del animal. En este trabajo se consideraron ambos aspectos relacionales como dos tendencias

opuestas —de transformar al animal y de adaptarse a este— en la configuración de la relación humano-perro y en la inclusión del perro como miembro de la familia. Esto no quiere decir que las tendencias se relacionaran negativamente. Los resultados mostraron que ambos aspectos parecerían, en cierta medida, reforzarse entre sí; lo cual resulta consistente con considerar que ambos aspectos forman parte de la construcción de una intensa relación humano-animal.

La Voluntad de Adaptación se asoció además con la escala de Costos Percibidos, y esta fue una de las dos relaciones que esta última escala tuvo. La percepción de costos además se relacionó negativamente con la escala de Antropomorfismo. Es decir que los custodios percibían mayores costos de la relación con sus perros en la medida en la que se adaptaban más a ellos, y tendían a percibir menores costos en la medida en la que consideraban al animal más humano. Sin embargo, la voluntad de adaptación y el antropomorfismo se encontraron relaciones positivamente entre sí. Es posible que las personas perciban directamente los costos de adecuarse al perro, pero que al empatizar más con este y pensarlo en términos humanos, desestimen parcialmente los costos generados por la relación con el animal —los cuales obviamente son menores que los percibidos en otras relaciones interpersonales cercanas— y estén más predispuestos a adaptarse a este.

La escala MDORS utilizada en este estudio partió de considerar una aplicación de la teoría del intercambio (Blau, 1964) a la tenencia de animales de compañía (Netting et al., 1987), la cual entiende que los beneficios de la relación establecida con el animal deberán superar los costos, o al menos equilibrarlos, para que la relación sea sostenida. En este estudio, la percepción de beneficios de la relación no mostró asociación con la percepción de costos. Es posible que ambas facetas de la relación no tiendan a neutralizarse entre sí, sino que más bien sean evaluadas por separado.

La escala de Costos Percibidos no mostró asociaciones con Interacción Dueño-Perro y con Cercanía Emocional Percibida. Si bien es probable que, como destacaron Boya et al. (2012), los custodios más involucrados en la relación con sus perros de compañía tiendan a realizar mayores gastos ligados al animal, los resultados del presente estudio evidenciaron que la proximidad emocional hacia el perro no se relacionaba con la percepción de los costos de la relación. De manera similar, la intensidad de la interacción entre custodio y perro no se relacionó con la percepción de costos. Estos resultados coincidieron con los encontrados recientemente por Thorn et al. (2015), quienes destacaron que los custodios que tienen una relación intensa con sus perros y realizan múltiples actividades junto a ellos pueden identificar muchos costos, sin juzgarlos como negativos. A su vez, es posible que los costos de la relación puedan incrementarse al punto de hacer insostenible la relación, mientras que los custodios continúen percibiendo proximidad emocional hacia estos, como se ha destacado en algunos estudios (e.g., Shore et al., 2003; Weiss et al., 2014) donde los custodios que abandonaban a sus animales los hacían con un profundo pesar, manifestando preocupación y afecto hacia estos.

El perro como miembro de la familia.

El 96.9% de los participantes indicó considerar a su perro como miembro de su familia. Este número fue superior al registrado en otros estudios, en los cuales el número de custodios que consideraban a su perro como familia era de aproximadamente el 90% (e.g., Cain, 1983; Cohen, 2002). Si bien la respuesta observada en el presente estudio daría cuenta de valores culturales, pudo verse además intensificada por los particulares criterios de inclusión de los participantes.

Considerar al perro como miembro de la familia se relacionaría positivamente con todas las facetas de la relación evaluadas excepto con la percepción de costos, los cuales como se observó previamente, se evalúan con cierto grado de independencia del afecto y beneficios derivados de la relación.

Evacuación del perro.

El 96.2% de los custodios indicó que en caso de una emergencia en que deba evacuar su casa llevaría consigo a su perro, aun a costa su propia seguridad. Los porcentajes encontrados para otras ciudades latinoamericanas fueron algo menores (Colombia: 78.6%, Costa Rica: 80.7%, Méjico: 70.4%; Hesterberg et al., 2012), aunque nuevamente, más allá de los valores culturales, es posible que el porcentaje se encuentre incrementado a partir de los particulares criterios de inclusión. La probabilidad de abandono de mascotas en evacuaciones ha sido relacionada negativamente con el apego hacia estas (e.g., Heath, Kass et al., 2001; Heath, Voeks et al., 2001). Que menos del 1% de los participantes del presente estudio haya indicado que dejaría a su perro estaría dando cuenta no sólo de la intensa cercanía emocional de los custodios que componen esta población hacia sus perros, sino también de la profunda valoración que los custodios tienen sobre estos como seres únicos e irremplazables, los cuales merecen ser preservados aun poniendo en riesgo la propia vida.

La decisión de evacuar al perro se asoció con todas las facetas relacionales evaluadas a excepción de la percepción de costos y de la voluntad de adaptación. La falta de asociación con este último aspecto relacional resultó llamativa, pudiendo requerir de mayor análisis. De todas formas, es conveniente considerar que la variabilidad de respuestas fue muy escaza y que se observó cierta tendencia marginalmente significativa.

Salvar al perro.

El 70.1% de los participantes manifestó que si tuviera que optar por salvar la vida de su perro o la de un hombre desconocido, salvaría a su perro; un cuarto de los custodios adoptaron una posición neutral, mientras que sólo un 8.6% indicó que optarían por salvar a un hombre desconocido.

Que un cuarto de los participantes optaran por una posición neutral destaca el dilema que la situación genera en estos custodios, desafiando el *status quo* de la distinción humano-animal y la superioridad humana vigente en la sociocultura de tradición judeo-cristiana (ver Ingold, 1994; Serpell & Paul, 1994, 2011).

Las mujeres se diferenciaron significativamente de los hombres, indicando en mayor medida que salvarían a su propio perro. Es posible que esto dependa, al menos parcialmente, de la mayor cercanía emocional y tendencia al antropomorfismo, sumadas a sus más intensas actitudes respecto de brindar cuidados y proteger a los animales observadas en las mujeres (Herzog, 2012; Serpell, 2011).

Si bien suele considerarse que mayores niveles educativos predicen actitudes más positivas hacia los animales (Serpell, 2011), en el presente estudio, a mayor nivel educativo los custodios tendieron a optar más por salvar la vida del hombre desconocido.

Las personas que tenían hijos se diferenciaron de quienes no los tenían indicando en mayor medida que salvarían al hombre desconocido; y la cantidad de hijos se asoció con una tendencia mayor a salvar al hombre desconocido. Estas respuestas no se asociaron con la edad de los hijos, ni con la cantidad de hijo en el hogar, posiblemente en tanto dependan en gran medida de un sistema de creencias y valores que trasciende la situación vital actual. En este sentido, optar por la vida del perro no mostró relación con el tiempo de convivencia con ese perro, ni con la cantidad de años convividos con perros, pero sí con el porcentaje de la

vida del custodio convivido con perros. Este porcentaje sólo se asoció positivamente con este reactivo y con la cantidad de perros y/o gatos que el custodio tenía —además de obviamente asociarse con la cantidad de años convividos con perros—, lo cual podría evidenciar la importancia de la experiencia vital relativa, por sobre la experiencia en cantidad de años, respecto de la formación de las actitudes hacia los animales. Que los custodios que tenían hijos, y más aún quienes tenían más hijos, privilegiaran la vida del hombre desconocido puede estar evidenciando un valor diferencial de la vida humana obtenido a partir de la paternidad, la cual puede dar lugar a mayores tendencias de defensa intragrupo y especismo (ver Amiot & Bastian, 2015). De todas formas, estas diferencias fueron poco pronunciadas.

La respuesta a este reactivo no se asoció ni mostró diferencias respecto de ninguna de las características del perro, ni siquiera su edad. Esto podría reflejar que la respuesta al dilema depende en cierta medida de aspectos ligados a actitudes y valores de los custodios que van más allá de la relación particular que han establecido con sus perros de compañía. De todas formas, la respuesta a este reactivo evidenció asociaciones con las dimensiones y aspectos de la relación humano-perro evaluados. Los custodios que en mayor medida optaban por salvar a su perro mostraron asociaciones moderadas con la proximidad emocional percibida y con la tendencia al antropomorfismo. A su vez, mostraron asociaciones más leves con la intensidad de las interacciones, los beneficios y, negativamente, con los costos de la relación. Estas asociaciones pueden en cierta medida estar dando cuenta de la influencia de las características de la relación particular con ese perro sobre la decisión, aunque también pueden estar evidenciando una disposición actitudinal que lleva a establecer determinados estilos relacionales con los animales.

Aspectos destacados.

- Los custodios más jóvenes tendían a pasar menor cantidad de horas junto a sus perros, pero a su vez, tendían a tener interacciones más intensas y a percibir más costos de la relación con estos.
- La mayor edad de los custodios, así como la de los perros, se asociaron con menores costos percibidos en la relación humano-perro, los cuales a su vez tendían a disminuir a partir de una mayor experiencia de los custodios con perros.
- Los mayores costos percibidos por los custodios más jóvenes no se asociaron con que sus perros interfirieran en mayor medida sobre sus actividades, sino con una mayor percepción de desorden y daños generados por el perro, y una mayor dificultad de estos para cuidar y hacerse cargo de sus perros.
- Las mujeres pasaban más horas junto a sus perros que los hombres, pero el género del custodio no difería respecto de la intensidad de las interacciones con el perro, la voluntad para adaptarse a este, ni la percepción de los costos y beneficios de la relación.
- Las mujeres manifestaron mayores niveles de antropomorfismo y de cercanía emocional hacia su perro de compañía que los hombres.
- Los custodios que tenían hijos más pequeños manifestaron menor cercanía emocional hacia sus perros, observándose además una tendencia a incrementar la cercanía emocional a medida que los hijos crecían.
- La tendencia al antropomorfismo del perro se asoció intensamente con la cercanía emocional percibida hacia este, mientras que no mostró relación con la cantidad de hijos, su edad, ni con la cantidad de hijos o personas en el hogar.

- Los custodios percibían mayores costos de la relación con sus perros en la medida en la que se adaptaban más a ellos, y tendían a percibir menores costos en la medida en la que consideraban al animal como más humano.
- Los perros de mayor tamaño eran percibidos como más beneficiosos por sus custodios, en tanto además de los beneficios intrínsecos de la relación, aportaban mayores sentimientos de seguridad y fomentaban que sus custodios realizaran más actividad física. Al mismo tiempo, el tamaño de los perros no se relacionaba con la percepción de costos.
- La percepción de beneficios de la relación no se relacionó con la percepción de costos. Esta última tampoco se relacionó con la intensidad de las interacciones, ni con la cercanía emocional percibida hacia su perro.

7.2 Implicancias aplicadas potenciales

Si bien el trabajo presentó un alcance descriptivo-exploratorio, se pueden delinear algunas implicancias aplicadas derivadas del mismo.

En primer lugar, los resultados aportan datos al campo de investigación de los vínculos humano-animal y, en particular, humano-perro de compañía. Específicamente, alentar y mejor la comprensión de este tipo de vínculos puede contribuir al reconocimiento de su importancia en el campo de la salud mental, campo que ha demorado el abordaje sistemático de las implicancias de las relaciones entre los custodios y sus perros. Considerar estos vínculos incorpora una dimensión significativa en el entendimiento de estas personas.

Los resultados de este trabajo aportan información que puede ser utilizada para mejorar el bienestar de humanos y perros, con aplicación en la práctica clínica con familias,

humanos y perros, como también a nivel social (como en planificación social o de programas de prevención).

Comprendiendo a los custodios.

La identificación y el reconocimiento de las características particulares de la relación que las personas tienen con sus perros de compañía pueden ayudar, en principio, a *normalizar* a los custodios. Si bien actualmente las actitudes hacia los animales se han modificado en cierta medida, es frecuente que los custodios intenten justificar las interacciones y afecto hacia sus animales de compañía a partir de aspectos externos a la relación. Hablar al perro, besarlo todos los días o que el perro los haga reír y sentirse más felices fueron respuestas tan habituales en esta investigación, que la falta de variabilidad hizo que esos reactivos tuvieran que ser reemplazados. Lejos de responder a condiciones patológicas, estos vínculos tienen sentido y valor intrínseco, y aportan a la calidad de vida de humanos y perros (Serpell, 1996b). Su falta de reconocimiento puede alterar la relación de modo que pierda sentido y su potencial para beneficiar a sus participantes. Otro reactivo que tuvo que ser reemplazado por falta de variabilidad se relacionó con que los custodios anticipaban y percibían como traumático el momento en que su perro muriera. El reconocimiento de que estos y otros sentimientos, cogniciones y conductas forman parte de las relaciones habituales que las personas establecen con sus perros puede otorgarles legitimidad, transmitiendo aceptación a los custodios. Estos datos pueden orientar a profesionales de la salud, quienes podrían desconocer o subestimar las características intrínsecas de la relación humano-perro, considerando sus manifestaciones como expresiones indirectas o síntomas de otro origen.

Fomentando relaciones humano-perro exitosas.

La identificación realizada de los factores que afectan la relación entre el custodio y sus perros puede ayudar a la formación y mantenimiento de relaciones exitosas, que perduren en el tiempo, aportando mayores beneficios y menores costos a los custodios, lo cual presumiblemente mejorará en consecuencia la calidad de vida del perro.

La tendencia al antropomorfismo —tradicionalmente combatida— resulta, en cierta medida, un factor asociado con la percepción de relaciones humano-perro más exitosas. Pensar al animal en términos humanos se asociaría con percibir menores costos de la relación. Esta asociación no se observó respecto de la cercanía emocional hacia el animal, de la intensidad de las interacciones, ni de los mayores beneficios percibidos de la relación. El antropomorfismo se asociaría además con una mayor percepción de beneficios derivados de la relación. Por lo tanto, cuestionar la tendencia al antropomorfismo podría llevar a que la relación con los perros sea inviable. Esta tendencia además se ha asociado con una mayor flexibilidad para adaptarse a los perros, la cual resultaría, presumiblemente, más beneficiosa para estos.

Al igual que sucede con otras relaciones que los humanos establecen, la relación con sus perros puede interrumpirse si los costos percibidos superan los beneficios de la relación. Este estudio evidenció que en la relación entre las personas y sus perros la percepción de beneficios no estaría relacionada directamente con la percepción de costos: ambas facetas de la relación son evaluadas por separado. Considerando que la mayor percepción de costos puede llevar a que la relación sea insostenible, el trabajo para evitar que estas relaciones fracasen y el abandono de perros deberá enfocarse en la disminución de costos percibidos. La falta de relación directa entre la percepción de costos y los beneficios percibidos, la cercanía emocional o la intensidad de las interacciones, volvería inefectivo el trabajo sobre estas

últimas facetas de la relación con el objetivo de mejorar las relaciones y prevenir el abandono. Las intervenciones y campañas para remediar las relaciones que fracasan pueden dirigirse, en primer lugar, al antropomorfismo del animal. Fomentar el incremento en el antropomorfismo podría ser una forma indirecta y simple de reducir la percepción de costos. Estas estrategias pueden colaborar para lograr una mejora de la relación humano-perro en paralelo con abordajes directos sobre los costos objetivos (e.g., atención veterinaria gratuita y accesible o programas de asesoramiento a custodios para resolución de conflictos habituales).

A su vez, este estudio evidenció algunas características y configuraciones que se asociarían con relaciones más exitosas que otras, así como algunas características que no parecen asociarse con el éxito de la relación. Estas características pueden contemplarse al momento de decidir adoptar un perro de compañía, así como también al momento de pensar en mejorar las relaciones humano-perro. Por ejemplo, a mayor edad, los custodios tendían a menor intensidad de las interacciones con sus perros, pese a compartir más tiempo con estos. Es posible que ayudar a estos custodios a desarrollar una mayor diversidad de interacciones intensifique la relación, resultando beneficioso para ellos y sus perros.

Por otra parte, los resultados de la investigación evidenciaron que el hecho de que los custodios tiendan a pasar menor cantidad de horas junto a sus perros puede no afectar la intensidad de las interacciones con estos, como se evidenció particularmente en los custodios más jóvenes. Por lo tanto, es posible que personas que disponen de menos tiempo para compartir con sus perros puedan sostener niveles de intensidad de interacciones similares a los de otros custodios que comparten más horas con sus perros. Al mismo tiempo, a menor edad, los custodios tendían a percibir mayores costos de la relación. Los resultados obtenidos pueden ayudar a orientar a los adultos jóvenes que deseen adoptar un perro. Resulta conveniente que estas personas se focalicen más detenidamente en sus expectativas respecto de los costos y su afrontamiento, y en segunda instancia en la cantidad de horas que disponen

para compartir con el perro. Al considerar los costos que la tenencia de un perro reportará, estas personas deben contemplar que es posible que estos costos estén dados principalmente por el desorden, los daños generados por el perro y una mayor dificultad percibida para cuidar y hacerse cargo de este, y no tanto por un condicionamiento de sus actividades y vida social.

Las personas que viven solas pueden manifestar deseos de adopción de un perro, al mismo tiempo que preocupaciones con respecto de las dificultades en su cuidado. Los resultados evidenciaron que los custodios de hogares unipersonales sólo diferían de los demás en cuanto a mayor posibilidad de adaptación hacia el perro. Es decir que la percepción de costos no mostró diferencias entre quienes cohabitaban con otras personas y quiénes no. Sin descuidar los requerimientos de tenencia responsable de animales, estas personas pueden ser alentadas a adoptar perros de compañía; en particular, las personas de mayor edad, en tanto los más jóvenes deberán considerar además lo expuesto en el párrafo anterior.

El tipo de vivienda resulta un factor a ser considerado al momento de adoptar un perro. Los custodios que poseen viviendas de menor superficie tienden a percibir más costos. Las viviendas con mayor superficie se asocian con la percepción de los custodios de que sus perros generan menos desorden, pero más significativamente aún, con la percepción de menores condicionamientos en sus actividades a partir del perro.

Los perros más jóvenes evidenciaron mayores niveles de interacción con sus dueños, lo cual se debió parcialmente a que requerían de mayores cuidados y más tareas de entrenamiento. Al mismo tiempo, los custodios de los perros de mayor edad reportaron menores costos de la relación. Custodios con tendencia a percibir mayores costos y presentar dificultades para hacerse cargo de sus perros pueden favorecerse de la adopción de perros de mayor edad. Estos perros resultarían más compatibles con ellos en tanto se asocian con menor percepción de costos.

Posiblemente la etapa vital con menor cantidad de relaciones humano-perro exitosas sea el estadio de familia con hijos pequeños. Si bien la intensidad de las interacciones con el perro no parece ser afectada por la edad de los hijos, en el estadio familiar con hijos pequeños es posible que los custodios experimenten dificultades relacionadas con la distancia emocional hacia sus perros. Esto se suma a una mayor percepción de los costos de la relación con los perros durante esta etapa familiar. Esta configuración relacional puede poner en riesgo al perro y puede requerir de orientación especializada para que la reorganización de la familia no inhabilite la proximidad hacia el perro. Por otro lado, si no hay perros en el hogar, es posible que los niños los soliciten, a la vez que los padres sostengan la creencia de que sería beneficioso para sus hijos criarse con un perro. En esos casos la orientación deberá enfocarse en evaluar y abordar la percepción de costos y la menor disponibilidad emocional para los perros, propia de esta etapa vital.

Las experiencias tempranas con perros son muy significativas y la conducta de los custodios adultos hacia estos ejercen una intensa función de modelado en los niños respecto de las actitudes hacia los animales (e.g., Kidd & Kidd, 1997; Serpell, 2005). Es por esto que resulta de gran importancia que los padres cuenten con información sobre lo que pueden esperar de la relación con sus perros de compañía al momento de decidir adoptarlos. Independientemente de la edad de los hijos, los custodios que eran padres mostraron menores niveles de interacción, cercanía emocional percibida, voluntad para adaptarse y menores beneficios de la relación con sus perros. Es posible que la paternidad modifique en cierta medida las actitudes hacia los animales, disminuyendo la intensidad de las relaciones con los perros de compañía y las posibilidades de beneficiarse de estas. Estas diferencias deberían contemplarse al momento de considerar adoptar un perro por primera vez luego de la paternidad, en tanto es posible que estas personas no sean claramente conscientes del cambio

en sus actitudes que afectará la relación con sus perros, y se basen más bien en el recuerdo de la experiencia previa de tenencia de perros de compañía.

Al considerar adoptar un perro, los custodios pueden elegir perros pequeños a partir de estimar que estos reportarán menos costos. Sin embargo, en el presente estudio, el tamaño de los perros no se asoció con la percepción de costos. Además, los custodios interactuaban con sus perros, se percibían próximos a ellos emocionalmente y los consideraban en términos humanos con independencia del tamaño de estos. Por otra parte, los custodios de perros de mayor tamaño habían identificado y permitido más alteraciones en su vida a partir del perro, las cuales no necesariamente eran percibidas como costosas o negativas. Más aún, los custodios de perros de mayor tamaño tendían a percibir más beneficios de la relación con estos. Es decir que al momento de considerar el tamaño del perro, es conveniente evaluar la flexibilidad de los custodios —principalmente en cuanto a alterar la organización de su hogar— antes que la posibilidad de afrontar costos económicos o sociales.

Contribuyendo al control población y bienestar animal.

En esta muestra de custodios presumiblemente implicados en la relación con sus perros y su cuidado, la tendencia a esterilizar al animal fue relativamente baja. Si bien es posible que la esterilización del perro conduzca a una reducción hormonal que aplaque su carácter, dominancia, problemas de conducta o niveles de actividad, en este estudio esto no se reflejó en la percepción de costos de los custodios. La única diferencia observada con respecto de menor intensidad en las interacciones parece corresponder más bien a otros factores como la mayor edad del custodio y del perro. La falta de percepción de diferencias en cuanto a la intensidad de la relación puede ser utilizada al momento de promover la

castración de los animales, evitando el posible temor de algunos custodios de que la esterilización de su perro pueda afectar su relación con este.

Las diferencias observadas con animales pertenecientes a razas determinadas, respecto a mayores comportamientos ligados a la estética del perro y la incorporación de este en la vida social del custodio, podrían estar reflejando cierta persistencia sociocultural de considerar las razas de los perros como símbolos de estatus social. Los perros no mostraron ninguna otra diferencia en la intensidad, beneficios y costos de la relación. Estos resultados pueden ser utilizados para fomentar la adopción de perros de refugios por sobre su comercialización, basada en la raza del animal. Las personas pueden optar por un animal que no pertenezca a una raza determinada considerando que esto no afectará la calidad de la relación. A su vez, las campañas de adopciones de animales de refugios pueden utilizar esta información con el propósito de desarticular la asociación entre razas de perros y estatus. Esto apoyaría las políticas de regulación de la población animal, ligadas a la prohibición de criaderos en el ámbito de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y el fomento de las castraciones. Esto ayudaría a disminuir los costos del estado generados a partir del abandono de animales, contribuyendo además, obviamente, al bienestar animal.

Reconociendo socialmente a los perros.

En esta investigación casi la totalidad de los participantes indicó considerar a su perro como miembro de su familia. En principio, esta información debe convocar la atención de los clínicos que trabajan con familias, en cuyos abordajes resulta infrecuente que los perros sean incorporados. Que la gran mayoría de los custodios indicara que evacuaría a su perro, aún a costa su propia seguridad, refleja la intensa cercanía emocional de los custodios que componen esta población hacia sus perros. Esto evidencia la profunda valoración que estos

custodios tienen sobre sus perros, la cual, sin dudas, trasciende las nociones de propiedad con las que frecuentemente se los considera. La relación humano-perro es percibida como un vínculo recíproco intenso de lealtad que incluye cuidados mutuos, por lo que la exclusión convencional de los animales a nivel de planificación social debería ser reconsiderada. La falta de previsión al respecto y sus consecuencias han sido ejemplificadas con los incidentes generados en el 2005 en Estados Unidos frente a la necesidad de evacuación de personas que se negaban a abandonar a sus animales ante el accionar devastador del Huracán Katrina (Herzog, 2012; Walsh, 2009b). Si bien Buenos Aires ha sido declarada recientemente como *Ciudad de Tenencia Responsable de animales domésticos de compañía* a través de la prohibición del sacrificio de estos animales, control de su población y orientación a custodios sobre los cuidados que deben brindarles, los animales de compañía se encuentran excluidos de espacios de ayuda social a sus custodios, como por ejemplo paradores donde pasar la noche, frente a lo cual los custodios pueden optar por no dejar a sus animales aún a costa de su propia seguridad.

Pese a las concepciones dicotómicas humano-no humano imperantes en la cultura, el 70.1% de los participantes manifestó que optaría por salvar la vida de su perro frente a la de un hombre desconocido. Los datos evidencian la relativización que estos custodios hacen acerca de la separación entre lo humano y lo animal, y llaman la atención sobre la necesidad de una mayor consideración de estos animales y de que los vínculos con estos cobren estatuto bajo la ley. Además, la intensidad de la relación humano-perro observada puede ser considerada al evaluar las reglamentaciones que excluyen a estos animales de diferentes ámbitos. Por ejemplo, la prohibición del ingreso con animales a comercios o transportes públicos con animales, con independencia de las características de la actividad comercial, del espacio y del animal.

Contribuyendo al desarrollo de la antrozoología.

Esta investigación desarrollada en una ciudad urbana de alta densidad de población, perteneciente a una nación en desarrollo de cultura occidental, brinda información que puede ser utilizada para realizar comparaciones con investigaciones de países desarrollados y generalizaciones transculturales respecto de las interacciones habituales entre humanos y perros. Finalmente, de manera deseable, esta investigación podría aportar al desarrollo de los estudios en antrozoología y a la promoción de este campo en nuestro país.

7.3 Limitaciones y futuras líneas de investigación

La presente investigación tiene diversas limitaciones para tomar en cuenta al momento de considerar la transferencia y generalización de los resultados.

En principio, esta investigación se basó en la percepción de la relación. Eso implica que los puntajes obtenidos respecto de las distintas dimensiones y aspectos relacionales pueden no corresponderse con indicadores objetivos o con observaciones externas. Así por ejemplo, la variable Beneficios Percibidos por el custodio puede no reflejar modificaciones en cuento a la salud o bienestar de los custodios. Esa es una cuestión que requiere ser examinada específicamente.

Por otra parte, este estudio buscó describir un tipo particular de relación bidireccional evaluando sólo la perspectiva de uno de los participantes. La perspectiva del custodio puede no corresponderse con la intensidad o el modo en que el perro experimenta la relación. Más aún, la sola perspectiva del custodio puede reflejar las diferencias entre la experiencia de la relación de ambos, en tanto los dueños de perros y gatos tienden a reconocerse a sí mismos

más compatibles con sus mascotas, de lo que consideran a sus mascotas compatibles con ellos (Budge et al., 1998). Considerando que el modo de ambos de experimentar la relación puedo no estar relacionado (Rehn, Lindholm et al., 2014) es posible que métodos como la observación directa sean convenientes, antes que instrumentos como encuestas, cuando se desee evaluar la bidireccionalidad de la relación o bien hacer foco sobre el bienestar de los animales.

Otra limitación del estudio se relaciona con potenciales sesgos de selección en la muestra empleada. Dado que los participantes colaboraron en el presente estudio de modo voluntario, existe la posibilidad de que quienes eligieron responder representen un grupo sesgado de custodios de perros, lo cual limita las posibilidades de generalización de los resultados obtenidos. Sin embargo, vale destacar la heterogeneidad de los datos, puesto que la muestra fue obtenida a partir de diversos puntos de recolección, y el elevado tamaño muestral.

En este estudio se excluyó a los perros que habían convivido por menos de un año con sus custodios con el propósito de concentrar el análisis en aquellos vínculos humano-perro ya constituidos. Por esta razón, no captó el proceso inicial de configuración de la relación, ni tampoco la dinámica relacional con cachorros. Una próxima investigación podría utilizar un diseño longitudinal durante el primer período luego de la adopción de perros, con mediciones periódicas. Esto permitiría describir las etapas iniciales y, a su vez, evaluar en qué medida las características del vínculo inicial poseen la capacidad de predecir la calidad y/o intensidad del vínculo futuro.

Dado el modo de recolección de datos y las características de la muestra, no resulta claro cuan representativos son estos resultados respecto de todos los habitantes de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Vale hacer notar que esta investigación se realizó en un contexto netamente urbano y no puede en modo alguno ser generalizada a zonas rurales, en las cuales

las relaciones humano-perro responden, presumiblemente, a otro tipo de patrones o marcos valorativos. No obstante, diversos resultados reportados han sido congruentes con investigaciones previas provenientes de distintos países (e.g., Fatjó et al., 2013; Meyer & Forkman, 2014), por lo que puede constituyen una confirmación de estudios precedentes.

Las escalas utilizadas para medir los constructos también presentan algunas limitaciones. Si bien fueron sometidas a un análisis de asimetría y curtosis de todos sus reactivos para garantizar la variabilidad, así como también se analizó la confiabilidad de las mismas para garantizar su consistencia interna, las mismas no cuentan con estudios locales sobre su validez de constructo. De todas formas, las técnicas y los reactivos agregados fueron extraídos de la literatura que conformó el marco teórico, por lo que contaron con suficiente validez de contenido.

En este estudio se optó por evaluar la tendencia al antropomorfismo a través de actitudes y comportamientos en la dinámica diaria con los perros, y no a través de la atribución de emociones y motivaciones humanas. Esta decisión se fundamentó en el objetivo de describir la tendencia al antropomorfismo dentro de la dinámica relacional y familiar. Sin embargo, la relación entre estos comportamientos en la convivencia y la tendencia a imbuir de motivaciones, intenciones o emociones humanas no ha sido establecida, por lo que será retomada en una próxima investigación.

La naturaleza correlacional del diseño limita el estudio sobre causalidad. Investigaciones próximas podrían complementar los presentes hallazgos incorporando observaciones comportamentales y utilizando diseños experimentales, empleando muestras representativas cuando sea posible. Esta investigación, además, puede replicarse en contextos rurales o con diversos grupos poblacionales para establecer comparaciones.

A su vez, en el presente trabajo se evaluaron una gran cantidad de variables que, dado el carácter descriptivo y exploratorio de la investigación, fueron analizadas a través de

técnicas estadísticas simples. Futuras investigaciones pueden tomar las escalas y reactivos aquí explorados para plantear análisis multivariados más potentes (e.g., análisis factorial, modelos de regresión múltiples, ecuaciones estructurales) que permitan, eventualmente, poner a prueba modelos complejos de relaciones entre variables.

Futuras investigaciones pueden tomar estos hallazgos como base para incorporar diseños experimentales, utilización de muestras representativas, diversos grupos poblacionales, y algunos aspectos adicionales para comprender mejor el modo en que los custodios y sus perros de compañía se relacionan.

7.4 Conclusiones

> Se trata de un afecto sin ambivalencia, de la simplicidad de una vida liberada de los casi insoportables conflictos de la cultura, de la belleza de una existencia completa en sí misma. Y sin embargo, a pesar de todas las divergencias en cuanto a desarrollo orgánico, el sentimiento de una afinidad íntima, de una solidaridad indiscutible.
>
> (Freud, 1936/1961, pp. 434-435)

Este estudio permitió describir la relación humano-perro de compañía, desde la perspectiva de custodios adultos que habían convivido con sus perros por más de un año, en Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Esta descripción, realizada a partir del cruce de múltiples variables sociodemográficas y distintas facetas de la relación, aportó algunos datos

interesantes respecto del estudio de las interacciones humano-animal, así como también en función de sus posibilidades de aplicación práctica.

En principio, el presente estudio mostró que para estos custodios la relación con sus perros es concebida como un vínculo de familia, de elevada proximidad afectiva e intensidad en las interacciones, por el que están dispuestos a afrontar múltiples costos, y que en muchos sentidos trasciende las concepciones dicotómicas que separan a los humanos del resto de los animales.

La descripción realizada evidenció que, como sucede en algunas relaciones humanas, la relación humano-perro puede llegar a ser percibida como una relación de intensos beneficios e intensos costos. Que la percepción de costos no esté relacionada con la percepción de beneficios, así como tampoco con la intensidad de interacciones, ni cercanía emocional hacia el perro, resulta relevante al momento de buscar remediar relaciones humano-perro que fracasan. Reducir la percepción de los costos dependerá del accionar concreto sobre estos, así como también podría disminuirse a partir de un mayor antropomorfismo del perro.

Este estudio aportó evidencia que asoció la tendencia al antropomorfismo de los perros de compañía con relaciones humano-perro más exitosas, a partir de una tendencia a percibir mayores beneficios y menores costos. Por otro lado, se encontró que esta tendencia a pensar el animal en términos humanos se basaría en la proximidad emocional hacia este, antes que en la búsqueda de compensación o sustitución de vínculos humanos familiares.

Las descripciones realizadas destacaron algunas diferencias de grupos, tales como la mayor tendencia al antropomorfismo y la cercanía emocional en mujeres, así como también algunas asociaciones significativas como la menor percepción de costos de la relación con el perro a mayor edad del custodio y del perro, o el mayor tamaño del perro asociado con mayor percepción de beneficios, aunque no de costos. Estos resultados sobrepasan su valor

descriptivo, pudiendo orientar implementaciones prácticas para lograr relaciones humano-perro más exitosas.

Este estudio evidenció indicadores de cierta persistencia en la asociación entre raza de perro y estatus social del custodio. Sin embargo, no se hallaron otras diferencias al comparar las relaciones humano-perro en función de la pureza de las razas, o de su estado reproductivo. Esta información resulta relevante para el control de la población canina a partir de la promoción de adopción de animales de refugio y su esterilización reproductiva.

Finalmente, esta investigación destaca el reconocimiento de la importancia y legitimidad del estudio de los vínculos humano-animal. El aporte realizado, desde una perspectiva psicológica, contribuye al desarrollo de la antrozoología y, de manera deseable, puede fomentar el crecimiento de este campo de investigación en nuestro país.

Capítulo VIII

Referencias

Acero Plazas, V. M., Gil Tibocha, D. M., Gutiérrez Vélez, E., & Porto Peralta, G. F. (2014). Salud pública, responsabilidad social de la medicina veterinaria y la tenencia responsable de mascotas: Una reflexión necesaria. *REDVET Revista de Veterinaria Electrónica*, 15(5), 1-18.

Acha, P. N., & Szyfres, B. (2003). *Zoonosis y enfermedades transmisibles comunes al hombre ya los animales: clamidiosis, rickettsiosis y virosis. 3*. Pan American Health Organization.

Adachi, I., Kuwahata, H., & Fujita, K. (2007). Dogs recall their owner's face upon hearing the owner's voice. *Animal cognition, 10*(1), 17-21.

Adams, C. L., Bonnett, B. N., & Meek, A. H. (2000). Predictors of owner response to companion animal death in 177 clients from 14 practices in Ontario. *Journal of the American Veterinary Medical Association, 217*(9), 1303-1309.

Agustín, S. (2013). *La ciudad de Dios*. New York: Centaur Press.

Ainsworth, M. D. S. (1969). Object relations, dependency, and attachment: A theoretical review of the infant-mother relationship. *Child development, 40*(4), 969-1025.

Ainsworth, M. D., & Bell, S. M. (1970). Attachment, exploration, and separation: illustrated by the behavior of one-year-olds in a strange situation. *Child development, 41*(1), 49-67.

Albert, A., & Bulcroft, K. (1988). Pets, families, and the life course. *Journal Of Marriage & Family, 50*(2), 543-552.

Allen, K. (2003). Are pets healthy pleasure? The influence of pets on blood pressure. *Current Directions in Pschological Science, 12*, 236-239

Allen, K., & Blascovich, J. (1996). The value of service dogs for people with severe ambulatory disabilities: A randomized controlled trial. *Jama*, *275*(13), 1001-1006.

Allen, K., Blascovich, J., & Mendes W.B. (2002). Cardiovascular reactivity and the presence of pets, friends, and spouses: The truth about cats and dogs. *Psychosomatic Medicine, 64*, 727–739.

Allen, K. M., Blascovich, J., Tomaka, J., & Kelsey, R. M. (1991). Presence of human friends and pet dogs as moderators of autonomic responses to stress in women. *Journal of personality and social psychology*, *61*(4), 582.

Allen, K., Shykoff, B. E., & Izzo, J. L. (2001). Pet ownership, but not ACE inhibitor therapy, blunts home blood pressure responses to mental stress. *Hypertension, 38*(4), 815-820.

American Pet Products Association. (s.f.). *Pet industry market size & ownership statistics*. Disponible en*: http://www.americanpetproducts.org/press_industrytrends.asp*. Recuperado el 6 de Diciembre de 2015.

Amiot, C. E., & Bastian, B. (2015). Toward a psychology of human–animal relations. *Psychological Bulletin, 141*(1), 6-47. doi: 10.1037/a0038147

Anderson, D. C. (2007). *Assessing the human-animal bond: A compendium of actual measures*. Indiana: Purdue University Press.

Anderson, P., Beaudoin, J., Castro, J., González, B., Landi, P., Marcos, E., & Molina, J. (1996). Relevamiento demográfico de animales domésticos en la Ciudad de Buenos Aires (1994). *Revista de Medicina Veterinaria*, *77*(3).

Anderson, W. P., Reid, C. M., & Jennings, G. L. (1992). Pet ownership and risk factors for cardiovascular disease. *The Medical Journal of Australia*, *157*(5), 298-301.

Angle, R., Blumentritt, T., & Swank, P. (1994). The Pet Bonding Scale: Internal reliability and factorial validity. *Annual Meeting of the Southwestern Psychological Association*, Tulsa, OK.

Archer, J. (1997). Why do people love their pets? *Evolution and Human behavior, 18*(4), 237-259.

Archer, J. (2011). Pet keeping: A case study in maladaptive behavior. En C. Salmon, & T. K. Shackelford (Eds.). *The oxford handbook of evolutionary family psychology* (pp. 281-296). Oxford University Press.

Archer, J., & Ireland, J. L. (2011). The development and factor structure of a questionnaire measure of the strength of attachment to pet dogs. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, *24*(3), 249-261.

Archer, J., & Monton, S. (2011). Preferences for infant facial features in pet dogs and cats. *Ethology*, *117*(3), 217-226.

Arcken Cancino, B. C. von (2011). Interacción entre humanos y animales. *Revista Universidad de La Salle*, (54), 149-159.

Armstrong, M. C., Tomasello, S., & Hunter, C. (2001). From pets to companion animals. En D.J. Salem & A.N. Rowan (Eds.), *The state of the animals 2001* (pp. 71-85). Washington, DC: Humane Society Press.

American Veterinary Medical Association. (2012). *U.S. pet ownership & demographics sourcebook*. Schaumberg, IL, American Veterinary Medical Association.

Banks, M. R., & Banks, W. A. (2002). The effects of animal-assisted therapy on loneliness in an elderly population in long-term care facilities. *The journals of gerontology series A: biological sciences and medical sciences*, *57*(7), 428-432.

Banks, M. R., & Banks, W. A. (2005). The effects of group and individual animal-assisted therapy on loneliness in residents of long-term care facilities. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, *18*(4), 396-408.

Barker, S. B., Barker, R. T., Dawson, K. S., & Knisely, J. S. (1997). The use of the family life space diagram in establishing inter-connectedness: A preliminary study of sexual abuse survivors, their significant others, and pets. *Individual Psychology: Journal of Adlerian Theory, Research & Practice*, *53*(4), 435-450

Barker, S. B., & Dawson, K. S. (1998). The effects of animal-assisted therapy on anxiety ratings of hospitalized psychiatric patients. *Psychiatric Services*, *49*(6), 797-801

Barker, S. B., Knisely, J. S., McCain, N. L., & Best, A. M. (2005). Measuring stress and immune response in healthcare professionals following interaction with a therapy dog: A pilot study. *Psychological Reports*, *96*(3), 713-729.

Barker, S. B., & Wolen, A. R. (2008). The benefits of human–companion animal interaction: A review. *Journal of veterinary medical education*, *35*(4), 487-495.

Barrera, G., Giamal, Y., Mustaca, A., & Bentosela, A. (2012). Relación entre el tipo de alojamiento y las respuestas de mirada, sociabilidad y miedo-apaciguamiento en perros. *Suma Psicológica*, *19*(2), 7-18.

Beck, L., & Madresh, E. A. (2008). Romantic partners and four-legged friends: An extension of attachment theory to relationships with pets. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, *21*(1), 43-56.

Beetz A., Uvnäs-Moberg K., Julius H., Kotrschal K. (2012). Psychosocial and psychophysiological effects of human-animal interactions: the possible role of oxytocin. *Frontiers in Psychology*, 3. doi: 10.3389/fpsyg.2012.00234

Belk, R. W. (1996). Metaphoric relationships with pets. *Society and Animals*, *4*(2), 121-145.

Bennett, P. C., & Rohlf, V. I. (2007). Owner-companion dog interactions: Relationships between demographic variables, potentially problematic behaviours, training engagement and shared activities. *Applied Animal Behaviour Science*, *102*(1), 65-84.

Bentham, J. (1879) [1780]. *An introduction to the principles of morals and legislation*. Oxford: Clarendon Press.

Bentley, R. A., Lipo, C. P., Herzog, H. A., & Hahn, M. W. (2007). Regular rates of popular culture change reflect random copying. *Evolution and Human Behavior*, *28*(3), 151-158.

Bentosela, M., & Mustaca, A. E. (2007). Comunicación entre perros domésticos (*Canis familiaris*) y hombres. *Revista Latinoamericana de Psicología, 39*(2), 375-387.

Bertalanffy, L. Von. (1989) [1969]. *Teoría General de los Sistemas*. 7° reimp. México: FCE.

Berry, A., Borgi, M., Terranova, L., Chiarotti, F., Alleva, E., & Cirulli, F. (2012). Developing effective animal-assisted intervention programs involving visiting dogs for institutionalized geriatric patients: a pilot study. *Psychogeriatrics*, *12*(3), 143-150.

Blau, P. M. (1964). *Power and exchange in social life*. New York: J Wiley & Sons.

Bodson, L. (2000). Motivations for pet-keeping in Ancient Greece and Rome: a preliminary survey. En A. L. Podberscek, E. S. Paul & J. A. Serpell (Eds), *Companion animals and us: Exploring the relationships between people and pets* (pp. 27-41). New York: Cambridge University Press.

Boitani, L., Francisci, F., Ciucci, P., & Andreoli, G. (1995). Population biology and ecology of feral dogs in central Italy. En J. Serpell (Eds.), *The domestic dog: Its evolution, behaviour and interactions with people*. (pp. 217-244). New York: Cambridge University Press.

Bonas, S., McNicholas, J., & Collis, G. M. (2000). Pets in the network of family relationships: An empirical study. En A. L. Podberscek, E. S. Paul & J. A. Serpell

(Eds), *Companion animals and us: Exploring the relationships between people and pets* (pp. 209-236). New York: Cambridge University Press.

Bovisio, M., Cicuttin, G., Fuentes, V., Fracuelli, M. C., González, B. B., Lencinas, O. E., … & Marcos, E. R. (2004). Características de la convivencia humano-animal en la Ciudad de Buenos Aires y su relación con la prevención de zoonosis. *Trabajo original. Instituto de Zoonosis Luis Pasteur.*

Bovisio, M., Fuentes, V., González, B. B., Lencinas, O. E., Mestres, N. A., Rodríguez, O., … & Marcos, E. R. (2004). Relevamiento demográfico de animales domésticos en la Ciudad de Buenos Aires. Año 2004. *Trabajo original. Instituto de Zoonosis Luis Pasteur*.

Bowen, M. (1993) [1978]. *Family therapy in clinical practice*. Maryland: Jason Aronson.

Bowlby, J., (1998) [1969]. *El apego y la pérdida 1: El apego*. Barcelona: Paidós.

Boya, U. O., Dotson, M. J., & Hyatt, E. M. (2012). Dimensions of the dog–human relationship: A segmentation approach. *Journal of Targeting, Measurement and Analysis for Marketing*, *20*(2), 133-143.

Bräuer, J., (2014). What dogs understand about humans. En J. Kaminski & S. Marshall-Pescini (Eds), *The social dog: behavior and cognition* (pp. 319-346). California: Elsevier.

Budge, C., Spicer, J., Jones, B., & George, R. S. (1998). Health correlates of compatibility and attachment in human-companion animal relationships. Society and Animals, 6(3), 219-234.

Cain, A. O. (1985). Pets as family members. *Marriage & Family Review*, *8*(3-4), 5-10.

Cameron, P., & Mattson, M. (1972). Psychological correlates of pet ownership. *Psychological Reports*, *30*(1), 286-286.

Carter, B., & McGoldrick, M. (2005). *The expanded family life cycle. Individual, family, and social perspectives.* New Jersey: Pearson Education Company.

Case, D. B. (1987). Dog ownership: A complex web? *Psychological Reports,60*(1), 247-257.

Cavanaugh, L. A., Leonard, H. A., & Scammon, D. L. (2008). A tail of two personalities: How canine companions shape relationships and well-being. *Journal of Business Research, 61*(5), 469-479.

Ceberio, M. R. (2006). Viejas y nuevas familias. La transición hacia nuevas estructuras familiares. *Interpsiquis 2006. 7º Congreso Virtual de Psiquiatría*. Recuperado de: http://hdl.handle.net/10401/3772

Charles, N., & Davies, C. A. (2008). My family and other animals: pets as kin. *Sociological Research Online*, *13*(5), 4.

Churchill, M., Safaoui, J., McCabe, B. W., & Baun, M. M. (1999). Using a therapy dog to alleviate the agitation and desocialization of people with Alzheimer's disease. *Journal of psychosocial nursing and mental health services, 37*(4), 16-22.

Cirulli, F., Borgi, M., Berry, A., Francia, N. y Alleva, E. (2011) Animal-assisted interventions as innovative tools for mental health. *Ann Ist Super Sanità*, *47*(4), 341-348. doi: 10.4415/ANN_11_04_04

Clark, S. R. (1982). *The nature of the beast: Are animals moral?* New York: Oxford University Press.

Clutton-Brock, J. (1995). Origins of the dog: domestication and early history. En J. Serpell (Eds.), *The domestic dog: Its evolution, behaviour and interactions with people*. (pp. 7-20). New York: Cambridge University Press.

Cobb, S. (1976). Social support as a moderator of life stress. *Psychosomatic medicine*, *38*(5), 300-314.

Coe, J. B., Young, I., Lambert, K., Dysart, L., Nogueira Borden, L., & Rajić, A. (2014). A scoping review of published research on the relinquishment of companion animals. *Journal of Applied Animal Welfare Science, 17*(3), 253-273.

Cohen, S. P. (2002). Can pets function as family members? *Western Journal of Nursing Research, 24*(6), 621-638.

Colby, P. M., & Sherman, A. (2002). Attachment styles impact on pet visitation effectiveness. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals, 15*(2), 150-165.

Collisson, B. (2015). Farewell to Fido: Pet owners' commitment and relinquishment of companion animals. *American Journal of Applied Psychology, 3*(2), 27-33.

Colombo, G., Buono, M. D., Smania, K., Raviola, R., & De Leo, D. (2006). Pet therapy and institutionalized elderly: a study on 144 cognitively unimpaired subjects. *Archives of gerontology and geriatrics, 42*(2), 207-216.

Coppinger, R., & Schneider, R. (1995). Evolution of working dogs. En J. Serpell (Eds.), *The domestic dog: Its evolution, behaviour and interactions with people*. (pp. 21-47). New York: Cambridge University Press.

Coppola, C. L., Grandin, T., & Enns, R. M. (2006). Human interaction and cortisol: can human contact reduce stress for shelter dogs? *Physiology & Behavior, 87*(3), 537-541.

Coren, S. (2010). Foreword. *Handbook on animal-assisted therapy: Theoretical foundations and guidelines for practice*. London: Academic Press.

Costall, A. (1998). Lloyd Morgan, and the rise and fall of "Animal Psychology". *Society and Animals, 6*(1), 13-29.

Covert, A. M., Whiren, A. P., Keith, J., & Nelson, C. (1985). Pets, early adolescents, and families. *Marriage & Family Review, 8*(3-4), 95-108.

Crawford, E. K., Worsham, N. L., & Swinehart, E. R. (2006). Benefits derived from companion animals, and the use of the term "attachment". *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals, 19*(2), 98-112.

Cromer, L. D., & Barlow, M. R. (2013). Factors and convergent validity of the Pet Attachment and Life Impact Scale (PALS). *Human-Animal Interaction Bulletin*.

Curley, J. P., & Keverne, E. B. (2005). Genes, brains and mammalian social bonds. *Trends in Ecology & Evolution*, *20*(10), 561-567.

Currel, C. (2006). La influencia del francés en el español contemporáneo. En M. Bruña, M. G. Caballos, I. Illanes, C. Ramírez, A. Raventós (Eds.), *La cultura del otro: español en Francia, francés en España* (pp. 785-792). Sevilla: Universidad de Sevilla.

Darwin, C. R. (1859). *On the origin of species by means of natural selection*. London: Murray. Disponible en: http://www.talkorigins.org/faqs/origin.html

Darwin, C. R. (1998) [1872]. *The expression of the emotions in man and animals*. New York: Oxford University Press.

Dabanch, J. (2003). Zoonosis. *Revista chilena de infectología*, *20*, 47-51.

Davis, S. J., & Valla, F. R. (1978). Evidence for domestication of the dog 12,000 years ago in the Natufian of Israel. *Nature 276*, 608-610. doi: 10.1038/276608a0

Decreto N° 1088. Programa Nacional de Tenencia Responsable y Sanidad de Perros y Gatos. *Boletín Oficial, República Argentina*, 20 de Julio de 2011.

DeGue, S., & DiLillo, D. (2008). Is animal cruelty a "red flag" for family violence? Investigating co-occurring violence toward children, partners, and pets. *Journal of Interpersonal Violence, 24*(6), 1036-1056.

DeLeeuw, J. L., Galen, L. W., Aebersold, C., & Stanton, V. (2007). Support for animal rights as a function of belief in evolution, religious fundamentalism, and religious denomination. *Society & Animals, 15*(4), 353-363.

DeMello, M. (2012). *Animals and society: An introduction to human-animal studies*. New York: Columbia University Press.

Deputte, B. L., & Doll, A. (2011). Do dogs understand human facial expressions? *Journal of Veterinary Behavior: Clinical Applications and Research, 6*(1), 78-79.

Descartes, R. (2003) [1637]. *Discurso del método* (Vol. 39). Ediciones Colihue SRL.

Díaz Videla, M. (2014). Interacción humano-animal: ¿Por qué la gente no ama a sus mascotas? *Revista de Psicología GEPU, 5*(2), 164-179.

Díaz Videla, M., Olarte, M. A., & Camacho, J. M. (2015). Antrozoología: Definiciones, áreas de desarrollo y aplicaciones prácticas para profesionales de la salud. *European Scientific Journal, 11*(10), 185-210.

Dirección General de Estadística y Censos. (2016). Informe módulo de Tenencia responsable y sanidad de perros y gatos. Encuesta anual de hogares 2014. *Ministerio de Hacienda, Ciudad Autónoma de Buenos Aires*. Disponible en: https://www.estadisticaciudad.gob.ar

Domes, G., Heinrichs, M., Michel, A., Berger, C., & Herpertz, S. C. (2007). Oxytocin improves “mind-reading” in humans. *Biological psychiatry*, *61*(6), 731-733.

Dotson, M. J., & Hyatt, E. M. (2008). Understanding dog–human companionship. *Journal of Business Research*, *61*(5), 457-466.

Dresser, N. (2000). The horse bar mitzvah: A celebratory exploration of the human-animal bond. En A. L. Podberscek, E. S. Paul & J. A. Serpell (Eds), *Companion animals and us: Exploring the relationships between people and pets* (pp. 90-107). New York: Cambridge University Press.

Duleba, A., Skonieczna, K., Bogdanowicz, W., Malyarchuk, B., & Grzybowski, T. (2015). Complete mitochondrial genome database and standardized classification system for Canis lupus familiaris. *Forensic Science International: Genetics*, *19*, 123-129.

Duvall, E. (1957). *Family development*. Philadelphia: Lippincott.

Duvall, E., & Miller, E. (1985) *Marriage and family development* (6ª ed.). Nueva York: Harper & Row.

Duvall Antonacopoulos, N. M., & Pychyl, T. A. (2010). An examination of the potential role of pet ownership, human social support and pet attachment in the psychological health of individuals living alone. *Anthrozoös, 23*(1), 37-54.

Dwyer, F., Bennett, P. C., & Coleman, G. J. (2006). Development of the Monash Dog Owner Relationship Scale (MDORS). *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, *19*(3), 243-256.

Elgier, A. M., Jakovcevic, A., Barrera, G., Mustaca, A. E., & Bentosela, M. (2009). Communication between domestic dogs (C*anis familiaris*) and humans: Dogs are good learners. *Behavioural Processes*, *81*(3), 402-408.

Endenburg, N. (1995). The attachment of people to companion animals. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, *8*(2), 83-89.

Enders-Slegers, M. J. (2000). The meaning of companion animals: Qualitative analysis of the life histories of elderly cat and dog owners. En A. L. Podberscek, E. S. Paul & J. A. Serpell (Eds), *Companion animals and us: Exploring the relationships between people and pets* (pp. 237-256). New York: Cambridge University Press.

Enmarker, I., Hellzén, O., Ekker, K., & Berg, A. G. T. (2013). Personalities and health in older cat and dog owners: A HUNT-study. *Health, 5*(09), 1449.

Epley, N., Akalis, S., Waytz, A., & Cacioppo, J. T. (2008). Creating social connection through inferential reproduction loneliness and perceived agency in gadgets, gods, and greyhounds. *Psychological Science*, *19*(2), 114-120.

Epley, N., Waytz, A., Akalis, S., & Cacioppo, J. T. (2008). When we need a human: Motivational determinants of anthropomorphism. *Social Cognition*, *26*(2), 143-155.

Epley, N., Waytz, A., & Cacioppo, J. T. (2007). On seeing human: A three-factor theory of anthropomorphism. *Psychological review*, *114*(4), 864.

European Pet Food Industry Federation. (2014). *Facts and figures*. Disponible en: http://www.fediaf.org/facts-figures/

Fatjó, J., Bowen, J., García, E., Calvo, P., Rueda, S., Amblás, S., & Lalanza, J. F. (2015). Epidemiology of dog and cat abandonment in Spain (2008–2013). *Animals*, *5*(2), 426-441.

Fatjó, J., Darder, P., Calvo, P., Bowen, J., & Bulbena, A. (2013). Is dog ownership the same for men and women, parents and non-parents? *Journal of Veterinary Behavior: Clinical Applications and Research*, *4*(8), e44.

Faver, C. A., & Cavazos Jr., A. M. (2008). Love, safety, and companionship: The human-animal bond and latino families. *Journal Of Family Social Work*, *11*(3), 254-271.

Favre, D. (2000). Equitable self-ownership for animals. *Duke Law Journal*, *50*(2), 473-502.

Favre, D. (2010). Living property: A new status for animals within the legal system. *Marquette Law Review*, *93*(3), 1021.

Feldman, R., Gordon, I., & Zagoory-Sharon, O. (2011). Maternal and paternal plasma, salivary, and urinary oxytocin and parent–infant synchrony: considering stress and affiliation components of human bonding. *Developmental science*, *14*(4), 752-761.

Fick, K. M. (1993). The influence of an animal on social interactions of nursing home residents in a group setting. *The American Journal of Occupational Therapy*, *47*(6), 529-534.

Fine, A. H. (Ed.). (2010). *Handbook on animal-assisted therapy: Theoretical foundations and guidelines for practice*. London: Academic Press.

Fine, A. H., & Beck, A. (2010). Understanding our kinship with animals: Input for health care professionals interested in the human/animal bond. *Handbook on animal-assisted therapy: Theoretical foundations and guidelines for practice*, *3*, 3-16.

Franken, R. E., Hill, R., & Kierstead, J. (1994). Sport interest as predicted by the personality measures of competitiveness, mastery, instrumentality, expressivity, and sensation seeking. *Personality and Individual Differences, 17*(4), 467-476.

Freedman, A. H., Gronau, I., Schweizer, R. M., Ortega-Del Vecchyo, D., Han, E., Silva, P. M., ... & Beale, H. (2014). Genome sequencing highlights the dynamic early history of dogs. *PLoS Genetics, 10*(1).

Freud, S. (1961) [6 de diciembre de 1936]. Letter from Sigmund Freud to Marie Bonaparte, December 6, 1936. En E. L. Freud (Ed.), *Letters of Sigmund Freud, 1873-1939* (pp. 434-435). London: The Hogarth Press. Disponible en: http://pep.gvpi.net

Freud, S. (1996) [1916]. Lecciones introductorias al psicoanálisis. La fijación al trauma: Lo inconsciente. En S. Freud, *Obras completas* (pp. 199-206). Madrid: Biblioteca Nueva.

Fridlund, A. J., & MacDonald, M. (1998). Approaches to Goldie: a field study of human approach responses to canine juvenescence. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals, 11*(2), 95-100.

Friedmann, E., Katcher, A. H., Lynch, J. J., & Thomas, S. A. (1980). Animal companions and one-year survival of patients after discharge from a coronary care unit. *Public health reports*, *95*(4), 307.

Friedmann, E., Katcher, A. H., Thomas, S. A., Lynch, J. J., & Messent, P. R. (1983). Social interaction and blood pressure: Influence of animal companions. *The Journal of Nervous and Mental Disease*, *171*(8), 461-465.

Friedmann, E., Thomas, S. A. (1995). Pet ownership, social support, and one-year survival after acute myocardial infarction in the Cardiac Arrhythmia Suppression Trial (CAST). *The American journal of cardiology*, *76*(17), 1213-1217.

Friedmann, E., Thomas, S. A., Cook, L. K., Tsai, C. C., Picot, S. J. (2007). A friendly dog as potential moderator of cardiovascular response to speech in older hypertensives. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, *20*(1), 51-63.

Fritz, C. L., Farver, T. B., Kass, P. H., & Hart, L. A. (1995). Association with companion animals and the expression of noncognitive symptoms in alzheimer's patients. *The Journal of nervous and mental disease*, *183*(7), 459-463.

Fulton, B. (2005). *Evaluation of reliability of the Center for the Study of Animal Wellness Pet Bonding Scale (CSAWPBS) & the Dog Walk Program* (Doctoral dissertation, University of Missouri, Columbia).

Galton, F. (1865). The first steps towards the domestication of animals. *Transactions of the Ethnological Society of London*, *3*, 122-138. doi: 10.2307/3014161

Garrity, T. F., Stallones, L. F., Marx, M. B., & Johnson, T. P. (1989). Pet ownership and attachment as supportive factors in the health of the elderly. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, *3*(1), 35-44.

Germonpré, M., Lázničková-Galetová, M., & Sablin, M. V. (2012). Palaeolithic dog skulls at the Gravettian Předmostí site, the Czech Republic. *Journal of Archaeological Science*, *39*(1), 184-202.

Germonpré, M., Sablin, M. V., Stevens, R. E., Hedges, R. E., Hofreiter, M., Stiller, M., & Després, V. R. (2009). Fossil dogs and wolves from Palaeolithic sites in Belgium, the Ukraine and Russia: osteometry, ancient DNA and stable isotopes. *Journal of Archaeological Science*, *36*(2), 473-490.

Gerwolls, M. K., & Labott, S. M. (1994). Adjustment to the death of a companion animal. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals, 7*(3), 172-187.

Gerzovich Lis, C. J. (1998). *Nuestro perro: uno más en la familia*. Buenos Aires: Planeta.

Gómez, J. C. (2007). Pointing behaviors in apes and human infants: A balanced interpretation. *Child development, 78*(3), 729-734.

Gómez, L., Atehortúa, C. & Orozco, S. (2007). La influencia de las mascotas en la vida humana. *Revista Colombiana de Ciencias Pecuarias*, 20, 377-386.

Gosling, S. D., Sandy, C. J., & Potter, J. (2010). Personalities of self-identified "dog people" and "cat people". *Anthrozoös, 23*(3), 213-222.

Gray, P. B., & Young, S. M. (2011). Human–pet dynamics in cross-cultural perspective. *Anthrozoös*, *24*(1), 17-30.

Green, J. D., Mathews, M. A., & Foster, C. A. (2009). Another kind of "interpersonal" relationship: humans, companion animals, and attachment theory. En E. Cuyler & M. Ackhart (Eds.), *Relationships and Psychology: A Practical Guide* (pp. 87-108). New York: Novo Science Publishers.

Grimm, D. (2015). Dawn of the dog. *Science*, *348*(6232), 274-279.

Guéguen, N., & Ciccotti, S. (2008). Domestic dogs as facilitators in social interaction: An evaluation of helping and courtship behaviors. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals, 21*(4), 339-349.

Gutiérrez, G., Granados, D., & Piar, N. (2007). Interacciones humano-animal: características e implicaciones para el bienestar de los humanos. *Revista Colombiana de Psicología, 16*, 163-184.

Groothuis, T. G., & Carere, C. (2005). Avian personalities: Characterization and epigenesis. *Neuroscience & Biobehavioral Reviews*, *29*(1), 137-150.

Handlin, L., Hydbring-Sandberg, E., Nilsson, A., Ejdeback, M., Jansson, A., & Uvnas-Moberg, K. (2011). Short-term interaction between dogs and their owners: Effects on oxytocin, cortisol, insulin and heart rate. An exploratory study. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, *24*(3), 301-315.

Handlin, L., Nilsson, A., Ejdeback, M., Hydbring-Sandberg, E., & Uvnas-Moberg, K. (2012). Associations between the psychological characteristics of the human-dog relationship and oxytocin and cortisol levels. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, *25*(2), 215-228.

Haraway, D. J. (2003). *The companion species manifesto: Dogs, people, and significant otherness*. Chicago: Prickly Paradigm Press.

Hare, B., Brown, M., Williamson, C., & Tomasello, M. (2002). The domestication of social cognition in dogs. *Science*, *298*(5598), 1634-1636.

Hare, B., & Tomasello, M. (2005). Human-like social skills in dogs? *Trends in cognitive sciences*, *9*(9), 439-444.

Harker, R. M., Collis, G. M., & McNicholas, J. (2000). The influence of current relationships upon pet animal acquisition. En A. L. Podberscek, E. S. Paul & J. A. Serpell (Eds), *Companion animals and us: Exploring the relationships between people and pets* (pp. 189-208). New York: Cambridge University Press.

Hart, L. A. (1995). Dogs as human companions: a review of the relationship. En J. Serpell (Eds.), *The domestic dog: Its evolution, behaviour and interactions with people*. (pp. 161-178). New York: Cambridge University Press.

Hart, L. A., Hart, B. L., & Bergin, B. L. (1987). Socializing effects of service dogs for people with disabilities. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, *1*(1), 41-44.

Hayward, T. (1994). Kant and the moral considerability of non-rational beings. *Royal Institute of Philosophy Supplement, 36,* 129-142.

Headey, B. & Grabka, M., (2007). Pets and human health in Germany and Australia: National longitudinal results. *Social Indicators Research,* 80, 297-311. doi: 10.1007/s11205-005-5072-z

Heath, S. E., Beck, A. M., Kass, P. H., & Glickman, L. T. (2001). Risk factors for pet evacuation failure after a slow-onset disaster. *Journal of the American Veterinary Medical Association*, *218*(12), 1905-1910.

Heath, S. E., Voeks, S. K., & Glickman, L. T. (2001). Epidemiologic features of pet evacuation failure in a rapid-onset disaster. *Journal of the American Veterinary Medical Association, 218*(12), 1898-1904.

Hennessy, M. B., Voith, V. L., Hawke, J. L., Young, T. L., Centrone, J., McDowell, A. L., ... & Davenport, G. M. (2002). Effects of a program of human interaction and alterations in diet composition on activity of the hypothalamic-pituitary-adrenal axis in dogs housed in a public animal shelter. *Journal of the American Veterinary Medical Association, 221*(1), 65-91.

Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, F., & Baptista, P. (2010). *Metodología de la investigación*. Bogotá: McGraw Hill.

Herzog, H. (2006). Forty-two thousand and one Dalmatians: Fads, social contagion, and dog breed popularity. *Society & Animals, 14*(4), 383-397.

Herzog, H. A. (2007). Gender differences in human-animal interactions: A review. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals, 20*(1), 7-21.

Herzog, H. A. (2011). The impact of pets on human health and psychological well-being fact, fiction, or hypothesis? *Current Directions in Psychological Science, 20*(4), 236-239.

Herzog, H. A. (2012). *Los amamos, los odiamos y... los comemos: Esa relación tan especial con los animales*. Barcelona: Kairós.

Herzog, H. A. (2014). Biology, culture, and the origins of pet-keeping. *Animal Behavior and Cognition, 1*(3).

Herzog, H. A., Bentley, R. A., & Hahn, M. W. (2004). Random drift and large shifts in popularity of dog breeds. *Proceedings of the Royal Society of London B: Biological Sciences, 271*(Suppl 5), S353-S356.

Hesterberg, U. W., Huertas, G., & Appleby, M. C. (2012). Perceptions of pet owners in urban Latin America on protection of their animals during disasters. *Disaster Prevention and Management, 21*(1), 37-50.

Hills, A. M. (1993). The motivational bases of attitudes toward animals. *Society & Animals, 1*(2), 111-128.

Hinde, R. A. (1976). On describing relationships. *Journal of Child Psychology and Psychiatry, 17*(1), 1-19.

Hinde, R. A. (1987). *Individuals, relationships and culture: Links between ethology and the social sciences*. Cambridge University Press

Hirschman, E. C. (1994). Consumers and their animal companions. *Journal of Consumer Research*, 616-632.

Hodgson, K., Barton, L., Darling, M., Antao, V., Kim, F. A., & Monavvari, A. (2015). Pets' impact on your patients' health: Leveraging benefits and mitigating risk. *The Journal of the American Board of Family Medicine, 28*(4), 526-534.

Hodgson, K., & Darling, M. (2011). Zooeyia: an essential component of "One Health". *The Canadian Veterinary Journal, 52*(2), 189.

Holbrook, M. B., Stephens, D. L., Day, E., Holbrook, S. M., & Strazar, G. (2001). A collective stereographic photo essay on key aspects of animal companionship: the truth about dogs and cats. *Academy of Marketing Science Review, 1*(1).

Horard-Herbin, M. P., Tresset, A., & Vigne, J. D. (2014). Domestication and uses of the dog in western Europe from the Paleolithic to the Iron Age. *Animal Frontiers, 4*(3), 23-31.

Horowitz, A. (2009a). Attention to attention in domestic dog (*Canis familiaris*) dyadic play. *Animal Cognition, 12*(1), 107-118.

Horowitz, A. (2009b). Disambiguating the "guilty look": Salient prompts to a familiar dog behaviour. *Behavioural processes, 81*(3), 447-452.

Horowitz, A. (2011). Theory of mind in dogs? Examining method and concept. *Learning & behavior, 39*(4), 314-317.

Hosey, G., & Melfi, V. (2014). Human-animal interactions, relationships and bonds: a review and analysis of the literature. *International Journal of Comparative Psychology, 27*(1), 117-142.

Ingold, T. (1994). From trust to domination: An alternative history of human-animal relations. En A. Manning & J. Serpell (Eds.) *Animals and Human Society: Changing Perspectives* (pp. 1-22). London: Routledge.

Ikram, S. (2005). *Divine creatures: Animal mummies in ancient Egypt*. New York: American

University of Cairo Press. Citado en Walsh, F. (2009). Human-animal bonds I: The relational significance of companion animals. *Family process, 48*(4), 462-480.

Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. (2001). Censo Nacional de Población y Vivienda 2001. *Ministerio de Economía, República Argentina*. Disponible en: http://www.indec.gov.ar

Irvine, L. (2004). Pampered or enslaved? The moral dilemmas of pets. *International journal of sociology and social policy, 24*(9), 5-17.

Islam, A., & Towell, T. (2013). Cat and dog companionship and well-being: A systematic review. *International Journal of Applied*, *3*(6), 149-155.

Jakovcevic, A., & Bentosela, M. (2012). Mira lo que te muestro: ¿Comunicación referencial entre perros domésticos (*Canis familiaris*) y humanos? *Interdisciplinaria*, *29*(1), 5-22.

Jakovcevic, A., Irrazabal, M. & Elgier, A. M. (2011). ¿Los perros más sociables se comunican mejor con las personas? *III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVIII Jornadas de Investigación Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Jiménez, X. O.; Hernández, R. L. y Ramírez, M. T. G. (2012). Terapia asistida por perros en el tratamiento del manejo de las emociones en adolescentes. *Summa Psicológica UST, 9*(2), 25-33.

Johnson, J. J. (2015). The experiences of pet owners' well-being gained through their relationships with their companion animals. En P. Madsen Gudi (Eds.), *Listening to Less-Heard Voices: Developing Counsellors' Awareness* (pp. 80-117). England: University Chester Press.

Johnson, S. B., & Rule, W. R. (1991). Personality characteristics and self-esteem in pet owners and non-owners. *International Journal of Psychology*, *26*(2), 241-252.

Johnson, T. P., Garrity, T. F., & Stallones, L. (1992). Psychometric evaluation of the Lexington Attachment to Pets Scale (LAPS). *Anthrozoös*, *5*(3), 160-175.

Jones, A. C., & Josephs, R. A. (2006). Interspecies hormonal interactions between man and the domestic dog (*Canis familiaris*). *Hormones and Behavior*, *50*(3), 393-400.

Joubert, C. E. (1987). Pet ownership, social interest, and sociability. *Psychological Reports, 61*(2), 401-402.

Kanat-Maymon, Y., Antebi, A., & Zilcha-Mano, S. (2016). Basic psychological need fulfillment in human–pet relationships and well-being. *Personality and Individual Differences*, *92*, 69-73.

Kant, I. (2010) [1637]. Rational beings alone have moral worth. En P. Pojman (Ed.), *Food ethics* (pp. 10-12). Boston: Cengage Learning.

Katcher, A. H., & Beck, A. M. (1986). Dialogue with animals. *Transactions & studies of the College of Physicians of Philadelphia*, *8*(2), 105-112.

Katcher, A. H., Friedmann, E., Beck, A. M., & Lynch, J. J. (1983). Looking, talking and blood pressure: The physiological consequences of interaction with the living environment. *New perspectives on our lives with companion animals*, 351-359.

Kellert, S. R. (1993). Attitudes, knowledge, and behavior toward wildlife among the industrial superpowers: United States, Japan, and Germany. *Journal of social issues*, *49*(1), 53-69.

Kellert, S. R., & Berry, J. K. (1980). *Knowledge, affection and basic attitudes toward animals in American society*. US Department of the Interior, Fish and Wildlife Service.

Kendrick, K. M., Keverne, E. B., & Baldwin, B. A. (1987). Intracerebroventricular oxytocin stimulates maternal behaviour in the sheep. *Neuroendocrinology*, *46*(1), 56-61.

Kennedy, J. S. (1992). *The new anthropomorphism*. New York: Cambridge University Press.

Kidd, A. H., & Feldmann, B. M. (1981). Pet ownership and self-perceptions of older people. *Psychological Reports*, *48*(3), 867-875.

Kidd, A. H., & Kidd, R. M. (1989). Factors in adults' attitudes toward pets. *Psychological Reports*, *65*(3), 903-910.

Kidd, A. H., & Kidd, R. M. (1995). Children's drawings and attachment to pets. *Psychological reports*, *77*(1), 235-241.

Kidd, A. H., & Kidd, R. M. (1996). Developmental factors leading to positive attitudes toward wildlife and conservation. *Applied Animal Behaviour Science*, *47*(1), 119-125.

Kidd, A. H., & Kidd, R. M. (1997). Changes in the behavior of pet owners across generations. *Psychological reports*, *80*(1), 195-202.

Kidd, A. H., Kidd, R. M., & George, C. C. (1992). Veterinarians and successful pet adoptions. *Psychological Reports, 71*(2), 551-557.

Kikusui, T., Winslow, J. T., & Mori, Y. (2006). Social buffering: relief from stress and anxiety. *Philosophical Transactions of the Royal Society of London B: Biological Sciences, 361*(1476), 2215-2228.

Kis, A., Turcsán, B., Miklósi, Á., & Gácsi, M. (2012). The effect of the owner's personality on the behaviour of owner-dog dyads. *Interaction Studies*, *13*(3), 371-383.

Kobayashi, M. A. (2011). Representaciones e imaginarios perrunos: desde Grecia hasta la Conquista de América. *Universum: Revista de humanidades y ciencias sociales, 26*(2), 11-48.

Koivusilta, L. K., & Ojanlatva, A. (2006). To Have or Not To Have a Pet for Better Health. *PLoS ONE, 1*(1), e109.

Konok, V., Nagy, K., & Miklósi, Á. (2015). How do humans represent the emotions of dogs? The resemblance between the human representation of the canine and the human affective space. *Applied Animal Behaviour Science*, *162*, 37-46.

Koolhaas, J. M., Korte, S. M., De Boer, S. F., Van Der Vegt, B. J., Van Reenen, C. G., Hopster, H., ... & Blokhuis, H. J. (1999). Coping styles in animals: current status in behavior and stress-physiology. *Neuroscience & Biobehavioral Reviews*, *23*(7), 925-935.

Kotrschal, K., Schöberl, I., Bauer, B., Thibeaut, A. M., & Wedl, M. (2009). Dyadic relationships and operational performance of male and female owners and their male dogs. *Behavioural processes*, *81*(3), 383-391.

Krause-Parello, C. A. (2008). The mediating effect of pet attachment support between loneliness and general health in older females living in the community. *Journal of community health nursing*, *25*(1), 1-14.

Krause-Parello, C. A. (2012). Pet ownership and older women: the relationships among loneliness, pet attachment support, human social support, and depressed mood. *Geriatric Nursing*, *33*(3), 194-203.

Krause-Parello, C. A., & Gulick, E. (2014). Examining demographic and psychosocial predictors of well-being in older pet owners. *International Journal of Nursing*, *3*(1), 29-42.

Kring, A. M., & Gordon, A. H. (1998). Sex differences in emotion: expression, experience, and physiology. *Journal of personality and social psychology*, *74*(3), 686.

Kruger, K. A., & Serpell, J. A. (2010). Animal-assisted interventions in mental health: Definitions and theoretical foundations. En A. H Fine (Eds), *Handbook on animal-assisted therapy: Theoretical foundations and guidelines for practice* (pp. 33-48). London: Academic Press.

Kwan, J. Y., & Bain, M. J. (2013). Owner attachment and problem behaviors related to relinquishment and training techniques of dogs. *Journal of Applied Animal Welfare Science*, *16*(2), 168-183.

Lambert, K. (2014). *Summarizing reasons for surrender and stakeholder perceptions within the published literature on companion-animal relinquishment* (Master dissertation, University of Guelph, Ontario, Canada).

Laurent, E. L. (2000). Children, ‘insects’ and play in Japan. En A. L. Podberscek, E. S. Paul & J. A. Serpell (Eds), *Companion animals and us: Exploring the relationships between people and pets* (pp. 61-89). New York: Cambridge University Press.

Lee, V. K., & Chai, M. S. (2015). Dog ownership, perceived social supports and stress among university students. *American Journal of Applied Psychology*, *4*(3-1), 45-50.

Levinson, B. (1969). *Pet-oriented Child Psychotherapy*. Springfield, IL: Charles C. Thomas.

Levinson, B. (1972). *Pets and Human Development*. Springfield, IL: Charles C. Thomas.

Ley N° 2786. Prohibición de malos tratos a animales. *Boletín Oficial, República Argentina*, 25 de Junio de 1981.

Ley N° 5346. Se declara a la CABA "Ciudad de Tenencia Responsable de animales domésticos de compañía". *Boletín Oficial de Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina*, 25 de Septiembre de 2015.

Ley N° 14346. Malos tratos y actos de crueldad a los animales. *Boletín Oficial, República Argentina*, 5 de Noviembre de 1954

Ley, J. M., Bennett, P. C., & Coleman, G. J. (2009). A refinement and validation of the Monash Canine Personality Questionnaire (MCPQ). *Applied Animal Behaviour Science*, *116*(2), 220-227.

Lorenz, K. (1943). Die angeborenen Formen möglicher Erfahrung. *Zeitschrift für Tierpsychologie, 5*, 235-409.

Lustig, K. A., & Cramer, K. M. (2015). Characteristics of pet owners: Motivation and need fulfillment. *Journal of Motivation, 4*, 45-52.

Macdonald, D. W., & Carr, G. M. (1995). Variation in dog society: between resource dispersion and social flux. En J. Serpell (Eds.), *The domestic dog: Its evolution, behaviour and interactions with people*. (pp. 199-216). New York: Cambridge University Press.

Mallon, G. P. (1993). A study of the interactions between men, women, and dogs at the ASPCA in New York City. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals, 6*(1), 43-47.

McBride, A. (1995). The human–dog relationship. *The Waltham book of human–animal interactions: Benefits and responsibilities of pet ownership*, 99-112.

McCabe, B. W., Baun, M. M., Speich, D., & Agrawal, S. (2002). Resident dog in the Alzheimer's special care unit. *Western journal of nursing research, 24*(6), 684-696.

McConnell, A. R., Brown, C. M., Shoda, T. M., Stayton, L. E., & Martin, C. E. (2011). Friends with benefits: On the positive consequences of pet ownership. *Journal of personality and social psychology, 101*(6), 1239.

McCune, S., Kruger, K. A., Griffin, J. A., Esposito, L., Freund, L. S., Hurley, K. J., & Bures, R. (2014). Evolution of research into the mutual benefits of human–animal interaction. *Animal Frontiers, 4*(3), 49-58.

McCutcheon, K. A., & Fleming, S. J. (2001). Grief resulting from euthanasia and natural death of companion animals. *OMEGA - Journal of Death and Dying, 44*(2), 169-188.

McNicholas, J., & Collis, G. M. (1995). The end of a relationship: Coping with pet loss. *The Waltham book of human–animal interaction: Benefits and responsibilities of pet ownership*, 127-143.

McNicholas, J., & Collis, G. M. (2000). Dogs as catalysts for social interactions: Robustness of the effect. *British Journal of Psychology, 91*(1), 61-70.

McNicholas, J., Gilbey, A., Rennie, A., Ahmedzai, S., Dono, J. A., & Ormerod, E. (2005). Pet ownership and human health: a brief review of evidence and issues. *BMJ: British Medical Journal, 331*(7527), 1252.

Meléndez Samó, L. M. (2014). El vínculo humano-animal y sus implicaciones para la psicología en Puerto Rico//The human-animal bond and its implications for psychology in Puerto Rico. *Revista Puertorriqueña de Psicología*, *25*(2), 160-182.

Melson, G. F., & Fogel, A. F. (1996). Parental perceptions of their children's involvement with household pets: A test of a specificity model of nurturance. *Anthrozoös*, *9*(2), 95-106.

Melson, G. F., Peet, S., & Sparks, C. (1991). Children's attachment to their pets: Links to socio-emotional development. *Children's Environments Quarterly*, 55-65.

Menache, S. (2000). Hunting and attachment to dogs in the Pre-Modern Period. En A. L. Podberscek, E. S. Paul & J. A. Serpell (Eds), *Companion animals and us: Exploring the relationships between people and pets* (pp. 42-60). New York: Cambridge University Press.

Merton, R. K. (1957). The role-set: Problems in sociological theory. *The British Journal of Sociology*, *8*(2), 106-120.

Meyer, I., & Forkman, B. (2014). Dog and owner characteristics affecting the dog–owner relationship. *Journal of Veterinary Behavior: Clinical Applications and Research*, *9*(4), 143-150.

Miklósi, A., Topál, J. & Csányi, V. (2004). Comparative social cognition: What can dogs teach us? *Animal Behaviour, 67*, 995-1004

Miller, A. (2011). Just don't call me "mom": Pros and cons of a family law model for companion animals in the US. *Humanimalia, 2*(2), 90-114.

Miller, S. C., Kennedy, C. C., DeVoe, D. C., Hickey, M., Nelson, T., & Kogan, L. (2009). An examination of changes in oxytocin levels in men and women before and after interaction with a bonded dog. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, *22*(1), 31-42.

Minuchin, S. (1977). *Familias y terapia familiar*. Barcelona: Ediciones Juan Granica.

Mitsui, S., Yamamoto, M., Nagasawa, M., Mogi, K., Kikusui, T., Ohtani, N., & Ohta, M. (2011). Urinary oxytocin as a noninvasive biomarker of positive emotion in dogs. *Hormones and behavior*, *60*(3), 239-243.

Miura, A., Bradshaw, J. W., & Tanida, H. (2000). Attitudes towards dogs: A study of university students in Japan and the UK. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, *13*(2), 80-88.

Montero, I., & León, O. G. (2007). A guide for naming research studies in psychology. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, *7*(3), 847-862.

Morgan, C. L. (1894). *An Introduction to Comparative Psychology*. London: Walter Scott.

Morris, P., Knight, S., & Lesley, S. (2012). Belief in animal mind: Does familiarity with animals influence beliefs about animal emotions? *Society & Animals*, *20*(3), 211-224.

Munsell, K. L., Canfield, M., Templer, D. I., Tangan, K., & Arikawa, H. (2004). Modification of the pet attitude scale. *Society and Animals*, *12*(2), 137-142.

Nagasawa, M., Kikusui, T., Onaka, T., & Ohta, M. (2009). Dog's gaze at its owner increases owner's urinary oxytocin during social interaction. *Hormones and Behavior*, *55*(3), 434-441.

Nagasawa, M., Mitsui, S., En, S., Ohtani, N., Ohta, M., Sakuma, Y., ... & Kikusui, T. (2015). Oxytocin-gaze positive loop and the coevolution of human-dog bonds. *Science*, *348*(6232), 333-336.

Nagasawa, M., Mogi, K., & Kikusui, T. (2009). Attachment between humans and dogs. *Japanese Psychological Research*, *51*(3), 209-221.

Nagasawa, M., Murai, K., Mogi, K., & Kikusui, T. (2011). Dogs can discriminate human smiling faces from blank expressions. *Animal cognition*, *14*(4), 525-533.

Netting, F. E., Wilson, C. C., Goodie, J. L., Stephens, M. B., Byers, C. G., & Olsen, C. H. (2013). Attachment, Social Support, and Perceived Mental Health of Adult Dog Walkers: What Does Age Have to Do With It? *Journal of Sociology & Social Welfare*, *40*(4), 261.

Netting, F. E., Wilson, C. C., & New, J. C. (1987). The human-animal bond: Implications for practice. *Social work*, *32*(1), 60-64.

Nimer, J., & Lundahl, B. (2007). Animal-assisted therapy: A meta-analysis. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, *20*(3), 225-238.

O'Haire, M. E., McKenzie, S. J., Beck, A. M., & Slaughter, V. (2015). Animals may act as social buffers: Skin conductance arousal in children with autism spectrum disorder in a social context. *Developmental psychobiology*, *57*(5), 584-595.

Odendaal, J. S. J. (2000). Animal-assisted therapy—magic or medicine? *Journal of psychosomatic research*, *49*(4), 275-280.

Odendaal, J. S., & Meintjes, R. A. (2003). Neurophysiological correlates of affiliative behaviour between humans and dogs. *The Veterinary Journal*, *165*(3), 296-301.

Oliva, J. L., Rault, J. L., Appleton, B., & Lill, A. (2015). Oxytocin enhances the appropriate use of human social cues by the domestic dog (*Canis familiaris*) in an object choice task. *Animal cognition*, *18*(3), 767-775.

Olmert, M. D. (2009). *Made for each other: The biology of the human-animal bond*. Boston: Da Capo Press.

Ordenanza N° 41831. *Boletín Municipal de Capital Federal, República Argentina*, 19 de Junio de 1987.

Ory, M. G., & Goldberg, E. L. (1983). Pet possession and life satisfaction in elderly women. En A. H. Katcher & A. M. Beck (Eds.), *New perspectives on our lives with companion animals* (pp. 303-317). Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

Ovodov, N. D., Crockford, S. J., Kuzmin, Y. V., Higham, T. F., Hodgins, G. W., & van der Plicht, J. (2011). A 33,000-year-old incipient dog from the Altai Mountains of Siberia: Evidence of the earliest domestication disrupted by the Last Glacial Maximum. *PLoS One, 6*(7), e22821.

Oyama, M. A., & Serpell, J. A. (2013). General Commentary: Rethinking the role of animals in human well-being. *Frontiers in psychology*, *4*, 374.

Pachana, N. A., Ford, J. H., Andrew, B., & Dobson, A. J. (2005). Relations between companion animals and self-reported health in older women: cause, effect or artifact? *International journal of behavioral medicine*, *12*(2), 103-110.

Paden-Levy, D. (1985). Relationship of extraversion, neuroticism, alienation, and divorce incidence with pet-ownership. *Psychological reports*, *57*(3), 868-870.

Palmer, R., & Custance, D. (2008). A counterbalanced version of Ainsworth's strange situation procedure reveals secure-base effects in dog–human relationships. *Applied animal behaviour science*, *109*(2), 306-319.

Páramo, P., & Galvis, C. J. (2010). Conceptualizaciones acerca de los animales en niños de la sociedad mayoritaria y de la comunidad indígena Uitoto en Colombia. *Folios, Bogotá*, (32), 111-124.

Parker, G. B., Gayed, A., Owen, C. A., Hyett, M. P., Hilton, T. M., & Heruc, G. A. (2010). Survival following an acute coronary syndrome: A pet theory put to the test. *Acta Psychiatrica Scandinavica, 121,* 65–70. http://dx.doi.org/10.1111/j.1600-0447.2009.01410.x

Parslow, R. A., Jorm, A. F., Christensen, H., Rodgers, B., & Jacomb, P. (2004). Pet ownership and health in older adults: Findings from a survey of 2,551 community-based Australians aged 60–64. *Gerontology*, *51*(1), 40-47.

Paul, E. S. (2000). Love of pets and love of people. En A. L. Podberscek, E. S. Paul & J. A. Serpell (Eds), *Companion animals and us: Exploring the relationships between people and pets* (pp. 168-186). New York: Cambridge University Press.

Paul, E. S., & Serpell, J. A. (1996). Obtaining a new pet dog: Effects on middle childhood children and their families. *Applied Animal Behaviour Science*, *47*(1), 17-29.

Payne, E., Bennett, P. C., & McGreevy, P. D. (2015). Current perspectives on attachment and bonding in the dog–human dyad. *Psychology research and behavior management*, *8*, 71.

Pedersen, C. A., Ascher, J. A., Monroe, Y. L., & Prange, A. J. (1982). Oxytocin induces maternal behavior in virgin female rats. *Science*, *216*(4546), 648-650.

Pedersen, C. A., & Prange, A. J. (1979). Induction of maternal behavior in virgin rats after intracerebroventricular administration of oxytocin. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, *76*(12), 6661-6665.

Penkowa, M. (2015). *Dogs & human health: The new science of dog therapy & therapy dogs*. Indiana: Balboa Press.

Plaut, M., Zimmerman, E. M., & Goldstein, R. A. (1996). Health hazards to humans associated with domesticated pets. *Annual review of public health*, *17*(1), 221-245.

Podberscek, A. L., & Gosling, S. D. (2000). Personality research on pets and their owners: Conceptual issues and review. En A. L. Podberscek, E. S. Paul & J. A. Serpell (Eds), *Companion animals and us: Exploring the relationships between people and pets* (pp. 143-167). New York: Cambridge University Press.

Podberscek, A. L., Paul, E. S., & Serpell, J. A. (2000). Introduction. En A. L. Podberscek, E. S. Paul & J. A. Serpell (Eds), *Companion animals and us: Exploring the relationships between people and pets* (pp. 1-6). New York: Cambridge University Press.

Pongrácz, P., Miklósi, Á., & Csányi, V. (2001). Owner's beliefs on the ability of their pet dogs to understand human verbal communication: a case of social understanding. *Current Psychology of Cognition*, *20*(1/2), 87-108.

Poresky, R. H., & Hendrix, C. (1990). Differential effects of pet presence and pet-bonding on young children. *Psychological Reports*, *67*(1), 51-54.

Poresky, R. H., Hendrix, C., Hosier, J. E., & Samuelson, M. L. (1987). The companion animal bonding scale-internal reliability and construct validity. *Psychological Reports*, *60*(3), 743-746.

Povinelli, D. J., & Vonk, J. (2004). We don't need a microscope to explore the chimpanzee's mind. *Mind & Language*, *19*(1), 1-28.

Power, E. (2008). Furry families: making a human–dog family through home. *Social & Cultural Geography*, *9*(5), 535-555.

Prato-Previde, E., Custance, D. M., Spiezio, C., & Sabatini, F. (2003). Is the dog-human relationship an attachment bond? An observational study using Ainsworth's strange situation. Behaviour, 140(2), 225-254.

Prato-Previde, E., Fallani, G., & Valsecchi, P. (2006). Gender differences in owners interacting with pet dogs: an observational study. Ethology, 112(1), 64-73.

Putrino, N., Jakovcevic, A., Carpintero, S., & Bentosela, M. (2014). ¿Existen asociaciones entre sociabilidad, aprendizaje y comunicación entre perros y personas? *Revista de Psicología*, *23*(1), 84-92.

Raupp, C. D. (1999). Treasuring, trashing or terrorizing: Adult outcomes of childhood socialization about companion animals. *Society & Animals*, *7*(2), 141-159.

Real Academia Española. (2014). Mascota. En *Diccionario de la lengua española* (23.ª ed.). Recuperado de http://dle.rae.es/?id=OWl1ptF

Redmalm, D. (2013). *An animal without an animal within: The powers of pet keeping* (Doctoral dissertation). Örebro University. Örebro.

Reevy, G. M., & Delgado, M. M. (2015). Are Emotionally Attached Companion Animal Caregivers Conscientious and Neurotic? Factors That Affect the Human–Companion Animal Relationship. *Journal of Applied Animal Welfare Science*, *18*(3), 239-258.

Rehn, T., Handlin, L., Uvnäs-Moberg, K., & Keeling, L. J. (2014). Dogs' endocrine and behavioural responses at reunion are affected by how the human initiates contact. *Physiology & behavior*, *124*, 45-53.

Rehn, T., Lindholm, U., Keeling, L., & Forkman, B. (2014). I like my dog, does my dog like me? *Applied Animal Behaviour Science*, *150*, 65-73.

Reid, J. S., & Anderson, C. E. (2009). Identification of demographic groups with attachments to their pets. En *Annual Conference of the American Society of Business and Behavioral Sciences* (Febrero, 2009), Las Vegas.

Roberts, W. A., & Macpherson, K. (2011). Theory of mind in dogs: is the perspective-taking task a good test?. *Learning & behavior*, *39*(4), 303-305.

Robins, D. M., Sanders, C. R., & Cahill, S. E. (1991). Dogs and their people. Pet-facilitated interaction in a public setting. *Journal of Contemporary Ethnography*, *20*(1), 3-25.

Robinson, I. (1995). Associations between man and animals. *The Waltham book of human-animal interaction: Benefits and responsibilities of pet ownership*, 1-6.

Romero, T., Nagasawa, M., Mogi, K., Hasegawa, T., & Kikusui, T. (2014). Oxytocin promotes social bonding in dogs. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, *111*(25), 9085-9090.

Sable, P. (1995). Pets, attachment, and well-being across the life cycle. *Social Work*, *40*(3), 334-341.

Sable, P. (2013). The pet connection: An attachment perspective. *Clinical Social Work Journal, 41*(1), 93-99. doi:10.1007/s10615-012-0405-2

Saint-Exupéry, A. de (1991) [1943]. *El principito* (Bonifacio del Carril, trad.). Buenos Aires: Emecé Editores.

Sanders, C. R. (1993). Understanding dogs. Caretakers' attributions of mindedness in canine-human relationships. *Journal of contemporary ethnography, 22*(2), 205-226.

Sanders, C. R. (1998). The Canine-Human 'With': Dogs, People, and Public Interaction. *The Newsletter. International Society for Anthrozoology, 16*(1), 11-15.

Sanders, C. R. (1999). *Understanding dogs: Living and working with canine companions*. Philadelphia: Temple University Press.

Sanders, C. R. (2003). Actions speak louder than words: Close relationships between humans and nonhuman animals. *Symbolic Interaction, 26*(3), 405-426.

Sandøe, P., Corr, S., & Palmer, C. (2016). *Companion Animal Ethics*. New York: John Wiley & Sons.

Scheele, D., Schwering, C., Elison, J. T., Spunt, R., Maier, W., & Hurlemann, R. (2015). A human tendency to anthropomorphize is enhanced by oxytocin. *European Neuropsychopharmacology, 25*(10), 1817-1823.

Schöberl, I., Wedl, M., Bauer, B., Day, J., Möstl, E., & Kotrschal, K. (2012). Effects of Owner–Dog Relationship and Owner Personality on Cortisol Modulation in Human–Dog Dyads. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals, 25*(2), 199-214.

Schultz, P. W., Zelezny, L., & Dalrymple, N. J. (2000). A multinational perspective on the relation between Judeo-Christian religious beliefs and attitudes of environmental concern. *Environment and Behavior, 32*(4), 576-591.

Schvaneveldt, P. L., Young, M. H., Schvaneveldt, J. D., & Kivett, V. R. (2001). Interaction of people and pets in the family setting: A life course perspective. *Journal of Teaching in Marriage & Family*, *1*(2), 34-51.

Sealey, A., & Charles, N. (2013). "What do animals mean to you?": Naming and relating to nonhuman animals. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, *26*(4), 485-503.

Selbert, R. (2002). Pet trend: anthropomorphism. *Growth Strategies*, *944*, 1-2.

Serpell, J. (1989). Pet-keeping and animal domestication: a reappraisal. London: Unwin Hyman Ltd.

Serpell, J. (1991). Beneficial effects of pet ownership on some aspects of human health and behavior. *Journal of the Royal Society of Medicine*, *84*, 717-720.

Serpell, J. (1995). From paragon to pariah: Some reflections on human attitudes to dogs. En J. Serpell (Eds.), *The domestic dog: Its evolution, behaviour and interactions with people*. (pp. 245-256). New York: Cambridge University Press.

Serpell, J. A. (1996a). Evidence for an association between pet behavior and owner attachment levels. Applied Animal Behaviour Science, 47(1), 49-60.

Serpell, J. (1996b). *In the company of animals: A study of human-animal relationships*. Cambridge University Press.

Serpell, J. A. (2000). Animal companions and human well-being: An historical exploration of the value of human-animal relationships. *Handbook on animal-assisted therapy: Theoretical foundations and guidelines for practice*, 3-19.

Serpell, J. A. (2003). Anthropomorphism and anthropomorphic selection-Beyond the "cute response". *Society and Animals*, *11*(1), 83-100.

Serpell, J. A. (2004). Factors influencing human attitudes to animals and their welfare. *Animal Welfare-Potters Bar then Wheathampstead*, *13*, 145-152.

Serpell, J. A. (2005). Factors influencing veterinary students' career choices and attitudes to animals. *Journal of Veterinary Medical Education, 32*(4), 491-496.

Serpell, J. A. (2006). Animal-assisted interventions in historical perspective. *Handbook on animal-assisted therapy: Theoretical foundations and guidelines for practice, 2*, 3-20.

Serpell, J. A. (2011). Human-Dog relationships worldwide. *Dog population Management, 15*(2), 49-56.

Serpell, J. A. (2016). History of companion animals and the companion animal sector. *Companion Animal Ethics*. John Wiley & Sons*, 1*, 8-23.

Serpell, J., & Jagoe, J. A. (1995). Early experience and the development of behaviour. En J. Serpell (Eds.), *The domestic dog: Its evolution, behaviour and interactions with people*. (pp. 79-102). New York: Cambridge University Press.

Serpell, J. A., & Paul, E. (1994). Pets and the development of positive attitudes to animals. En A. Manning & J. Serpell (Ed.), *Animals and human society: Changing perspectives* (127-144). London: Routledge.

Serpell, J. A., & Paul, E. (2011). Pets in the family: An evolutionary perspective. En C. A. Salmon, & T. K. Shackelford (Eds.) *The Oxford handbook of evolutionary family psychology* (298-309). Oxford University Press.

Shannon, L. M., Boyko, R. H., Castelhano, M., Corey, E., Hayward, J. J., McLean, C., ... & Calero, J. (2015). Genetic structure in village dogs reveals a Central Asian domestication origin. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, *112*(44), 13639-13644.

Sheldrake, R. (2008). *De perros que saben que sus amos están camino de casa y otras facultades inexplicables de los animales*. Barcelona: Paidós.

Shipman, P. (2010). The animal connection and human evolution. *Current Anthropology*, *51*(4), 519-538.

Shipman, P. (2012). Do the eyes have it? Dog domestication may have helped humans thrive while Neandertals declined. *American Scientist, 100*(3), 198.

Shir-Vertesh, D. (2012). "Flexible personhood": Loving animals as family members in Israel. *American Anthropologist, 114*(3), 420-432.

Shore, E. R., Petersen, C. L., & Douglas, D. K. (2003). Moving as a reason for pet relinquishment: A closer look. *Journal of Applied Animal Welfare Science, 6*(1), 39-52.

Siegel, J. M. (1990). Stressful life events and use of physician services among the elderly: the moderating role of pet ownership. *Journal of Personality and Social psychology, 58*(6), 1081.

Siegel, J. M. (1993). Companion animals: In sickness and in health. *Journal of Social Issues, 49*(1), 157-167.

Siegel, J. M. (2011). Pet ownership and health. En C. Blazina, G Boyra & D. S. Shen-Miller (Eds.) *The psychology of the human-animal bond* (pp. 167-177). New York: Springer.

Siegel, J. M., Angulo, F. J., Detels, R., Wesch, J., & Mullen, A. (1999). AIDS diagnosis and depression in the Multicenter AIDS Cohort Study: The ameliorating impact of pet ownership. *AIDS care, 11*(2), 157-170.

Sih, A., Bell, A., & Johnson, J. C. (2004). Behavioral syndromes: An ecological and evolutionary overview. *Trends in ecology & evolution, 19*(7), 372-378.

Simon, F. B., Stierlin, H., & Wynne, L. C. (1988). *Vocabulario de terapia familiar*. Buenos Aires: Gedisa.

Simons, L. A., Simons, J., McCallum, J., & Friedlander, Y. (2000). Pet ownership is not associated with future health: A nine year prospective study in older Australians. *Australasian Journal on Ageing, 19*(3), 139-142.

Singer, P. (1975). *Animal liberation: A new ethics for our treatment of animals*. New York: HarperCollins.

Singer, P. (1985). Ethics and the new animal liberation movement. En P. Singer (Ed.), *In defense of animals* (pp. 1-10). New York: Basil Blackwell.

Smith, B. (2012). The 'pet effect'. *Australian Family Physical, 41*(6), 439-442.

Snodgrass, C. E., & Gates, L. (1998). Doctrinal orthodoxy, religious orientation, and anthropocentrism. *Current Psychology*, *17*(2-3), 222-236.

Sorabji, R. (1995). *Animal minds and human morals: The origins of the western debate*. New York: Cornell University Press.

Staats, S., Wallace, H., & Anderson, T. (2008). Reasons for companion animal guardianship (pet ownership) from two populations. Society and Animals, 16(3), 279-291.

Stallones, L., Marx, M. B., Garrity, T. F., & Johnson, T. P. (1990). Pet ownership and attachment in relation to the health of US adults, 21 to 64 years of age. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, *4*(2), 100-112.

Stammbach, K. B., & Turner, D. C. (1999). Understanding the Human—Cat Relationship: Human Social Support or Attachment. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals, 12*(3), 162-168.

Stevenson, A. (Ed.). (2010). *Oxford dictionary of English*. Oxford University Press.

Straatman, I., Hanson, E. K., Endenburg, N., & Mol, J. A. (1997). The influence of a dog on male students during a stressor. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals, 10*(4), 191-197.

Taylor, L. H., Latham, S. M., & Mark, E. J. (2001). Risk factors for human disease emergence. *Philosophical Transactions of the Royal Society of London B: Biological Sciences*, *356*(1411), 983-989.

Thalmann, O., Shapiro, B., Cui, P., Schuenemann, V. J., Sawyer, S. K., Greenfield, D. L., ... & Napierala, H. (2013). Complete mitochondrial genomes of ancient canids suggest a European origin of domestic dogs. *Science*, *342*(6160), 871-874.

Thomas, K. (1983). *Man and the natural world: A history of the modern sensibility*. New York: Pantheon Books. Citado en Serpell, J. A., & Paul, E. (2011). Pets in the family: An evolutionary perspective. En C. A. Salmon, & T. K. Shackelford (Eds.) *The Oxford handbook of evolutionary family psychology* (298-309). Oxford University Press.

Thorn, P., Howell, T. J., Brown, C., & Bennett, P. C. (2015). The canine cuteness effect: Owner-perceived cuteness as a predictor of human–dog relationship quality. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, *28*(4), 569-585.

Tifferet, S., Kruger, D., Bar-Lev, O., & Zeller, S. (2013). Dog ownership increases attractiveness and attenuates perceptions of short-term mating strategy in cad-like men. *Journal of Evolutionary Psychology*, *11*(3), 121-129.

Topál, J., Miklósi, Á., Csányi, V., & Dóka, A. (1998). Attachment behavior in dogs (*Canis familiaris*): A new application of Ainsworth's (1969) Strange Situation Test. *Journal of Comparative Psychology*, *112*(3), 219.

Turcsán, B., Szánthó, F., Miklósi, Á., & Kubinyi, E. (2015). Fetching what the owner prefers? Dogs recognize disgust and happiness in human behaviour. *Animal cognition*, *18*(1), 83-94.

Turner, W. G. (2005). The role of companion animals throughout the family life cycle. *Journal Of Family Social Work*, *9*(4), 11-21. doi: 10.1300/J039v09n04_02

Udell, M. A., Dorey, N. R., & Wynne, C. D. (2010). What did domestication do to dogs? A new account of dogs' sensitivity to human actions. *Biological reviews*, *85*(2), 327-345.

Udell, M. A., Dorey, N. R., & Wynne, C. D. (2011). Can your dog read your mind? Understanding the causes of canine perspective taking. *Learn Behav,39*, 289-302.

Urich, S., (2013). *Los Perritos Bandidos. La protección de los animales, de la Ley Sarmiento a la Ley Perón*. Buenos Aires: Catálogos.

Urichuk, L. J., & Anderson, D. L. (2003). *Improving mental health through animal-assisted therapy*. Alberta: Chimo Project.

Valadez Azúa, R. (2000). El origen del perro, primera parte (entre el lobo y el perro). *Revista AMMVEPE, 11*(3), 75-84

Viau, R; Arsenault-Lapierre, G.; Fecteau, S.; Champagne, N.; Walker, C. y Lupien, S. (2010). Effect of service dogs on salivary cortisol secretion in autistic children. *Psychoneuroendocrinology 35*(8), 1187-1193. doi:10.1016/j.psyneuen.2010.02.004

Vila, C., Savolainen, P., Maldonado, J. E., Amorim, I. R., Rice, J. E., Honeycutt, R. L., ...& Wayne, R. K. (1997). Multiple and ancient origins of the domestic dog. *Science, 276*(5319), 1687-1689.

Vizek-Vidovic, V., Arambasic, L., Kerestes, G., Kuterovac-Jagodic, G., & Vlahovic-Stetic, V. (2001). Pet ownership in childhood and socio-emotional characteristics, work values and professional choices in early adulthood. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals, 14*(4), 224-231.

Vormbrock, J. K., & Grossberg, J. M. (1988). Cardiovascular effects of human-pet dog interactions. *Journal of behavioral medicine, 11*(5), 509-517.

Walsh, F. (2009a). Human-animal bonds I: The relational significance of companion animals. *Family Process, 48*(4), 462-480.

Walsh, F. (2009b). Human-animal bonds II: The role of pets in family systems and family therapy. *Family Process, 48*(4), 481-499.

Weiss, E., Slater, M., Garrison, L., Drain, N., Dolan, E., Scarlett, J. M., & Zawistowski, S. L. (2014). Large dog relinquishment to two municipal facilities in New York City and Washington, DC: Identifying targets for intervention. *Animals, 4*(3), 409-433.

Wells, D. L. (2004). The facilitation of social interactions by domestic dogs. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals, 17*(4), 340-352.

Wells, D. L. (2007). Domestic dogs and human health: An overview. *British journal of health psychology, 12*(1), 145-156.

Wells, D. L. (2009). The effects of animals on human health and well-being. *Journal of Social Issues, 65*(3), 523-543.

Wells, D. L., & Hepper, P. G. (1997). Pet ownership and adults' views on the use of animals. *Society & Animals, 5*(1), 45-63.

Wilkins, A. M., McCrae, L. S., & McBride, E. A. (2015). Factors affecting the human attribution of emotions toward animals. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals, 28*(3), 357-369.

Wilson, C. C., & Netting, F. E. (2012). The status of instrument development in the human–animal interaction field. *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals, 25*(1), 11-55.

Wilson, E. O. (1975). *Sociobiology: The new synthesis*. Cambridge: Hardvard University Press.

Wilson, E. O. (1993). Biophilia and the conservation ethics. En S. R. Kellert & E. O. Wilson (Eds.), *The biophilia hypothesis* (pp. 31-41). Washington, DC: Island Press.

Wollrab, T. I. (1998). Human-animal bond issues. *Journal of American Veterinary Medical Association, 212*(11), 1675.

Wood, L. J., Giles-Corti, B., Bulsara, M. K., & Bosch, D. A. (2007). More than a furry companion: The ripple effect of companion animals on neighborhood interactions and sense of community. *Society and Animals*, *15*(1), 43.

Wrobel, T. A., & Dye, A. L. (2003). Grieving pet death: Normative, gender, and attachment issues. *OMEGA - Journal of Death and Dying*, *47*(4), 385-393.

York, R., & Mancus, P. (2013). The invisible animal. Anthrozoology and macrosociology. *Sociological Theory*, *31*(1), 75-91.

Zarebski, G., Cabrol, D., Carlos, C., González, B., Salomone, M., Sarmiento, A., … & Marcos, E. (2000). Vínculo anciano-mascota: condiciones y consecuencias, ¿al servicio de la salud o al servicio de la patología? VIII Anuario de Investigaciones. *Secretaría de Investigaciones. Facultad de Psicología*. UBA. pp. 680-691.

Zasloff, R. L., & Kidd, A. H. (1994). Loneliness and pet ownership among single women. *Psychological Reports*, *75*(2), 747-752.

Zilcha-Mano, S., Mikulincer, M., & Shaver, P. R. (2011). An attachment perspective on human–pet relationships: Conceptualization and assessment of pet attachment orientations. *Journal of Research in Personality*, *45*(4), 345-357.

Zilcha-Mano, S., Mikulincer, M., & Shaver, P. R. (2012). Pets as safe havens and secure bases: The moderating role of pet attachment orientations. *Journal of Research in Personality*, *46*(5), 571-580.

Anexos

Esta encuesta es parte de un estudio sobre la relación entre las personas y sus perros. A continuación le presentamos una encuesta anónima, cuyos resultados serán utilizados para fines académico-científicos. Su participación es voluntaria, y tomará 15 minutos aproximadamente. Por favor intente responder todo el cuestionario. Usted debe **ser mayor de 21 años, residir en CABA, ser dueño de al menos un perro** y **vivir con este**. Si usted tiene más de un perro, conteste sólo en función de su favorito o bien elija sólo uno y conteste en función de este.

INFORMACIÓN SOBRE USTED

Sexo: □ Masculino □ Femenino **Lugar de residencia:** _____

Edad (en años): _____ **Ocupación:** _____

Nivel educativo *(más alto alcanzado por usted)*:
□ Primario completo □ Secundario completo □ Terciario completo □ Universitario completo □ Posgrado completo

Estado civil/sentimental actual:
□ Soltero □ En pareja no conviviente □ Casado/concubinato □ Separado/divorciado □ Viudo

¿Tiene hijos? □ No □ Si Cantidad de hijos: _____ Edad de los hijos: _____

Cantidad de hijos en el hogar: _____

Cantidad de personas que viven en el hogar (*incluyendo a usted*): _____ Indique el vínculo de parentesco que tiene con las personas con quienes convive *(marque todas las opciones que correspondan)*. Estas personas son:
□ Padre/s □ Hermano/s □ Pareja / Esposo □ Hijo/s □ Nieto/s □ Abuelo/s □ Sin vínculo de parentesco □ Otro: _____

¿Su vivienda cuenta con un espacio exterior?
□ Con jardín □ Con patio/balcón/terraza (más de 10m2) □ Con balcón pequeño (menos de 10mt2) □ Sin exterior

Superficie de la vivienda en m^2: _____ (aprox.) **Cantidad de ambientes:** _____

A lo largo de su vida, ¿cuántos años convivió con perros? *(desde su infancia a la actualidad)* _____ años

¿Tiene <u>actualmente</u> mascotas en su vivienda? Indique la <u>cantidad</u> de cada especie:
Perro/s: _____ Gato/s: _____ Ave/s: _____ Otro/s: _____

<u>INFORMACIÓN SOBRE SU PERRO</u>

Sexo: □ Macho □ Hembra **Edad (en años):** _____ años y ____ meses (aprox.)

Pedigree/Raza: □ Si □ No **Castrado/esterilizado:** □ Si □ No

Tamaño: □ Chico (hasta 10 kg) □ Mediano (entre 10 y 25kg) □ Grande (más de 25kg)

¿Cómo obtuvo a su perro?
□ Lo compré en un criadero
□ Lo compré en un pet shop
□ Me lo regalaron (habiéndolo comprado)
□ Me lo regalaron (sin comprarlo)
□ Refugio/perrera
□ Lo encontré en la calle
□ Es cría de otros perros míos
□ Otro: _____

¿Qué edad tenía su perro cuando lo obtuvo? _____ (aprox.)

<u>INFORMACIÓN SOBRE USTED Y SU PERRO</u>

¿Hace cuánto tiempo que vive con su perro? ____ años y ____ meses

Indique quién o quienes son los principales cuidadores/responsables del perro *(marque más de una opción si corresponde)*:
□ Yo □ Mi pareja (mujer) □ Mi pareja (hombre) □ Mi hija □ Mi hijo □ Mi madre □ Mi padre □ Otro:_____

¿Cuántas horas diarias promedio pasa junto a su perro? (incluya si duermen juntos) _____ horas

A continuación se presentan una serie de enunciados referentes a ud. y su perro. Por favor indique en qué grado está de acuerdo con que estas afirmaciones lo describen a Ud., según la siguiente escala:

Totalmente en desacuerdo	Algo en desacuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	Algo de acuerdo	Totalmente de acuerdo
1	2	3	4	5

A – MDORS – CE					
1 - Disfruto de mostrarle a otras personas fotos de mi perro	1	2	3	4	5
2 - Mi perro sabe cuándo me siento mal	1	2	3	4	5
3 - Mi perro y yo tenemos una relación muy cercana	1	2	3	4	5
4 - Mi perro me da amor incondicional	1	2	3	4	5
5 - A menudo hablo a otros sobre mi perro	1	2	3	4	5
6 - Mi perro me entiende	1	2	3	4	5

A – MDORS – CP					
1 - Tener un perro es estresante	1	2	3	4	5
2 - Tener un perro me ha impactado emocionalmente de manera negativa	1	2	3	4	5
3 - Mi perro ha dañado mucho los muebles	1	2	3	4	5
4 - He tenido problemas con vecinos por mi perro	1	2	3	4	5
5 - Mi perro es un estorbo y me molesta	1	2	3	4	5

A					
1 - Trato a mi perro como una persona	1	2	3	4	5
2 - Mi perro es mi mejor amigo	1	2	3	4	5
3 - Mi perro es como un hijo para mí	1	2	3	4	5
4 - Si mi perro fuera una persona sería bastante parecido a mí	1	2	3	4	5
5 - Tengo las mismas responsabilidades de un padre cuando se trata de cuidar a mi perro	1	2	3	4	5
6 - Me gusta consentir a mi perro	1	2	3	4	5
7 - Me gusta celebrar el cumpleaños de mi perro	1	2	3	4	5
8a - A veces siento que puedo conversar con mi perro	1	2	3	4	5
9a - Mi perro tiene estatus de persona	1	2	3	4	5
10a - Me gusta hacerle regalos a mi perro en fechas importantes	1	2	3	4	5

VA					
1- Tener un perro ha afectado mi elección del lugar donde vivo	1	2	3	4	5
2 - Tener un perro ha cambiado mis hábitos de compra de mercado	1	2	3	4	5
3 - Compro regularmente artículos para cuidar la salud de mi perro	1	2	3	4	5
4 - Tener un perro ha influido en la organización de mi hogar	1	2	3	4	5
5 - Tener un perro ha influido en la organización de los espacios exteriores de mi casa	1	2	3	4	5
6a - Vale la pena resignar algunas cosas con el fin de tener un perro	1	2	3	4	5
7a - Tener un perro ha alterado la limpieza de mi casa	1	2	3	4	5
8a - Tener un perro ha modificado la organización de mis actividades diarias	1	2	3	4	5
9a - Tener un perro ha alterado mi manera de vacacionar	1	2	3	4	5

BP					
1 - Cuando me siento estresado, estar con mi perro me calma	1	2	3	4	5
2 - Soy una persona más feliz gracias a mi perro	1	2	3	4	5
3 - Mi perro evita que me sienta solo	1	2	3	4	5
4 - Tener un perro me hace sentir más seguro	1	2	3	4	5
5 - Mi perro me mantiene joven	1	2	3	4	5
6 - Tener un perro hace que me ejercite más	1	2	3	4	5
7 - Mi perro me hace reír	1	2	3	4	5
8 - Mi perro me ha ayudado a desarrollar mejores relaciones con otras personas	1	2	3	4	5
9 - Tener un perro ha ayudado a mi salud	1	2	3	4	5
10 - Mi perro me levanta el ánimo	1	2	3	4	5
11 - Mi perro me permite apreciar la naturaleza y experimentar la vida silvestre	1	2	3	4	5
12 - Hablarle a mi perro me hace sentir mejor	1	2	3	4	5
13 - Mi perro me da energía	1	2	3	4	5
14 - Mi perro hace que me distraiga de mis problemas	1	2	3	4	5
15 - Mi perro me hace sentir importante	1	2	3	4	5
16 - Mi perro me da estabilidad	1	2	3	4	5

a - Mi perro es un miembro de mi familia	1	2	3	4	5
b - En el caso de una emergencia en la que deba evacuar mi casa llevaría a mi perro conmigo, incluso si esto afectara mi propia seguridad.	1	2	3	4	5
c - Frente a una situación límite, si tuviera que optar entre salvar la vida de mi perro o la de un hombre desconocido, salvaría a mi perro.	1	2	3	4	5

Por favor, lea cada uno de los siguientes enunciados y marque la casilla que mejor se aplique a usted en el presente.

1. ¿Qué tan difícil es cuidar de su perro?

☐	☐	☐	☐	☐
Muy difícil	Difícil	Ni difícil ni fácil	Fácil	Muy fácil

2. Mi perro me da una linda razón para levantarme en la mañana.

☐	☐	☐	☐	☐
Muy de acuerdo	De acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	En desacuerdo	Muy en desacuerdo

3. Hay aspectos importantes de tener un perro que no me gustan.

☐	☐	☐	☐	☐
Muy de acuerdo	De acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	En desacuerdo	Muy en desacuerdo

4. ¿Qué tan a menudo besa a su perro?

☐	☐	☐	☐	☐
Al menos una vez por día	Una vez cada pocos días	Una vez por semana	Una vez por mes	Nunca

5. Desearía que mi perro y yo nunca tuviéramos que separarnos.

☐	☐	☐	☐	☐
Muy de acuerdo	De acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	En desacuerdo	Muy en desacuerdo

6. Mi perro genera mucho desorden.

☐	☐	☐	☐	☐
Muy de acuerdo	De acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	En desacuerdo	Muy en desacuerdo

7. ¿Qué tan a menudo juega con su perro?

☐	☐	☐	☐	☐
Al menos una vez por día	Una vez cada pocos días	Una vez por semana	Una vez por mes	Nunca

8. Me molesta que mi perro me impida hacer cosas que yo disfrutaba hacer antes de tenerlo.

☐	☐	☐	☐	☐
Muy de acuerdo	De acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	En desacuerdo	Muy en desacuerdo

9. ¿Qué tan a menudo lleva a su perro a visitar gente?

☐	☐	☐	☐	☐
Una vez por semana	Una vez cada quince días	Una vez por mes	Un par de veces al año	Nunca

10. Me molesta que a veces tengo que cambiar mis planes debido a mi perro.

☐	☐	☐	☐	☐
Muy de acuerdo	De acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	En desacuerdo	Muy en desacuerdo

11. Mi perro me cuesta mucho dinero.

☐	☐	☐	☐	☐
Muy de acuerdo	De acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	En desacuerdo	Muy en desacuerdo

12. ¿Qué tan a menudo le compra regalos a su perro?

☐	☐	☐	☐	☐
Una vez por semana	Una vez cada quince días	Una vez por mes	Un par de veces al año	Nunca

13. Mi perro está constantemente atento a mí.

☐	☐	☐	☐	☐
Muy de acuerdo	De acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	En desacuerdo	Muy en desacuerdo

14. ¿Qué tan a menudo le da a su perro un premio de comida?

☐	☐	☐	☐	☐
Al menos una vez por día	Una vez cada pocos días	Una vez por semana	Una vez por mes	Nunca

15. ¿Qué tan a menudo le dice a su perro cosas que no le dice a nadie más?

☐	☐	☐	☐	☐
Una vez por día	Una vez por semana	Una vez por mes	Una vez por año	Nunca

16. ¿Qué tan a menudo siente que ocuparse de su perro es una carga rutinaria?

☐	☐	☐	☐	☐
Una vez por día	Una vez por semana	Una vez por mes	Una vez por año	Nunca

17. ¿Qué tan a menudo lleva a su perro en el auto?

☐	☐	☐	☐	☐
Al menos una vez por día	Una vez cada pocos días	Una vez por semana	Una vez por mes	Nunca

18. ¿Qué tan a menudo le impide su perro hacer cosas que usted quiere hacer?

☐	☐	☐	☐	☐
Una vez por día	Una vez por semana	Una vez por mes	Una vez por año	Nunca

19. Me gustaría tener a mi perro cerca de mí todo el tiempo.

☐	☐	☐	☐	☐
Muy de acuerdo	De acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	En desacuerdo	Muy en desacuerdo

20. ¿Qué tan a menudo asea a su perro?

☐ Al menos una vez por día | ☐ Una vez cada pocos días | ☐ Una vez por semana | ☐ Una vez por mes | ☐ Nunca

21. Si todos me abandonaran mi perro seguiría estando a mi lado.

☐ Muy de acuerdo | ☐ De acuerdo | ☐ Ni de acuerdo Ni en desacuerdo | ☐ En desacuerdo | ☐ Muy en desacuerdo

22. ¿Qué tan a menudo siente que tener un perro es más problema de lo que vale la pena?

☐ Una vez por día | ☐ Una vez por semana | ☐ Una vez por mes | ☐ Una vez por Año | ☐ Nunca

23. Mi perro me ayuda a atravesar momentos difíciles.

☐ Muy de acuerdo | ☐ De acuerdo | ☐ Ni de acuerdo Ni en desacuerdo | ☐ En desacuerdo | ☐ Muy en desacuerdo

24. ¿Qué tan a menudo abraza a su perro?

☐ Al menos una vez por día | ☐ Una vez cada pocos días | ☐ Una vez por semana | ☐ Una vez por mes | ☐ Nunca

25. Mi perro me brinda compañía constante.

☐ Muy de acuerdo | ☐ De acuerdo | ☐ Ni de acuerdo Ni en desacuerdo | ☐ En desacuerdo | ☐ Muy en desacuerdo

26. ¿Qué tan a menudo tiene a su perro con usted mientras se relaja, por ejemplo mirando televisión?

☐ Al menos una vez por día | ☐ Una vez cada pocos días | ☐ Una vez por semana | ☐ Una vez por mes | ☐ Nunca

27. Mi perro está presente cuando necesito consuelo.

☐ Muy de acuerdo | ☐ De acuerdo | ☐ Ni de acuerdo Ni en | ☐ En desacuerdo | ☐ Muy en desacuerdo

desacuerdo

28. ¿Qué tan traumático piensa que será para usted cuando su perro muera?

☐ Muy traumáti-co | ☐ Traumático | ☐ Ni traumático ni no traumático | ☐ No traumático | ☐ Para nada traumático

29a. ¿Qué tan a menudo lleva a su perro con usted cuando hace compras o mandados?

☐ Siempre | ☐ Frecuentemente | ☐ Esporá-dicamente | ☐ Infrecuente-mente | ☐ Nunca

30a. ¿Qué tan a menudo duerme junto a su perro?

☐ Todos los días | ☐ Una vez cada pocos días | ☐ Una vez por semana | ☐ Una vez por mes | ☐ Nunca

31a. ¿Qué tan a menudo enseña disciplina a su perro?

☐ Todos los días | ☐ Una vez cada pocos días | ☐ Una vez por semana | ☐ Una vez por mes | ☐ Nunca

32a. ¿Qué tan a menudo permite a su perro apoyarse sobre su regazo?

☐ Siempre | ☐ Frecuentemente | ☐ Esporá-dicamente | ☐ Infrecuente-mente | ☐ Nunca

33a. ¿Qué tan a menudo enseña trucos o habilidades a su perro?

☐ Una vez por semana | ☐ Una vez cada quince días | ☐ Una vez por mes | ☐ Una o dos veces al año | ☐ Nunca

Muchas gracias por su participación. Cualquier duda puede escribir a antrozoologia@gmail.com o www.facebook.com/relacionhumanoperro.
Que tenga buen día!